BIBLIOTECA NACIONAL
0328336

BIBLIOTECA NACIONAL DE CHILE

Sección Chilena

Ubicación: 10(1009-45)

Año: .....

SYS: AAR3142

11 (1009-45)

NUESTROS POETAS

ANTOLOGÍA CHILENA MODERNA

RECOPILACIÓN, PRÓLOGO Y NOTAS DE

ARMANDO DONOSO

GARRIGA | EDUARDO DE LA BARRA | PEDRO ANTONIO GONZÁLEZ | VARELA | VALLEDOR | VICUÑA CIFUENTES | SAMUEL A. LILLO | DUBLÉ URRUTIA | PEZOA VÉLIS | CONTRERAS | BÓRQUEZ SOLAR | CONTARDO | MAGALLANES MOURE | GUZMÁN | VÍCTOR DOMINGO SILVA | GONZÁLEZ BASTIAS | PRADO | MONDACA | DANIEL DE LA VEGA | JARA | GABRIELA MISTRAL | CRUCHAGA SANTA MARÍA | VERDUGO CAVADA | GUZMÁN CRUCHAGA | JORGE HÜBNER | LAGOS LISBOA | MUNIZAGA | VICENTE HUIDOBRO | PRÉNDEZ SALDÍAS | CARLOS ACUÑA | ALBERTO MORENO | PEDRO SIENNA | GÓMEZ ROJAS | MARIA ANTONIETA LE-QUESNE | TORRES RIOSECO | PABLO DE ROKHA | PERRY | MEZA FUENTES | MARÍA MONVEL | GARCÍA OLDINI | CIFUENTES SEPÚLVEDA | NERUDA | SEGURA CASTRO | SALVADOR REYES | MANUEL ROJAS | RUBÉN AZÓCAR | AIDA MORENO | VÍCTOR BARBERIS | ROMEO MURGA

EDITORIAL NASCIMENTO

Ahumada 125 — Santiago. Chile

ES PROPIEDAD DEL EDITOR

Imprenta de la Editorial Nascimento — Santiago — Arturo Prat 1430

1925

LA POESÍA CHILENA MODERNA

¿Hasta dónde el ambiente de un pueblo determina su producción espiritual? He ahí una cuestión que nos hace volver a Taine y que podría renovar, en cierto modo, el estudio de los géneros literarios, tan desacreditado después del libro de Brunetière, ese discípulo ocasional del maestro de «La Inteligencia», que comenzó en Darwin y terminó en Roma.

Si la individualidad creadora excede a toda limitación que la subordine, no puede ser extraña a las condiciones físicas que la influyen. En la pobre historia de tres siglos de la literatura chilena su producción espiritual no es más que la resonancia de momentos determinados, que se modifica según obren sobre ella influencias exteriores: así los poetas coloniales cultivan el género épico, acomodando la fábula de las guerras aborígenes al modelo del poema heroico peninsular, y los escritores románticos cantan a la libertad americana o a tal o cual amorzuelo fugitivo pensando en Espronceda o en Lamartine. Epoca de aprendizaje, la historia se confunde con el romance imaginado y el arte se convierte en amable derivativo de salón o en eventual ejercicio de cortesania. Quienes lo practican creen a medias en él y cuantos lo imitan no alcanzan a ser sus devotos fervientes. El poeta comparte su don de rimar con las actividades del gobierno y no pasa de ser más que un político a medias y un esbozo de artista. Y es que busca una ilusión de gloria en la teatralidad del espectáculo humano, pues el escritor no se satisface a sí mismo y, según lo advierte Ortega y Gasset de Maurice Barrès, cabe decir también en este caso endémico de una época, que como su inspiración no satura su sensibilidad él se esfuerza por completarse en otra cosa. Condiciones artísticas esencialmente inferiores le impiden creer del todo en el apostolado de las letras y apenas si le halaga su devoción incidental cuando el liviano aplauso roza su vanidad. Es el poeta en función social o el rimador que ejercita una facultad tenida en muy alto precio desde los días de los juglares: dama, trovador, epitalamio, hoja de álbum, parecen resumir un aspecto tradicional en su pueril concepto de la poesía.

Pero el arte, el poeta de verdad, están muy lejos de esa amable mentira de salón. Más de tres siglos deben pasar antes que el pueblo chileno comience a tener poetas; poetas y no simples versificadores, que estos abundaron siempre.

UNA EDAD MEDIA NI ENORME NI DELICADA

Estrecha sábana de tierra, que por el norte se reclina en el clima muelle del trópico y en su confín austral sustenta las regiones polares, el que otros días fué indomable reino de Chile, cubierto de bosques cerrados entre montañas, si no tentó la codicia de los conquistadores, pues era tenida por tierra bárbara, tampoco mueve hoy un señalado interés entre cuantos buscan el pájaro que habla y la fuente que canta. Aislado del continente por las vastas pampas argentinas; por los Andes, ásperos y altos; por un océano turbulento; por tórridos desiertos en el norte, en cuyo vientre la tierra acendra el salitre que vale lo que el oro, Chile fué durante los siglos de la dominación española tan pobre en recursos naturales como paupérrimo en su producción espiritual. Por lo demás toca suponer lo que habría de escribirse en un territorio donde se vivía con el arma al brazo y el ánimo suspenso ante las frecuentes arremetidas de los indios belicosos. Más tarde horas de intensa preocupación cívica reclamaron todas las voluntades: así Chile creó sus instituciones políticas durante un siglo de trabajo; redactó sus leyes estudiando las constituciones europeas; hizo posible el establecimiento de gobiernos serios, que fueron garantía de tranquilidad colectiva; fundó escuelas encomendándole a Sarmiento la organización de su instrucción primaria; contrató los servicios de sabios como Bello, Pissis, Domeyko; tuvo los primeros ferrocarriles americanos; combatió todos los conatos revolucionarios y, después de conquistar su independencia, en cruda y larga guerra, de ayudar al Perú en la campaña de su libertad contra el dominio español, de consolidar su organización pacificando las tierras de Arauco y peleando más de una campaña, comenzó a pensar en el trabajo fecundo, en el cultivo de sus jardines y en las cosechas de la inteligencia, como para cumplir con la profunda verdad de la sentencia latina: primun vivere...

Así, pues, antes que a filosofar aprendió el pueblo chileno a vivir. Tras las luchas indispensables ganadas con la espada y con el arado, elevó el corazón gozoso a lo alto con el deseo de santificar la obra realizada, en acción de gracias, de idealidad y de belleza. Entonces, al amor de los cenáculos y de los periódicos, hubo un armonioso zumbido de colmena: volaron alto

las obreras infatigables, con las alas cargadas del pólen de todos los jardines.

La incipiente historia cultural chilena tiene su particular interés porque es la expresión de una época digna de estudio. ¿Cuántos son los volúmenes que han sobrevivido a los días obscuros de la triste edad media colonial? Descontando acaso las tres o cuatro largas crónicas, escritas por frailes doctos o por hombres de aventura y de espada, ¿cuáles son aquéllos poemas que no cuenten sólo como pasto de la curiosidad erudita, escritos por licenciados aduladores, atiborrados de reminiscencias clásicas, ¡eterna imitación de los Homeros y los Virgilios! que jamás dejaron en la elocuencia rimada de sus cantos épicos un aspecto real de la naturaleza o de la vida que vivieron, sino la repetición de las tradicionales figuras y del fatigoso rimar de los poetas españoles más en boga? Don Alonso de Ercilla fué el maestro obligado y el eterno modelo de cada númen: ¿qué versificador no intentó su Araucana, indigesta e interminable; sin emoción, sin realidad, sin lirismo? Todas las inacabables imitaciones de los soporíferos poemas épicos resultaban más interesantes por la abundancia que por el valor de sus frutos, según el acertado decir de Rubén Darío. Su inspiración reducíase a minuciosas descripciones alegóricas, en las que campeaban todas las desfiguraciones mitológicas de la realidad: no había, para aquellos rígidos discípulos de las normas clásicas, tempestad sin Júpiter, día radiante sin Febo, mujer hermosa sin Venus, amor sin Cupido, ni batalla sin Marte. En las octavas reales confundíanse los héroes del Olimpo con los paladines araucanos, los personajes de la corte mitológica con las creaciones del folk-lore autóctono.

Raros son los libros de aquella incierta época, que escapasen a la autoridad del cartabón retórico o a la disciplina del claustro nacidos en la fuente viva de la emoción, en despreocupado narrar, como la crónica del sabroso Bernal Diaz del Castillo. Los mejores poetas de la época colonial fueron, las más de las veces, doctos o hábiles versificadores, avezados en componer inacabables odas heroicas, melosos epitalamios o apretados sonetos, que no poco se parecían a esos tableros chinos de ajuste, en los que cada pieza calza como una rima o cada figura se dibuja como una estrofa.

En las primeras épocas de la literatura americana abundaron los rimadores hábiles en el manejo de la retórica, cuan raros eran, para no decir milagrosos, los verdaderos artistas, cuyas obras respondían a un abrasador calor de humanidad, a una gran pasión, a un sentimiento de raza o de justicia social. Insólita flor de religiosidad singular fué aquella iluminada por la gracia divina, Sor Juana Ines de la Cruz, que en sus piado-

sas loas pudo hacer olvidar los ayes que le arrancaban los cilicios a la nieve de su carne de azucena. Pero, tales escepciones significaron un milagro del espíritu en aquel medio, y solo podían aparecer al márgen de la vida colonial como un eco inesperado en el ambiente propicio de la existencia contemplativa.

Los rimadores de aula y de academias formaban legión, eran los únicos que, en medio de la vida cortesana, se disputaban los laureles apolíneos, gozando de privanza entre virreyes, gobernadores, oidores y capitanes, porque muchas veces sus estrofas sirvieron para reemplazar los centones de las crónicas y sus versos a manera de coronas con que ceñir las frentes de los conquistadores. ¿Qué mucho entonces que la poesía degenerase en habitual ejercicio de alabanza y en disciplina de cortesanía? Además el pobrísimo medio ambiente social e intelectual no les permitió a poetas y cronistas darse el lujo de escribir para mayor gloria de las divinas letras castellanas, sino como un desahogo tiránico cuando, víctimas del olvido o de la injusticia, caían en desgracia siendo olvidados los servicios que le prestaron a sus reyes. De esta manera la necesidad y a veces la miseria o el despecho de un calabozo movían su pluma para recordar sus merecimientos en la narración de una crónica, en los versos de un poema o en el directo testimonio de muchas epístolas. Y, como escribían la historia de sus propias vidas, destinadas a edificarles ante sus contemporáneos, con quienes habían compartido los azares de una existencia de aventuras, no podían mentir porque los testimonios de tantos se habrían encargado de reparar los olvidos o de enderezar las inexactitudes. Pero, no siempre eran estas producciones hijas del amor propio herido o de la necesidad apremiante, sino que solían ser frecuentes las ocasiones en que poetas y cronistas pusieron su pluma al servicio de un personaje linajudo o de algún encargo oficial: Pedro de Oña escribió su «Arauco Domado» para mayor gloria y justificación ante la posteridad de don García Hurtado de Mendoza; Suárez de Figueroa compuso su libro sobre el Marques de Cañete a fin de reparar las expresiones que Ercilla consignó en su Araucana contra el hidalgo don García; Ovalle redactó su «Histórica Relación», para disipar la ignorancia de las gentes en las cosas de Chile y «encontrar sacerdotes que se resolviesen a acompañarlo mientras iba a predicar entre los infieles de Arauco», según afirma don José Toribio Medina; y Carvallo fué encargado por don Ambrosio O'Higgins de escribir la «Descripción histórico geográfica» antes que con ánimo de legar un documento fehaciente al porvenir como razón justificadora de su gobierno.

De esta manera, en tan obscuros años de la época colonial, un destino harto adverso preside en los destinos de la poesía chilena; abundan los pesados rimadores pero no se encuentra ni el asomo de un poeta, el pequeño Garcilaso o el místico San Juan de la Cruz, en el lejano reino, ganado por un extremeño para la corona de España. La historia de la cultura y del arte propio comenzaron mucho más tarde.

ROMANTICISMO, FLOR DE UN DÍA

Luego, tras las guerras de la Independencia, hierro y sangre, llega la hora del necesario aprendizaje. Si pobres habían sido los días coloniales en manifestaciones literarias, no menos misérrimos se nos aparecen los que presiden en el nacimiento de la república. Abundan el panfleto político, el periodista apasionado, la proclama sediciosa, pero la poesía aguarda su hora todavía muy lejana. La historia de todo el siglo diecinueve no es más que la de un largo ensayo, que no define su carácter: las producciones literarias iniciales no pasan de ser más que remedos de los modelos europeos. Mientras José Joaquín de Mora se burla, en agrias letrillas, de propios y extraños, el sabio Bello hilvana heladas estrofas: no es poeta pero versifica con clásica maestría traduciendo a Víctor Hugo o rimando con más ciencia que lirismo. Sus discípulos son también hijos de sus defectos. ¿Dónde encontrar entonces los poetas nacionales de esa hora? ¿Acaso merecerán tal nombre don Salvador Sanfuentes, impasible y pobre versificador de folletines interminables; o quienes llegan tras él y hasta cuantos reconocen su maestría, como la señora Marín del Solar; el insignificante don Eusebio Lillo; el tribunicio Guillermo Matta o el espronceciano Rodríguez Velasco? Al poeta de verdad, en quien el don de belleza no sea un remedo del romanticismo de Lamartine o de los españoles, no cabe encontrarle entre los rimadores de aquel momento. Talvez dos y acaso los únicos, Guillermo Blest Gana y José Antonio Soffia, sienten lo que expresan, el primero en tres sonetos finos, elegíacos, que la reverente admiración chilena señala como dechados de perfección y cuyo mérito debe buscarse en la razón de un obligado contraste entre esas discretas estrofas y la indigente oratoria rímada de sus coetáneos; el segundo, el menos difundido por la crítica de la segunda mitad del pasado siglo y que es, entre los poetas de aquella época, el más sobresaliente y meritorio. Acaso su alejamiento del país, que le obligó a vivir gran parte de su vida en Colombia, (Isaacs, Caro,

Cuervo, Marroquín, fueron sus amigos) influyeron en el injusto olvido en que sus contemporáneos tuvieron a Soffia.

Cuando Sarmiento llega a Chile un viento cargado de promesas arremolina todas las opiniones. Se produce también el necesario Sturm und Drang entre clásicos y románticos. Aquel gaucho genial enseña, antes que a pensar con la palmeta y el latín, a sentir recio, a expresar cada humilde verdad. Ante Bello representa la libertad, el anticlacisismo, la negación de la gramática. El autor de «Facundo» habla en nombre de la vida. No es un retórico; es todo un hombre. No piensa en el pasado, en la tradición, porque sabe que está maduro de porvenir. Despierta y divide a los jóvenes; se burla un poco de los viejos; grita, perora, ruje, asegurando que son los pueblos y no los tratadistas quienes dan vida a las lenguas; pidiendo para la juventud literaria espontaneidad y nuevas orientaciones en sus estudios: «en lugar de ocuparos de las formas,—dice—de la pureza de las palabras, de lo redondeado de las frases, de lo que dijo Cervantes o Fray Luis de León, adquirid ideas, de donde quiera que vengan, nutrid vuestro pensamiento con la manifestación del pensamiento de los grandes luminares de la época; y cuando sintais que vuestro pensamiento a su vez se despierta, echad miradas observadoras sobre vuestra patria, sobre el pueblo, las costumbres, las instituciones, las necesidades actuales y en seguida escribid con amor, con corazón lo que os alcance, lo que se os antoje, que eso será bueno en el fondo, aunqne la forma sea incorrecta, será apasionado, aúnque a veces sea inexacto; agradará al lector, aunque rabie Garcilaso; no se parecerá a lo de nadie; pero bueno o malo, será vuestro, nadie os lo disputará». He ahí a un intuitivo y a un hombre digno de empuñar la vara del magisterio: era a fines de la segunda mitad del pasado siglo cuando este escritor, musculoso y sin retórica, hablaba así.

En aquel pacífico medio colonial de promedios de la centuria anterior, Sarmiento había puesto su pica en Flandes censurando primero el Canto Elegíaco al Incendio de la Compañía de don Andrés Bello y el estudio del profesor Fernández Garfias sobre ejercicios populares de la lengua castellana. En torno a esa diatriba de clásicos y románticos, que Lastarria resolvió en un magnífico discurso, iba a suscitarse un ardoroso movimiento de renovación literaria, del cual proceden los valores más duraderos de ese siglo. Bien se le alcanzaba al maestro de «Facundo» que, al arremeter contra Bello, iba directamente a embestir contra los rígidos cánones de la preceptiva: «si la ley del ostracismo, gritaba para hacerse oír, estuviese en uso en nuestra democracia, habríamos pedido a tiempo el destierro de un gran literato que vive entre nosotros, sin

otro motivo que serlo demasiado y haber profundizado más allá de lo que nuestra naciente civilización exige, los arcanos del idioma, y de haber hecho gustar a nuestra juventud del estudio de las esterioridades del pensamiento y de las formas en que se desenvuelve en nuestra lengua, con menoscabo de las ideas y la verdadera ilustración. Se lo habríamos mandado a Sicilia, a Salvá y a Hermosilla, qué con todos sus estudios no es más que un retrógrado absolutista, y lo que habríamos aplaudido cuando lo viésemos revocarlo en su propia «cancha»; allá está su puesto, aquí es un anacronismo perjudicial.»

El calor de esa diatriba tal vez empequeñeció su causa pero, en el fondo, Sarmiento tenía razón: no era estudio de la preceptiva, ni gramática, lo que les hacía falta a los escritores chilenos, sino vida, emociones, sensibilidad para ver, sentir y conminar, según lo hacía el propio genio del argentino. Sin embargo, esa batalla tuvo su efecto inmediato: se franquearon las puertas de la entelarañada ciudad colonial y un viento seco, transmarino, arremolinó aquel ambiente conventual. Nuevas lecturas despertaron inquietudes ardientes y, quienes gustaban el «Hernani» o cuantos leyeron a Lamennais, se olvidaron un poco del siglo dieciocho español y del «Arte de Hablar» del pedantísimo don Mamerto José Gómez de Hermosilla. Aquel abrir las puertas a las influencias cosmopolitas desvaneció los tradicionales resabios por el galicismo, el respeto de las tres unidades, la reverencia por la gramática; hubo, entonces, muchos que tuvieron el valor de preferir a Larra sobre Moratin, a Hugo sobre Calderón, a los románticos sobre los padres del hiératico clacisismo. Pero, los discípulos de Bello, Sanfuentes y Jotabeche, saltaron a la palestra y la batalla, encarada con mucho ánimo, resolvió una cuestión esencial: promover un intenso movimiento literario, que tuvo sus escritores y dejó la huella de buenos libros. Cuatro y, acaso cinco poetas, insignificantes talvez pero que respondían a un intenso afán de cultura, son hijos de aquella hora y reconocen el ascendiente espiritual de ese instante, más significativo por lo que representó que por lo que produjo.

La historia de todo el siglo diecinueve no es más que la de la formación de la república; de sus grandes luchas civiles y de sus ardorosas cuestiones doctrinarias. Al margen de ella alienta, con existencia precaria, su literatura incipiente. Si tuvo Chile en aquella hora un hombre representativo en la figura máxima de Lastarria, eco de todas las ideas del siglo y representación incorruptible del más puro doctrinarismo liberal, careció, en cambio, de un poeta que encarnase la inquietud del momento o lograra destacarse como una figura señera en la espiritualidad ambiente. De los suspirillos rimados de cinco o

seis poetas mediocres, imitadores del romanticismo europeo, apenas si quedan huellas en la historia literaria de aquellos días. Sus estrofas constituyen un documento de escasa importancia, que nadie frecuenta y que sólo merece recordarse con el interés que despiertan los orígenes de todo movimiento cultural. Cuando, en 1923, un activo editor recogió en un volumen, por vez primera, los pequeños poemas de Eusebio Lillo, poeta representativo de esa época, pudo comprenderse que tal libro anacrónico no despertaba interés como acaso no conseguiría suscitarlo cualquiera rediviva elegante de esos días, que vistiera amplia y retorcida crinolina. Eco fugaz de una moda, que no logró revelar una personalidad lírica interesante, en él se cumplió el fatal destino de casi todos los rimadores de su época: rendir un tributo a la hora que vivió, pasadero como todo lo que no es capaz de sobrevivirla.

Las lecciones del romanticismo europeo prendieron en la literatura chilena como en cualquier otro país americano: y así, por imitación antes que por sentimiento natural, cuadraba todo arresto byroniano; se armonizaban quejas según los registros líricos de Musset o de Lamartine, llorando tristezas no sentidas al margen de «Las Noches» o entonándose inacabables cuitas a la libertad o al amor, según lo hacían los poetas peninsulares con el 2 de Mayo o Espronceda con su ya hiposa Teresa.

Nada más superficial y pasadero que el tipo ingénito del poeta romántico americano: en vano se buscaría en sus estrofas la excepción de una vida interior rica o las angustias de un yo atormentado por las cotidianas tragedias de la conciencia; ese liviano rimador apenas si roza la epidermis de lo imaginativo, repitiendo la eterna modulación aprendida en el ajeno organillo. Sus versos constituyen un juego de salón calcado sobre reminiscencias obligadas. Toda su obra pasó ligeramente con la nada que le infundió vida y hoy se nos aparece como un retrato descolorido, de revuelta melena y ceñido corbatín, que se olvida cada día un poco más en el fondo de un marco recargado con oros de similor. Cualquiera de ellos, Eusebio Lillo, Domingo Arteaga Alemparte o Luis Rodríguez Velasco, repitieron la misma nota, sobre análoga cuerda: cantaron a la libertad, hicieron el elogio de la democracia, fustigaron a los tiranos, participando en todo del sentir corriente de la época, que veía en el hombre un fruto de perdición ¡ah vivo recuerdo zorrillesco! un sino fatalista capaz de impulsarle a la desgracia y que resume un eco de la teología católica, pues busca en la caída del pecado original una explicación conformista, puesta de moda por Chateaubriand en sus lecturas de la Imitación, que explotó a maravillas todo el romanticismo de

su tiempo. Y, aunque los dones de la vida les colmaron con sus ofrendas, ellos jamás dejaron de lamentarse en sus versos, porque la moda así lo exigía y porque un ay parecía asunto más propicio que una sonrisa para una estrofa.

La espontaneidad y la imitación fué en ellos una razón determinante de su carácter y de su vida. Escribieron sobre la impresión del momento, improvisando siempre y sin olvidar jamás el necesario modelo. Mientras el grave don Manuel Antonio Matta vertía deplorablemente ¡triste es reconocerlo! el Fausto de Goethe, Rodríguez Velasco traicionaba a Lamartine y a Musset traduciendo «El lago» y fragmentos de «Rolla,» traduttore traditore; o seguía las mismas aguas de las imprecaciones byronianas imitando a Espronceda:

¡La sociedad! Es cierto ¿y qué me importa?
¿Qué me importa el rugir del mundo necio?

¡Tipo inefable el del característico versificador romántico americano! Incorregible improvisador, ajeno a toda disciplina científica. abominó el estudio, floreciendo sus versos mediocres, solos, como las faldas de nuestros cerros áridos, sin ese incentivo de fecundación que puede significar la cultura. ¿No solía sonreir Rodríguez Velasco porque de la Barra corregía sus versos? Clásico tipo del escritor convencional, sin personalidad, falto de emoción, participó en las luchas políticas porque su espíritu versátil, hijo de sus convicciones epidérmicas, le llevó a todas partes como la hojuela que arrastra la ventisca.

Hoy, corridos ya más de cincuenta años, lo sentimos muy lejano y muy anacrónico. Representa el documento muerto de una época demasiado viva, que no habrá de olvidarse, y en razón de cuyo interés él perdura prendido a su recuerdo. Pasó con la moda y, en el frío museo de la historia chilena, tiene su sitio visible en la hornacina que le deparó el juicio de sus contemporáneos.

COMIENZOS DE LA RENOVACIÓN LÍRICA

La mayor parte de los románticos chilenos sobrevivieron a su obra: ¡pobre destino de saberse muertos en vida! Cuando la nieve del tiempo cubría ya las negras y sedosas cabelleras del quimérico antaño, ellos sentíanse olvidados y difuntos entre los nuevos poetas. Solos; mas optimistas que dolientes; enteramente olvidados de sus versos, que tenían por pecadillos

juveniles; dueños de la esquiva fortuna, parecían desmentir en su cómoda abundancia la angustia que antes les arrancó la queja rimada. La vida se vengaba, hasta por el don de sus largos años, de la mentira que les movió a renegar de ella con la imprecación siempre fácil. ¡Tiranía de una moda demasiado exigente y de un arte demasiado falso!

No supieron renovarse porque no eran más que diestros rimadores de ocasión, convencionales y pueriles, sin arraigo alguno en la vida. La juventud de las nuevas generaciones pasó junto a ellos ignorando que aún no habían muerto. Inútil había sido tanta queja doliente dicha en vano; tanto verso de amor rimado sin sentirlo; tanto canto a la libertad, a la patria, a la muerte, vaciado en el estrecho molde de esa usatta poesía que odiaba el lírico italiano.

Antes que ellos se hayan ido del todo, los años comienzan a escribir la nueva página de una nueva historia, en la cual habrán de rastrearse los orígenes de la moderna poesía chilena. Una que otra estrofa de Pablo Garriga o de Eduardo de la Barra, en el período más pobre de la literatura chilena, anuncian la definitiva declinación romántica y el advenimiento de una nueva modalidad lírica. Becquer, Campoamor y Nuñez de Arce han influído ya sobre el adolescente Rubén Darío, a la sazón en Chile, que ha desembarcado en Valparaíso poco después de la muerte de Vicuña Mackenna. En la metrópoli chilena le sorprende una ciudad populosa y hasta magnífica para sus gustos lugareños, pero un ambiente helado, de activa vida práctica cuanto pobre de idealidad. Vé a Lastarria, grande en su ancianidad; a Miguel Luis Amunátegui, el amigo de Bello, envuelto en su amplio manteo español; a Eduardo de la Barra, que vá a apadrinar «Azul» con un prólogo lamentable. Su pobre y huraño encogimiento le permite frecuentar la camaradería de algún raro amigo como Pedrito Balmaceda o Manuel Rodríguez Mendoza, espíritus modernos, inquietos; asíduos lectores de la literatura francesa contemporánea. Darío conocía bien a Hugo, cuya obra le hizo frecuentar Francisco Gavidia, pero solo durante su permanencia en Chile leyó a Armand Silvestre, a Catulle Mendes, a los Goncourt, a Flaubert, que le franquearon las perspectivas de un horizonte nuevo, con extraños cielos y raros paisajes, propicios a exóticas fugas. Entonces supo del Japón heroico y galante; de los países de abanico; de las pastoras de Fragonard; de los abates de Watteau; de las crónicas del gran Theo y de las carnales pecadoras del wagneriano apolonida; de su arte poética, que pudo ser el código de los parnasianos y una propicia insinuación para Verlaine.

Ni «Abrojos», ni «Azul», ni las «Rimas» despertaron un

eco capaz de influir o agitar siquiera el ambiente literario chileno y, fundadamente años más tarde, tras la Carta de don Juan Valera, pudo dársele su justa importancia a ese pequeño libro, que era una especie de breviario del renacimiento moderno en la literatura americana. Tan solo un lustro más tarde esa influencia se hizo sentir en los primeros libros de Emilio Rodríguez Mendoza y de Alejandro Parra.

Cuando Lastarria organiza el Certamen Varela, arrancándole dinero al sórdido millonario de Valparaíso, las esperanzas pudieron cifrar la ilusión de un intenso renacimiento cultural, capaz de emular con el que, medio siglo antes, presidiera también el propio autor de «La América». Sin embargo, la cantidad de lo escrito no estuvo en relación con la calidad de lo elegido por los jurados, que regatearon segundas recompensas a hermosas páginas de Rubén Darío, superiores a cuantas premiaron del poeta de la Barra.

Luego vuelan los años y, mientras el autor de «Azul» parte rumbo a su tierra natal, en Chile la más estéril de las revoluciones sacrifica la romántica figura de Balmaceda y malogra todos los incipientes ensayos literarios: durante tres o cuatro años no prospera ningún periódico serio; nadie piensa en publicar un libro y apenas si se suceden, como los disparos perdidos tras la batalla, algunos panfletos de agrias recriminaciones políticas. Callan los poetas de la vieja guardia porque saben que, habiendo pasado su época, han envejecido con ella.

Mientras en Buenos Aires se promueve un movimiento de ardiente liberación artística, exaltado por la influencia cosmopolita, en Santiago apenas se insinúa uno que otro valor aislado. Los poemas que bien pronto serán los estandartes de «Prosas profanas», (¿No se hablaba de los colores del estandarte en la polémica célebre de Darío con Groussac?) «Las montañas del oro» y «Castalia bárbara», vuelan difundidos en excelentes revistas juveniles y dan la medida de una actividad que se anuncia como un alba de ensueño detrás de cuyo día canta el pájaro azul. Si Eugenio Díaz Romero consigue fundar «El Mercurio de América», que será una especie de «Mercure de France» para el simbolismo americano, es porque el ambiente resulta propicio. Cuando franquean los Andes esos libros y revistas bonaerenses, encuentran su eco inmediato en Santiago.

Movido de curiosidad y de inquietud y siguiendo acaso el ejemplo del malogrado Pedro Balmaceda, el amigo inolvidable del autor de «Azul», un poeta joven, muerto en hora prematura, Abelardo Varela, puso el oído atento a las voces lejanas del arte nuevo: leyó y tradujo, por vez primera en Chile, los

poemas de Verlaine y de Rollinat, de Richepin y de Banville, de Poe y de Mendes. Pero, acorralado por la vida; sacrificado en flor de juventud por la avaricia de su padre, aquel sórdido Harpagon de don Federico Varela, su muerte prematura malogró lo que pudo ser una bella obra renovadora.

Entretanto otro precursor de la literatura contemporánea, curioso de la novísima cultura, Marcial Cabrera Guerra, encuentra en sus frecuentes hurgares a un hombre extraño, raro bohemio y lunático empedernido: cuando descubre a Pedro Antonio González, el autor de los futuros «Ritmos» lleva realizada una labor considerable. Sus estrofas revisten una armonía insólita, que si hoy trasciende a simple ampulosidad verbal, entonces significó el preludio de una interesante modalidad. Tras tanta oda patriótica y después de la empalagosa imitación becqueriana, promovida como exigencia formal por el Certámen Varela, ese ajuste de rimas arrancadas al Diccionario y esa enfática adjetivación tras la cual se escondía un temperamento vulgar, pudo ilusionar como el deslumbramiento de algo nuevo: era la cadencia adormecedora de un verso más amplio, flexible dodecasílabo y armonioso tripentálico; era el chisporroteo de la palabra desusada, del adjetivo encubridor de la vaciedad, vistosos y centelleantes como los alamares de un traje de luces; era el grito lírico del ¡oh!, el admirativo que Rubén Darío había prodigado diez años antes; era, en fin, el comienzo de una época de verbalismo puro, en que las palabras y las letras podían tener el color que pensaba Rimbaud. Palabras, palabras; sonoridad; hinchado énfasis; repetida melodía de la rima forzada; ausencia de toda inquietud pensante; pueril vaciedad de un verso que, acaso, justifica su razón de ser en las palabras de Remy de Gourmont cuando, en los ardorosos días del simbolismo, se preguntaba: ¿acaso se ha hecho la poesía para que se la entienda? Nunca, tal vez, un poeta pudo escribir un largo poema, como D a n t e s c a o L a s o n d i n a s , en el cual sus centenares de versos no sean más que un simple y sonoro alarde verbal; una precipitación de todos los adjetivos, en la más extentórea y hueca elocuencia que jamás haya logrado otro versificador.

Sin embargo, González traía consigo algo nuevo: el afán del verso elegante, lleno de sugerencias; el deseo de personalizar una manera de sentir y de ennoblecer los recursos de la tradicional forma poética, tan rebajada por los románticos americanos. Junto a la poesía de los entonces sobrevivientes don Eusebio Lillo y don Guillermo Matta, las estrofas de González podían ser consideradas como las de un revolucionario; del temido decadente que don Eduardo de la Barra quiso señalar en él. Durante aquellos años, mientras el público

sólo frecuentaba lecturas como las de Campoamor o de Núñez de Arce; cuando aún eran contados por lo escasos los adeptos de Rubén Darío, la aparición del libro «Ritmos» tuvo la significación de algo insólito, prudentemente silenciado por los seguidores de lo antiguo, como ardorosamente coreado por los jóvenes. El nuevo poeta llegaba como un dominador: sus versos tenían el secreto de toda la lira y las palabras se engarzaban en ellos como piedras preciosas, no siempre de un auténtico oriente, concediéndole a la rima esa importancia que toda una generación iba a extremar luego en América: que austro y plaustro, solio y eolio, plectro y electro, almas y palmas, topacio y espacio, tizne y cisne, bardo y nardo, expectro y plectro, escombra y sombra, salóbregos y lóbregos. González lograba resolver todas las dificultades prosódicas con el Diccionario de la rima siempre pronto. Y es así como su verbalismo, afanado en salvar dificultades, excedía a cuanto se pudiera exigir en materia de consonantes. Sus versos, erizados de adjetivos, habrán de citarse como un ejemplo típico de elocuencia rimada. Cuando se han leído dos o tres poemas suyos se conoce su manera peculiar de componer; su grandilocuencia y el secreto simple de su adjetivación. Todo el vocabulario de su liturgia se repite demasiado para que pueda sorprender su novedad: ya sabemos como no habrá virgen que no sea rubia; arrullo no inefable; lago que no tenga su música; estrella que no tenga ritmo; muerte que no bata su cetro; lira que no sea eolia; genio que no sea raudo; coro que no sea celeste; cabellera que no sea blonda; miradas que no languidezcan; beso sin ardor; cierzo que no bata el ala. Falto de riqueza emotiva, de una vida interior personal, escribió siempre de memoria ajustando las mismas imágenes y análogas rimas. Sus ideas no pasan de ser más que las dos o tres que prodigó Víctor Hugo en todos los tonos: la vida es una representación de Dios; la materia no muere; la fe en el ideal siempre encuentra en el fondo de todo la nada; el hombre es un gusano en un averno. Pero, cada embrión de idea está diluído en un océano de palabrería, en el cual la sonda más dilatada apenas si alcanza a tocar el fondo.

Poeta del vocabulario; versificador obstinado, prodigó el secreto de muchos recursos verbales en la imitación de algunos poemas juveniles de Rubén Darío y de Guillermo Valencia. ¿Cómo olvidar las repeticiones de *Dantesca*, ya intentadas en los versos del *Canto Epico a las Glorias de Chile*, premiado en el Certámen Varela y que el poeta de «Azul» ha recordado como un pecadillo juvenil?

¡Oh el relámpago vivo y subitáneo
que del hondo infinito se desprende,
que el corazón enciende
y que ilumina el cráneo!
¡Oh los heroicos ritmos! ¡Oh la nota
y el estremecimiento de la lira!
¡Oh el aliento de Dios que solo flota
sobre aquel escogido a quien inspira!

¿No reconoce ese tono y el énfasis de esos ¡oh! una directa paternidad sobre los endecasílabos de González?

¡Oh, la constelación de los altares!
Oh, los órganos de oro!
Oh, la diáfana voz de los cantares
de las once mil vírgenes del coro!
Oh, los arrobamientos
con que asisten las almas eucarísticas
a los florecimientos
de las eternas primaveras místicas.

González leyó con provecho a Rubén Darío y sobre todo a Díaz Mirón, aunque él solo confesaba su preferencia por el Dante y por Virgilio.

NACIONALISMO LITERARIO

Una ráfaga fresca de vida, primaveral resurrección, llega a la literatura chilena en los comienzos del nuevo siglo. Algo del anhelo cosmopolita, que se refleja en todas las aspiraciones sociales, parece trascender de la inquietud pensante de los nuevos escritores americanos. La lírica romántica ha muerto definitivamente; se inician los días de un preciosísimo rubendariano, mientras la influencia avasalladora de la áspera novela realista obliga a los poetas a mirar las cosas de su tierra y a saber de los dolores de su pueblo. Es la época de Zola y ya se principia a leer a Gorki y a Dostoievski. Los últimos años del siglo que acababa de morir han traido en sus vientos los trenos con que claman las reinvindicaciones de justicia social. Y he ahí como la vieja civilización le señala el nuevo camino a los pueblos de América. Entonces poetas y novelistas comienzan a sentir lo propio; a darse cuenta de su fauna y de su flora, de sus campos y de sus mocetones bravíos, de sus mares y de sus montañas: Dublé Urrutia canta a su Arauco

natal; habla del lanzamiento de sus indios; evoca vigorosamente sus minas, donde el trabajo tiene su calvario; hace sentir el fuerte perfume de los boldos y los arrayanes en las bravías selvas sureñas. Es el primero que vuelve los ojos a lo propio; que hace sentir, en sus narraciones líricas, el calor de lo autóctono: su libro inicial, «Veinte años», no fué más que una viva profesión de fe en el criollismo literario, que tuvo su resonancia y su influencia en cuantos como Antonio Orrego Barros comenzaron a escribir en la jerga popular, imitando también a Gabriel y Galan o a Vicente Medina.

Muertas algunas de las revistas más interesantes de carácter moderno, Marcial Cabrera, que ha dirigido los suplementos dominicales de «La Ley», funda «Pluma y Lapiz», semanario cuya influencia vá a ser fecunda como la corriente subterránea enriquecedora del campo espiritual chileno. Inquieto y cosmopolita, es el más atento en seguir las corrientes literarias del exterior: en las páginas de su revista aparecen las mejores firmas americanas; colaboran los nuevos escritores nacionales y, en los momentos en que poco se conoce el movimiento artístico de Europa, él difunde las producciones de Ibsen y de Wilde, de D'Annunzio y de Verlaine, de Tolstoy y de Poe.

Entretanto una generación entusiasta gana las primeras batallas líricas, levantando muy alto el estandarte de Rubén Darío y la bandera lugoniana, enseñas de radical libertad en el arte. De la Barra, que ya en el prólogo de «Azul» no le había escatimado sus reparos a los decadentes, como un dios olímpico desata sus invectivas contra González y Bórquez Solar cuando éste último se permite hablar con cierta irreverencia de lo antiguo para exaltar lo nuevo

Son días de ardiente inquietud espiritual: mientras Pedro Antonio González releía a Díaz Miron, los mas jóvenes imitaban a Rubén Darío y a Leopoldo Lugones, cuyas «Prosas profanas» y «Las Montañas del oro» eran devoradas en los milagrosos ejemplares que poseía Marcial Cabrera. Calcábanse sus metros nuevos, sus rimas, sus aliteraciones raras, su exotismo elegante, sus obscuridades, su gusto por el símbolo y la alegoría. Ya, en el prólogo que Cabrera Guerra escribió por ese entonces destinado a «Campo lírico», decíale a Borquez Solar que «desbocó la cuadriga de sus águilas. despeñó su carro en los abismos y extremó en lo abstruso la ficción de su arte, para hacer hablar la Perla, monologar los Lirios y las Rosas, poner el oído al diálogo del Monstruo y la Princesa, en un indescifrable barajamiento de astreas y egipanes, oxiuros, tubiporas y lamantinas y para desbordarse en exotismos extraños y en fantasías abracadabrantes».

Aunque sin extremar el tono hasta el sentido caricaturesco

de este poeta, Francisco Contreras, con su primer libro «Esmaltines», había reñido ya, dos años antes, su batalla de arte y de escándalo: no faltaron protestas ante el pequeño volumen audaz que desafiaba la vulgaridad, impreso en tinta azul, con dedicatorias extravagantes, dirigidas a la Princesa Zafirina, a la Señorita Primavera, al Príncipe Matiz. ¡Ah, explicable regocijo de poder épater les bourgeois a los dieciocho años!

Aparece Contreras como el más fervoroso de los escritores jóvenes: lector de los nuevos poetas americanos, Julián del Casal, Gutiérrez Nájera, Darío, Jaimes Freyre, Lugones, comienza a enterarse también del movimiento simbolista francés. Cuando, henchido de valiente entusiasmo, funda la efímera Revista de Santiago, el poeta de «Esmaltine» desea enarbolar pendón como los autores de «Prosas profanas» y de «Castalia bárbara» habían tenido la generosa Revista de América. El pudiera haber grabado en los colores de su estandarte las palabras liminares que Rubén Darío estampó en el suyo: «Levantar oficialmente la bandera de la peregrinación estética, que hoy hace, con visible esfuerzo, la juventud de la América latina, a los Santos Lugares del arte y a los desconocidos orientes del ensueño». Pura en su noble afán de belleza y de libertad artística, la obra literaria del autor de «Los modernos» marca en ese momento una etapa de transición, que señala claramente los nuevos rumbos de la poesía. Tres años más tarde, en el preliminar de su baudeleriano «Raúl», puntualizará las normas de su estética, que va a recoger el eco de las nuevas tendencias del simbolismo difundido ya en América.

De ese momento literario solo quedó un recuerdo borroso, pero también una batalla ganada: la revolución no tuvo más que una trascendencia verbal, cuyas víctimas fueron ser un poco la gramática y otro poco el seudo clacisismo imperante, imitado de los románticos españoles. Cada poeta joven quiso repasar toda la lira, embriagarse en todas las exaltaciones, dominar todos los metros, pudiendo exclamar con Moréas: Moi qui pote Apollon au bout des dix doigts.

Pero, mientras se extingue esta pequeña batalla de juegos de artificios, acentúase la corriente literaria de carácter social: un ferviente anhelo de bien y de bondad hacia el dolor humilde permite olvidar un poco las controversias verbales, para sentir la angustia de abajo, la noble piedad cristiana de la vida exaltada por Tolstoy. Grande y noble renacimiento de la literatura propia, que en ese momento se humaniza y, siendo más chilena es más universal: ya Pezoa Vélis, que ha comenzado imitando a Gutiérrez Nájera, siente la santa sencillez de esa poesía que alienta en el dolor humilde; que repara en el

pobre diablo anónimo; en el perro sucio mientras escarba la basura; en los hijos del labriego, carne de gleba y de miseria; ya Víctor Domingo Silva rima también los poemas de su futuro «Hacia allá», llenos de presagios reinvindicadores, (que exalta hasta exclamar: «¡Quizás soy un poeta; pero antes que poeta soy revolucionario!») ungidos de piedad por el gañán y por la muchachita que mancha el vicio; por el paria de los puertos y por la miseria que esconde su harapo en el conventillo; ya también Bórquez Solar, extraviado antes en la imitación de Lugones, sin encontrar el camino propio, escribe las estrofas de su próxima «La floresta de los leones» (los leones son el pueblo que ruge y aguarda la hora de las venganzas) y grita: «He ido a empaparme mucho en la hiel y vinagre de allá abajo; y en nombre del Bien y de la Justicia quiero romper la molicie de los poderosos con el eco de este clamor, que viene agigatándose poco a poco, y que bien pudiera ser que se oyera con el estampido terrible de la trompeta del Juicio Ultimo».

Ese movimiento literario responde a una exaltación justiciera y a un anhelo universal: los escritores comienzan a frecuentar los centros obreros y la tribuna del Ateneo vé desfilar a poetas y novelistas, encendidos en un nuevo credo humanitario. Cuando se funda la revista «Panthesis» cada cual ensaya su palabra roja, hasta que el trágico epílogo de la huelga revolucionaria de 1905 da al traste con ese juego de literatura peligrosa.

Ya Pedro Antonio González ha muerto en un hospital. De tarde en tarde publican algún poema («Pancho y Tomás, Los bueyes, el Viernes santo de don Quijote») Pezoa Vélis, Magallanes Moure o Víctor Domingo Silva. Entretanto se anuncian nuevos poetas: González Bastías, que ha colaborado en todas las revistas; Max Jara y Carlos R. Mondaca, que aparecen en esa hora propicia para todas las renovaciones. Por esos años Dublé Urrutia ha partido al extranjero; Contreras prepara los sonetos de «Toison», que va a imprimir en París; Samuel Lillo imagina sus primeros poemas araucanos; Bórquez Solar continúa hostigando a los leones de su jardín.

Un afán de intenso nacionalismo literario orienta la producción autóctona de los mejores cuentistas chilenos: Baldomero Lillo, Guillermo Labarca, Santiván, Rafael Maluenda, D'Halmar, Federico Gana. La vida de los campos, la espoliación del trabajo en las minas, las costumbres rurales, el ambiente santiaguino, tienen ya su historia en las páginas de esa hora, que contribuyó a la eclosión de patéticas narraciones. La moda de la chilenidad, del color local, priva en cenáculos y en periódicos: no faltan revistas, como la recién nacida «Zig-Zag», que comiencen a estimular toda esa literatura del momento. Y, claro está, lo que muchos hacían en prosa lo in-

tentaban también algunos en animadas narraciones líricas. El ejemplo de los buenos lo desnaturalizan no pocos rimadores de orden menor, que ya no prodigan un simple aspecto del alma chilena sino que salpican sus anécdotas versificadas con frases de la jerga popular o entonan cantos en los cuales la mitología griega corre a parejas con las invenciones autóctonas.

Pero, todo ese alarde criollista pasa pronto y, corrido ya los dos primeros lustros del nuevo siglo, ese recuerdo es una reminiscencia lejana en la historia literaria chilena. El gusto por las capillas y las modas ha pasado ya: ni se fundan revistas que agrupen a los escritores dispersos; ni se crean cenáculos como los anteriores de la Universidad, del Ateneo o de las revistas Pluma y Lápiz y Panthesis. Ahora cada cual vá por su camino y el escritor solo aparece en su obra. Idos son los tiempos en que, con pueril ingenuidad, se creía en las últimas consagraciones enviadas desde París por Jean Moréas o Saint Georges de Bouhélier. Talvez la democracia ha conseguido anular para siempre el romanticismo personal en el arte. La melena y el manifiesto han sido asesinados por la espalda. La literatura será, en adelante, más sencilla, más honda e independiente; enemiga del jesto ampuloso y de la oratoria; con un arraigo más hondo en la vida y con una conciencia cabal de la personalidad.

Gabriela Mistral y otros poetas.

En toda esa época, que linda con la celebración del primer centenario de la república, en mil novecientos diez, la poesía chilena ha desplegado su bajo vuelo como una de esas aves pequeñitas de nuestros campos. El poeta original, de sensibilidad ardiente, intenso y hondo, está muy cerca; ha nacido ya.

Hasta entonces una tradicional indigencia artística determinaba esa triste aridez mental que solo el acendrar de los años iba a redimir. Hijo, por vía directa, de esos vascongados y extremeños, rudos, esforzados, pero sin inquietudes ni fantasía, el pueblo chileno no tuvo siquiera un inmediato ascendiente imaginativo, ya que ni siquiera encontró en su tierra una singular poesía aborígen. La leyenda del araucano nació con el poema de Ercilla y fué alimentada por cronistas más crédulos que observadores: el indio jamás pareció pensar ni sentir; trágico en su mutismo; triste en su arte rudimentario; vulgarísimo en sus costumbres, nunca logró tener despierto el necesario instinto doméstico, que debió enseñarle a edificar su

casa en vez de las miserables rucas pajizas, clavadas en la región más lluviosa del continente, donde hasta los enormes robles insinúan claras lecciones arquitectónicas a la inteligencia más rudimentaria. Tampoco la necesidad le obligó a discurrir una alfarería interesante, ni los inviernos glaciales contribuyeron a refinar sus primitivos telares. Mientras los indios de la altiplanicie y de Méjico dejaban monumentos que dan la medida de una cultura avanzada, el araucano se contentó con vivir pegado a la tierra, en primitiva animalidad. ¿Cómo iba a dar vida entonces a la flor de una interasante poesía autóctona?

Tradición de una fuerte cultura propia nunca la tuvo el chileno: durante tres siglos su literatura no hizo otra cosa que imitar a España y Francia. Sin embargo, tras su mediocre florecimiento lírico ¿qué razón profunda hizo posible el nacimiento de un poeta definitivo? Es el caso, que acaso escapa a todas las determinaciones históricas, de Gabriela Mistral. Antes de ella Chile aparecía en América, ya lo observó Menendez y Pelayo, como un helado y eminente país de juristas e historiadores, pero en cuyos jardines estuvieron ausentes los poetas. ¡Grave y severo país en verdad; ejemplar en su vida civil; aprovechado en las disciplinas de la erudición menuda cuanto pauperrimo en las efusiones imaginativas!

Con el advenimiento de Gabriela Mistral termina el peso de tal inculpación: la grave corneja de antes comienza a revelar el secreto de filomela. Su obra abarca el período más interesante de la literatura chilena en el primer cuarto de siglo de esta centuria. Nacida a la vida literaria en un momento de indigencia espiritual, Los sonetos de la muerte impusieron su nombre a pesar de las reticencias de los eternos misoneistas. Los mejores escritores de la generación anterior languidecían dilatando procedimientos verbales envejecidos, mientras el afán de imitación malograba no pocos talentos dignos de mejor suerte. Por aquellos años comienza Gabriela Mistral a difundir su palabra armoniosa, sin apremios, con la serena conciencia del florecer tranquilo, en anticipada madurez. Desde aquel día, ya tan lejano, en que Rubén Darío acogió con palabras entusiastas una hermosa producción suya, hasta los momentos actuales en que el mejor crítico español, Diez Canedo, saludó su advenimiento con un juicio fervoroso para su obra, van corridos más de dos lustros y sólo en 1923 quiso dar a la estampa Gabriela Mistral su primer libro, «Desolación».

Poeta de verdad, fuerte, atormentado y original, el canto puro en esta mujer extraordinaria rebalsa de todas sus palabras, como de frágiles vasos, insuficientes para contener sus

acentos de pasión, que llegan hasta la esencia misma de las cosas en su inquietud de intensidad. Los que siempre buscaron en la literatura femenina el sentido de la dulzura y de la persuación, huirán acaso atemorizados del huerto bravío donde esta mujer fuerte vive desolada como el espino en el yermo. Columna de fuego en medio de la indiferencia de los tibios, de los complacientes y de los blandos de espíritu, incendia con sus conminaciones. ¿Qué extraño acento bíblico fluye de sus cantos? ¿Por qué en el fondo de sus palabras siempre la voz parece enturbiarse de lágrimas? No le importa el camino de terciopelo por donde todos van hacia la armoniosa perfección. Ella violenta las medidas consagradas y el extremecimiento de su emoción rompe las palabras como si fuesen inútiles pompas aéreas. No se contiene en los helados moldes, porque los deshace tumultuosamente, desbordándose áspera y bárbara.

Bárbara, dominadora, he aquí las expresiones que toca recordar. No ha seguido los caminos de Grecia, porque llegó hasta nosotros de quien sabe qué mongólico refugio. Lo que Enrique Heine, ese ateniense que frecuentó a Aristófanes y a Alcibíades, pudo sentir ante Víctor Hugo en medio de la agonía romántica, debe observarse respecto de Gabriela Mistral. Ella es el bárbaro, apasionado y tremebundo, sin norma ni medida, que ha frecuentado el dolor de los rusos y ha sentido de cerca la indiferencia egoísta de cuantos pasan ante las angustias que no se rebelan, porque no saben rugír su desesperación. Es el bárbaro que nos convence y nos conmueve, sacudiéndonos rudamente.

Durante los dos lustros que median entre los comienzos de su obra y la publicación de su primer libro, la poesía lírica chilena dá un gran paso, talvez el paso definitivo: muertos los cenáculos, nadie piensa en las escuelas y, si alguno corea las bizarrías dadaistas o las tonterías del futurismo, en ello priva acaso un afán de originalidad que no de superior preocupación estética. Mientras algunos poetas del novecientos callan o presienten que ha pasado su tiempo, otros como Contreras, Magallanes, Guzmán, se renuevan encontrando su camino en la búsqueda afiebrada del arte. El autor de «Matices», que pudo iniciar su obra siendo un ligero colorista, dá a la estampa un libro hondo y puro, «La Jornada», preludio de su admirable obra de madurez. Inquieto y moderno, tierno y melancólico, ahogado siempre en una tremenda inquietud sentimental, ninguno como él ha logrado hacer sentir con mayor sutileza ese dulce deliquio pasional, que constituyó un estado hiperestésico en su temperamento sensitivo.

Anterior a la obra definitiva de Magallanes es la aparición

de los libros de Carlos Mondaca y de Max Jara: «Por los caminos» y «Juventud» anticipan lo mejor de la obra futura de estos dos poetas. Escéptico y atormentado el segundo, publica una de sus obras con un título pueril y sugestivo: «¿Poesía?». Docto en dilatadas lecturas literarias Mondaca, conocedor inteligente de todas las especulaciones del espíritu, podría decir con Mallarmé: «La chair est triste hélas! et je lus toutes les livres». Doliente, enfermo de hastío, con los ojos puestos en el más allá cristiano, este poeta ha escrito algunas de las mejores producciones de la poesía chilena: a raíz de la muerte de su madre, sobre el tibio dolor de su desamparo, compuso esa «Elegía» que bastaría por si sola para consagrar el nombre de un escritor. «Tembloroso de fe y triste de deseo», según reza uno de sus versos, Jara recuerda a Baudelaire y, acaso, a veces, al Verlaine de «Chair». Su último libro, «Asonantes» es un puro milagro de sencillez y de emoción.

Después de sus «Flores de cardo», que fué un reactivo contra el verbalismo lírico, Pedro Prado publicó «El llamado del mundo», libro de poemas patéticos en su serenidad ideológica, aunque opacos en su forma prosaica. Talvez cabría decir de este poeta que es un anti lírico por su falta de emoción y por su desden de toda virtud prosódica armoniosa. Desde los comienzos su obra denunciaba una personalidad original que, talvez reconocía un ascendiente en el Marquina de la primera época, el admirable elegíaco de «Las vendimias»; en Unamuno y en el Guyau de los «Versos de un filósofo», pero que acentuaba una reacción contra la mayor parte de los excesivos versificadores americanos. Ideólogo antes que emotivo, quiere ignorar la tiranía del estilo y del vocabulario, escribiendo en su prosa cortada, que frecuentemente tiene la entonación de los versículos bíblicos. Leed y releed «El llamado del mundo», canto a la vida, égloga a la naturaleza, salutación al bien y a la bondad cordial: alli está Lázaro, que retorna alabando hasta la muerte, porque ella es una forma de la vida; gustareis el elogio de la mañana, que es la juventud; sentireis el milagro renovador del hijo; la gracia y la fuerza del viento y del mar; la piedad de Jesús, lazo de todos los corazones; sabreis de la montaña, de la tierra, del amigo, de todo cuanto es vida y es amor.

Como en el caso de Pedro Prado, la poesía de Ernesto Guzmán es también la de un anti lírico, que ha llegado a la expresión de su humilde verdad tras la mas sincera de las auto gnosis. Todos los caminos de su obscura selva interior conducen hasta el campo de sus simples conceptos de la

vida, de los sentimientos, tortuosos a veces como los ásperos senderos de un espíritu que se busca a sí mismo, ajeno a las solicitaciones exteriores.

A pesar de todos los augurios que presagiaban la bancarrota de la cultura durante los primeros años de la guerra europea, la poesía chilena pudo enriquecerse con la obra inesperada de un artista singular, un poeta de la generación anterior al novecientos: Julio Vicuña Cifuentes, traductor de los líricos latinos, impuso un ejemplo de renovada primavera apolínea tras la publicación de sus obras consagradas al folk-lore y a los estudios sobre métrica. Sus poemas, que más tarde va a reunir en un hermoso libro, evocan una melancólica primavera en suave declinar de otoño; hablan del grano fecundo que limpió de toda paja inútil un viento de intenso vivir; dicen de una voz con temblor de recuerdo y frescura de mocedad. Si bien pasaron los años nevando sobre su cabeza, en lo íntimo de su corazón Pan tejía cada mañana una guirnalda de rosas frescas. El tiempo no heló su viña, cuyas vides estaban en agraz, a pesar de que la enemiga había solido rozar su frente, anticipándole el fatal anuncio. Joven como los más jóvenes estaba su espíritu cuando floreció en sus versos como el eterno rosal, aunque más de alguna de las trizaduras en su vaso dejase resumir la escéptica amargura de sus lagares. Bien haya por la eterna alegría que ha henchido las alas de su verso, porque logró ser cual el signo propicio que pudiera arrancarle un canto a su don de armonía, tan hecho a callar en la modestia de su tradicional recogimiento.

Pocos nombres de calidad y muchas obras sería preciso consignar en esta época, que preside en la madurez literaria de poetas como Daniel de la Vega, Angel Cruchaga Santa María, Jorge Hübner, Juan Guzmán Cruchaga, cuatro valores definidos que marcan direcciones esencialmente opuestas: sencillo y emotivo el autor de «Las montañas ardientes»; atormentado y obscuro el poeta de «Job»; original y elegante Hübner; fino, intenso, Juan Guzmán. Mientras de la Vega cuenta con una obra abundante, teatro, novela, ensayos, cuentos, poesía, Hübner no ha dado a la estampa su primer libro, en cuyos poemas la criba de la auto crítica obró el milagro de la perfección.

LOS ÚLTIMOS

Y henos aquí llegados al término del viaje: detenida peregrinación a través de un yermo que, de tarde en tarde, se decora con el intento de oásis de algún raro jardín espiritual.

¡Tan escasos poetas y tan abundante alarde de poesía! Sin embargo, toda esa labor de una cultura incipiente permite comprender mejor el valor de la literatura actual, ya que el arte no es más que el aspecto inmediato de madurez en una civilización que, a medida que se depura, se aleja de las masas elevándose hasta la selección absoluta. Virtualmente deshumanizado; arte puro sin determinaciones sociales; profundamente sincero; personalísimo, el de las generaciones últimas parece estar más cerca de la eterna verdad.

De esta manera el último lustro que precede al año veinte tiene una escepcional importancia en la poesía chilena. La mejor esperanza que cabe cifrar en ese período está entre los jóvenes: talvez ellos, según lo advierte Ortega y Gasset, pueden no tener razón en lo que niegan, pero siempre la tendrán en lo que afirman. Ellos encarnan el futuro y son los dominadores de la vida. Cuantos se cuentan entre sus maestros, representan tan solo el clamor del pasado. Así pues el grupo de poetas que define sus aspiraciones hacia ese período y que comienza a intensificar sus propósitos en una anticipación de porvenir, representa la reserva espiritual de una época. Cada uno, antes de los veinticinco años, conoce ya su camino y no ignora el vigor de sus alas; no ha tenido necesidad de malgastarse en inútiles aprendizajes ni en lecturas repasadas por las generaciones anteriores; iba derecho a su objetivo desechando la historia inútil de pueriles manifestaciones literarias. La moda romántica estaba ya muy lejos y fué para todos indiferente espectáculo de museo. Cuando otros ensayaban todavía las andaderas, rindiendo el necesario tributo a la iniciación, ellos conocían el secreto que preside en las obras definitivas. Cuatro lustros antes los veinte años de Pablo Neruda se habrían enredado en inútiles riñas verbales, como la que hubo de disputar Francisco Contreras con sus «Esmaltines» o Bórquez Solar imitando a Lugones. Lo que Magallanes, Mondaca o Jara publican pasados los treinta y cinco años, lo realizan los nuevos en firme labor inicial, comenzando por donde los otros terminan. Su concepto del arte procede de la personalidad definida, que desconfía un poco de lo emocional huyendo de todo inútil énfasis, de las complicaciones retóricas o de los fáciles alardes de la pedantería egotista. Cuanto ha perdido la poesía en calor personal lo ha ganado en profundidad pensante; poetas de ideas más que de sentimientos, buscan en el arte un don representativo de la inteligencia pura, olvidando un poco la cordial intimidad elegíaca. Acaso, por lo demás, responde este aspecto del arte contemporáneo a considerar la obra como juego y gracia, tal vez en el genial sentido que presintió Schiller. ¿No ha sido el más personal y

moderno de los líricos españoles, Juan Ramón Jiménez, un tributario de las bizarrías de ese sintetismo esquemático que procede de una corriente formalmente caricaturesca?

Cabría puntualizar el más curioso de los contrastes en el arte actual estudiando lo que representa cierta izquierda arbitraria, que arranca de Apollinaire y de los cubistas, y lo que significa la obra duradera en las grandes corrientes del lirismo contemporáneo, ese que cuenta con nombres como Antonio Machado, Paul Valery, Pérez de Ayala, Gabriela Mistral, Leopoldo Lugones, González Martínez.

Pero, veamos como también este movimiento ultra moderno tuvo su eco en tierras chilenas remedando un espectáculo que pasó como un viento cosmopolita, que arrancó una que otra hoja, llevada luego muy lejos, en gracioso vuelo. Así ocurrió con Vicente Huidobro: creacionista, lleno de talento en el ejercicio de lo arbitrario, influye en más de algún poeta chileno y en toda una generación española; promueve un movimiento juvenil en Valparaíso, que se acoge a su estética, mientras su poesía de ahora hace olvidar la obra inicial. Su permanencia en París ha bastado para que defina su orientación literaria: conviviendo con Tzara, con Reverdy, con Cocteau, con Dermée y Cendras, pudo sentir inmediato el influjo de un anhelo de creación enteramente libre, arbitrario en su independencia. En el creacionismo el concepto de la realidad suele resolverse en lo caricaturesco, descomponiéndose en una perspectiva de espejo cóncavo o de raras lunas ustorias. He ahí el sentido de su estética: crear alejando el sujeto del poema como si fuese visto desde afuera, en una distraída simplicidad. El poeta crea sin tomar la realidad objetiva como base: procede en su obra como un taumaturgo pudiera hacerlo con el raro don de su poder; contrariando el aparente sentido de toda representación exterior. ¿Acaso no ha dicho el alemán Fritz von Unruh que el sentimiento creador del artista es cual la propia Creación; es decir, que es suficiente?

Huidobro ha publicado la mayor parte de sus libros en francés, en raras y magníficas ediciones, y acaso puede afirmarse que su obra constituye un paréntesis en la historia de la poesía chilena ya que no reconoce en ella ninguna procedencia, ni por su espíritu ni por su lengua, destacándose en el panorama de su horizonte europeo como el más audaz cuanto malogrado intento de renovación sustancial en el arte. Después de «Hallali», toca pensar de Vicente Huidobro, recordando el juicio del espectacular Barbey d'Aurevilly sobre Huysmans, que no le queda sino ganar su batalla definitiva con una obra superior o arrojarse de bruces contra las estrellas, ni más ni menos que la sombra de cierto personaje futurista.

En cambio, tan modernos como Huidobro, pero ajenos a ese radicalismo estético, aparecen poetas fuertemente definidos como Arturo Torres Rioseco, que en su cátedra literaria de la Universidad de Minnesota comparte sus ocios líricos (poeta de verdad, a quien no se le ha hecho aún la justicia que merece) con sus devociones de crítico; Roberto Meza Fuentes, que reserva avaramente a la publicidad lo mejor de su obra y cuyo verso como su corazón es claro; Pablo de Rokha, temperamento original, cuyo enfático verbalismo perjudica la parte mejor de su obra; Cifuentes Sepúlveda, María Monvel, David Perry, para no citar sino algunos nombres que tienen en su abono una labor lírica precursora de nobles libros futuros.

Cuando, en 1920, se promueve la mas ardorosa campaña política que haya sentido la vida chilena, los estudiantes encarnan una avanzada de ideas revolucionarias. Unidos con todas las asociaciones proletarias, representan las fuerzas libres del porvenir en marcha: entonces se les persigue; se les encarcela; sus periódicos son empastelados; el Club de la Federación de Estudiantes de Santiago es saqueado y destruído por matonzuelos de la sociedad, con la tolerancia de la policía. Y, entre las víctimas de esa hora, cae un estudiante que era también un gran poeta: Domingo Gómez Rojas. En la revista «Los Diez» se habían publicado algunos hermosos poemas suyos y en la cárcel escribe, con toda la sangre de su amargura, esas Elegías que dejan presentir su muerte inmediata. Estudiantes y obreros, cuyo número hubiera bastado para desencadenar en ese momento una revolución, fueron a dejar su cuerpo tibio bajo la tierra, tributándole a ese muchacho extraordinario el homenaje de dolor que merecía su malogrado talento y su asesinato alevoso.

Tres años más tarde aparece, después de publicar algunos de sus poemas en revistas de avanzada como «Claridad», el primer libro de Pablo Neruda, que le vale una consagración inmediata: es el poeta más interesante entre los jóvenes y la personalidad más definida en la poesía lírica chilena posterior al año veinte. Muy joven aún, sus veinte años prohijan una obra que anticipa una rara madurez. Fuerte, arbitrario, exaltado en su ardor pasional, hace pensar en el Walt Whitman y en el Verhaeren de su primera época y a veces en la Mistral; pero, por sobre toda influencia, vuela el canto varonil de su verso, herido de amor y consumido de deseo,

Comba del vientre, escondida,
y abierta como una fruta,
o una herida,

que en los Poemas del Amor olvida la entonación lírica y se estrangula en sofocada angustia sensual, dejando que la carne abrasadora se consuma en los carbones encendidos de su hambre de insaciado amor.

He aquí un poeta cuyo advenimiento es preciso saludar como a una primavera. Tiene la fuerza y la gracia, porque sabe ser el más humano, el menos libresco de todos y su verso no ignora el secreto armonioso de cada cuerda.

¿Qué inmediatas sorpresas líricas puede reservar a la poesía chilena el porvenir que avanza hacia el presente? La obra inicial de algunos escritores muy jóvenes hace confiar en renovados e interesantes días cercanos, que se anuncian cargados de promesas: Salvador Reyes, con su primer libro, «Barco ebrio», que toma el título del poema de Rimbaud, mueve a pensar en el simbolismo francés antes que por sus procedimientos verbales por la gracia sugeridora de una sensibilidad que recoge, como las jarcias enredadas en el alto mastil, las insinuaciones de todos los caminos abiertos a la fantasía; Romeo Murga, tan jóven como Pablo Neruda, cuyo verso tiene un amargo dejo baudeleriano, es la revelación de uno de los temperamentos más vivos en la nueva generación; Rubén Azózar, García Oldini, Víctor Barberis, cuyos poemas indican los comienzos de insospechadas posibilidades.

Esta primavera inicial anticipa un estremecimiento del futuro.

Envío

Y he aquí este libro, incompleto tal vez; abundante en el desparramado crecimiento de muchos ramajes demasiado frondosos; donde acaso faltan algunos nombres, que en futuras ediciones habrán de consignarse, pero en cuya corrección habrá de intervenir también el propio lector y la crítica.

Armando Donoso.

PRIMERA PARTE

177879

PRIMERA PARTE

Donación de
Antonio Doddis Miranda,
Catedrático de
Literatura Clásica y
Medieval de la
Universidad de Chile,
a la Biblioteca Nacional.

PRIMERA PARTE

1885-1900

En el pórtico de este período, que se refiere a la primera época de la poesía moderna chilena, podríamos hacer nuestras las palabras con que Enrique Diez Canedo, el más inteligente de los críticos españoles, comenzaba a historiar el modernismo literario en la Península: "Los mozos que hoy empiezan a rimar—si es que el verbo "rimar" no ha perdido ya toda significación—ven a esos poetas (Becquer y Campoamor) como a los antepasados un poco ridículos que llenan el álbum familiar de fotografías amarillentas, luciendo un atavío que aún no tiene carácter; alejados del corazón por la muerte y de la vanidad por la moda. La culpa, sin embargo, no es de Becquer ni de Campoamor".

Otro tanto cabría decir entre nosotros de Garriga y de de la Barra que, si en su tiempo gozaron de plena celebridad, bien pronto fueron olvidados por la influencia de la moda y, porqué no decirlo, gracias a las exageraciones propias de la juventud, cuyo clamor acalló todas las voces. Sin embargo, cuando Rubén Darío llega a Chile, hacia 1886, ya se inicia cierta lenta evolución que, en el verso de algunos poetas, denuncia una influencia cuyo origen no es la del romanticismo. Luego "Ananké", "Estival" y el "Canto a las Glorias de Chile" influyen decididamente en quienes, como Samuel Fernández Montalva, comienzan a cortar la clásica silva sobre ese nuevo modelo. Más tarde Pedro Balmaceda Toro, Manuel Rodríguez Mendoza y Rubén Darío leen ya a Richepin, Catulle Mendes y Armand Silvestre, mientras de la Barra ensaya un elogio lírico en cadencioso verso de dieciseis sílabas.

El período de la transición se inicia con dos acontecimientos de esencial importancia espiritual para la literatura chilena; uno de valor local, determinado a las circunstancias de la hora, y el otro de valor retrospectivo, cuyo alcance se lo ha dado el tiempo transcurrido: el Certamen Varela, que promovió un interesante espectáculo de actividad literaria, y la llegada a Chile de Rubén Darío.

Aquel torneo intelectual no reveló el nombre de ningún poeta excepcional, pero contribuyó a despertar un movimiento literario fecundo. De la Barra, Rubén Darío, y muchos otros figuraron con brillo en él, y acaso hubiera podido rendir más grande utilidad lírica, cosa que tal vez contribuyó a disminuir la estrechez de los temas propuestos, unos con pie forzado de historia patriótica y otros con obligado modelo de poesía becqueriana. ¡Culpas fueron esas impuestas por el dudoso gusto literario de aquel tiempo! Lastarria era uno de los miembros del jurado y, estrictamente oculto bajo el antifaz de un seudónimo, intentó también sus ensayos líricos.

Tras esa época la influencia que llega del exterior determina una nueva modalidad: los poetas de la vieja guardia comienzan a modernizar su verso, tal sucede con don Eduardo de la Barra, mientras los jóvenes miran también hacia afuera y tratan de aventurarse por los nuevos caminos. Todos ellos representan la transición entre la antigua modalidad romántica y el nuevo sentir finisecular. En ese movimiento están juntos, aunque los primeros no sean más que los precursores de una renovación necesaria, que comienzan a doblegarse ante los que le suceden. Pablo Garriga y de la Barra alcanzan a presentir la literatura nueva y, mientras aquel ajusta sus versos a los nuevos procedimientos, este le rinde un entusiasta homenaje al autor de "Azul", cuando prologa la primera edición de este hermoso libro.

Pero, sobre ese momento de acendradora evolución, hablan las obras con más elocuencia que el mejor discurrir: junto a González, a Vicuña Cifuentes, a Pezoa Véliz, a Dublé Urrutia, están los que sólo alcanzaron a dejar escuchar la iniciación de un canto, como Abelardo Varela

o Valledor Sánchez, y cuya obra fué una promesa de juventud que malogró la vida. Sin embargo, tienen su sitio junto a los otros, porque contribuyeron a fecundar el campo que floreció para la nueva primavera.

Con los primeros años del nuevo siglo se acentúa la evolución cristalizadora, primero de la forma refinada y cosmopolita y luego del pensamiento creador. Los primeros libros de Francisco Contreras y de Antonio Borquez Solar corresponden al movimiento lírico de renovación que Rubén Darío, Lugones y Jaimes Freire promueven en Buenos Aires con "Prosas Profanas", "Los raros", "Las montañas del oro" y "Castalia bárbara".

Después de este momento el camino queda abierto, porque ya se ha ganado la total libertad para el arte.

PABLO GARRIGA

Nació en 1853. Entre el romanticismo de la antigua guardia lírica y los poetas de fines del pasado siglo y de comienzos del actual, representó este cantor la transición necesaria, que dejaba adivinar la palabra nueva.

Siguió la carrera del Derecho, sirvió algunos cargos públicos, fué profesor. Murió joven en 1893.

Obras: «Ensayos poéticos». 1874.—«La Huérfana» (drama en tres actos). 1877.—«Poesías». 1882.—«Una oda y un canto». 1885.

Referencias: La poesía en Chile, por José María Torres Arce. (Revista Chilena: 1878). Una palabra en prosa sobre un libro en versos, por B. Vicuña Mackenna. 1882. Carta, de F. Vargas Fontecilla. 1882.—Pablo Garriga. («La Ley», Mayo 23 de 1893).

CAMADEVA

El dios del amor

(Tema indiano)

La luna, el sol, los astros rutilantes
lucieron en el eter cristalino
con rayos más serenos y brillantes
cual si estuvieran de placer radiantes
cuando del cielo Camadeva vino

De las flores los cálices se abrieron,
y sus hojas el tinte purpurino
de la rosada aurora oscurecieron,
y su aroma en los aires esparcieron
cuando del cielo Camadeva vino.

Durmióse el mar en su ribera undosa,
bañóse el monte en púrpura y en rosa,
y ante sus ojos de esplendor divino,
toda nube escondióse presurosa
cuando del cielo Camadeva vino.

Y el ave entre los árboles posada
de amor cantó en la plácida enramada,
soltó el león su presa en el camino
escondiendo su garra ensangrentada,
cuando del cielo Camadeva vino.

Y el corazón del hombre, de contento,
se sumergió en un éxtasis divino,
y el arpa del poeta exhaló al viento
sus armonías de inefable acento
cuando del cielo Camadeva vino.

Y los seres sintieron nueva vida,
deliciosa embriaguez, desconocida,
y hasta la muerte y el feroz destino
soltaron su guadaña maldecida
cuando del cielo Camadeva vino!

Los Alpes al amanecer

Del sol los rayos doran los vagos horizontes
Y argentan de las cumbres la frente colosal,
Los cazadores cruzan los senos de los montes
Y entre las nieves siguen al ciervo montaráz.

De roca en roca saltan con pasos de gigantes
Sobre sus férreas varas salvando la estensión,
Mientras sus labios callan porque su voz vibrante
Precipitar pudiera el hielo asolador.

Las cabras siguen lentas sus rutas ignoradas
Entre escarpadas breñas o espeso matorral,
Y en tanto el lobo hambriento que escucha sus pisadas
Oculto en las cavernas se apresta a devorar.

Y al par que los torrentes atruenan las montañas
Y el eco de las peñas repite su fragor,
De entre las nieblas surgen las rústicas cabañas
Cual nido que entre rocas el pájaro colgó.

El Entierro

Era bella. Los quince años fulguraban en su frente
Cual la aureola que circunda la mañana al despuntar;
En sus ojos se encendía, como llama sonriente,
De la antorcha de la vida la naciente claridad.

¡Vino un soplo! y adiós llama, y adiós lumbre y adiós vida!
En las sombras de la noche esa estrella se eclipsó,
Para siempre su mirada quedó inmóvil y extinguida,
Para siempre su alba frente perdió el dulce resplandor.

¡Pobre muerta! La llevaron a su tumba silenciosos
Con el alma acongojada los que amaron su virtud;
Y en su tumba la arrojaron y pusieron temblorosos
Una fúnebre guirnalda sobre el fúnebre ataúd.

Y después al cielo alzaron la pupila humedecida
Y sus lágrimas un rayo de la aurora evaporó;
Vino entonces otro rayo de esperanza en otra vida,
Y al mirar hacia los cielos, el consuelo descendió.

EDUARDO DE LA BARRA

Nació en 1839. Medio siglo de vida literaria comprende la actividad intelectual de este escritor; cincuenta años que abarcan toda la segunda mitad del pasado siglo, durante los cuales produjo ese cerebro formidable millares de estrofas; estudios de crítica literaria y de erudición formal; artículos sobre ciencias, viajes, educación; traducciones de Horacio; glosas, comentarios, apostillas al margen de sus lecturas; formidables panfletos, como sus requisitorias sobre Bilbao o sobre la ley de cementerios; innumerables trabajos sobre la versificación castellana; parodias, epigramas, letrillas y centenares de artículos volanderas en la prensa cotidiana.

Formó parte de los más significativos centros culturales del país y del extranjero, vinculándose con periódicos y escritores de todo el continente. Polemista temible, dejó huellas hondas su garra de león en la prensa chilena. Ayudó eficazmente a Rubén Darío, durante su permanencia en Chile en 1888, prologando la primera edición de «Azul». Murió en 1900.

Obras: Puede considerarse como la colección más completa de su producción lírica la edición titulada «Poesías», dos volúmenes, 1889.—«Rimas chilenas». 1890.—Sus obras en prosa son innumerables: y es, acaso, la más importante, «Estudios sobre versificación castellana». 1892.

Referencias: *Rasgos biográficos de don Eduardo de la Barra*, prólogo de «Rimas chilenas».—«La lira chilena»: artículos necrológicos con motivo de su muerte. 1900.—Rafael M. Merchan: «Estudios críticos». Madrid.—«Bibliografía General de Chile», por Emilio Vaïsse.

A CUBA

Indica región florida
envuelta en diáfano chal,
que muellemente tendida
pasas la indolente vida
bajo un cielo tropical.

Ardiente nido de amores,
mal oculto entre los mares,
que abanican los palmares
y que zahuman las flores
del bullicioso Almendares;

En ti es más bella la aurora,
más puro y ardiente el sol,
es la brisa más sonora
y el crepúsculo te dora
con más brillante arrebol.

Y tus mujeres preciadas
como tu clima así son:
ardientes y enamoradas,
tienen fuego en las miradas
y fuego en el corazón.

La luna riela en tus mares
y a sus tibios resplandores
saltan perlas a millares,
y suenan vagos rumores
como lejanos cantares.

Y en tus selvas perfumadas,
donde el dulce mango crece,
fantásticas enramadas
con flores entrelazadas
la brisa trémula mece.

Ciñen las selvas gigantes,
las cimbradoras palmeras
y los plátanos sonantes,
tupidas enredaderas
como penachos flotantes.

Y entre las cañas y flores
y en las tranquilas corrientes
como chispas de colores,
mil enjambres diligentes
van y vienen zumbadores.

Y bulliciosas bandadas
de lindas aves pintadas
pueblan el rico tunal,
y las piñas regaladas
y el extenso cafetal.

Junto a la tierna paloma
la pulida garza asoma
a orillas del Yumurí,
y se baña en suave aroma
el brillante colibrí.

En inmensas espirales
vagan las águilas reales
atisbando la culebra,
que entre los verdes nopales
el bronceado cuerpo quiebra.

Y allí el rey de los cantores
el poeta de las flores,
el sinsonte americano
viste de pobres colores
como Plácido su hermano.

Ensayando la habanera
cadenciosas barcarolas,
como el ave va ligera,
jugueteando con las olas
que mueren en la ribera.

Cuba, Cuba encantadora,
de las Antillas señora
por tu riqueza y beldad,
¿por qué tu suelo no dora
el sol de la libertad?

Y, ¿por qué tus resplandores
al que admira tus primores
le oprimen el corazón?
¡Cuba, tus joyas mejores
joyas de cautiva son!

*

¡Oh Cuba! tus brisas de aromas cargadas
que besan las flores y encrespan el mar,
tus ondas azules de perlas bordadas
en pérfido sueño te arrullan quizá.

Acaso las ondas de diáfana espuma
que ciñen flotando tu talle gentil;
acaso la vaga, fantástica bruma
tus duras cadenas oculten de ti.

Acaso te alaguen con falsos honores,
harapos reales acaso te den
y en cambio te mandan tus viejos señores
guardianes que talan tu mágico Edén.

¡Oh Cuba! tus campos, de frutos cubiertos,
los cuervos sustentan en regio festín;
tus ricos planteles, tus selvas, tus huertos
le ofrecen a España brillante botín.

Voraz el vampiro te acosa y te asedia,
y hambriento te chupa tu sangre mejor,
y bate sus alas... y Plácido, Heredia,
y mil y mil otros sus víctimas son.

¡Despierta! ¡Cautiva! Tu largo desmayo,
tu loca indolencia te ha sido fatal:
estallen tus iras lo mismo que el rayo,
y sé en tu venganza cubano huracán!

RIMAS

¿Quién es? ¿quién me ha llamado?
¿Quién pronuncia mi nombre en el silencio?
¡Ah! sólo tú, amor mío,
sabes llegar así a mi pensamiento!
Sólo tú me adivinas
sólo tú has comprendido mis anhelos,
sólo tú me respondes,
sólo tú me acaricias desde lejos.
¡Tú sólo, tú, perfume delicioso,
penetras en mi pecho,
y tu sér a mi sér se aúna y funde
cuando vienes a mí!... ¡Dulce misterio!...

.....

¿Me llamas? ¿Qué me quieres?
¡Ya estás aquí! ¡Ya tu presencia siento!...
Ven a mis brazos, ven y enamorada
deja rodar en mi hombro tus cabellos:
cuéntame de la ausencia
los pequeños detalles y secretos;
yo te haré mil caricias,

te arrullaré con candenciosos versos;
yo te diré al oído mis canciones
que tú después me pagarás en besos.
Siéntate en mis rodillas,
reclínate en mi pecho,
y en secreto, a la luz de las estrellas,
hasta que venga el alba, conversemos.

EL VASO ROTO

Sully Prudhomme

Ese vaso en que mueren las verbenas
a un golpe de abanico se trizó;
debió el golpe sutil rozarlo apenas,
pues ni el más leve ruido se sintió.

Mas aquella ligera trizadura,
cundiendo día a día, fué fatal;
su marcha imperceptible fué segura
y lentamente circundó el cristal.

Por allí filtró el agua gota a gota
y las flores sin jugo mueren ya;
nadie el daño impalpable... nadie nota.
¡Por Dios! ¡no lo toquéis, que roto está!

Así suele la mano más querida
con leve toque el corazón trizar,
y el corazón se parte... y ya perdida
ve la verbena de su amor pasar.

Júzgalo intacto el mundo, y él en tanto
la herida fina y honda que no véis,
siente que cunde destilando llanto.
¡Por Dios! ¡que roto está, no lo toquéis!

LA CANCION DEL LOCO

I

El arpa vibra sola,
modula una canción,
la mano que la toca
no tiene cuerpo, nó.
¿Qué dulce són? ¿Qué dulce són
arranca deliciosa, que alegra el corazón?
¡Qué dulce sónl
Yo escucho un canto vago,
yo siento un gran mareo;
lo veo y no lo creo; lo creo y no lo veo;
no sé si digo lo que oigo,
no sé si es ilusión,
¡Escucho el dulce són!
El arpa vibra sola,
modula una canción.
¡Qué dulce són!

II

Espíritu nocturno,
preséntame la faz;
ven a charlar conmigo
y el arpa deja en paz.
¿En dónde estás? ¿En dónde estás?
Te llamo y tú no vienes, te busco y tú te vas;
¿En dónde estás?
Yo veo un ser confuso,
yo siento un gran mareo;
yo siento allá a lo lejos vagar un aleteo.
—¿Quién eres?—Un espíritu.
—¿Tu nombre?—¡Lo sabrás!...

Preséntame tu faz;
ven a charlar conmigo
y el arpa deja en paz.
¿En dónde estás?

III

Despeja de tu frente
el fúnebre capuz,
y ven del otro mundo
a darme alguna luz
¿Quién eres tú? ¿Quién eres tú,
ser imparpable, aéreo, de un éter blanco-azul?
¿Quién eres tú?...
Veo que formas tomas,
que te condensas veo;
lo veo y no lo creo. ¡Ah! siento un gran mareo!...
¡Dios mío! vi unos ojos
debajo de ese tul!
¡Gran Dios! esa eres tú!
¡Ah! llévame a los mundos
donde hay perpetua luz,
donde estás tú!...

IV

Con claro timbre el arpa
modula su canción,
tu mano misteriosa
arranca el dulce són.
¿Será ilusión? ¿Será ilusión?
esto que tanto encanta mi roto corazón?
¡Será ilusión!
Tus ojos en mi fijos,
como dos brasas veo;
veo tu faz doliente; lo veo y no lo creo.
¿Qué buscas, vida mía?...
¡Ah! déjame oír tu voz!...

¡Se fué la aparición!
—¿En dónde está su tumba?
¡Está en mi corazón!
¡Adiós! ¡Adiós!

RUBEN DARIO

I

En las selvas de tu tierra, donde crece sin igual
una fauna multiforme y una flora colosal,
donde bullen los insectos de metálico color
y hay aromas que envenenan escondidos en la flor;
donde hay mujeres cual palmas de cadencioso cimbrar,
donde hay palmas cual mujeres que saben acariciar,
donde mugen los volcanes contestándole al ciclón,
más ardiente es la mirada, más fogoso el corazón;
y de su cielo candente, de oro, cinabrio y turquí,
tienen sus rimas reflejos, como tiene el colibrí.

En las selvas de tu tierra hay un pájaro sin par
cuyo nombre no recuerdo, y me lo has de perdonar;
es un pájaro modesto, más, primoroso cantor
cuando trina en su garganta como un numen el amor.
Tiene a más el picarillo, como nadie, el raro dón
de imitar todas las voces que encantan la creación.
Si ese pájaro escuchara la música tropical
de tus Rimas encantadas, quisiérala modular.
¿Te ofendiera si lo hiciera?... ¡Estoy seguro que nó!
Perdóname si lo intento, que ese pájaro soy yo.

II

Yo, como tú, fuí nacido
en hamaca tropical;
nadie conoce mi nido,
soy cantor desconocido,
soy un oscuro turpial.

Admirando tus canciones,
dignas de fama y loor,
yo, con roncas variaciones,
hice vibrar los bordones
de tu laúd soñador.

Con tus Rimas seductoras
toda una noche soñé,
y otras rimas incoloras,
como abejas zumbadoras,
sobre mi almohada encontré.

En pobre cuna nacieron,
mas, del cáliz de tus flores
hiblea miel extrajeron
y murmurando se fueron
mis versos murmuradores.

Yo no tengo en mis cantares
de Zobeida los collares,
ni argentería oriental,
ni las perlas de los mares,
ni el arbor primaveral.

Ni engarces de filigrana,
ni estuches de oro y rubí,
ni efluvios de la mañana,

ni esmaltes de porcelana,
ni buches de colibrí.

Yo no tengo ánforas griegas,
ni la flauta del dios Pan;
ni joyeles ni talegas,
como los de Micromegas
mis pasos errantes van.

Yo soy un eco lejano,
soy un sonido liviano,
aire vago nada más:
no busques mi nombre en vano
porque no lo encontrarás.

En alegre cantinela,
canto al son de mi cadena
por engañar mi dolor;
soy un enigma, un Perpena (1),
un errante trovador.

Yo vago sólo y perdido
por este desierto erial;
nadie me ha visto ni oído;
soy cantor desconocido,
soy un oscuro turpial.

---

(1) Célebre seudónimo bajo el cual se ocultaba don Francisco Vergara, autor de las cartas políticas que tanto llamaban la atención pública por aquellos días.

PEDRO ANTONIO GONZALEZ

Nació en 1863. De sus primeros años juveniles, de sus días de mocedad y de sus andares, dilecciones y estudios de madurez, quedan escasas noticias dispersas entre los testimonios de sus contemporáneos. Publicó algunas poesías en diarios y revistas y, gracias a la solícita admiración de su amigo íntimo Marcial Cabrera Guerra, fueron conociéndose sus mejores estrofas y se llegó a publicar su primer libro "Ritmos".

Vida de pobre bohemio la suya, compartida entre los deberes que le imponían sus clases y la camaradería con sus raros amigos, se consumió pronto, en plena floración de madurez intelectual. Murió en 1905 y su fallecimiento se tradujo en un homenaje de admiración y simpatía entre la juventud intelectual de entonces.

Obras: "Ritmos", 1895. En 1917 Armando Donoso reunió en un volumen toda su obra dispersa, que puede considerarse como la totalidad de cuanto produjo el poeta: "Poesías" (tercera edición) 1923.

Referencias: Artículo de Marcial Cabrera Guerra en el "Almanaque Sud-Americano", de Casimiro Prieto. Buenos Aires, 1897.—Pedro Antonio González, por Francisco Contreras ("Nuevo Mercurio": París. 1908).—González, por Víctor Domingo Silva ("Pluma y Lápiz": Diciembre de 1903 y Enero de 1904.—"Pluma y Lápiz" (Número de homenaje: 1905).—"Selva Lírica": 1917.—Vida de Pedro Antonio González, por Armando Donoso. ("Poesías": 1923).—"Los líricos y los épicos", por Miguel Luis Rocuant: Madrid, 1922.—Pedro Antonio González, por Eliodoro Astorquiza (Diario Ilustrado", 1918).—González, por Leo Par, "La Nación", 1917.—Pedro Antonio González, por Nicolás Peña Munizaga. ("Revista Chilena", Noviembre de 1918).

LUCRECIA BORGIA

(Tripentálica)

I

Era la noche. Sembraba el miedo con el desmayo
la cauda obscura de un pavoroso, fatal querube;
zumbaba el noto, rugía el trueno, vibraba el rayo,
de golfo en golfo, de monte en monte, de nube en nube.

Lucrecia Borgia, tras la postrera y ardiente danza,
fué a reclinarse junto a su lecho de oro y de caoba.
Y hundió sus grandes ojos azules en lontananza
por la ventana medio entreabierta de una amplia alcoba.

Sin miedo al rayo que desgarraba los nubarrones
se alzó de pronto con un extraño vaivén satánico
y aspiró ansiosa con sus lozanos, rojos pulmones,
el formidable, vertiginoso soplo huracánico.

Lanzó al espacio con voz sonora dos carcajadas
que retumbaron en los lejanos, vagos confines,
como las locas notas de plata de las cascadas,
como los regios compases de oro de los clarines.

Y entonó un himno de estrepitosas, raudas cadencias,
que dilataron por la siniestra noche sombría,
sus arrebatos, y sus transportes y sus demencias,
mientras inmóvil, tras las tinieblas, Satán reía...

II

Yo cruzo altiva, como una diosa de mármol griego,
por los soberbios, resplandecientes, vastos salones,
dejando en torno, con mis miradas llenas de fuego,
hechos pavezas, hechos cenizas, los corazones.

Yo, cuando danzo, dejo en el aire rumores de alas,
yo toco apenas con mis pies raudos la muelle alfombra.
Yo me deslizo tras los compases, tras las escalas,
como un querube, como un ensueño, como una sombra.

El foco de oro de las arañas lanza a porfía
sus claras ondas, llenas de ritmos, llenas de efluvios,
como una rauda, trémula lluvia de pedrería,
sobre el penacho de mi diadema de bucles rubios.

Yo lo soy todo, porque soy bella. Yo soy satánica.
Yo llevo el soplo de la soberbia borrasca loca;
yo llevo el soplo de la candente llama volcánica,
que despedaza, que pulveriza la dura roca.

Yo arranco al fondo de los sepulcros y los ocasos
sombras que crecen y que se empujan y que batallan.
Yo desparramo con mis miradas, ante mis pasos,
dudas que lloran, odios que rugen, celos que estallan.

Es mi gran triunfo ver sobre el polvo que altiva piso
caer al hombre bajo mis plantas, rendido y tierno;
y allá a lo lejos mostrarle el fondo de un paraíso;
y en sus transportes, en vez de un cielo, darle un infierno.

Cuando entro al templo como una reina, como una diosa,
tiemblan las novias que se desposan en los altares;
se pone blanca como la nieve su tez de rosa,
se bambolean sobre su frente los azahares.

Es mi gran triunfo clavar en ellas mi dardo extraño,
y herir de muerte sus ilusiones, sus alegrías;
y en las tinieblas crepusculares del desengaño,
contar a solas, una por una, sus agonías.

¡Oh! negra Noche, yo te bendigo cuando tú velas.
Yo te bendigo cuando sacudes tus hondas calmas.
Somos amigas, somos hermanas, somos gemelas:
tú arrojas sombras en los abismos, y yo en las almas.

Las dos cruzamos con unos mismos, lóbregos pasos,
robando al astro y a la esperanza sus rayos pulcros;
tú por el cielo, como la esfinge de los ocasos;
yo por la tierra, como la esfinge de los sepulcros

HETAIRICA

Virgen báquica y tísica, bebe:
cobrará tu alma azul el sosiego;
tendrá rosas tu cutis de nieve,
y tu sangre latidos de fuego.

Melancólica y lívida y brava,
sin que nadie a tu espíritu llame,
tú, cien veces, con pasos de esclava,
has marchado hacia el tálamo infame.

No has perdido tu olímpico rango:
a pesar de tu insomnio estás bella:
si en tus plantas hay gotas de fango,
en tus sienes hay rayos de estrella.

Tu cabello es undívago y rubio;
y tu voz es un coro de escalas;
y tu aliento es un diáfano efluvio;
y tus hombros son gérmenes de alas.

Tu magnífico talle gallardo
lleva en torno el vapor de una nube,
donde flota el perfume del nardo
y el ensueño auroral del querube...

*

Virgen báquica y tísica, bebe:
cobrará tu alma azul la esperanza;
hará estelas de luz tu pie breve
bajo el raudo compás de la danza

Son una arpa divina tus nervios.
Para ti son los regios coriambos;
los dactilos ardientes, soberbios;
los triunfales, pindáricos yambos.

Ni qué mórbida Venus fantástica,
ni qué huríes, ni qué bayaderas:
nadie tiene la música plástica
de tus rítmicas y anchas caderas.

Tu alma azul bate el ala y suspira
cuando escucha el adónico cálido,
que en la olímpica y sáfica lira
canta el bardo neurótico y pálido.

Eres diosa que huellas coronas
cuando el talle gallardo y apuesto
al vaivén de la danza abandonas,
bajo el soplo del raudo anapesto...

*

Virgen báquica y tísica, bebe:
cobrará tu alma azul la alegría.
Eres hija del Sol, eres Hebe:
sé la estrella auroral de la orgía.

Hierve el vino en las copas de plata,
y su espuma con ritmo sonoro,
desde el fondo hasta el borde dilata
sus burbujas de púrpura y oro.

El hará que tú dances y ondules
a compás del ardiente deseo,
bajo un nimbo de ensueños azules,
ante el ara del gran Jineceo.

El hará que más bella que un astro,
entre aromas de rosa y de malva,
a tu lecho oriental de alabastro
marches tú bajo el nimbo del alba.

El hará que tus labios cerezos
de tu boca de virgen enferma,
tengan risas y arrullos y besos
cuando el bardo en tus brazos se duerma.

MI VELA

Cerca de mi vela que apenas alumbra
la estancia desierta de mi buhardilla,
yo leo en el libro de mi alma sencilla
por entre la vaga y errante penumbra.

Despide mi vela la llama de un cirio
a fin de que acaso con ella consagre
mi cáliz sin fondo de hiel y vinagre
delante del ara de mi hondo martirio.

A mí no me queda ya nada de todo.
Mis viejos recuerdos son humo que sube,
formando en el éter la trágica nube
que marca la ruta de mi último exodo.

Yo cruzo la noche con pasos aciagos,
sin ver brillar nunca la estrella temprana
que vieron delante de su caravana
brillar a lo lejos los tres reyes magos.

¡Quizás soy un mago maldito!—Yo ignoro
cuál es el Mesías en cuyos altares
pondré con mi lira de alados cantares
mi ofrenda de incienso, de mirra y de oro!

Al golpe del viento rechinan las trancas
detrás de la puerta de mi buhardilla.
Y vierte mi vela—que apenas ya brilla—
goteras candentes de lágrimas blancas!...

T U

¡Virgen núbil! Tu talle
es gentil como el lirio del valle
donde bate la niebla su undívago tul.
Tus cabellos son rubios
como el alba que impregna de efluvios
los lejanos paisajes del éter azul.

Tu pupila, a lo lejos,
desparrama los dulces reflejos
con que argenta la Luna la noche estival
Tu mejilla escultúrea
desparrama la tinta purpúrea
de los besos del sol a la nube auroral.

Tu garganta gorjea
con el són de la cítara hebrea
que alboroza los coros de Sión con su voz.
Tu garganta suspira
con el són de la mística lira
del hossanna celeste del ángel a Dios.

Tu alma ardiente y absorta
arrebata y embriaga y transporta
con su esencia de rosa, jazmín y azahar.
Bajo el sol no la iguala
ni la cándida nieve del ala
con que riza la espuma la garza polar.

¡Virgen núbil! Tú sueñas
con fugaces visiones risueñas
que destilan su miel en tu espíritu en flor.
Coronada de un astro
vas en pos del sitial de alabastro
que en su regio palacio te brinda el amor!

LA TRINITARIA

La pálida Trinitaria
turbada y trémula gira
en su celda solitaria
a la luz crepuscularia
de la tarde que ya espira.

Ve su lecho de madera
en un ángulo sombrío.
Ve que tras la luz postrera,
él en la noche la espera
siempre mudo, siempre frío!

Y se queda pensativa
ante Sirio que ya sube,
ante Sirio que allá arriba
como una lágrima viva
titila tras una nube!

Piensa qne ella fué una palma
más esbelta que ninguna.
Piensa que ella soñó en calma,
unir su alma con otra alma,
como dos rayos de luna.

Piensa que oyó entre las frondas
el *Cantar de los Cantares*,
mientras el aura en sus ondas
bañaba sus hebras blondas
de un fresco olor de azahares.

Unos bárbaros sayones
la victimaron con dolo.
Si ella, bajo sus crespones,
tuviera cien corazones
para maldecirlos solo!

Se esfumó como quimera
su esperanza dulce y cara.
Alzóse allá en la pradera
de su ardiente Primavera,
en vez del tálamo, el ara!

La mente vaga insegura
como la ola que en vano
se detiene y se apresura
para oir la voz obscura
del alma del oceano.

Su mente de virgen sueña
una visión que la hiere.
Su cabellera sedeña
flota como extraña enseña
bajo la tarde que muere.

Abrasa sus garzos ojos
la llama que en ellos arde.
En vano cae de hinojos
poniendo en sus labios rojos
el *Angelus* de la tarde.

El *Angelus* se resiste
a musitar en su boca,
que ante un Cristo mudo y triste
contra Dios y cuanto existe
lanza una blasfemia loca.

Ella ante Dios nos responde
de la injuria que le arranca
el hondo infierno que esconde.
Que su alma Dios mismo sonde
y Él verá que su alma es blanca!

Su errático pensamiento
melancólico se asoma
hacia un mundo soñoliento
que esparce no sé qué acento
que esparce no sé qué aroma.

La brisa de alas veloces,
meciendo sus blondos rizos,
le habla con lánguidas voces
de desconocidos goces
e ignorados paraísos.

No hay en el claustro una cosa
que el pecho no le taladre.
Es su sueño de oro y rosa
acostarse siendo esposa,
levantarse siendo madre!

ROXANA Y ESTATIRA

La Reina Roxana se turba y suspira
delante de la alba princesa Estatira.
Fulguran sus ojos con el centelleo
de las esmeraldas del límpido Egeo,
del límpido Egeo que desde la Jonia,
se quiebra en las playas de la Macedonia.

Mitad de Alejandro, la Reina Roxana
es tal cual su esposo también soberana.
Mas ella vé alzarse tras su poderío
la hija del viejo Monarca Darío.
La Hija de ojos de lánguida inercia,
del viejo Darío, Monarca de Persia.

La hermosa Estatira se yergue y florece
tal cual la azucena que al sol resplandece.
Parece que fuera la voz de Estatira,
la voz de una Musa, la voz de una Lira.
Al són de las copas del Chipre que vacia
la llama Alejandro la Estrella del Asia.

Es por su nostalgia y por su belleza
la hermosa Estatira dos veces princesa.
Son de oro bruñido, son de Oro de Oriente
los bucles que rizan su ebúrnica frente.
Sus grandes pupilas son cual dos lagunas
que rielan dos soles, que rielan dos Lunas.
Sus dientes son perlas que cuaja la onda
que irisa las playas del mar de Golconda.
Su cuello es más terso que el cuello febeo
que ondulan las garzas del golfo Eritreo.
Detrás de sus leves, indianos tisúes,
su talle se cimbra tal cual los bambúes.

La hermosa Estatira parece una Musa
del trágico cielo del reino de Susa.
Sus lágrimas brotan,—sin que ella lo evite—
de un lago más negro que el lago Asfaltite.
Evoca en silencio la sombra que hiela
de su ínclito padre vencido en Arbela.
De su ínclito padre que al fin fué por eso
la víctima roja del Sátrapa Neso.
No aleja su cuita ni el Genio de Pella
que su ánfora de oro levanta por ella.
Del Genio de Pella que en los Porvenires
le ofrece el imperio de inmensos Ofires...

.....

La hermosa Estatira no ve el puñal rodio
que blande Roxana detrás de su odio!...

DANTESCA

Dante!—Legión inmensa!
Los millones de alfanjes de su acento
—que las divinas cóleras condensa—
cruzan como relámpagos el viento!

Son fulgurantes hachas
forjadas en el Etna o el Vesubio
bajo todas las rachas
de todos los ciclones del diluvio!
Dante!—Los viejos astros
que alumbran el misterio del planeta,
saludan desde su órbita los rastros
de su gran cabellera de cometa!
Sus versos se levantan
en soberbio derroche,
como águilas que rugen y que cantan
encima de la noche!

Clarines de Dios mismo,
sus versos iracundos
truenan sobre el abismo
allá en las soledades de los mundos!

Oh, la margen serena
de la límpida fuente de Castalia,
donde vierte la hiel de su honda pena
delante de los vértigos de Italia!
Oh, la Selva sombría
de la montaña verde
donde bajo la luz del claro día
como en un vasto Dédalo se pierde!
Oh, la mística yedra
que despliega su cúpula sin nombre!
Oh, la quietud de piedra
donde comienza Dios y acaba el hombre!
Oh, las mudas congojas!
Oh, los obscuros miasmas!
Oh, las espumas rojas
de los monstruos fantasmas!
Oh, la luz del idilio!
Oh, la luz con que alumbra
la antorcha de Virgilio
la fúnebre penumbra!
Es la luz de las raudas alas de oro
con que ensaya Beatriz su primer vuelo
sobre la inmensa tempestad del coro
de los solemnes órganos del cielo.

Dante!—Ni las Sibilas—desde el Túsculo—
ni los pálidos Druídas—desde el Elba—
vieron brillar jamás el gran crepúsculo
del profundo horizonte de su selva.
La inmensidad tranquila
de los soles dispersos
dibuja en el cristal de su pupila
miriadas de miriadas de Universos!

Aléjase del limbo
de la enorme montaña.
Lleva la Primavera como nimbo.
Virgilio lo acompaña.
Los dos descienden solos
de topacio en topacio,
debajo del misterio de los polos
del eje de zafiros del espacio.
Y cruzan pavorosos firmamentos
donde la sombra con la luz batalla,
en medio del silencio de los vientos
de una gran tempestad que rueda y calla.
Y dialogan y vuelan
por arcanos profundos
donde náufragos rielan
cadáveres de soles y de mundos.
Y ambos penetran luego
por la cárdena boca
de anchas lenguas de fuego
de una siniestra y formidable roca.
Oh, los nueves gigantes caracoles
de la sangrienta pira
de la extraña columna de crisoles
que allá en los antros del Infierno gira!
Oh, la espantosa base
del fulgurante electro
que a los abismos, Satanás les hace
con sus alas fantásticas de espectro!
Oh, la lóbrega noche de su limen!
Oh, la ardiente mazmorra
donde el pálido crimen
su torpe infamia para siempre borra!
Oh, los inmensos focos
Oh, los largos caminos!
Oh, los vértigos locos
de los inacabables torbellinos!
Oh, las treguas y calmas

que invoca la blasfemia tras el ruego!
Oh, la eterna carrera de las almas
bajo el diluvio de un ciclón de fuego!
Oh, los negros afanes!
Oh, los profundos ayes subterráneos!
Oh, los rojos volcanes
que estallan bajo el arco de los cráneos!

Dante!—Su colosal deslumbramiento
carece de riberas:
sube de firmamento en firmamento,
de esferas en esferas;
sube de cataclismo en cataclismo,
y de escombro en escombro,
y de abismo en abismo,
y de asombro en asombro.
Su colosal deslumbramiento sube
más allá de los altos luminares
en alas de la nube
de una pena más honda que los mares.

Oh, la voz del idilio!
Oh, la voz con que calma
el alma de Virgilio
la nostalgia recóndita de su alma!
Oh, los ósculos frescos
con que sobre la roca
de los lívidos antros gigantescos
besa el céfiro azul su frente loca!
Oh, los alegres giros
del espacio sonoro!
Oh, los claros zafiros
de las inmensas lejanías de oro!

Trepan los dos viajeros
a la cumbre de un monte,
por una gradería de luceros
que se pierde en el pálido horizonte.

Ascienden tras su blanco simulacro
las místicas escalas,
bajo el silencio sacro
del gran recogimiento de sus alas.
Atraviesan la meta
del pórtico de nácar del Oriente.
Se alejan del planeta
con un arco de estrellas en la frente.

Oh, los siete sublimes caracoles
de la brillante pira
que como una explosión de siete soles
en el cenit del Purgatorio gira!
Oh, los remordimientos
con que evocan la Tierra
los arrepentimientos
que abren las puertas que la culpa cierra!
Oh, los raudos Jordanes
con que apagan los ojos
el foco abrasador de los volcanes
que alimentan el dolor con sus abrojos!
Oh, las velas del barco
que boga en lontananza
bajo la luz del arco
del iris de la alianza!
Oh, los rítmicos vuelos
de las almas inquietas
hacia los siete cielos
de los siete planetas!
Oh, las estrepitosas avalanchas
de sus cándidas alas de paloma,
ya limpias de las manchas
de los cien tabernáculos de Roma!

Siguen los dos viajeros melancólicos
por el éter opaco;
cruzan los archipiélagos eólicos
de las constelaciones del Zodiaco.

Vuelan como dos pálidos querubes,
al compás de dos cítaras sonoras,
sobre dos blancas nubes,
y bajo dos magníficas auroras!
Las siluetas enormes
con que cubren su larga y ancha meta
parecen las dos alas uniformes
de una águila más grande que un cometa!

Oh, la dulce ternura
con que al fin de su vuelo
se despiden los dos allá en la altura
ante el místico pórtico del cielo!
Oh, las inmensidades
sin órbita y sin polo
cuya profundidades
cruza Virgilio, que se torna solo!

Dante!—Por sus oídos
pasa un viento sedeño
cuajado de recuerdos y de olvidos
que flotan en la bruma de un ensueño.
Desciende columpiándose en sus ondas
al compás de una lira de alabastro,
un ángel de alas blondas
bajo el nimbo de un astro.
Es Beatriz.—Es la amada virgen pálida
que él vió cruzar un día por el suelo
como la melancólica crisálida
del más hermoso querubín del cielo!

Oh, las siete armonías
de las siete parábolas iguales
que trazan—como siete pedrerías—
los siete firmamentos colosales!
Oh, las cadencias de los siete vuelos
con que en las alas de Beatriz recorre
las siete escalas de los siete cielos

que se alzan en la luz como una torre.
Oh, la aurora que brota de los ortos
del ardiente incensario cristalino
que baten los arcángeles absortos
delante del gran Triángulo divino.
Oh, la constelación de los altares!
Oh, los órganos de oro!
Oh, la diáfana voz de los cantares
de las once mil vírgenes del coro!
Oh, los arrobamientos
con que asisten las almas eucarísticas
a los florecimientos
de las eternas primaveras místicas!
Dante!—No existe nada más sublime
que la enorme grandeza
con que abruma y oprime
el Triángulo divino su cabeza!
La Tierra con su espíritu recorre.
Ve sus montes mayúsculos.
—Juntos no igualan la soberbia torre
de los siete crepúsculos!

Le da Beatriz su bendición.—Lo deja
al umbral de los siete paraísos,
y en medio de un relámpago se aleja,
desplegando sus alas y sus rizos,
se pierde allá en la altura
de la atmósfera diáfana y sonora
en una esfumatura
de lágrimas de aurora!

Él, parte bajo el sol.—Vuela sereno.
Arrastra sin desmayo
como escabel el trueno,
como dosel el rayo!
La eterna inmensidad donde se mueve
lo ciñe con los soles que él le arranca!

Sus alas son dos ampos de la nieve
que lleva Dios sobre su barba blanca!

PÁRIS Y ELENA

Estática noche de mágica Luna.
El rítmico Eurotas sin música alguna.

Las trémulas cañas que bordan su orilla
sombrean sin ruido su espejo que brilla.

Dialoga consigo, dialoga en secreto
la pálida esfinge del negro Taijeto.

Inmóvil Esparta, la de los Atridas,
reposa en la tierra de los Heraclidas.

Destácase el rojo palacio de Electro
del rey Menelao tal cual un espectro.

Tal cual un espectro que huir contemplara
la diosa de Esparta del nimbo de su ara.

Solloza a lo lejos su gran melopea.
En su arpa marina la ráfaga egea.

Dos filas de remos con són simultáneo
dividen la espuma del Mediterráneo.

Parece que fuera la rápida barca
el cisne de una alba y extraña comarca,

el cándido cisne de la alba laguna
de alguna comarca de allá de la Luna.

La rápida barca de pompa sidonia
se aleja del agrio país de Laconia.

La empujan sus remos de cedro y acacia
en pos del divino misterio del Asia,

del Asia que es cuna de amor y martirio
y ciñe los rayos del nimbo de Sirio.

La luna se quiebra tal cual una joya
y borda de plata la ruta de Troya.

El céfiro sopla de golfos remotos
y esparce perfumes de aloes y lotos.

La barca que surca la espuma serena
columpia el ensueño de Páris y Elena.

Consorte de Elena, Menelao el Rubio
maldice en silencio su infausto connubio.

Y a Némesis le habla, colérico y tetro,
su regia diadema, su olímpico cetro.

Agamenón de Argos, rey hosco y arisco,
conjura a su hermano, vibrando su disco.

También es su esposa, la cruel Clitemnestra,
hermana de Elena, la reina siniestra.

Los fieros atridas agitan los solios
de todos los reyes aqueos y eolios.

Las islas gravitan con todo su peso
en torno del cetro de Peloponeso.

Y armada de escudo, de casco y sandalia,
gravita con ellas la misma Tesalia

Agamenón de Argos, por ley de las leyes,
es ante los pueblos el rey de los reyes.

Los reyes acuden a un rojo proscenio
donde arden sus iras durante un decenio,

descuellan y brillan allá en sus desfiles
la talla y las armas del ínclito Aquiles;

del ínclito Aquiles, rey Sol de Larisa
que aclaman las voces de la pitonisa.

Y el límpido Egeo de espuma salóbrega
ensaya peanes de música lóbrega.

ABELARDO VARELA

Escasa y acaso insignificante es la labor que ha quedado de este escritor: muerto muy joven, se arrancó la vida impulsado por triste contrariedad, de la cual fué causa la mezquina obstinación de su padre, aquel malponderado don Federico Varela, sórdido Harpagón que solo dejaba caer una moneda, según solía recordar don Juan Agustín Barriga, cuando encontraba una piedra donde pudiera sonar.

Abelardo Varela fué un precursor: después de Rubén Darío, de Manuel Rodríguez Mendoza y de Pedro Balmaceda Toro, nadie como él leyó con tanto interés a los poetas franceses, procurando difundirlos con sorprendente inteligencia.

Amigo de Rubén Darío, de Pedro Balmaceda, fué uno de los mejores conocedores de la poesía lírica francesa moderna, que alcanzó a traducir para las páginas de la «Revista Cómica». Debe tener un sitio entre los precursores de la renovación lírica chilena, aunque su obra es insignificante, pero tiene la clarovidencia de lo nuevo: ha escuchado el canto del viajero azul en los jardines de Verlaine. He ahí poesías eomo *Hibernus,* que no es más que una reminiscencia y una imitación de cierto divulgado poemita de «Fiestas galantes», cuando aún no se leía a Verlaine en América.

Referencias: «Selva Lírica», 1917.—«Revista Cómica»—1895.

HIBERNUS

Ondea en los aires del gélido invierno la oscura oriflama
en tanto que gime distante la esquila que al Angelus llama.

Desnudo, callado, desierto está el bosque que invade la bruma,
la bruma que corta siniestro vampiro que luego se esfuma.

Los pinos gimientes son cruces gigantes de enormes osarios,
los mustios cipreses imitan jirones de negros sudarios.

Como almas errantes de ropas muy negras y blancas cabezas,
el bosque cruzando dos viejos, se dicen sus mutuas tristezas:

—¿Que fué de mis glorias? ¿que fué de mis ansias? ¿do está mi alegría?
—Un sueño fué todo; un sol que en el alma brilló sólo un día!...

—¿Que fué de la diosa que dulce rigiera mi mágico ensueño?...
—¿Que fué del dios fuerte a quién yo dichosa llamara mi dueño?...

—¡Ah! todo ha concluído! la sombra aterrante ya invade mi frente!...
—¡Cual flor agostada ya siento abatirse mi pecho doliente!...

Cogidas las manos los viejos exangües callados quedaron,
y penas mortales sus flacas mejillas en llanto bañaron.

El aire inflamóse; rumores de ruinas llegaron de lejos
e inmobles por siempre, las manos cogidas, quedaron los viejos...

EL NIÑO Y LA ESTRELLA

Catulle Mendes.

En el cielo un astro brilla
que en el agua se refleja.
Un hombre que va pasando
le dice al niño poeta:
«Tú que inmaculadas rosas
llevar en las manos sueñas,
y que vas cantando siempre
a dó tus pasos te llevan,
tus fugaces alegrías
y tus quiméricas penas,
dime, entre mi alma y la tuya
¿en qué está la diferencia?
—Mira, respóndele el niño,
alza un poco la cabeza;
allá en el azul lejano
¿ves como brilla una estrella?
—La veo!

—Cierra los ojos.
—¿Alcanzas ahora a verla?
—Imposible!»
El niño, entonces,
que los misterios desvela,
dice, la frente bajando
con nostálgica tristeza:
«Yo la veo todavía
cuando mis ojos se cierran.»

VESPER

El dios de la augusta belleza triunfante
ferrudo fustiga
y en un mar sangriento
sumerge su ráuda, fogosa cuadriga.

La araña gigante de la noche asoma,
la inmensidad hiende,
y su tela oscura
por sobre la tierra fatigada tiende.

Es la hora en que tiemblan las ramas pobladas
del bosque dormido,
si hiere los aires,
vibrando siniestro, del buho el silvido.

Es la hora en que cruzan los aires callados
monótonos rezos ..
y, al són de las copas,
perfumados himnos de quemantes besos...

Mi reina, ya es hora de que nuestras ansias
y angustias ahoguemos:
abiertos mis brazos,
te dicen: ¡ya es hora! .. ¡soñemos!... ¡soñemos!...

LA LOCURA

Imitación de Maurice Rollinat

Tras la razón va de casa
la tarántula del caos;
tambaleando huye el espíritu,
y rueda desconcertado.

Ved el delirio del músculo
temblar en la carne enferma!
¡Oid aullar los mancos
de la camisa de fuerza!

A desarmarse se ríe
la muerte, viendo los lazos
que teje dentro el cerebro
la tarántula del caos...

DESTINO

De Paul Verlaine.

De un gran sueño negro
me oprime la carga...
¿Dormís, ambiciones?
¿Dormís, esperanzas?

Se velan mis ojos;
mi mente confunde
lo bueno y lo malo...
¡Que historia tan lúgubre!

Yo soy una cuna
mecida en el hueco
de fosa sombría:
¡silencio! ¡silencio!

ARIETA OLVIDADA

Paul Verlaine.

La sombra de los árboles
en el río brumoso, disuelta se disipa;
y en la enramada obscura
melancólicas quejas la tórtola suspira...

En el paisaje pálido,
tus ojos—¡oh viajero!—¡con que dolor se fijan!...
¡con que amargura lloran
en las ramas, tus bellas esperanzas, marchitas!...

LAS OLAS

De Richepin.

Es una canción de antaño.
Las olas hablan corriendo.

«Hermana,—dice una a otra,—
nuestra vida es un tormento.

¡Ven cuán rápida discurre!
Corta vida, breve ensueño!»

«Hermana,— la otra responde,—
su brevedad es consuelo.

Larga vida, largas ansias.
Vivir poco es sufrir menos!»

EL VINO DE AMOR

Th. de Banville.

Amor, por la sed rendido,
pálido el rostro de rabia,
su queja envía a los bosques.
A la sombra de las ramas,
ve niños de ojos azules
que le ofrendan leche blanca
al par con las negras uvas.
¡Dejadme! ¡dejadme! él clama,
los que os solazais tranquilos,
niños de labios de grana.
Los que jugueteáis desnudos
y sois ingenuos de alma,
mis flechas dejad tranquilas.
Dulce vino y leche blanca
en vano para mí corren:
solo bebo sangre y lágrimas.

GUSTAVO VALLEDOR SANCHEZ

Nació en 1870. Escribió a los veinte años su primer libro lírico, raro anuncio de un arte nuevo, en horas de dudoso gusto artístico. Diecisiete años más tarde dió a luz un poema, todo lo cual suma una escasa labor lírica pero cuyo ascendiente tiene una clara significación en la hora de nuestra renovación literaria.

Obras: «Cantos sencillos y poemas». 1903.—En la Colonia». 1908.

Referencias: «Selva lírica». 1917.—Encuesta sobre el modernismo: artículo de Francisco Contreras. (Nuevo Mercurio, París, 1908).

INVERNALES

I

Sol de invierno

El triste sol de invierno tímido asoma
como un sueño fantástico por las campiñas,
y se esparce a lo lejos un suave aroma
bajo de los rosales y de las viñas.

Despierta melancólica la mañana
con su extraña armonía solemne y pura,
mientras cae en los montes nieve lejana
con un reflejo místico—de intensa albura—

Yo amo ese sol de invierno cuya luz trae
como un renacimiento de dulce calma,
y que cuando al ocaso pálido cae
deja tanta tristeza dentro del alma.

Yo amo ese sol de invierno y aún quisiera
ser la invisible bruma
que danza con sus rayos en la pradera...
y que después se esfuma.

II

Fantasía invernal

Yo adoro el invierno frío
con sus brumas y sus lluvias,
aún más que el sol del estío
y que sus espigas rubias,
porque el invierno es lo vago,
y lo indefinible—la niebla—
porque el invierno es el mago,
que el aire y la tierra puebla
de fantasmas y visiones,
de visiones virginales
que surgen en los torreones
de castillos medio-evales.

El estío trae amores
y recuerdos tropicales;
la primavera sus flores
y sus brisas matinales;
El otoño el suave vino—
Sileno y Baco divino—
Y es el invierno el que envía
entre visiones feudales,
la virgen que se estasía
en los templos medio-evales.

¡Oh! el invierno con sus brumas
misteriosas y lejanas,
con sus pálidas mañanas
blancas como las espumas...
¡qué intensa melancolía
no trae al fondo del alma!
¡Qué hondo silencio y que calma
no se esparce en la honda fría,
mientras lejos en el cielo
parece que flota o vaga
de los ensueños la maga
oculta en su blanco velo...!

Por eso yo te amo ¡Invierno!
que los horizontes pueblas
de extrañas hijas: las nieblas,
mensajeras de lo eterno;
y porque entre las visiones
de tus mañanas glaciales,
hay vírgenes oraciones
y castillos medio-evales.

Era una augusta noche

Era una augusta noche otoñal y pacífica.
La luna con su veste de diamantes magnífica
Vagaba como un sueño de la primera infancia
Y el ambiente llenábase de virginal fragancia.
Era aquella una noche de olvidadas leyendas
En que a solas, perdido por ignoradas sendas
Pobladas de cipreces, vagaba mi alma,
Y dentro de ella había como una dulce calma.

En mi memoria frágil, sin angustia ni horrores
Desfilaba el pasado con sus himnos de amores.
La fiebre de la vida como hondo torbellino
perdíase en las sombras del otoñal camino...

Mi alma sentía dentro como una nueva aurora
Pura, divina, triste... cual si una protectora
Maga, tras los cipreses de misteriosos ceños,
Tendiera hacia ella el velo de los sueños.

A lo lejos un lago con sus aguas dormidas
A la luz de la luna se veía, y tendidas
Las blancas, leves velas que suave brisa enarca,
Ondulante y pequeña sobre el lago una barca.
Venía en ella joven, peregrina doncella,
Blonda como Titania, pálida como estrella,
Cuyos ojos tenían en su ideal belleza
De los ángeles niños la calma y la pureza.

Y ella dijo: «Desciende conmigo a la ribera,
Sobre el lago dormido la barca nos espera;»
Y yo pensé: «Sin duda son estos los secretos
Parajes habitados por los Gnomos inquietos,»
Y sentía en los ojos de la virgen divina
Y en sus largos cabellos de Sirena marina,
La impresión ténue, vaga de países soñados
Donde viven los seres de otros tiempos amados...

Y sigue de la virgen las pasos misteriosos
Bajo de los helados cipreces silenciosos...
Y juntos decendimos al lago, y al momento
Las blancas, leves velas, desplegáronse al viento.
Se deslizó la barca por las aguas glaciales
Entre las hojas secas de brisas otoñales
Y la luz de Titania que a lo lejos moría
Los cipreces llenaban de honda melancolía.

Después mientras bogábamos en el dormido lago
La virgen sonriendo con misterioso halago,
Me miró tiernamente... y al punto en sus pupilas
Se reflejó la dicha de las almas tranquilas.

Y yo reconociéndola le dije: ¿Eres tú, hermana
La que en mi alegre infancia venía en la mañana?
—«Soi Psiquis, respondióme, la que traigo la calma
A los seres que vagan a solas con su alma...

SUEÑOS DE OPIO

Siento los raudos sones
de música lejana..
¿Quien viene a murmurarme sus canciones
en la alegre mañana?

Aroma de azucenas
y de tempranas rosas,
pasan y ahogan mis antiguas penas
en ondas voluptuosas.

Y el rayo de sol tibio
que cae en mis pupilas
me hace soñar en el inmenso alivio
de las almas tranquilas.

Quien puede haber bajado
hasta mi pobre lecho?
Quien puede silenciosa haber llenado
de repentes mi pecho?

Quien esta primavera
de luz, perfume y flores
que trae el recuerdo de otra era
de perdidos amores?...

Es un hermoso día.
El cielo está sereno.
Los ángeles radiantes de alegría
se agitan en su seno.

Y en la nevada cumbre
de los montes, mi alma
flotar quisiera a la dorada lumbre
de esta mañana en calma.

Todo palpita y goza:
¡es muy bella la vida!
Lejos... una morada misteriosa
donde vaga dormida.

La virgen de los sueños...
tocando su harpa mística;
Es el país azul de los ensueños,
¡Es la Bagdad artística!

CANTOS ORIENTALES

I

Oh! mi bella y gentil Nazarena
cuya imagen mi alma enajena:
tú eres bálsamo y flor de azucena.

Princesita de Oriente, el aroma
de tus labios la anémona toma,
y eres blanca cual casta paloma.

Con la mística luz de tus ojos
de mi senda los duros abrojos
no me causan dolores ni enojos,

y en tu boca de ideal armonía
bebo el néctar de pura ambrosía
que una Hebe del cielo te envía.

En mis horas de ensueño, en mi lecho,
siento un tibio perfume, y estrecho
la purísima flor de tu pecho.

Y he soñado—¡inefable delicia!—
que en tus brazos de virgen propicia
me ofrecías amante caricia...

Oh, mi bella, mi casta adorada!
Para tí tengo en mi arpa guardada
la sublime canción de «La Amada»,

la canción que extasía y halaga
como el rayo de lumbre que vaga
en tus grandes pupilas de maga...

la que para su virgen hebrea
Salomón el Magnífico, crea
como un himno inmortal en Judea,

y en la fuente Castálica, Leda
escuchándola, atónita queda
ante un cisne de plumas de seda.

Oh canción cuyas rimas triunfales
van cual rayos de sol estivales
a temblar en los senos liliales...

Feliz yo, princesita de Oriente,
si al cantarla pudiese, elocuente,
inclinar pensativa tu frente!

II

Oh niña de mis amores
—virginal botón de rosa—
irisada mariposa
que has nacido entre las flores

tu alma es nido de candores
y tu infancia deliciosa;
mas ¿por qué esa misteriosa
inquietud, y esos rubores
en tu frente? ¿Amas?
Ignoro
si es amor lo que yo siento;
pero a veces río y lloro,

y un inquieto pensamiento
pasa en mis ensueños de oro
fugitivo como el viento...

III

Si eres tan sólo el capullo
de una flor, dame tu aroma,
si eres virginal paloma
déjame escuchar tu arrullo;

si eres ángel, mi orgullo
de Titán rebelde doma,
si eres maga ven y toma
este corazón, que es tuyo.

Si eres sueño, yo quisiera
ir soñando eternamente;
y sin que nadie nos viera

yo amoroso, tú inocente,
en perpetua primavera
llenar de besos tu frente.

IV

Tu rostro es asiento
de la alta Armonía:
ojos, poesía;
frente: pensamiento.

Es tu dulce acento
como melodía,
en que el alma envía
todo el sentimiento.

Sin danzar te veo
al compás del himno
de los violines.

Ah! Yo entonces creo
que he escuchado el ritmo
de los serafines...

.....

V

Fuera la mañana
del invierno, fría;
dentro la alegría;
de la dicha hermana.

Ella, flor temprana
de amor, se dormía
su frente en la mía...
y mi alma ufana

sentía, amorosa
en su cabellera
perfumes de rosas...

Y pensé que era,
el tiempo ¡oh hermosa!
de la primavera...

Juventud

Oh, juventud divina! Tú eres un sueño de hadas!
Tú eres la vara mágica de la ilusión primera.
Bacante que te adornas con flores perfumadas
y llenas el ambiente de olor de Primavera.

En tí tienen palabras y ritmos las miradas.
En tí el lenguaje es himno. La creación entera
canta en sublimes notas tus dichas no esperadas,
y la Verdad te mira con rostro de Quimera.

Aún tú dolor es bello, tu decepción poética.
Lo que es más tarde angustia sólo es en tí tristeza;
Tú tienes, como el vino voluptuoso veneno,

cuando una joven pasa, como visión profética
de un ideal soñado de gracia y de belleza,
y deja sus perfumes de virgen en tu seno!...

JULIO VICUÑA CIFUENTES

Nació en 1865. Su padre era un delicado poeta romántico, don Benjamín Vicuña Solar, de quien publicó, en 1906, un volumen póstumo titulado «Recuerdos». V. C. estudió las humanidades en el Seminario y en el Liceo de La Serena y algunos ramos de Leyes en la Universidad de Chile. Durante quince años fué profesor.

Ha colaborado en casi todos los periódicos de alguna importancia en el país. En sus mocedades tradujo del latín algunas odas de Horacio, la égloga cuarta de Virgilio, algunas poesías del italiano y del francés y un volumen del portugués de Gonçalves Dias.

Con su obra lírica de los últimos años comienza la parte más duradera de toda su labor literaria, tan fresca y tan juvenil. Su último libro, «Eros», próximo a ser publicado y del cual anticipamos algunas primicias, habla de una inextinguible primavera del corazón y del espíritu. Es, entre los escritores de la vieja guardia, el único que ha sabido renovarse y el único que cuenta con un efectivo y justificado ascendiente entre la juventud.

Obras: «La muerte de Lautaro», cuadro trágico en un acto y en versos. 1898.—«Poesías Americanas», del poeta brasileño Antonio Gonçalves Dias, traducidas en verso castellano. 1903.—«Instrucciones para recoger de la tradición oral romances populares». 1909. —«Coa, jerga de los delincuentes chilenos. Estudio y vocabulario», 1910. — «Romances populares y vulgares recogidos de la tradición oral chilena». 1912.—«Mitos y supersticiones recogidos de la tradición oral chilena». 1915.—«La poesía popular chilena». discurso de incorporación a la Academia Chilena, correspondiente de la Real Academia Española. 1916.—«Versificación castellana: Sobre el imaginario verso yámbico de trece sílabas. 1918 —«Versificación castellana: Tres breves disertaciones». 1918.—«Sobre un verso imaginario». Réplica. 1918.—"La forma literaria". Contestación al discurso de don Joaquín Díaz Garcés en la Academia Chilena. 1918.—"Las narraciones en prosa en la literatura popular chilena". Discurso de incorporación a la Facultad de Filosofía y Humanidades de la Universidad de Chile. 1919.—"La Cosecha de Otoño". Poesías. 1920.

Referencias: "Romances populares y vulgares recogidos de la tradición oral chilena". por Omer Emeth ("El Mercurio", 1912).—Artículo de Aurelio M. Espinosa, catedrático de filología en la "Leland Stanford Junior University", de California. (Bulletin de Dialectologie Romane", reproducido en el núm. 12 de la "Revista Chilena de Historia y Geografía).—"Estudios de Folk-lore chileno: Mitos y supersticiones", por Omer Emeth ("El Mercurio", Enero y Febrero de 1916).—"La Cosecha de Otoño", por Omer Emeth (El Mercurio", 1920.—Artículo de Eliodoro Astorquiza (Núm. 809 de la revista "Zig-Zag", 1920).—"Un poeta humanista", por Antonio Gómez Restrepo. (Núm. 244 de la revista "Cromos", de Bogotá, 1921, reproducido en la "Revista Chilena" de 1921).—Artículo de Fray Apenta (Núm. 2 de "La Semana", 1922).

NOCHE DE VIGILIA

Son las doce de la noche... ¿Quién me llama?
Todo calla, todo duerme... ¿Quién me llama?
¿Has sido tú, al pasar,
abejorro repugnante siempre en vela,
o esa araña, que los hilos de su tela
tal vez hizo vibrar?

No es el arpa de la araña,
ni el menguado cornetín
de ese estúpido abejorro que regaña
con su música sin fin.

Es la voz casi muda
de alguien que aquí no está.
Es una voz crepuscular... ¡Sin duda,
es voz del *Más allá!*

Siento el plácido embeleso de los años juveniles,
oigo toques de campanas y rumor de tamboriles,
y parece que de nuevo soplan brisas de ilusión.
¡Oh Galiana! Desde el día que tu vida rompió el broche,
no estuviste más cercana de mi lado que esta noche;

y aunque el ánimo se turba y palpita el corazón,
siento el plácido embeleso de los años juveniles,
oigo toques de campanas y rumor de tamboriles,
y parece que de nuevo soplan brisas de ilusión.

La luz astral se desvanece,
y más la noche se obscurece
y más arrecia mi inquietud.
Tal vez el aire está dormido
desde que trajo aquel rüido,
voz de lejana juventud.

Quizá otra vez despierta ahora:
en el ambiente se evapora
blando perfume de azahar.
¿Qué novia pasa al lado mío?
¡Tal vez Ofelia! El desvarío
no la consiente sosegar.

Sutil fulgor que al pronto asombra,
un punto alumbra de la sombra
con blanca luz de amanecer,
y ya delínean sus contornos,
rígida, grave y sin adornos,
una figura de mujer.

Es niña aún. En su mirada
inmóvil y honda, reflejada
parece estar la eternidad.
Su rostro tiene algo de augusto;
nada hay de afable ni de adusto
en su precoz serenidad.

¡Oh Galiana! ¿Eres tú? Recuerdo amargo
tengo de aquella noche en que sumida
te vi, muy blanca, en el final letargo.

A darte la postrera despedida
horas más tarde fuí, cuando afanosa
la multitud te abandonó sin vida.

Vi el ataúd que se tragó la fosa,
y vi cerrar por manos mercenarias
el hoyo sepulcral con una losa.

Repetí con los otros las plegarias
que dijeron por tí, y el dulce canto,
al esparcir las rosas funerarias.

Y ví, para rubor de mi quebranto,
aun no pasada la siguiente aurora,
secos los ojos que lloraron tanto.

¡Oh Galiana! Esto ví. Pues ¿cómo ahora
la carne finges que ocultó la tierra
y que el gusano devoró a deshora?

Treinta años hace que invisible yerra
tu espíritu gentil en el profundo
arcano de la sombra que lo encierra.

¿El tiempo no transcurre en ese mundo?
¿No se ve desde allá lo que padece
el que arrastra la vida vagabundo?

¿O con la propia dicha se amortece
la compasión?... ¡Mira mi faz! ¿Qué queda
de aquella edad, que en tí rejuvenece?

Oculta desazón el gesto aceda;
cansancio de vivir no comprendido
de los demás, toda esperanza veda.

Eterna juventud el premio ha sido
de tu morir temprano; a mí, Galiana,
la vida terrenal me ha envejecido.

Y aunque abandone esta carroña humana,
siempre habrá entre los dos la lejanía
que media entre la tarde y la mañana.

Tú, la alondra triunfal que anuncia el día;
yo, de la noche el pájaro agorero...
¡Sé que no hay esperanza, y todavía
—¡oh dulce engaño de mi vida!—espero!

El gallo canta. Viene el alba.
Tenue fulgor los montes salva
teñido en suave rosicler.
Y ante la luz que reaparece,
leve y sutil se desvanece
aquella forma de mujer.

Tal vez del todo no se ha ido:
algo ha quedado difundido
de su precoz serenidad.
Hay en la tierra y en el cielo
una alegría y un consuelo
que me recuerdan otra edad.
Tal vez del todo no se ha ido:
¡un bienestar nunca sentido
me habla de eternidad!

¡AUN ES TIEMPO QUE VENGA!

¡Aun es tiempo que venga la que he aguardado tanto!
Huyó la primavera, pasó el verano ardiente,
descoloró el otoño las hojas del acanto,
y el cierzo no me trajo noticias de la ausente.

Enfermo de la vida, con su piadoso manto
me ha de abrigar, si viene, como a un convaleciente,
disipará las sombras del torvo desencanto,
tendrá mimos de hermana para enjugar mi frente.

Con su dulzura ingenua, el soñado amor mío,
confortador del alma, quien mi endeblez sostenga
será, en las inquietudes del *Más allá* sombrío.

¡Para vida tan corta, la espera es ya muy luenga!
La que evoqué en mis horas de soledad y hastío,
¡aun es tiempo que venga, aun es tiempo que venga!

RECUERDOS SANTIAGUINOS

¡Oh mis recuerdos santiaguinos!
¡Noches del Sábado de antaño,
en las que fueron partiquinos
los tontos graves que hay hogaño!

Tiempos de honrados libertinos,
de mucha bulla y poco daño;
nada de humores saturninos,
de displicencia ni regaño.

Chicas alegres y bonitas,
tías de pega, como ahora,
versos, paseos, rondas, citas.

Luego, una gira redentora
entre las buenas señoritas,
para elegir «a la señora».

HAY UN RECUERDO...

Hay un recuerdo, mío y de otros, con detalles
tan bellos, tan humanos, que valen por caricias:
el de aquel viejo barrio de retorcidas calles,
nuestro cuartel latino de allende *Las Delicias*.

Cuando en él pienso—y pienso siempre—en las horas quietas,
es como si mirara por un calidoscopio:
combinaciones múltiples de gráciles facetas,
escenas ya vividas que en la memoria acopio.

Conjunto abigarrado de trajineros; mozas
de seducción; patronas que arbitrario dominio
ejercitan; muchachas venidas de las chozas
a los nidales sórdidos que incuba el lenocinio.

Caballeros de industria; menegildas; longevos
abuelitos, tan plácidos; chicas de buena casa
en devenires cursis, y estudiantes mancebos
que por oficio tienen el fermentar la masa.

Algo trabaja el mozo, es verdad. Tres o cuatro
horas, oye derecho, o al aula se incorpora
donde a Euclides explican, o va al anfiteatro
de aquella vieja escuela que ya no existe ahora.

El demás tiempo es suyo. Con destreza, concilia
lecturas de novelas y repasos de textos;
hace versos de amores y escribe a la familia
para pedir subsidios, con laudables pretextos.

Cuando recibe letras del padre, sin el giro
adicional, exclama: —¡Mera literatura!—
y reprende al cartero, y habla de su retiro
de la *pensión*, si el cobro la patrona le apura.

Quejas suyas no dice la lavandera; el sastre,
en cambio, es su enemigo, y hace mal, porque el mozo,
aunque atrase las cuotas o le juegue de arrastre,
es intangible... ¡Apenas le está apuntando el bozo!

Como su índole es buena y en su valor estima
los lazos de la sangre, visita a los parientes,
si los tiene, el domingo, y enamora a la prima,
primer amor de todos los muchachos decentes.

El afán de regalo su vida no carcome.
En gustos sibaríticos lleva a muchos ventaja,
pero, cual el borrico de la fábula, come
grano, si le dan grano; si le dan paja, paja.

Bebe menos sin duda de lo que come, y bebe
porque come, esto es viejo y ritual: la ambrosía
no excluye, pide el néctar...—¿Os acordáis de Hebe?
Leed cualquier historia de la mitología.—

De su dinero es pródigo. Regala a las muñecas
del barrio, y juega al monte con las mamás, lechuzas
doctas en fullerías...
—Lidias, Martas, Rebecas,
vosotras presenciasteis estas escaramuzas.

Vosotras, pobrecillas, no embargante el cariño
filial, con un pellizco denunciasteis la trampa
más de una vez, al bueno y enamorado niño,
víctima de esas nobles señoras de la hampa.

Y por recibir otros pellizcos, el muchacho
dejaba hacer, y, tarde, regresaba a su alero,
silbando un airecillo bajo el chambergo gacho,
con muchos cardenales y sin ningún dinero.—

A seis días del mes y sin blanca... ¡Es muy fuerte!
Pues, a la prendería, que un joven verecundo
no puede sus aprietos remediar de otra suerte,
¡y de nuevo a vivir, que al fin ancho es el mundo!

Y a saborear el beso de regalada boca,
y a mentir desengaños, y a rasguear la guitarra.
¡Oh juventud inquieta, desaprensiva, loca,
dentro de ti está siempre cantando una cigarra!

Pero no todo es broma y vida alegre. Quiebras
también tiene el oficio, y amargor y penuria:
puede el chico enredarse en las doradas hebras
de alguna moza lista y parar en la curia.

Esto es lo más. La cosa lleva entonces mal sesgo:
ya los giros no vienen, y si luego el connubio,
por empeños recíprocos, fructifica, hay el riesgo
de que se quede en fárfara la carrera... ¡El diluvio!

Empero,esta aventura no se prodiga. El niño
sabe escapar a tiempo, por intuición, y sabe,
contra lo que se augura de su rostro lampiño,
burlar toda asechanza que sus designios trabe.

Mas, aun así, no todo tiene cara de risa
en esta vida libre del estudiante. A veces
hay rachas de tormenta más que soplos de brisa,
que los vinos enturbian, porque agitan las heces.

Son, *mutatis mutandis,* intriguillas de faldas
en sus varios períodos de evolución. El viento
revuelve los humores, al sacudir las haldas,
y lleva y trae cosas por entretenimiento.

La delación anónima que estalla de improviso
aquí y allá; la cábala o el histrionesco amaño;

el padre provinciano que llega sin aviso,
un mismo origen tienen, y hogaño como antaño.

Al fin, la escena cambia... (Los que arrebató el cierzo
a deshora, por rutas ignoradas caminan)...
Y en el terreno fértil en que probó su esfuerzo,
unas tras otras, todas, las simientes germinan.

La cosecha está próxima. Dentro de breve plazo
se cumplen las pragmáticas que el claustro ha establecido:
manos graves le asestan el culto espaldarazo,
y el mancebo estudiante queda doctor ungido.

Una vez más—¡la última!—congrega a las muñecas
del barrio, humildes víctimas de aquella alegre tropa,
y él, tan dichoso, y ellas—Lidias, Martas, Rebecas—
tristes, muy tristes, beben, juntos, la última copa.

¡Y a vivir otra vida!...
Tal vez alto renombre
gana después el mozo; tal vez, de unión bizarra,
prole gentil disfruta; pero en sus sueños de hombre,
no ya su himno monótono cantará la cigarra.

LA MIMOSITA

Ojos de gacela de la Mimosita,
rizos de azabache de la Mimosita,
manos nacaradas de la Mimosita ..
¿En dónde ahora están?
Sus alegres cantos, voces de la aurora,
los blandos arrullos con que a veces llora,
¿qué oídos, ahora,
los escucharán?

Las vecinas cuentan que se fué muy lejos;
que vendrá muy pronto; que no volverá...

La humilde casita de los muebles viejos,
con una herradura clausurada está.
¡Misterio! ¿Qué habrá?
Las vecinas cuentan que se fué muy lejos;
que reía alegre; que llorando va.

Una vieja fea que se dice tía,
con ella, sin duda, cual antes, irá:
¡Pobre Mimosita! De tal compañía,
¡qué mano piadosa la defenderá!
Nadie la verá,
y esa vieja fea que se dice tía
a buenos lugares no la llevará.

¡Qué recuerdo! Un hombre de mirada aviesa
rondaba su casa, un mes hace ya.
Ella le temía; su boca de fresa
así me lo dijo, cuando estuve allá.
¿Vendrá? ¿No vendrá?
Sin duda aquel hombre de mirada aviesa
la llevó robada, y no volverá.

Era rico el hombre. Cadenas, sortijas
lucía con aires de fastuosidad,
y dicen que hay madres que venden las hijas,
y hombres que las compran en tan tierna edad.
¡Qué perversidad!
Era rico el hombre: cadenas, sortijas,
habrán sido el precio de su castidad.

Ojos de gacela de la Mimosita,
rizos de azabache de la Mimosita,
manos nacaradas de la Mimosita,
no os quiero evocar.
Lejos de su dulce voz arrulladora,
¿quién sabe si ríe? ¿quién sabe si llora?
Mejor es, ahora,
su historia olvidar.

LA PERFECTA ALEGRIA

¡In foco amor mi mise,
in foco amor mi mise!

S. FRANCISCO.

El enamorado de todas las cosas,
hermano del lobo, del agua, del yermo;
el enamorado de todas las cosas,
de amor está enfermo.

Temblando de frío bajo la capucha,
van dos mendicantes, camino de Asís:
el abrigo es poco, la inclemencia es mucha,
y hay fieras hambrientas en el campo gris.
Ciegos por la lluvia, dan en la posada,
que el más viejo evita, huyendo la entrada
en el bien guarnido, recio caserón.
Alegre está el fuego que tienen delante.
El siervo León,
turbado y arisco,
—¿Acaso, murmura, por hoy no es bastante,
hermano Francisco?

Francisco en silencio las lluvias encara,
velando su rostro bajo la capucha.
Dos leguas camina, de pronto se pára,
y dice al hermano, que humilde le escucha:

—Si el fraile Menor distingue los rastros
que dejan dos aves volando a la vez,
y el curso adivina que llevan los astros,
y sabe el origen del bruto y del pez.
Si tiene del árbol concepto seguro,
y el antro conoce medroso y obscuro

do habita el diamante que acendra el carbón;
si ha visto el oásis que oculta el desierto,
hermano León,
tu fe no se engría,
y escribe que en esto no existe por cierto
perfecta alegría.—

De nuevo en silencio sigue su camino,
y vibra de nuevo su acento divino:

—Si el fraile Menor eleva sus ruegos,
y ascienden al trono del Dios de Israel,
y puede, por ellos, dar vista a los ciegos
y voz a los mudos, que siguen tras él.
Si alumbra al demente, da al sordo el oído,
y sana al leproso, y cura al tullido,
y levanta al muerto de tres días, con
el poder arcano que su empeño ayuda,
hermano León,
tu fe no se engría,
y escribe que en esto no existe, sin duda,
perfecta alegría.—

Sacude la lluvia que moja su cara,
y otra vez camina, y otra vez se pára.

—Si el fraile Menor no esquiva el ejemplo
y busca sencillo la paz del erial,
con sus propias manos edifica el templo,
y labra la tierra y teje el sayal.
Si ayuna a pan y agua, sus carnes macera,
con fervor predica la pobreza austera,
les habla a los sordos con el corazón,
allega a los tibios al celeste foco,
hermano León,
tu fe no se engría,
y escribe que en esto no existe tampoco
perfecta alegría.—

Con la frente baja que el cansancio inmuta,
los dos mendicantes prosiguen su ruta.

Y dice el hermano León:—¡Yo bendigo,
Señor, mi ignorancia, si viene de Ti!
Mas, obra otro nuevo prodigio conmigo
y muestra a mis ojos la luz que no vi.
Si no está en la ciencia que ilumina al sabio,
si no está en la gracia que fluye del labio
del santo eremita morador del risco,
ni está en la plegaria que sube hasta el cielo,
hermano Francisco,
dame mejoría,
y dime en qué existe, sin dejar el suelo,
perfecta alegría.—

Francisco sonríe bajo la capucha,
y dice al hermano, que dócil le escucha:

—Si el fraile Menor, manchado de lodo,
al convento vuelve, vacilante el pie,
y el portero, airado, murmura «*¡beodo!*»
y su faz golpea y le grita «*¡vé!*»
Y el fraile Menor lo sufre paciente,
puesta en Dios el alma, fija en Dios la mente,
y de amor del hombre lleno el corazón,
sin que el dejo amargo su pecho contriste,
hermano León,
ya has mejoría,
y escribe que en esto no hay duda que existe
perfecta alegría.—

Eleva los ojos al cielo un momento,
y otra vez resuena su inspirado acento:

—Si el fraile Menor, cual lluvia temprana,
redime las almas de esterilidad,
purifica el lecho de la cortesana
con el fuego amable de su castidad.

Y el mundo ignorante le llama «*¡perjuro!*»,
o le dice «*¡loco!*», o le grita «*¡impuro!*»,
y el fraile bendice su tribulación,
y en ella, piadoso, su celo acrisola,
hermano León,
ya has mejoría,
y escribe que en esto reside la sola
perfecta alegría.—

Así el santo dijo con la faz serena,
y aun su voz parece que en el mundo suena.

Temblando de frío bajo la capucha,
los dos mendicantes llegaron a Asís:
la limosna es poca, la miseria es mucha,
la celda está obscura y el huerto está gris.
León, junto al fuego, su túnica seca;
Francisco, la cara rugosa y enteca
oculta en sus manos. Del pecho doliente
se exhala un gemido.
¿Qué nuevos pesares anublan su frente?
¿Qué aflige al ungido?

El enamorado de todas las cosas,
hermano del lobo, del agua, del yermo;
el enamorado de todas las cosas,
de amor está enfermo.

EL ASNO

En la dehesa sátiro, en el corral asceta,
paciente como Job, como Falstaff deforme,
con gravedad de apóstol, sobre la frente quieta
lleva los dos apéndices de su cabeza enorme.

Ni la hartura le halaga, ni el ayuno le aprieta,
con su destino vive, si no feliz, conforme,
y prolonga su efigie de contrahecho atleta
en una innumerable generación biforme.

Vivió noches amargas, tuvo días lozanos;
le cabalgaron númenes, le afligieron villanos;
unas veces la jáquima, otras veces el freno.

Honores y trabajos tiempo há los dió al olvido,
pero siempre recuerda su pellejo curtido
la presión inefable del dulce Nazareno.

LA NOCHE VERDE

Noche. Una casa ambigua que en la sombra se emboza.
Cerrada está la puerta para la gente moza
que alborotada quiere llegar hasta el zaguán.
A intervalos se escuchan los ecos de la orquesta.
Del salón de respeto, donde bulle la fiesta,
salen estas palabras, que balbuce un galán:

—Adorables chiquillas de pintadas ojeras,
de arrebolados pómulos y cimbrantes caderas,
venid a divertir nuestro dolor:
el dolor de ser viejos, dolor de los dolores;
ceñid las frentes mustias con pámpanos y flores
y dadnos a beber vuestro licor.

No os conviene ese gesto, bellas sacerdotisas
del amor de un instante. Prodigad las sonrisas
con amable y gentil solicitud.
Ni receléis que el tedio pueda agostar las rosas
de vuestras alegrías: ¡Sabemos tantas cosas
que ignora la inexperta juventud!

¿Quién prefirió a la encina la esbelta y grácil caña?
¿Quién dijo que la espuma, que el apetito engaña,
moderó el hambre o extinguió la sed?
¡Dejad el vino nuevo, que aun tiene de las uvas
el sabor agridulce, y en las añosas cubas,
el que acendró la edad, niñas, bebed!

Ni amor, ni fe os pedimos, ni voluntad siquiera,
¡pero fingidla al menos! Verted sobre la hoguera
la sangre inmaculada de un pichón.
Con lazos anudados ceñíos las gargantas:
¡Aquí del arte vuestro de insignes comediantas!
Los transportes mentid de la pasión.

¡Oh! ¿Qué música es esa de gárrulo sonido,
que no conmueve el alma ni deleita el oído?
—¡Toca, maestro, la canción de ayer!
Aquella tan hermosa, tan primitiva y ruda.
¡Maestro, tú eres viejo y la sabrás sin duda!
¡Sólo ella evoca el juvenil placer!—

¿Cómo queréis que hallemos alegre la velada,
si estas extrañas notas no nos recuerdan nada?
¡Niñas, oid esa canción triunfal!
Rebeca la cantaba... ¡Cantaba tantas otras!
Murió la pobrecilla, cual moriréis vosotras,
en un lecho mezquino de hospital.

¡A ver, a ver, chiquillas! ¡Venid a nuestro lado!
Contadnos vuestra historia, vuestro primer pecado,
ese que nunca olvidaréis tal vez.
¿Decís que muy temprano quedasteis sin arrimo?
¡A ver! Contad las gracias de aquel travieso primo,
el primo iniciador, de la niñez.

Sí, sí... Amores, promesas, que no acaban en bodas.
No digáis más, chiquillas, ¡es la historia de todas!

ni os disculpéis de no vestir sayal.
Nada está aquí de sobra: para que al mar resista,
la roca, inconmovible en su quietud; la arista,
para ir a merced del vendaval.

¿La historia nuestra?... Niñas, es poco interesante.
Diez años de locura, de mocedad galante,
y muchos más de estéril ambición.
Ahora, el amor de nuevo...—Mas, ¡no os vayáis tan lejos!
¡Venid a consolarnos del dolor de ser viejos
cuando joven palpita el corazón!

¡Aun hay sol en las bardas! Llegad, llegad, chiquillas;
con vuestros cuerpos grráciles cargad nuestras rodillas:
calor de cuna encontraréis quizá.
Peinad nuestros cabellos con los rosados dedos,
para ausentar las sombras, para aliviar los miedos
que ya insinúa el torvo *Más allá*.—

Calló. Tal vez sus ojos fijáronse en el muro,
donde un grabado había en que un artista obscuro
quiso evocar las gracias de una escena rural:
al lado de una gruta que arrullan frescas linfas,
un sátiro requiere de amores a unas ninfas,
a la hora más cálida de la siesta estival.

LA DAMA Y EL CABALLERO

—Lo maté por desmandado,
por celos no lo maté,
lo maté por alevoso,
no por amor de mujer;
que en hembra malmaridada
nunca puse el interés,
ni placieron a mis ojos
las tocas de la viudez.

Hombre mozo en tierra llana
contento no puede haber:
doncella el tálamo pide,
doncella con doncellez;
barragana no la busco,
porque no la he menester.
Si otra cosa se os ofrece,
mandar, señora, podéis.—
Esto dijo el caballero,
puesto en el estribo el pie,
y con destempladas voces
—¡Menguado, la lengua ten!—
gritó la dama, cogiendo
por las riendas el corcel.
—Malas manos envenenen
el agua que has de beber,
y cuando vayas de caza
te desconozca el lebrel.
Malos sueños te visiten
cuando yazgas con mujer,
y la hembra con quien cases
por dinero sea infiel.
Por traidores a tus hijos
a la horca mande el rey,
y a tus hijas arrebaten
villanos la doncellez.
—Aunque así fuere, señora,
dijo el apuesto doncel,
mejor será lo que dices
que lo que osaste ofrecer.

LÁ OCASION

—La rosa que ayer tarde en el jardín cogiste,
ya no estaba en tu pecho al volver del salón:
¿quién pudo arrebatártela si tú no se la diste?
—La ocasión, madre, la ocasión.

—En tus mejillas rojas hay la huella de un beso,
(los besos dejan huellas cuando pecados son):
¿quién pudo, sin tu gusto, consumar este exceso?
—La ocasión, madre, la ocasión.

—Tu rostro languidece, se te acorta el vestido
y ya le viene estrecho al talle el cinturón:
¿quién pudo ajar tu honra, si tú no lo has querido?
—La ocasión, madre, la ocasión.

ESCENA RURAL

Estación, primavera. Hora, la de la siesta.
El aire tibio mueve rosales y amapolas,
y excita los sentidos sembrando en la floresta
el polen de Afrodita cogido en las corolas.

La joven yegua aspira con la cerviz enhiesta
el encendido ambiente que aroman las vïolas,
y desciende al arroyo, y repecha la cuesta,
y fatiga sus miembros con extrañas cabriolas.

Un lucio potro que arde en lascivos deseos,
tras ella va, y con gárrulos relinchos y escarceos
a la aturdida hembra de su furor la advierte.

Mas ella lo rechaza, porque el amor procura
de un asno terco y cínico, engendro de Natura,
que le negó de bello lo que le dió de fuerte.

CASO DE AGOSTO

Al carpintero dijo la priora:—Maestro,
quiero que la techumbre del claustro de novicias
forme un ángulo agudo, donde el gato mas diestro
no pueda, por agosto, practicar sus malicias.—

Y en menos que una monja se reza un *Padrenuestro*,
el obrero, abundante de medios y franquicias,
comenzó a enderezar aquel techo siniestro,
testigo, si no cómplice, de tantas impudicias.

Llegó agosto, y los gatos, viendo que era imposible
trepar por la techumbre, ahora inaccesible,
el otro claustro hicieron rincón de sus empresas.

Y al escuchar, de lejos, aquel concierto huraño,
decían las novicias:—Pues, los gatos, este año,
sólo arrullan el sueño de las monjas profesas.

Inédito.

HUESPEDES ETERNOS

Guardo, para alivio de mis penas hondas,
en lo más oculto de mi pecho huraño,
una cabellera que se riza en ondas
y unos ojos bellos de color castaño.

Si la reina mía, caprichosa a veces,
me esconde sus gracias... (¿desdén? ¿egoísmo?)
por templar el hielo de sus esquiveces,
algo de ella busco dentro de mí mismo.

Y hallo, confundidos con mis penas hondas,
huéspedes eternos de mi pecho huraño,
una cabellera que se riza en ondas
y unos ojos bellos de color castaño.

Inédito.

PLEGARIA

Señor, tú que a los ruegos del pecador adusto
mil veces pospusiste la súplica del justo,
en tu solícita piedad:
¡oye mi voz ahora! Recuerda que en la vida,
siempre fué a Tí mi ingenua plegaria no aprendida,
cuando arreció la tempestad.

Tú sabes cuántos años erré por el sendero,
sin rumbo, de una muerta enamorado austero:
Silda, la del florido corazón.
¡Era mártir y santa! Tú le diste la palma.
¡No tuvo en cuerpo hermoso mejor morada un alma,
que en aquel vaso de elección!

De una pena muy honda, de una muy dulce pena,
Señor, yo en aquel tiempo tenía el alma llena;
no había espacio para más.
Ni anhelos ni esperanzas. En la quietud del huerto
retoñaba el recuerdo, postrera flor. Desierto
estaba todo lo demás.

Fué una mañana plácida de invierno. El sol reía
en la terraza. El viento, tibio y sutil, decía
palabras dulces como miel.
Era un bullir de ensueños, un despertar de antojos...
¡Señor, tú bien lo sabes, yo no busqué esos ojos,
a su memoria siempre fiel!

Después... ¡siempre esos ojos! Ya no valió que hurraños
se desviaran: siempre esos ojos castaños
los ví, Señor, cerca de mí;

y, flaco y miserable, aunque a tu imagen hecho,
la llama de esos ojos al fin ardió en mi pecho,
y yo la leña apercibí.

Todo lo olvidé, es cierto, y cometí pecado
de idolatría. Inerme luché. Fuí derribado;
no hay otra víctima que yo.
Soy débil, y es muy viva la luz en que me ofusco.
¡Señor, tú solo puedes darme la paz que busco,
la dulce paz que antes huyó!

Haz que de nuevo vuelva a errar por el sendero,
sin rumbo, de una muerta enamorado austero:
Silda, la del florido corazón.
¡Era mártir y santa! Tú le diste la palma.
¡Que su recuerdo vuelva a refrescar mi alma,
fuente inexhausta de emoción!

Inédito.

Donación de
Antonio Doddis Miranda,
Catedrático de
Literatura Clásica y
Medieval de la
Universidad de Chile,
a la Biblioteca Nacional.

SAMUEL A. LILLO

Nació en 1870. Abogado y profesor. Desde 1894 sirve la cátedra de Castellano. Secretario y mantenedor del Ateneo de Santiago, ha sido el alma de este centro cultural en el país. Como profesor de literatura y aún como autor de un interesante texto sobre nuestras letras, ha desarrollado una noble y fecunda labor para difundir el gusto por la lectura de nuestros escritores. Jubilado actualmente de su cargo universitario, vive dedicado exclusivamente a sus libros.

Obras: «Poesías». 1900.—"Antes y Hoy" (poema). 1905.—«Canciones de Arauco». 1907.—«Chile Heroico». 1911.—Y una serie de poemas cortos: *La Concepción* (1911); *La escolta de la Bandera* (1912); *Canto a la América latina* (1913); *Canto a Vasco Nuñez de Balboa* (1914); *Canto lírico a la lengua Castellana* (1916); *A Isabel la Católica* (1916).—"Literatura Chilena". 1918.

Referencias: «La Nación» de Buenos Aires 2 de Diciembre de 1900. Carta de don Juan Valera.—«La Revista Nacional» (Buenos Aires) Octubre de 1900.—«Santiago Cómico» (Santiago) Octubre de 1900. Artículo de Marcial Cabrera Guerra (Guerrette).—«El Mercurio» (Santiago) 13 de Octubre de 1900. Artículo de Alejandro Parra.—«Zig Zag» (Santiago) 28 de Junio de 1908. Artículo de Antonio Orrego Barros.—«El Mercurio» (Santiago) 10 de Junio de 1908. Artículo de Rafael Maluenda.—«El Chileno» (Santiago) 1908. Artículo de Belisario Galvez.—"La Unión" (Santiago) 1908. Artículo de Fernando Santiván.—"La Unión" (Concepción) 1908. Artículo de Eliodoro Astorquiza.—Artículos críticos de Omer-Emeth, publicados en «El Mercurio» de Santiago en los años 1911, 1912 y 1913. —Revista Blanco y Negro (República de Santo Domingo) 1908. Artículo de Federico Henríquez y Carvajal.—«La Vida Literaria en Chile», por Omer Emeth 1.ª serie 1908-09.—«Las Nuevas Tendencias Literarias», por Manuel Ugarte.—"Ojeada Crítica sobre la

Poesía en Chile", por R. Polanco.—«Ultimas Noticias» (Santiago) 17 de Julio de 1908. Artículo de M. Latorre Court.—«La Mañana» (Santiago) 3 de Mayo de 1911. Artículo de Víctor Celis M.—«Ultimas Noticias» (Santiago) 1908. Crítica de Víctor Domingo Silva.—«El Tarapacá» (Iquique) 17 de Julio de 1908. Artículo de Eduardo Barrios.—«Germen» (Buenos Aires) Julio de 1908. Artículo de Alejandro Sux.—«La Juventud Intelectual de la América Hispánica». (Barcelona) 1911, por Alejandro Sux.—«La Mañana» (Santiago) de Mayo de 1913. Artículo de A. Borquez Solar.—«La Mañana» (Santiago) 18 de Abril de 1913. Artículo de Eduardo Barrios.—«El Ferrocarril» (Santiago) 15 de Marzo de 1911. Artículo de Max Jara.—«El Diario Ilustrado» (Santiago) 31 de Marzo de 1911. Artículo de Yañez Silva.—«El Mercurio» (Santiago) 21 de Junio de 1911. Carta literaria de Emilio Rodríguez Mendoza.—«Las Ultimas Noticias» (Santiago) 26 de Julio de 1912. La Escolta de la Bandera. Artículo de Víctor Celis.—«Las Ultimas Noticias». 6 de Octubre de 1916. Artículo de A. Acevedo Hernández.—«La Nación». Marzo, Mayo y Agosto de 1917. Crítica Literaria de las obras de Samuel A. Lillo por Leo Par (Ricardo Dávila).—«El Mercurio». 16 de Julio de 1917. El Movimiento Literario, por Omer Emeth.—"Pan-American Magazine", Diciembre de 1917. (New York) Algunos Poetas de Chile.—Historia Literaria de la América Española, por Alfredo Coester (New York) 1916.—Letras Hispano-americanas. (Santiago) 1919. Aliro Carrasco.—Historia de la Lengua y Literatura Castellana. Julio Cejador. Tomo XI. Madrid de 1919.

LA TUMBA DEL MARINO

Dejaron su cuerpo en la borde del puente
envuelto en un lienzo, desnuda la frente;
un viejo marino dobló la rodilla
y alzó una plegaria muy tierna y sencilla;
un trozo de hierro a un extremo le ataron
y el fardo a las olas hambrientas echaron;
saltó con el golpe la pálida espuma
y como una lluvia perdióse en la bruma,
y en tanto que el barco seguía hacia el puerto
bajaba al abismo lentamente el muerto.

Su lecho es el fondo del límpido oceano
el mar de quien siempre fué amigo y hermano:
allí do el abismo sus ondas dilata
su frente acarician los peces de plata,
y yace callado, tendido en la hondura
con los ojos fijos mirando a la altura
y vé a sus antiguos fieles compañeros
pasar en sus caros y raudos veleros
que cruzan, llevados del viento que zumba,
como aves enormes por sobre su tumba.

LAS ALMAS DE LOS NIÑOS

Son las almas de los niños arroyuelos
que suspiran por la luz en la espesura:
unos hallan, cuán dichosos, el sendero
que los lleva a ver el sol en la llanura.
Las bandadas de las aves luego acuden
a beber en el cristal de su onda pura,
y al impulso de su riego, las campiñas
se levantan en oleadas de verdura.
Pero hay otros, desdichados, que prosiguen
en la sombra de la selva su carrera,
y sin rumbo, se desvían y se encharcan
en las breñas, sin llegar a la pradera.
Otras veces en la noche que los cubre,
sin ver nunca ni una flor en su ribera,
infecundos, silenciosos, se sumergen
en la grieta que a su paso los espera.

A VASCO NUÑEZ DE BALBOA

(FRAGMENTO)

Si en la noche los búfalos salvajes
el remanso atraviesan de repente,
turbando con sus cascos los oleajes
de la dormida fuente,
y borrando la imagen luminosa
de la luna que brilla temblorosa,
como una flor de plata, en la corriente,
el agua mansa tórnase bravía,
inquieta y turbia, y se levanta airada;
mas, luego que se aleja la manada,
de nuevo al cielo dulcemente envía
la imagen de la luna tembladora,
incierta como el tinte que anunciara
una pálida aurora,
y después, con el límpido y seguro
resplandor de un diamante que brillara
en el engaste de su fondo oscuro.

Así en la humanidad, banda inconsciente
o, a las veces, proterva,
suele pasar turbando la corriente
que refleja la gloria
de algún héroe de Marte o de Minerva;
y, cuando ya no se oyen las lejanas
pisadas de las idas caravanas,
en las serenidades de la historia,
como la flor de plata del remanso,
resurge limpia y clara
la ínclita memoria
que el tropel de las turbas pisoteara.

También, tras luengos años,
sobre esta noble tierra colombina,
libre ya de prejuicios y de engaños,
aparece la gloria que ilumina
¡oh infortunado capitán ibero!
tu figura romántica y extraña
tumbada por la envidia,
porque glorias y reinos diste a España
y porque, vencedor en cruenta lidia,
tu empuje sobrehumano
logró sacar del báratro profundo
un gigantesco oceano
que duplicó la magnitud del mundo.

Fué un espíritu audaz y aventurero
de alas de cóndor y ojos de milano,
mezcla de espadachín y caballero,
con arranques de hidalgo castellano.

.....
.....

EL ARPONERO

Cual fieras en acecho, cautelosos
se acercaron los barcos
movidos por remeros vigorosos;
y poco a poco fueron estrechando
el cerco y avanzó primero
la barca que llevaba el Arponero.

Iba el mozo de pie sobre la prora
en la diestra un arpón, y en la cintura,
un hacha brilladora;
un semidiós de bronce parecía
su cuerpo de viril musculatura

forjado al yunque de combates cruentos
con los monstruos, las olas y los vientos;
las bandas de las rápidas toninas
que atraviesan, rodando
como discos de plata, las marinas
ondas, y los fornidos cachalotes
que apartan de su rumbo las neblinas,
conocían su arrojo y su pujanza,
los formidables botes
de su arpón y su lanza.

Inmóvil, la ballena entre la bruma
semejaba un peñón de negra cima
que el mar bañaba con su blanca espuma.
De pronto, resoplando,
arrojó dos violentos surtidores,
dos caños espumosos que subieron
para caer, después de breve instante,
trocados en dos arcos de colores,
sobre el enorme torso del gigante.

Y la barca atrevida
se acercó lentamente,
quietos, quedaron todos, aguardando
la recia acometida.
Un pie puso en la borda el Arponero
y echándose hacia atrás, con la cabeza
erguida y con los ojos
de halcón de mar clavados en su presa,
como si fuera un medioeval guerrero
que arrojara un venablo,
su brazo poderoso
lanzó el hierro fatal contra el coloso.

Fué el golpe tan seguro
que se clavó el arpón sobre el costado
como queda la estaca sobre el muro.

Al sentirse tocado,
dió el bruto en la explosión de su coraje
un salto formidable de repente,
como el potro salvaje
que el acicate en los ijares siente.
Giró sobre sí mismo,
buscando al enemigo que lo hería;
se detuvo, y de súbito,
presa de un espantoso paroxismo,
replegó sus aletas temblorosas
y se hundió resoplando en el abismo.

La cuerda del arpón se desenvuelve,
siguiéndolo en su marcha hacia la hondura;
y el Arponero con el hacha en lo alto,
sereno, pero pálido el semblante,
fija la vista abajo,
aguarda por segundos el instante
en que la cuerda de su última vuelta
para cortarla al fin de un solo tajo.

¡Qué suspiro de alivio
dejaron escapar los pescadores
cuando vieron que el monstruo ya subía,
arrojando los blancos surtidores
que brillaban al sol del mediodía!

La cuerda púsose otra vez tirante
y, arrastrando con él al barquichuelo,
el cetáceo lanzóse hacia adelante.
Empezó entonce una veloz carrera
tan fantástica y rara,
que el barco, resbalando, parecía
sobre el mar agitado,
el carro de Neptuno que arrastrara
un caballo marino desbocado.

Recogidos los remos, los remeros
apoyados en ellos, contemplaban
la carrera sin fin de la ballena,
luchando entre esperanzas y temores,
como un grupo de recios gladiadores
que fueran conducidos a la arena.

Así pasaron una y otra hora
sin que el monstruo cejara ni un momento;
en tanto que allá atrás las otras barcas
quedábanse perdidas
con su velámen desplegado al viento.

De improviso, el cetáceo se detuvo
al fin de su larguísima carrera,
y, arrollando la cuerda, lentamente,
en silencio avanzó la ballenera.
El hombre del timón y solamente
dos fornidos remeros se quedaron
para evitar los saltos del coloso
iba a empezar la épica tarea;
el arponero y los demás tomaron
las afiladas lanzas de pelea.

Al primer golpe del agudo acero,
agitóse la bestia enfurecida,
batiendo el mar en torno
al sentir el dolor de la honda herida.
A cada choque de su enhiesta cola
alzábase una ola
que en montañas de espuma se rompía,
hirvientes torbellinos
reventaban en torno de la barca.
Parecía un combate sobrehumano
de dos monstruos marinos
que subían del fondo del oceano.

Cuatro dardos clavados
lleva el cetáceo, y cuatro rojas fuentes
bajan por sus costados,
enrojeciendo el mar con sus corrientes.

Resuelto el arponero
a dar fin a la lid, se precipita
al vórtice rugiente en que ya ciega
la bestia de ira y de dolor se agita.
Y, maniobrando osadamente, llega
casi a tocar con la barquilla el lomo
que, a intervalos, se pierde en el sudario
de espuma que lo baña,
y en el sitio buscando, hunde con saña
su lanza el arponero temerario.

A la voz del piloto,
como nave que evita una rompiente,
la barca retrocede de repente.
Dóblanse sobre el remo los remeros
y el vigor de sus brazos
casi libres los lleva;
mas luego un coletazo formidable,
como un débil cristal, rota en pedazos
a la chalupa por el aire eleva.

Entretanto el cetáceo moribundo,
destrozados sus órganos vitales,
en las ansias mortales
que acusan los postreros estertores,
como una tromba, lanza hacia lo alto
gruesa columna roja,
y los pálidos rostros de los náufragos
con el diluvio de su sangre moja.

Al arribar los barcos rezagados,
recogieron los náufragos cansados

de la lucha: faltaba el arponero.
Su cuerpo como incógnito viajero
bajaba por la hondura
y en adusta figura
ya muda, inofensiva,
cruzaba en paz entre las mismas bandas
que él persiguiera con su arpón arriba.

El sol ya descendía
en medio de un incendio llameante,
y sobre el mar la sangre se extendía
como un manto de púrpura flotante.
Y en la azul lontananza,
el coloso tumbado
con las negras aletas hacia lo alto,
aparecía inmóvil, sin aliento,
como el casco de un barco abandonado
a merced de las olas y del viento.

MARINA

En la caleta, al pie de la montaña,
mientras cubre la playa la marea,
a pleno sol se baña
un grupo de muchachas de la aldea.

Hienden las aguas los ebúrneos senos,
y la mar, juguetona por instantes,
muestra indiscreta mórbidas espaldas
y cimbradoras curvas incitantes.

Como echada en la arena por la ola,
la moza más gentil de la ribera
está apartada, pensativa y sola,
destrenzada la rubia cabellera.

En su soberbia desnudez de diosa
júntanse la azucena y la alborada,
y la abierta pupila temblorosa
mirar parece una visión soñada.

De la ola la lluvia cristalina
turba a veces sus dulces embelesos,
y el sol, enamorado de la ondina,
su cuerpo enjuga con ardientes besos.

Y bajan por el aire azul, sereno,
mensajeras de amor, las mariposas
a beber en los lirios de su seno,
que duermen entre pétalos de rosas.

Mientra esparcen las algas sus fragancias
las auras tibias con sus bucles juegan,
y en ella avivan las febriles ansias
y las pasiones cálidas que ciegan.

Ella siente entre púdicos sonrojos
dentro de su alma insólitos ardores,
y en tanto cierra lánguida los ojos,
atormenta sus labios sed de amores.

Su rica sangre juvenil se inflama;
tumultuoso latido la sofoca;
despide su mirar celeste llama,
y el beso del amor juega en su boca.

La hora del calor. Dulce desmaya
la onda acariciada por la brisa,
y siguen las muchachas en la playa,
llenando el aire con su alegre risa.

CANTO LIRICO A LA LENGUA CASTELLANA

Los grandes aluviones
dejan, al descender por las pendientes,
en las tierras estériles, los dones
de cien nuevas simientes
mezcladas en el légamo fecundo
con que van las montañas bienhechoras
renovando las fuerzas creadoras
de los senos escuálidos del mundo.

Así las fuertes razas que invadieron,
siglos ha, las campiñas españolas
con las inundaciones de sus greyes,
dejaron tras de sí, cuando murieron
los choques iracundos de sus olas,
su sangre, sus idiomas y sus leyes,
que, entre arranques magníficos de gloria,
alzaron en sus valles y en su sierra
la raza más heroica de la historia
y la lengua más noble de la tierra.

Largos siglos hacía
que la ardiente y bravía
sangre de los semíticos iberos,
su corriente juntaba
con la linfa serena que animaba
los pechos de los célticos guerreros.

En sus navíos de cortantes proras
guiados por Mercurio y por Citeres,
llegaron de los mares del Levante
caravanas de griegos mercaderes;
y en sus raudas galeras triunfadoras,
la hueste amenazante

de los fieros campeones de Cartago
que plantaron sus tiendas al halago
de las huertas de Murcia y Alicante,
mientras en Gades los fenicios barcos
pasaban bajo los sombríos arcos
de la selva y, subiendo la poética
corriente de su río,
iban a anclar su inmenso poderío
en los frescos jardines de la Bética.

Cual sujetan los montes riberanos
el silencioso empuje de las dunas
que, cegando pastales y lagunas,
avanzan tierra adentro por los llanos,
así los celtibéricos pastores
rechazaron resueltos las oleadas
de los cartagineses invasores
que, desde las riberas conquistadas,
subían a sus rústicos alcores.

Mas un día, por sobre sus fronteras,
rasgando de las nieblas mañaneras
los girones flotantes,
cruzó el espacio en bélicas hileras
una bandada de águilas gigantes.

Eran las bravas águilas romanas
que, sembrando la ruina y el estrago,
en las remotas playas africanas
derribaron los muros de Cartago;
subieron por las fértiles riberas
de los mares asiáticos y fueron,
sombreando los claros horizontes,
a las playas helenas
y se posaron en sus sacros montes
y en los tumbados pórticos de Atenas;
pasaron con colérico aleteo
por sobre los germanos y los francos,

cruzaron el salvaje Pirineo
por cumbres y barrancos
y, colmando su anhelo giganteo,
fueron de triunfo en triunfo,
al través de la ibérica meseta,
a unir las puntas del enorme anillo
que encerró, siglos, el poder y el brillo
del imperio más grande del planeta.

Y hasta en la soledad donde su huella
tan solo dejar pudo la alimaña,
alzóse una ciudad soberbia y bella
como una emperatriz de la montaña,
con sus termas, gimnasios y jardines,
en donde un pueblo intrépido, orgulloso
hablaba el armonioso
idioma que los últimos confines
de la España, los Cayos y Escipiones
llevaron con la voz de sus clarines
y el empuje invasor de sus legiones.

La lengua del saber y la belleza
presto arrolló con su imperial realeza
los salvajes dialectos celtiberos,
y, ungida soberana,
llegó a ser en los tiempos venideros
augusta madre de la lengua hispana.

Como un sordo turbión que se desploma
sin que nadie detenga su carrera,
los bárbaros cayeron sobre Roma;
y aquella ola gigante desbordada
saltó la pirinaica cordillera
con rugidos de bestia desatada,
golpes de lanza y rayos de cuchilla,
e inundó, como enorme marejada,
los codiciados campos de Castilla.

Al empuje indomable
de los rubios colosos,
cayeron con estruendo formidable
los palacios airosos,
los fuertes torreones
y en los circos desiertos
cayaron para siempre los leones.
Al hundirse las termas colosales,
rota la fuente, el acueducto herido,
quedó en los polvorientos herbazales
llorando el manantial, como si fuese
la lágrima postrera del vencido,
en tanto en el cercano
gimnasio que los cónsules alzaran,
como un palenque del saber romano,
reemplazaban las fieras y los vientos
las voces juveniles que cantaran
los versos de Virgilio y de Lucano.

Y la gótica horda del boscaje
traía, cual divisa de su escudo,
su bárbaro lenguaje
de vocablos escasos y disformes,
tan áspero y tan rudo
como el recio trotar de sus enormes
caballos de pelea, de grupa ancha,
fornido cuello y talla de gigantes
que, como sorda lluvia de peñascos,
golpearon los llanos de la Mancha
con el redoble de sus férreos cascos.

Del extraño y violento maridaje
entre la dulce y fina
lengua de la vencida gens latina
y el idioma salvaje
de aquel pueblo germano,
como el hijo de un monstruo y de una ondina,
surgió el romance hispano.

En medio de su ronca algarabía,
dando al viento los blancos alquiceles,
los árabes en fúlgidos tropeles
invadieron la libre Andalucía
y al primer empellón de sus corceles
tumbaron la española monarquía.

Y desde los desiertos africanos,
armados de sus anchas cimitarras,
corrieron por los campos toledanos
y, escalando las agrias Alpujarras,
fueron sus leones a clavar sus garras
a los pies de los montes asturianos.

Traían las kabilas y agarenas
una sangre ardorosa y bullidora
calentada en las líbicas arenas,
una alma idealista y soñadora
y una lengua poética y extraña,
hecha para el amor y la epopeya
tierna como una dulce melopeya
grave como el torrente en la montaña.

.....

.....

Inédito.

EL GAUCHO

Su padre, un guerrero de testa bravía
de los viejos tercios de Flandes y España;
su madre, una india fornida y huraña,
violada en las pieles de su toldería.

Cubrióle del cielo la enorme arquería,
cantóle el pampero su cántiga extraña,
los tigres le dieron su ardor y su saña,
la pampa infinita, su melancolía.

Cuando en su carrera hiere los peñascos,
despierta su potro la inmensa llanura
con el rítmo claro de sus férreos cascos,

y, erguida la frente, lleno de ardimiento,
bajo el sol, semeja su rauda figura
un centauro heleno con la crín al viento.

DIEGO DUBLE URRUTIA

Nació en 1877. Periodista y diplomático, colaboró en los diarios de Santiago hasta 1905. A partir de esa fecha ha colgado la pluma y la lira, publicando sólo muy de tarde en tarde algunas estrofas o alguna conferencia. Dado por entero a la carrera diplomática, ha vivido largos años en Europa y, hasta hace poco, desempeñaba el cargo de Ministro Plenipotenciario en el Ecuador. Con cuanto ha dejado olvidado en las páginas de los periódicos podría formar más de algún libro sabroso y duradero. Su última poesía, *Fontana Cándida*, escrita en Roma, habla de una evolución serena y firme hacia las fuentes clásicas.

Obras: "Veinte años", 1888.—"Del mar a la montaña", 1903. - Con estos dos libros ha hecho una selección que publicó Garnier, en París, con el título de su segunda obra.—"Santiago Aldunate", folleto.

Referencias: Diego Dublé Urrutia, por Augusto Thomson, ("Luz y Sombra", número 65, 1901).—Juicio sobre Dublé Urrutia ("Pluma y Lapiz", número 11, 1904).—El poeta Dublé, por Manuel Magallanes Moure, (Pluma y Lapiz, 1903).—"La poesía en Chile", por Rodolfo Polanco Casanova, 1913.—"Historia de la Lengua y Literatura Castellana, por Julio Cejador. Tomo XI, 1919.—"Letras Hispano Americanas", por Aliro Carrasco, 1919.—"Selva lírica", 1917.—"Historia de la literatura española", por J. Fitzmaurice Kelly, Madrid, 1918.—Juicios críticos y algunas consideraciones acerca de las poesías de Diego Dublé Urrutia (Edición publicada en París, por la casa Garnier: sin fecha). En esas reseñas encontramos apreciaciones de los siguientes escritores: Luis Barros Mendez, José Santos Chocano, Ricardo Palma, Miguel de Unamuno, Miguel Mir, Salvador Rueda, Federico Mistral, Juan Fastenrrah, Angelo de Gubernatis, Fitzmaurice Kelly, Edward E. Hale y Clarence Vredembourg.

EN EL FONDO DEL LAGO

Soñé que era muy niño, que estaba en la cocina
escuchando los cuentos de la vieja Paulina.
Nada había cambiado: el candil en el muro,
el brasero en el suelo y en un rincón oscuro
el gato, dormitando. La noche estaba fría
y el tiempo tan revuelto, que la casa crujía...
Se escuchaba a lo lejos ese rumor de pena
que sollozan las olas al morir en la arena,
y a intervalos más largos esos vagos aullidos
con que piden auxilio los vapores perdidos.
Nosotros, los chiquillos, oíamos el cuento
sentados junto al fuego, y como entrara el viento
por unos vidrios rotos, su frente medio cana,
la vieja se cubría con su charlón de lana.

Era un cuento muy bello:
Tres príncipes hermanos
que se fueron por mares y países lejanos
tras la bella princesa que la mano de un hada
en un lago sin fondo mantenía encantada.
El mayor, que fué al norte, no regresó en su vida;
el otro, que era un loco, pereció en la partida;
y el menor, que era un ángel por lo adorable y bello,
llegó al fondo del lago sin perder un cabello...
Allá abajo, en el fondo, vió paisajes divinos,
castillos encantados de muros cristalinos
y en un palacio inmenso, de infinita belleza,
encerrada y llorando, vió a la pobre princesa.
Se encontraron sus ojos, se adoraron al punto
y lo demás fué cosa de poquísimo asunto,
pues al verlos tan bellos como el sol y la aurora,
el hada, que era buena, los casó sin demora.
. . . . . , ...

—Así acabó la historia de aquella noche... El gato
se despertó gruñendo, esperezose un rato
y se durmió de nuevo. Zumbó la ventolina
en el cañón, ya frío, de la vieja cocina...
Se levantó un chicuelo y sin hacer ruïdo
enhollinó la cara de otro chico dormido...
Yo, me quedé soñando con el príncipe amado
por la bella princesa, con el lago encantado
y también con los tristes y apartados desiertos
donde duermen los huesos de los príncipes muertos...

LAS MINAS

I

Ante el eterno y vago rumor de las mareas
australes, bajo un cielo que enormes chimeneas
mantienen siempre oscuro y en la ribera en donde
bajo las verdes ondas el Nahuelbuta esconde
sus ya domadas cuestas occidentales, medra
la tierra en cuyo seno vive el carbón de piedra
bajo nacientes bosques de resinosos pinos
exóticos, en hondos filones submarinos,
y hasta en el fondo mismo del mar, de cuyas aguas
lo extraen los rastrillos para encender las fraguas
y los fogones pobres.
Cuando los estivales
meses la costa alegran, llegan los temporales
para aquel mar; los vientos del sur sobre las rocas
empujan las oladas rugientes y las locas
espumas, levantando su risueña blancura
hasta los mismos árboles, sobre la tinta oscura
de los ramajes, posan su lividez de nieve.

Luego viene el invierno. Llega la niebla. Llueve,
y alto, sobre los verdes cerros de la ribera,
pasan las ventolinas sin que la más ligera
ondulación enturbie los trémulos cristales
del mar. Entonces bajan las lianas invernales
a acariciar su imagen sobre las aguas. Chilla
la pálida gaviota pescando por la orilla,
y en la tranquila borda de algún lanchón posados
meditan, largamente, los cuervos enlutados,
mientras que allá en la altura cruzan con vuelo lento
las nubes, en rebaños, arreadas por el viento.

Pero ni el sol, ni el aire, ni las heladas brumas
de los meses de invierno, ni el mar con sus espumas
blanquísimas sonríen para los pobladores
de aquellas tierras hartas de brisas y de flores;
hombres descoloridos y adolescentes, viejos
antes de tiempo, viven en aquel mundo, lejos
de toda luz, en lo hondo de las oscuras minas,
a rastras y arañando sin fe, con sus felinas
uñas, la virgen roca donde el carbón se encierra...
rasgando, tristemente, los senos insalubres
de esta fecunda madre que se llama la tierra,
madre con tantos hijos y con tan pocas ubres!...

II

Es triste y miserable, como la muerte triste
la vida de las minas: el hombre, allí no existe;
la pobre bestia humana, gastada y sudorosa,
arrastra allí sus miembros entre la luz dudosa
de míseros candiles, como cualquier gusano...
El hombre es en las minas un simulacro humano.
No es aire el vagabundo bostezo que en las frías
labores olvidadas y ardientes galerías
pesadamente flota, secando los sudores
más acres de los cuerpos de aquellos luchadores

de las tinieblas; de esos humanos desperdicios
que viven encorvados al peso de mil vicios
y pasiones ajenas, porque para los hombres
aún no ha llegado el brazo que probará que hay nombres
y hombres, y hará sin vanos egoísmos ni utopias
cargar a cada uno con las miserias propias!
Pero en las hondas minas no alienta esa esperanza;
la estrella anunciadora del nuevo albor, no alcanza
con sus risueños rayos a calentar la pena
de aquel oscuro siervo que ignora su cadena.
Alguna vez, la bestia, cansada de tan cruento
dolor, despierta y pide, con el ruidoso acento
de las revueltas locas que encienden las angustias,
un pan de limpio trigo para sus fauces mustias.
Y ruge, pero entonces ¡oh justa y santa mengua!
el plomo o la metralla le destrozan la lengua,
o acaso un calabozo sin luz ni amor, en nombre
de los amables dioses o de la paz del hombre,
sepulta para siempre bajo su techo helado
hasta el clamor sin eco del que pidió un bocado!

III

A veces en la negra ciudad de los ausentes
del sol, entre el helado gotear de las vertientes
y el son opaco y hondo que vibran las barretas
al arrancar el bloque de las oscuras vetas,
se escucha un misterioso clamor, el dolorido
clamor de un gran cetáceo que se sintiera herido...
algo como si un fuerte y extrahumano minero
clavara, rudamente, su barreta de acero
en las entrañas mismas de aquel país de penas;
algo como distantes rumores de cadenas...
es que allá arriba, en lo hondo del mar que, sobre el lomo
de las cansadas minas, su pesadez de plomo
descarga... algún risueño bajel, tal vez venido
de las distantes tierras del sol, entre el rugido
de las alegres olas y el vocinglero acento

de cuervos y gaviotas, sus áncoras fondea,
en tanto que los rudos marinos dan al viento,
largando las cadenas, su eterna melopea...
Arriba la esperanza, la luz, los sonrosados
crepúsculos, el aire que alegra o que restaña
cualquier dolor; abajo, los dorsos encorvados,
la fuga de la sangre y el hambre cruel que araña.
Y mientras en el fondo del mar, en lecho blando,
las áncoras dormidas se sueñan navegando;
y mientras el marino respira el aire fresco
y alegra sus nostalgias, mirando el pintoresco
paisaje de la orilla, las nubes que semejan
fantasmas, y los barcos que llegan o se alejan;
abajo, en esas cuevas sin luz, en donde anida
la tisis, los forzados bastardos de la vida
empujan, arrastrando sus torsos por el barro
tiznados y desnudos, un miserable carro:
el carro en que al incierto fulgor de los candiles
destella el rico bloque que arrojarán mañana!,
—hecho diamante u oro—las impudicias viles
de algún viviente inútil, sobre el jergón de Nana!

IV

El bienestar es pobre de amor y el egoísmo
en la corriente humana sólo se ve a sí mismo.
Áquél que sueña bajo la luz del sol, ignora
las lágrimas del triste que en las tinieblas llora.
De ahí que alguna mano caritativa y sana
tenga que abrir los ojos a la miseria humana;
mostrar sus pobres ropas a los demás mortales,
desenterrar del tiempo la clave de sus males,
romper la venda de oro que cubre tantos ojos
y echar simientes nuevas en ruinas y rastrojos.
Hoy, que por dondequiera se alegran los caminos
al eco de los cantos de aquellos peregrinos
que ha tanto que dejaron la tierra: la olvidada

Justicia, la risueña Esperanza y la sagrada
Fraternidad; recuerden los que su voz escuchan
a aquellos que en el seno de las tinieblas luchan.
Y tú, mortal, que cruzas la tierra con los ojos
clavados en ti mismo, levanta los abrojos
que pisas, y contempla, si tienes alma, tantas
espaldas como sirven para aliviar tus plantas!
Y tú, viajero amable, que en los serenos días
de la estación del trigo, piadosamente guías
la paz de tu conciencia por esas ya taladas
colinas, donde surgen las minas arruinadas;
por esas rumorosas riberas de los mares
de Arauco, donde sueñan las rocas seculares,
en tanto que chicuelos desnudos, de los riscos
arrancan, encorvados, malezas y mariscos;
al asomarte a un pozo colmado de aguas muertas
donde las ranas cantan sus canciones inciertas,
y en cuyos rotos bordes, hundidos y deshechos,
los frescos musgos brotan y crecen los helechos...
piensa en los tristes días en que por allí mismo,
ceñudos y callados, bajaban al abismo
los que hoy acaso duermen, hundidos con sus penas
en el rincón más hondo del infeliz venero,
sin que a turbarlos lleguen, ni el son de las cadenas,
ni el eco de las anclas, ni el paso del viajero...

LA ESTRELLA DESCONOCIDA

I

En el fondo de los bosques y en un tiempo ya distante,
ignorado de las gentes un astrónomo habitaba:
sabio adusto y solitario, cuyo espíritu gigante,
como un ave, de astro en astro, por las noches revolaba.

Las luciérnagas venían a parar su vuelo errante
sobre la ancha torre antigua donde el alba le encontraba
junto al viejo y escarchado telescopio vacilante
que en el cielo, eternamente, su pupila fiel clavaba.

Era una alma fugitiva del humano cautiverio;
solitario, cuyos ojos, anegados en misterio,
ya tan sólo se entreabrían al temblor de las estrellas;

ellas sólo consolaban su habitual melancolía:
contemplábalas de noche y al nacer la luz del día,
retirado a las cavernas se iba allí a soñar con ellas.

II

¡Pobre anciano! Tiempo hacía que buscaba, locamente,
los nocturnos resplandores de un incógnito lucero
cuya lumbre nunca vieron reflejarse en el torrente
ni la alondra, por la aurora, ni al crepúsculo el vespero...

Y era extraño... que en el muro de su torre, claramente,
cien problemas, ya resueltos, le mostraban el sendero,
y ni el hambre, que odia al sabio, ni la bruma, ni el relente
lograrían ya arrancarle su celeste prisionero;

moriría, pero el mundo guardaría su grandeza,
su ancha planta arraigaría de la envidia en la cabeza
y en la tierra, ya perdidos de su tumba hasta los rastros,

bastaría a los humanos de alma sabia y frente altiva
levantar a los abismos la mirada pensativa
para hallar allí su nombre, recogido por los astros!

III

Tales eran sus ensueños y fué tal la cantilena,
que escucharon las palomas en el bosque hospitalario,
hasta un día en que, azotado por el viento y por la pena,
no volvió a mirar los astros el vencido solitario...

Nadie vió rodar su cuerpo junto a la ancha y vieja almena;
ni una lágrima siquiera visitó su triste osario;
sólo oyóse vagamente, bajo la alta luna llena,
como el toque desvelado de un remoto campanario...

Murió el sabio sin dolores: como un viento que no siente
que se pára, como un lago que se filtra lentamente,
como un barco envejecido que naufraga en mar tranquila;

y en la torre, desde entonces, misterioso centinela,
siempre fijo el telescopio la ignorada tumba vela,
reflejando los abismos en su huérfana pupila.

IV

Y allí está... mientras que el astro que el anciano persiguiera,
como a errante fuego fatuo que disipa la mañana,
siempre ignoto en lo más hondo del espacio reverbera,
sin que nunca un rayo suyo dé en la triste senda humana...

Ningún bardo lo ha cantado, ningún pueblo lo venera,
no refleja ningún lago su sonrisa soberana,
no hay amantes que se inquieten por su lumbre mensajera,
ni ha alumbrado las errancias de ninguna caravana;

pero existe, como existe bajo el mudo mar la perla,
como oculto en playa obscura quien delira por cogerla,
como el genio en tanta frente que derriba el desencanto.

Y es la lumbre de esa estrella, como el alma luminosa
de aquel sabio cuyo nombre nadie sabe, y cuya fosa
ni aun conocen las alondras que la alegran con su canto!

EL CARACOL

Cuando la brisa barría apenas
las nieblas grises de la mañana
y al arrastrarse por las arenas,
con sus espumas como azucenas
jugaba, en sueños, la mar cercana,
junto a la choza de sus mayores,
se despidieron los pescadores.

La bruma triste los envolvía:
ella gemía ¿qué haré yo ahora?...
Y una gaviota revoladora
oyó al marino que le decía
que era su virgen, su pescadora,
que no llorara, que volvería...

Y como urgiera ya el tiempo: «toma
—le dijo el mozo—ya el viento asoma,
la gente sale ya viene el sol...»
y recogiendo del agua clara
que entre las rocas la mar dejara,
más armiñado que una paloma
puso en sus manos un caracol:

«Que él te recuerde lo que te quiero,
que oigas mis quejas en sus rumores;
de cierto vale poco dinero
pues que son pobres nuestros amores,
pero es eterno su rumor suave,
y aunque es humilde, su labio sabe
de los remotos mares bravíos
y de los mundos que voy a andar,
más que tus padres y que los míos
y más que el viento que habita el mar...»

Ambos lloraron: un ave inquieta
graznó sobre ellos; el humo lento
de las chozuelas de la caleta
blanqueaba apenas, como un aliento;
y bajo el cielo más transparente,
tras la fortuna que se ama en vano,
partió el navío, rumbo a Occidente,
sobre el inmenso y augusto oceano.

Y cuenta el viento que desde aquella
mañana triste ¡fatal mañana!
acariciada por la doncella
la humilde concha de porcelana,
le habló en su lengua de rumoreos
de viajes locos, de pechos fieles,
de remembranzas y desvaneos
junto a la borda de los bajeles,
de aves errantes que van a pares
buscando albergue sobre los mares,
de tempestades y de ciclones
y de esos tristes besos perdidos
que van con rumbos desconocidos
bajo las altas constelaciones...

Y el tiempo vino, silente y grave,
siguiendo siempre su ruta ciega,
con el misterio de aquella nave
que en una extraña canción noruega
lleva invisible su casco lento
bajo las brumas del mundo aquél,
siempre azotada de un mismo viento
con un fantasma por timonel...

Y con los años la niña hermosa
cuya frescura ya ajaban canas,
mirando al agua desde la choza,
vió marchitarse la tinta rosa
de sus mejillas, antes lozanas...

Aun no clareaba detrás del monte
y ya copiaban el horizonte
sus grandes ojos color de mar;
y en ellos iban las golondrinas,
en sus revuelos de peregrinas,
a ver las barcas ultramarinas
que en lontananza solían cruzar.

Y siempre, siempre la suspirante
y humilde prenda de amor, seguía
contando historias del nauta errante
llenas de inmensa melancolía:
ya eran nostalgias desconsoladas
en lo infinito del mar lloradas,
noches de nieve que el viento azota,
miserias y hambres en tierra ignota;
triste cortejo que siempre avanza
por esas rutas, en que sus huellas
deja, guiada por las estrellas,
la banda loca de la esperanza.

Y el tiempo alado siguió en su vuelo,
y en sus mudanzas siguió la mar,
y al camposanto más de un abuelo
en la caleta fué a descansar:
siempre escuchando la voz lejana
la pescadora tornose anciana;
barcos ignotos aves de paso
ya del oriente, ya del ocaso
la mar surcaban cada mañana;
sólo aquel loco bajel risueño
que al occidente partiera un día
tras la fortuna, que es solo un sueño,
en lontananza no aparecía.

Y de la concha susurradora,
la amable historia, doliente asaz,
seguía oyendo la pescadora

vaga y distante cada vez más;
la sombra triste de otros amores
cruzaba a veces por sus rumores;
hasta que un día trajo el destino,
con los clamores de un torbellino
y entre infinitos ecos perdida,
la última queja del peregrino
sobre una roca desconocida...
Y entre las brumas de la mañana
de un taciturno día de invierno
sobre cuatro hombros subió la anciana,
vuelta hacia el cielo la frente cana,
por las colinas del sueño eterno...

Dejó la tierra como paloma
que abandonada, su alero deja
y errante sigue de loma en loma
tras del amado que se le aleja...
Le dió la tumba refugio blando
y allí a su lado siguióle hablando
junto a los mares, el caracol,
del sueño eterno, la eterna espera,
y de ese humano vivir soñando
sola y distinta dicha sincera
que el hombre alcanza y alumbra el sol.

EL LANZAMIENTO

Costumbres judiciales.

De pronto, en pleno día, cual si hubiera
caído ya la tarde, la montaña
paró de resonar: bajó la fiera
del monte: despertose la alimaña
rondadora, y el último gemido
del viejo roble herido

por las rústicas hachas, rebotando,
naufragó en el silencio. Se diría
una inmensa embriaguez o la agonía
de una madre común... Labriegos mudos
corrían por las sendas, sollozando,
con sus hijos a cuestas; perros fieles,
silvestres y lanudos,
los seguían; los pájaros salvajes
devoraban; chillando los planteles
indefensos. Inmensa era la pena
que turbaba la paz de los boscajes.
Horrible y desolante la condena
que azotaba a sus hombres!
En un claro
del bosque el centenario campesino,
patriarca de las selvas, escuchaba,
como un reo de muerte,
la implacable sentencia del destino.
La justicia del hombre lo arrojaba
del terruño; debiera salir luego,
al instante. Rodar era su suerte
por selvas y por llanos
como rueda un leproso... No era suya
la tierra, no era suyo aquel asilo
de raposas, labrado por sus manos.
La ley lo quiere así: no es del labriego
que la vence la selva impenetrable
sino del que la compra... Las mujeres
lloraban y el anciano venerable
sollozaba también. La selva pía
contestaba al clamor de aquellos seres
desolados. Tardaban. Ya no había
sino que obedecer. Era la hora
de la siesta y en fila, lentamente,
partieron para siempre y hasta ahora...
Aquello semejaba una partida
para la eternidad...

Corría al frente
el río, era la linde más cercana
y a través de su gélida corriente
tomó la dolorosa caravana.
Montaña iba adelante,
la vaca de los niños: no iba triste
pero algo extraño en su mirada errante
acusaba un dolor. Sus dos mellizos
la seguían. Tras de ellos *Cordillera*,
marchaba, el gemebundo y viejo toro,
y a la siga iba el último, *Flor de oro*,
el pobre ternerillo delicado
que a su madre perdió cuando naciera.
Siervos de siervos, el haber salvado
los bueyes arrastraban bajo el grito
siniestro que lanzaba al infinito
la rabia del boyero. Tristemente
balaron las ovejas
al paso del torrente;
las selvas resonaron con sus quejas;
y después, nada más ¡Mísero fruto
de veinte años de lucha y de trabajo:
las mies se helaba, se moría el bruto
y siempre a cada empuje más abajo!
Bien valía la pena
de llorar...

Y lloraba, en seguimiento
del ganado, la mustia cabalgata.
El viejo iba el primero. La melena
de los coigües movidos por el viento,
le arañaba las barbas de oro y plata.
Mudo, sobre el caballo campesino,
clavaba, fijamente, las pupilas
seniles y tranquilas
en las hojas caídas del camino.
La selva repetía los sollozos
de la anciana mujer que iba a su grupa;

y en seguida los mozos
caminaban, sus hijos y mujeres,
cargando los campestres menesteres:
su alma hasta el fondo lacerada estaba
pero hervía la sangre y la cadena
que hundía ahora su cabeza esclava
no alcanzaba a arrancar los sueños fijos
en su pecho: besaban a sus hijos
y soñaban en medio de su pena.
Guadalupe, la huérfana, a la siga
de todos gimoteaba de fatiga
con su chico en los brazos, y el pequeño
que todo lo juzgaba sólo un sueño,
bajo el materno andrajo miserable
cargaba la paloma y sonreía.

Y así por la montaña inacabable
la errante caravana descendía
con la vaga inquietud y la inconsciencia
de bestias que abandonan la querencia.
¿A dónde vamos?— se decían todos
en su mudo terror— y su alma oscura
de víctimas, forjada en los exodos
de la raza: a la selva, a la llanura,
les contestaba—al páramo, al camino,
a donde van por el invierno el ave
de los cielos, el cardo peregrino
y el agua del torrente ¿quién lo sabe?...

¿Qué haré? ¡Dios mío!—en su infinita pena
gemía el viejo—y esa lengua ignota
cuya voz tan clarísima resuena
dentro del alma que la suerte azota,
le contestaba: rodarás primero
por la selva infinita, luego el llano
dará senda a tu paso lastimero;
verás al hombre y sentirás su mano
más fría que la nieve de esta sierra.

Cual puñado de tierra
tirado al río en ese mundo extraño
se hundirá tu familia perseguida;
venderás tu rebaño
Y tu lecho... y tus hijas, en seguida.
Hasta que un día de piedad la muerte
venga y te diga: te engañaste; ¡oh, viejo
montañés, fatigado por la suerte!
tampoco es tuyo este rincón sombrío,
esta vida no es tuya; mi consejo
de báculo te sirva; cruza el río
de nuevo, cruza el valle nuevamente,
los eternos linderos atraviesa
y doblega, por fin, tras tan doliente
caminata, en mi seno, tu cabeza...

Así con la callada caravana
dialogaban la muerte, la tristeza
o la desolación. La selva indiana
doblegaba sobre ella la cabeza
como una ala materna. Las raposas
hacían resonar las hondonadas
con sus gritos. Bandadas tumultuosas
de pájaros dejaban las aguadas
al acercarse el infeliz proscrito.
El bosque inacabable se volvía
y el camino tornábase infinito;
pero los hijos de la selva oscura
que temían al sol y a la llanura
lo deseaban más largo todavía.

De pronto un sofocado rumor de hojas
y el volar de unas aves intranquilas
sacó de su marasmo y sus congojas
a los hijos del bosque; sus pupilas
tornáronse a mirar por vez primera
el camino sin fin, la senda brava

de sus quejas y lástimas testigo:
era León, el buen perro, el viejo amigo
que alejarse los viera
sin llamarlos y allí los alcanzaba.
¡Nunca el bruto viniera! Fué una espina
sobre espinas (ya el día era pasado
largamente); la gente peregrina
desbordó su dolor acumulado,
y así como un puma
rugiera bajo el hambre que lo abruma,
un sollozo infinito,
confusión de blasfemia y de plegaria,
prolongó sus querellas
al primer resplandor de las estrellas
por la inmensa montaña solitaria...

LA PROCESION DE SAN PEDRO Y LA BENDICION DEL MAR

Talcahuano, 29 de junio.

POR LAS CALLES

¡Junio! Mes de las aguas, mes de las brisas,
mes en que hacen los pavos su testamento
y en que las rubias ostras—monjas clarisas—
rompen la celda nácar de su convento;
mes que envuelve en corrientes y camanchacas
las solitarias islas del mar amargo,
y en que si el pasto verde sobra a las vacas
también está la muerte de mantel largo;
hoy es tu último día: lo dice el tono
de las campanas ebrias y el grito humano
con que sale a la pesca con su patrono
todo lo que hay de lobos en Talcahuano.

La mar está de gala; por hoy el viento
se ha metido en los mares, galantemente,
y en los muelles y ranflas, que es un contento,
como furel varado brilla la gente.
Hierve la mar de barcas. Las velas curvas
juegan al sol, llevadas a la bolina,
y mientras llega el santo pifian las turbas
a un bergantín que cruza la Quiriquina.
¡Qué frescura de tarde! ¡Qué algarabía!
¡Qué ladridos de perros y hablar de gringos!
Si parece que uniera este solo día
toda la transparencia de diez domingos...
Trajes negros, azules, blancos y rojos
bordan las serranías que el golfo lame,
y no hay techos, ni grúas, ni cabos flojos
donde la gente de aguas no se encarame.
Y la campana suena que ya es locura,
y estallan voladores, que viene el viejo,
y de pronto la gente ve al señor cura
que sale abriendo cancha por un callejo...
Sube la grita entonces; se oyen los sones
de la charanga, ondea la masa humana
y es un mover pañuelos en los balcones
que parece un incendio cada ventana.
Trae el olor a incienso la ventolina
y en seguida, entre coros de canto llano,
con la cruz aparecen tras de una esquina
dos rojos monaguillos y un cura anciano.
Lento como un navío, cantando a secas,
sigue después un chantre cubierto de oro,
lanzando agua bendita con grandes muecas
para salud del suelo que aun está moro...
Y en seguida la gente, ya sin aliento,
ve aparecer con paso que desazona,
junto al morado obispo, que va muy lento,
el coro de canonjes de la Pencona:
solemnes, revestidos, con antiparras
y dando miraditas a los balcones

van cantando el breviario, con voces charras,
entre nubes de incienso y aclamaciones.
Pero el santo no sale... «¿Que le ha pasao»?»
grita la turbamulta, y opina un viejo:
es que fuma ño Peiro y habrá bajao
pa comprar un cigarro que el viaje es lejo...»
Salta una vieja entonces:—«Perro judío,
límpiate esos hocicos, como Dios manda,
no vis que no son brutos el hijo mío
ni los hombres de carne que traen l'anda?»
Y antes que ella concluya, la turba estalla
en un apoteosis de chibateos...
es que el Señor San Pedro sale a la playa
entre lluvias de flores y balanceos.
Y al son de la campana que allá repica,
corre el clamor en olas por la ribera,
desde los muelles viejos a Villarrica
llenando con sus ecos la tierra entera;
y suena un cañonazo y otro responde,
y con el himno patrio que ya despunta
mil tiros disparados, quién sabe dónde,
todas las cabelleras ponen de punta.

* * *

Sobre unas andas de oro San Pedro viene
entre cuatro banderas con flecos de oro;
¡feliz la cofradía que la sostiene
sobre sus musculosos hombros de toro!
su pesca será doble, desde mañana,
las aguas que la ahoguen serán benditas;
¡con qué mirar que enciende la sangre humana
les clavan sus ojazos las mujercitas!
No ha envejecido el santo. Como un mozuelo
lleva rosado el rostro y alegre el talle,
pero en su testa calva se copia el cielo
como en las aguas lluvias que hay en la calle.

¡Cata! La barba negra, crespa y lozana,
va diciéndole a gritos al más pacato:
barba de tantos años, sin una cana,
claro es que usa por peines *manos de gato*...
En la siniestra mano dos llaves alza
el portero del cielo: la llave grande
y otra con que ha de abrirles la puerta falsa
a los hijos del pueblo que el mar le mande.
Y como va a la pesca, por cumplimiento,
ya que salir sin redes fuera desdoro,
entre sus sacras manos columpia el viento
una malla luciente de plata y oro.
Y así, sobre diez mozos de buena traza,
desfila por el claro que el pueblo le abre,
sin temer que el mal tiempo, que ya amenaza,
como apaga las velas, lo descalabre.

¿Qué ha pasado?... se para todo el cortejo
y aplaudiendo, la gente se arremolina:
es que *El Tecle* se avanza, fletero viejo,
a saludar al santo por la marina.
Lleva su saco al hombro y a la cintura
una faja encendida bien apretada
y entre la barba cana y la tez oscura
una nariz de fuego, como granada;
entre aspavientos grandes mil cosas dice,
y cuando su entusiasmo raya en extremos
termina épicamente: «patrón, avise
cuando requiera un bote con cuatro remos.»
Dice *El Tecle*, y se cuadra, mientras el santo
sin mirarlo siquiera de largo pasa,
y entre nubes de flores, inciencio y canto,
por el muelle se cuela, como en su casa.

EN EL MAR

Volador que te encumbras, de cuando en cuando
y de tu fuego efímero haces derroche,

ve a decir a las nubes que van pasando
que contengan sus aguas hasta la noche;
y si te sobran fuerzas, al sol te arrima,
y si no vá de prisa ni está de siesta,
dile que nos responda si desde encima
ha alumbrado otra fiesta como esta fiesta.
Si ha mirado otra barca más imponente
que ésta que ya entre flores al santo encierra,
desde las caletillas de San Vicente
hasta los Liverpules de Inglaterra...
Todo en la mar es fiesta, todo clamores,
todo música, trajes, mozas, galanes,
disparos y banderas y voladores
y adornos de copigües con arrayanes.
Y desde la ribera mira la gente
cómo por la verdosa mar se adelanta
rauda sobre las olas, como serpiente,
rumbo a la sacra pesca, la escuadra santa.
¡Qué sucesión de barcos! ¡Qué linda flota!
¿Quién la ve no piensa que se encamina
a conquistar alguna región remota
o a repoblar las lomas de Quiriquina?
Que allí van los de Tumbes y los Pencones,
y los que en mares altas tienen sus lares;
todo lo que hay de lobos y tiburones
y hombres de pelo en pecho sobre los mares.
Nadie falta ni teme la mar inquieta
ni el temporal advierte que se avecina,
desde el ricacho orondo, que va en goleta
hasta la Juana Coja, que vió *la Ruina*.
Cantan en cada barco. Triunfan las jarras.
Roncas están las voces, pero no secas,
y hasta las ventolinas tocan guitarras
para que dance el agua sus zamacuecas...
«¡Viva el Señor San Pedro!—chilla una moza,
mientras las olas zumban su sinfonía—
si él no fuera tan viejo, fuera otra cosa...
pero si ya no baila no es culpa mía.»

«¡Ay!—una voz se queja—me están mojando
gritan las mares ondas de puro frío,
cada vez que las riegan de cuando en cuando
con el agua bendita del santo mío!...»
Y entre el bullicio alegre y el clamoreo
que hacen bailar adentro los corazones,
crece de las chalupas el balanceo
bajan repiqueteando los goterones,
y antes de que lo advierta la turba, brilla
un resplandor y luego retumba un trueno
que hace crujir los barcos hasta la quilla
y redoblando corre de seno en seno.
¡Vira!... grita el piloto que lleva al santo
bajo el chubasco loco, mientras la gente,
vuelta la capa de oro, casulla o manto
corre, buscando asilo bajo del puente.
¡Vira!... ¡Malhaya el agua! malhaya el viento
que hacen bailar la flota como un pingajo,
y entre los mil visajes del mareamiento
tienen ya a medio mundo cabeza abajo.
Y ¡ay! del Señor San Pedro, si en la virada
sobre su peana frágil no se sostiene!
quiera la Virgen Santa que no haya nada
porque se acaba el mundo si al agua viene.
¡Qué confusión, Dios mío! ¡Qué escapadero!...
como cuando en cardumen van las sardinas
y hallan en su camino furel guerrero
y huyen haciendo aletas de las espinas;
como cuando los cuervos van en bandadas
sobre las olas verdes y suena un tiro
y entre aletazos locos y carcajadas
vuelve en su camino, como un suspiro;
como cuando un rebaño de ovejas locas,
entre nubes de polvo se escapa al cerro,
y atropellando arbustos, saltando rocas
vuelve, todo azorado, porque vió al perro...
Nunca se vió regata más concurrida.
Trueno en popa las barcas navegan solas...

pero... ¿qué grito es ese que entre la huída
con el clamor del viento llevan las olas?
¿Qué es lo que se fué al agua del barco santo
que en torbellino blanco salta la espuma
y hace que se persignen, llenos de espanto,
viejas y remadores entre la bruma?
¡Santos del calendario! ¿qué es lo que pasa
que en sus embarcaciones se han desmayado
Juana la Paticoja, la Nicolasa,
cuatro seminaristas y un prebendado?
¡Olas de la mar honda que vais rodando,
vientos y lluvias locas que junio fragua,
id a avisar al pueblo que está esperando,
que es su Señor San Pedro quien se fué al agua!...
que eso que con anteojos y catalejos
los de la playa buscan en la neblina
es el mayor desastre que vieron viejos
desde las guerras luengas hasta la Ruina!

.....

Pero también decidles (bajando el tono)
al campanero ciego del campanario,
a la mujer que llora por su patrono,
y a la que junto al fuego reza el rosario;
que, según ya se sabe, cuatro fleteros,
viejos, y de palabras como ellas solas,
vieron correr al santo, con pies ligeros,
rumbo a las mares altas, sobre las olas...
y que también se cree—si no es seguro—
que el desmayo de aquéllas... no era desmayo
sino aquello que nombran vinito puro
de las cosechas nuevas de abril y mayo...

EPÍLOGO

¡Llueve! ¡Llueve! La noche lo cubre todo...
Ruge la mar de junio como una fiera
y es cada calle un río de lluvia y lodo,

y el retumbar del trueno ya desespera.
¡Llora! ¡San Pedro; llora! No hay un cristiano
que alrededor del fuego no se caliente:
pasa el mate quemante de mano en mano,
baja por las gargantas el aguardiente;
y hasta en los camarotes de algún navío
gozan, su pipa el viejo, su ron el mozo,
sólo el Señor San Pedro tiembla de frío
en lo más escondido del mar furioso.
Sólo, mirando al cielo, con sus dos llaves,
bajo las aguas verdes y cristalinas
mira cómo lo estudian los ojos graves
turnios y dislocados de las corbinas;
siente sin inmutarse (de yeso al cabo)
que un consistorio entero de jaivas mozas,
mide su santo cuerpo de cabo a rabo
con sus garfiadas patas, irrespetuosas!...
¿Es un azar de tantos o es un castigo?...
Vieja que estás rezando, dobla tus preces
que hace ya veinte siglos tu pobre amigo
al Salvador del mundo negó tres veces!!!...

FONTANA CÁNDIDA

Para mí, nada pido,
dadme una rama de árbol, una roca,
y la tendré por nido.

Mi nombre, pronunciado
con ánimo gentil por vuestra boca,
me hará creerme amado.

Evocad mi memoria
al ver una luciérnaga, una estrella,
y me daréis la Gloria.

Pobre es mi celda, pero
a veces canta o se lamenta en ella
el universo entero.

¡Mi Ideal!... lo harta un perfume
de yerba fresca; en la oblación de un beso
su mole se consume.

Llama que al cielo amaga
es mi ambición... que un niño cruza ileso,
y una lágrima apaga.

Todo lo tengo; y, breve,
cabe en un verso mi caudal: más grave
es un copo de nieve.

Detesto el mal, y amigo
del malo soy,—mi carne bien lo sabe,—
pero a mis jueces digo:

Dolor me apacentara.
Soy el loto que sorbe en agua impura
Su aroma y su miel clara.

Mi cuerpo, con sus lodos,
dejádmelo, que es mío; con su albura,
mi espíritu es de todos...

Y así, aspirando al cielo,
y aspirando a la tierra, y aspirando
a la quietud y al vuelo,

en este inquieto viaje
me siento derribar de cuando en cuando
por el contrario oleaje.

Y duermo... y en el sueño
me pregunto: ¿quién soy?...¿quién me conoce?....
¿Estoy despierto o sueño?...

¿Es crimen, es mentira
el placer que me aflige?... ¿santo goce
el dolor que me inspira?...

Y alguien responde: acaso
el ángel bueno que me guarda; el malo
que me perturba el paso;

Dios mismo: acaso Cristo,
por la boca del lodo en que resbalo
o el lirio que conquisto...

Y el dictamen obscuro,
bajo el aire celeste, en la vigilia,
deformo o transfiguro,

en dádiva secreta;
en salmo de esperanza a la familia,
al amigo, al poeta;

En hieles del despecho;
en áspid que amenaza por la espalda,
y me emponzoña el pecho:

En un meditar solo;
o en hoja y flor que en ática guirnalda
tiendo a los pies de Apolo...

Ya aletazo aquilino
toca mi ciega fuente, y va a los vientos
el chorro cristalino:

Milagroso fantasma
que enloquece a los pájaros sedientos,
y a los árboles pasma.

Ya mi ala a Dios exalto,
y mi pluma se inflama como loca
en su fanal más alto.

Ya mi bordón requiero,
y no aquieta mi labio hasta que toca
la sandalia de Homero...

¡Tu cielo azul, tus lares!
¡Patria! Nevado Monte! Casa vieja!
roble de mis cantares!

Que tu amor me apacigüe,
quiero ser en tu rama dulce abeja,
solitario copigüe...

Y, tú, que el agua acreces
del mar en que me esperas, con tu llanto
¡Madre!... ¿no fuí mil veces

golondrina en tu alero;
Rey Mago en su Pesebre; en tu quebranto
serenador lucero?...

¡Oh, Amor!... Para invocarte
unjo de aromas finos mi piel ruda,
mírome en tu agua, aparte...

Para ablandar tu reja
pido al hambre su súplica más muda;
a la torcáz, su queja...

Y si me das oído,
y me entrega su miel tu labio joven,
en tu más hondo nido

vuelo a asilar mi aurora,
para que las alondras no me roben
la eternidad de tu hora!...

Mas, ¡ay! cuán poco dura...
Murciélago me ve la tarde triste,
candil, la noche obscura.

Cabe la turbia poza
gime la rana humilde: por su alpiste
mi ruiseñor solloza...

Dios, patria, amor, ensueño,
se me apartan... Embriagáme el Olvido
con su fatal beleño;

y me entrego a mi suerte,
frágil alga que azota enfurecido
un aquilón de muerte...

Y al vendaval, el alga:
¡Muévate, oh Dios, mi lóbrego destino!
¡Mi confesión me valga!..

Y al alga, el vendaval:
flota y canta; serás carbón divino:
te mudaré en cristal.

CARLOS PEZOA VELIS

Nació en 1879. Murió antes de cumplir los treinta años, tras una asaroza existencia de bohemio incorregible; vida malograda, que encontró un fin prematuro también en su palacio de invierno, un pobre hospital de Santiago. Sus poemas, dispersos en diarios y revistas, fueron reunidos en volumen por Ernesto Montenegro y, años más tarde, reimpresos en París por Leonardo Pena con el título que siempre acarició en vida para su libro el poeta: "Campanas de oro".

Con sus impresiones y cuentos en prosa y algunos cuadernos contentivos de unas ligeras memorias juveniles, podría formarse un nuevo libro suyo, acaso lleno de carácter personal y de sabor local.

Murió en 1908. Su poemita *Tarde en el hospital* fué escrito en sus días postreros de enfermedad.

Obras: «Alma chilena». 1912.—«Campanas de oro». París. 1921.

Referencias: Prólogo de "Alma Chilena", por Ernesto Montenegro, y "Epílogo", de Augusto Thomson.—Prólogo de "Campanas de oro". por Leonardo Pena.—"Los Nuevos", por Armando Donoso. 1912. —Pezoa Velis, por Arturo Torres Rioseco, «Repertorio Americano», 1921.—«La Ley», 5 de Junio de 1893.—«Selva lírica», 1917, —«Letras hispano americanas», por Aliro Carrasco, 1919.—Crítica de Omer Emeth, «El Mercurio», 1912.—Artículo de Samuel A. Lillo, sobre la Vida del poeta («El Mercurio», 1912).—Pezoa Velis, por Efrain Jaña Velis («La Mañana», 1912).—"Les Ecrivains contemporains de l'Amerique espagnole", por Francisco Contreras. 1920.

EL PINTOR PEREZA

Este es un artista de paleta añeja
que usa una cachimba de color coñac,
y habita una boharda de ventana vieja
donde un reloj viejo masculla: tic tac...

Tendido a la larga sobre un mueble inválido,
un bostezo larga, y otro, y otro; tres!
¡Diablo de muchacho, pobre diablo escuálido,
pero con modorras de viejo burgués!

Cerca de él, cigarros finjen los pinceles
sobre la paleta de extraño color:
sus últimos toques fueron dos claveles
para un cuadro sobre cuestiones de amor.

Cerca un lápiz negro de familia Faber
enristra la punta como un alfiler;
hay tufo a sudores y olor a cadáver,
hay tufo a modorras y olor a mujer.

Juan Pereza fuma, Juan Pereza fuma
en una cachimba de color coñac,
y mira unos cuadros repletos de bruma
sobre un hecho que hubo cerca del Rimac.

El pintor no lee. La lectura agobia,
y anteojos de bruma pone en la nariz;
Juan odia los libros, ve horrible a su novia,
y todas las cosas con máscara gris.

Su mal es el mismo de los vagabundos:
fatiga, neurosis, anemia moral,
sensaciones raras, sueños errabundos
que vagan en busca de un vago ideal.

Ni piensa, ni pinta, ni el humor ingenia.
¡Qué ha de pintar, si halla todo sin color!
Tiene hipocondría, tiene neurastenia,
y hace un gesto de asco si oye hablar de amor.

Mira un cuadro antiguo sin pensar en nada;
mira el techo, el humo, las flores, el mar,
una barca inglesa que ha tiempo está anclada
y unas acuarelas a medio empezar.

De un escritorillo sobre la cubierta
un ramo de rosas chorrea placer
y una obra moderna, rasgada y abierta,
muestra sus encantos como una mujer.

El pintor no lee. La lectura agobia:
Juan Valjean es bruto, necio Tartarín;
Juan odia los libros, ve horrible a su novia
y muere en silencio, de tedio, de esplín.

Sudores espesos empapan los oros
que el lacio cabello recoge del sol,
y se abren al beso del aire los poros
del rostro manchado con tintas de alcohol.

Y mientras el meollo puebla un chiste rancio,
que dicho con gracia fuera original,
una flor de moda muere de cansancio
sobre la solapa donde está el ojal.

Hay planchas que esperan el baño potásico;
un cuadro de otoño y una mancha gris,
una oleografía de un poeta clásico
con gestos de piedra y ojuelos de miss.

Juan Pereza fuma, Juan Pereza fuma
en una cachimba de color coñac,
y enfermo incurable de una larga bruma,
oye a un reloj viejo que dice: tic tac...

Ni piensa, ni pinta, ni el humor ingenia.
¡Que ha de pintar si halla todo color gris!
Tiene hipocondría, tiene neurastenia
y anteojos de bruma sobre la nariz.

Así pasa el tiempo. Solo, solo el cuarto...
Solo Juan Pereza, sin hablar. ¿De qué?
Flojo y aburrido como un gran lagarto,
muerta la esperanza, difunta la fe.

La madre está lejos. A morir empieza,
allá donde el padre sirve un puesto ad-hoc;
no le escribe nunca porque la pereza
le esconde la pluma, la tinta o el block.

Hace ya diez años que en el tren nocturno
y en un vagón de última dejó la ciudad;
iba un desertado recluta de turno
y una moza flaca de marchita edad.

Un gringo de gorra pensaba, pensaba...
Luego un cigarrillo .. Y otro. ¿Fuma usted?
Luego un frasco cuyo líquido apuraba
para tanta pena, para tanta sed.

¡Tanta pena, tanta! Su llanto salobre
secaba una vieja de andrajoso ajuar;
iba un mercachifle y un ratero pobre,
y una lamparilla que hacía llorar.

La vida... Sus penas. ¡Chocheces de antaño!
Se sufre, se sufre. ¿Por qué? ¡Porque sí!
Se sufre, se sufre... Y así pasa un año
y otro año... ¡Qué diablo! La vida es así...

EL PERRO VAGABUNDO

Flaco, lanudo y sucio. Con febriles
ansias roe y escarba la basura;
a pesar de sus años juveniles,
despide cierto olor a sepultura.

Cruza siguiendo interminables viajes
los paseos, las plazas y las ferias;
cruza como una sombra los parajes,
recitando un poema de miserias.

Es una larga historia de perezas,
días sin pan y noches sin guarida.
Hay aglomeraciones de tristezas
en sus ojos vidriosos y sin vida.

Y otra visión al pobre no se ofrece
que la que suelen ver sus ojos zarcos:
la estrella compasiva que aparece
en la luz miserable de los charcos.

Cuando a roer mendrugos corrompidos
asoma su miseria, por las casas,
escapa con sus lúgubres aullidos
entre una doble fila de amenazas.

Allá ya. Lleva encima algo de abyecto.
Le persigue de insectos un enjambre,
y va su pobre y repugnante aspecto
cantando triste la canción del hambre.

Es frase de dolor. Es una queja
lanzada há tiempo, pero ya perdida;
es un día de otoño que se aleja
entre la primavera de la vida.

Lleva en su mal la pesadez del plomo.
Nunca la caridad le fué propicia;
no ha sentido jamás sobre su lomo
la suave sensación de una caricia.

Mustio y cansado, sin saber su anhelo,
suele cortar el impensado viaje
y huir despavorido cuando al suelo
caen las hojas secas del ramaje.

Cerca de los lugares donde hay fiestas
suele robar un hueso a otros lebreles,
y gruñir sordamente una protesta
cuando pasa un *bull-dog* con cascabeles.

En las calles que cruza a paso lento,
buscan sus ojos sin fulgor ni brillo,
el rastrro de un mendigo macilento
a quien piensa servir de lazarillo.

PANCHO Y TOMAS

(FRAGMENTO)

Pancho, el hijo del labriego,
y su hermano el buen Tomás
serán hombrecitos luego:
Pancho será peón del riego
y su hermano capataz.

Porque los chicos son guapos
de talladura y de piel:
viven como unos gazapos
entre un bosque hecho guiñapos
o algún llano sin dintel.

O montados en el anca
frescachona y montaraz
de alguna arisca potranca
que ha crecido en la barranca
sobre la avena feraz.

¡Son ya mozos! Pancho lleva
cumplidos veinte y un mes.
Es un mozo a toda prueba:
¡no hay bestia por terca y nueva
que no sepa quién Pancho es!

Porque el muchacho es bravío;
rubio como es el patrón;
como él detesta el bohío;
ama el poncho, el atavío,
y usa un corvo al cinturón.

¡Ah, qué cosas las de Pancho!
¡Qué alegrote y qué feraz!
¡Cómo se alboroza el rancho
cuando echa a una moza el gancho
en una frase mordaz!

¡Qué continente! Es el vivo
retrato del buen patrón:
como él, nervioso y activo,
gesto brusco y agresivo,
pendenciero y socarrón.

Tomás cumplió los veintiuno,
pero no es mozo de ley;
es honrado cual ninguno,
ni es pendenciero ni es tuno,
pero es fuerte como un buey.

Y su hondo deseo fragua
una dicha que es mejor:

tener chacra, un surco de agua,
una mujer, una guagua...
¡todo un ensueño de amor!

Ama el rancho, las faenas;
ama el rancho, la mujer...
A veces le asaltan penas
si las tierras no son buenas,
si el agua tarda en caer.

Y así los dos muchachones
viven en juerga feliz;
Pancho hondea a los gorriones;
Tomás canta... Sus canciones
huelen a trigo y maíz.

Pancho es alegre. Su frase
lleva el chiste y la intención;
su frase, robusta nace
y en risotadas deshace
su endiablada perversión.

Tomás, bonachón, sumiso,
monta en precoz gravedad,
si Pancho horada el carrizo
o si atrapa de improviso
fruta de ajena heredad.

Pancho corre. Tomás mira
crecer al viento la col;
Pancho abrupto monta en ira
si el pobre Tomás suspira
en la caída del sol...

Y en la noche Pancho se echa
sobre el colchón de maíz.
El viejo habla de otra fecha...

Tomás lo sigue, repecha
otra edad y otro país.

Otro país en que hay reyes
bondadosos y en que hay bien,
vacas encantadas, bueyes
de oro, pastores y greyes
con astas de oro también.

Y en que no hay mejillas flacas,
ni hombres que ultrajados son;
y en que hacen mil alharacas,
chicos, trigales y vacas
en eterna floración.

Y en que el labrador, buen amo
y siervo de sí mismo es,
y en que la encina, el retamo
sólo se entrega al reclamo
del que la encontró al través.

Luego Tomás se va al lecho
y el viejo y todos en pos:
todos miran hacia el techo;
y las manos en el pecho,
cuentan sus penas a Dios.

EN LA PODA

Cantando va el alegre carretero
frente a sus bueyes mustios y cansados:
en su carreta lleva el limonero
que me daba en las tardes de Febrero
la sombra de sus ganchos inclinados.

Qué alegre vas buen hombre! dije al guía,
y al seguir canturreando por la vía
me respondió:—Cómo anda siempre el pobre.
Aquí es donde se compra la alegría
ganando el pan que a muchos tal vez sobre.

Y no encuentro el dosel de mis amores
en los sitios del bosque, despoblados.
Y tú llevas los verdes cobertores
en que mi amada y yo, ebrios de olores,
hablábamos de amor, entrelazados!

Oh rústico feliz! Sigue el camino
conduciendo tu carro a la leñera;
esos nervios del bosque donde el trino
más de una vez a desgranarse vino,
llevan mi sueño a la chispeante hoguera...

Tú del hombre feliz la imagen eres,
tú, cuya fuerza a la labranza uncida,
te hace vivir sin pena ni placeres
arrastrando la carga de la vida
entre los cantos de tu amor a Ceres.

Tú no vienes al bosque a hablar de amores
con la alegre y coqueta Poesía,
ni te amargan los besos seductores
de esa florista que nos da sus flores
escondiendo el puñal de la ironía!

Canta! Canta feliz, buen carretero,
frente a tus bueyes mustios y cansados!
Llevas en tu carreta el limonero
que nos daba en las tardes de Febrero
la sombra de sus ganchos inclinados!

EL ORGANILLO

Para el dolor de los vagos
que hacen a gatas la vida,
bebiendo su vino en tragos
de un sabor casi homicida,

también hay consuelo. El pobre
suele encontrar quien le entienda
cuando echa su cuerpo sobre
el jergón de la vivienda.

En los rezongos lejanos
de algún organillo viejo
que masca versos indianos
y polkas de estilo añejo.

Cuando al son de un aire aciago
llora, o mata su fastidio
en las espaldas de un vago
que envejeció en el presidio.

O hace vibrar la pereza
de polvorientos cantares
en la inaudita tristeza
de los versos populares.

Pobre peón! Sus padres idos
eran brutos y hasta idiotas
que no hicieron otros ruidos
que el de sus toscas ojotas.

Porque el patrón, los consejos,
la huasca y el aguardiente,
se echaron sobre los viejos
brutalmente, brutalmente.

Porque la barra, el calambre
de la fatiga, o la guerra,
los echaron muertos de hambre
a lo largo de la tierra.

Pobre peón! En otros días
la tierra era de los viejos;
de ellos el parrón, sus guías,
las bestias, sus aparejos.

Cuando la tierra era buena:
cuando no había patrones
que hicieran siembras de pena
y vendimias de pulmones.

Cuando el amo aún no había
echado su cuerpo sobre
la carne de la alquería
o sobre la hija del pobre.

Y cuando sobre los piques
de los rotundos faldeos
iban los viejos caciques
a contemplar los rodeos.

Y eran dueños de la tierra,
del arado y la picota
del machete y de la sierra
que rasga el árbol que brota.

Pobre peón! más tarde vino
a la aldea. (Adiós, montaña!)
Y fué ladrón y asesino
con gente de estirpe extraña.

Y hoy es un andrajo errante
que en los quiebros de la vía
se echa sobre el caminante
y lo mata a sangre fría.

Pobre peón! De día cruza
la calleja solitaria,
donde el hambre viste blusa
y la blasfemia es plegaria.

Para entrar allá en la fonda
donde el fausto de algún pillo
paga al hermano la ronda
o una polka al organillo.

O alguna mazurka ambigua,
que en una cadencia larga
cuenta una historia antigua,
tan amarga, tan amarga...

Sí, al armatoste andariego
que a lo largo del camino
contó en el rancho sin fuego
la historia del inquilino.

La de ese peón presidario
para quien la alegre vida
fué una labor sin salario
o una batalla perdida.

Y la de todos los bravos
que por obra de las leyes
eran buenos cuando esclavos
y eran fuertes cuando bueyes.

¿No escucháis el estribillo?
El peón calla y frunce el ceño...
Está enfermo el organillo,
enfermo, enfermo de ensueño!

Y del pobre cán que aulla
mezcla la nostalgia inmensa
cuando en rezongos masculla
lo que el vagabundo piensa.

Bien se sabe el osco pillo,
bien se sabe el perro huraño,
lo que dice el organillo
en sus canciones de antaño!

Bien lo sabe. Su agrio trino
es de un dolor sin remedio,
como el sueño, como el vino,
como el vicio, como el tedio.

Y hediendo anticuadas danzas,
deja al pasar por la vía,
andrajos de remembranzas
hilachas de poesías...

Y sus rezongos salobres
hacen pensar en sus yerros
a las meretrias pobres
y a los nostálgicos perros.

Hasta un indio de Bolivia
que vende drogas y yerbas
halla un sabor que lo alivia
en sus mazurkas acerbas!

Mientras un muchacho pobre
hunde los ojos sin brillo
en un cuadrito que hay sobre
la tabla del organillo.

En el que una mancha inválida
muestra un fondo de taberna
y una bailarina escuálida
que al aire enseña la pierna.

El peón calla. Ah, esos días
están lejanos, lejanos...
El rancho, las noches frías,
las hermanas, los hermanos.

¿Nada, buen Dios? ¿Nada? Cada
són masculla: nada, idiota!
La música sigue: nada!
El eco salta, rebota...

¿No escucháis el estribillo?
El peón calla y frunce el ceño...
Está enfermo el organillo!
Enfermo, enfermo de ensueño!

El organillo le acosa...
¿Y cómo quieres que calle
toda esa vida penosa
que a su paso no hay quien no halle?

Y el peón huye. La grosera
polka le sigue, le amarga,
mientras anda por la acera
que se estira larga, larga...

N A D A

Era un pobre diablo que siempre venía
cerca de un gran pueblo donde yo vivía;
joven, rubio y flaco, sucio y mal vestido,
siempre cabizbajo... Tal vez un perdido!
Un día de invierno lo encontraron muerto
dentro de un arroyo próximo a mi huerto,
varios cazadores que con sus lebreles
cantando marchaban... Entre sus papeles
no encontraron nada... Los jueces de turno
hicieron preguntas al guardián nocturno:
éste no sabía nada del extinto;
ni el vecino Pérez, ni el vecino Pinto.
Una chica dijo que sería un loco
o algún vagabundo que comía poco,

y un chusco que oía las conversaciones
se tentó de risa... Vaya unos simplones!
Una paletada le echó el panteonero;
luego lió un cigarro, se caló el sombrero
y emprendió la vuelta... Tras la paletada,
nadie dijo nada, nadie dijo nada!...

UNA ASTUCIA DE MANUEL RODRIGUEZ

Fray Alfonso Guimárez de Medina, el hermano
más bonachón y santo del templo franciscano,
bajaba por la cuesta con dirección al fondo
gloriosamente verde del valle de Aconcagua.
El río iba cantando no sé que cosa en lo hondo
de una barranca agreste. Reía bajo el agua
con frescachona risa de mujer, con pomposa
locuacidad, con esa verbosidad latente
con que ríe en la gloria de los campos la rosa,
a la gloria apacible, de la alegre corriente.
Fray Alfonso iba al paso de su mula; iba al paso
porque dávidas, diezmos y primicias sumaban
como la siembra toda de aquel faldeo raso
que veía... Los buenos campesinos se daban
con espíritu y cuerpo... Desbordaban legumbres
desde el río a la cuesta, desde el llano a las cumbres.
Fray Alfonso pensaba tales cosas risueñas
con fruición inocente. Las pupilas zahareñas
se aguzaban de gozo bajo el amplio sombrero
que albergaba su rostro de religioso austero.
Fray Alfonso salía de las árguenas llenas,
por encima de un tiesto con gallinas rellenas,
por encima de rumas apretadas de coles
y pollos de plumajes ricos en tornasoles...
Fray Alfonso al tufillo de ese monte rumiaba
condimentos nefandos o comilonas sordas;
tal vez al paso lento de su mula soñaba
con siete vacas gordas...

Tal iba. En el quebrajo de la hondonada vino
la amable catadura de un pobre campesino,
rústico de lenguaje.—Güenos días, hermano,
canturreó con devoto sonsonete el aldeano.
—Buenos se los dé el cielo, santamente repuso
Fray Alfonso Guimárez. Como entonces era uso
dar la diestra al creyente para el beso devoto,
alargó al campesino la diestra. (Por el soto
cantaba alegremente su copleja burlona
algún pájaro irónico, algún tril andariego,
para quien no era alegre, ni era tan bonachona
la inocente mirada del devoto labriego).
Fray Alfonso Guimárez, ante el sacro donaire
del labriego, hizo entonces una cruz en el aire
y alargó al campesino la sonora alcancía
con la mística imagen de una virgen María,
que desde muchos años para los campos era
la bendición, el trigo para la sementera,
el sol para los ciegos, para el hambriento el pan,
la gloria del Altísimo para los que se van...

La expresión del labriego, bajo el ala mohina
de un enorme bonete, resultaba tan boba
como el cuero pletórico que chorreaba en la esquina
de la enjalma. ¡Aquel contenía una arroba!
Largo hilito de baya descendía hasta el suelo
desbordando dulzuras. El sabor iba al cielo
como incienso invisible, como incienso malsano
ofrecido a la gloria de algún dios campechano.
Fray Alfonso olfateaba con mirada simplona
la rosada frescura de esa baya... El labriego
brindó un sorbo al hermano. Resultaba dulzona...
Pero ¡qué! los gaznates son propicios al riego,
y aquel líquido alegre, de sabor nunca visto,
lo hallaría gracioso de sabor, hasta Cristo!
—No es, hermano, limosna, la que os trae un hermano,
recordó con devoto sonsonete el aldeano:
es la grave noticia que en Los Ande hay sabío,

es la grave noticia que hay colgao al avío
para dir a Santiago... ¿Sabe, hermano? Roidrigue
pasó ayer como un viento por Los Ande... Le sigue
un alfeire del Cuarto...
—Dios le guíe, mi hermano...
Los caminos son malos en la cuesta; en el llano
se amontonan herejes; hay escenas salvajes
de viajeros colgados a los altos ramajes
de los bosques; se sabe que por odio a los reyes,
se asesina, se incendian las carretas andinas,
para asar en las llamas los opíparos bueyes
de las chacras vecinas.

Fray Alfonso temblaba; la palabra ferviente
recorría un comienzo de oración. Lentamente
repartía el labriego maldiciones... La bota
del labriego franqueaba los groseros avíos
de la mula pacífica. (Otra gota, otra gota,
no sería pecado. Tales gotas dan bríos
a los ánimos tristes...) Esa turba patriota
era sólo una turba de malvados impíos,
era sólo una turba de soldados feroces
que atronaban los campos con patrióticas voces
y rabiosos discursos. Desde ha muchos los buenos
campesinos decaen; sus graneros de trigo
ya no están, como en tiempos olvidados, rellenos
de cosechas; los diezmos que antes eran conmigo,
enflaquecen ahora... y al decir no hay engaño,
que los padres ayunan doce meses al año...
Ah, esos pícaros que hablan a los pueblos de cosas
que los pueblos no entienden, de caer han un día;
se la estaban jugando con palabras hermosas
a los reyes de España y a la Virgen María.

La morriña del néctar convidaba al descanso...
Fray Alfonso bajóse. Cerca había un remanso
de apacible frescura;
la morriña del néctar, no sé qué de ternura

impregnaba en las cosas de los campos agrestes,
se adhería a las plantas, empapaba el ramaje,
los parleros arroyos, los espacios celestes
y el solemne mutismo del tranquilo paisaje...
Y a la sombra de un árbol copetudo charlaron...
Y como era graciosa la cabeza de un fiambre
que rompía las árguenas, de improviso acordaron
engullirlo... ¡Qué diablos! No era justo hacer hambre!
Esos malos patriotas no valían un sorbo
de esta baya dulzona... (Discurría el labriego).
La tal bota con baya resultaba un estorbo,
contemplándola... —Hermano, si la echásemos luego
por las vías resecas del gaznate ¿sería
grave falta? (El labriego la frescura ofrecía
de la pícara andina).
Sí, mi hermano. Roidrigue
pasó ayer como un viento por Los Ande; le sigue
un alfeire del Cuarto con cien más talaveras.
Icen toos que y'andan por ahí montoneras,
que han entrao a la casa de on Pórfido Urriola,
que a las niñas mas mozas del patrón han robao,
que han robao la caja, la bandera española
y una imagen de plata del Señor Crucijao...

(Era la hora de siesta, cuando viene la huraña
sensación del bochorno, y en la tarde encendida,
sobre el campo salvaje, sobre la hosca montaña,
coń inmensos letargos esplosiona la vida).
Frai Alfonso no oía abajo el agrio bochorno...
La quietud campesina deslizábase en torno
de su ensueño. La siesta le traía un letargo
cansador; la morriña le sumía en el largo
descansar de la vida; la quietu del boscaje,
la piedad del riachuelo que empezaba un visaje,
la tristeza lejana de las cumbres, el ronco
rumoreo del río, la gramínea brava,
la silueta inmutable del hierático tronco
que en mitad del desmonte sabiamente pensaba...

todo ansiaba reposo. Fray Alfonso veía
panoramas en sueño... Ya la Virgen María
que pasaba por campos, por senderos y chozas,
recogiendo las dádivas de las gentes piadosas,
recogiendo primicias que el abad franciscano
recibía sonriendo... Ya era el pícaro aldeano
que escapaba en la mula y a los campos huía
con la santa persona de la Virgen María,
con los pollos que daban en las chacras cercanas,
con las frutas pomposas, las lechugas lozanas
que brindaba la hacienda de don Pórfido Urriola,
con las tortas robustas, invisibles de vaho,
con la caja de fondos, la bandera española
y la imagen de plata del Señor Crucijao...
Ya era el pícaro aldeano cuya cara ladina,
bajo el amplio bonete, resultaba tan boba
como el cuero pletórico que chorreaba en la esquina
del apero. Aquel cuero contenía una arroba.
Le ofrecía una bota de la pícara baya,
y otra más... A la postre se embutía en la saya
para hurtar su apariencia de católico hermano,
para hurtar el prestigio del sayal franciscano,
para hurtar el prestigio de la vieja alcancía
con la mística imagen de una Virgen María,
para hacer batallones, levantar montoneras,
escapar con las mozas, degollar talaveras...

Fray Alfonso dormía...
Por el monte lejano
revolaban los pliegues del sayal franciscano...
y aquel guapo Rodríguez que rumiaba un responso;
¡Que le vaya bonito con el prior, fray Alfonso!
(En la cumbre, un devoto de la Virgen María
saludóle. El saludo del devoto era austero;
bajo el amplio sombrero del hermano reía
la cazurra mirada del audaz montonero).
Alcanzaba la cuesta...

Las montañas mostraban los selváticos flancos
apretados de flores, cual si hubiera una fiesta
de color en la flora de los verdes barrancos;
los manzanos abrían las escuálidas ramas;
parloteaban las fuentes, despedía el sol llamas;
las vertientes cantaban con recónditos bríos
y aprestaban sus mozos los agrestes bohíos
para el paso glorioso de aquel rústico hermano,
que si bien era hermano, no era tal franciscano;
que llevaba a los pobres la esperanza, que había
conquistado la imagen de la Virgen María,
la alcancía sonora, la pacífica mula
y una presa bucólica que hartaría la gula
de un convento; que había conquistado la saya
con la grata dulzura de esa opípara baya,
y que enviaba a los pueblos la esperanza bendita
de ser libres un día, de asistir a la cita
con la edad venidera, recorriendo el atajo
que conduce, entre música de besos y arrullos,
a la gloria fecunda de entregar al trabajo
la energía fecunda que le brindan los suyos

TARDE EN EL HOSPITAL

Sobre el campo el agua mustia
cae fina, grácil, leve;
con el agua cae angustia;
llueve...

Y pues solo en amplia pieza,
yazgo en cama, yazgo enfermo,
para espantar la tristeza,
duermo.

Pero el agua ha lloriqueado
junto a mí, cansada, leve;
despierto sobresaltado;
llueve...

Entonces, muerto de angustia,
ante el panorama inmenso,
mientras cae el agua mustia,
pienso.

Donación de
Antonio Doddis Miranda,
Catedrático de
Literatura Clásica y
Medieval de la
Universidad de Chile,
a la Biblioteca Nacional.

FRANCISCO CONTRERAS

Nació en 1877. Su libro "Esmaltines", fué uno de los clamores líricos mas eficaces en la renovación literaria de Chile. Por vez primera la influencia simbolista apareció en un escritor nuestro.

Ha sido la de este escritor una vida puramente consagrada al arte, sin reservas ni concesiones. Desde hace muchos años vive en Europa, donde ha cultivado la camaradería de los mejores escritores de América, Darío, Lugones, Nervo, y de los nuevos estetas franceses: Paul Fort, Leon Bocquet, Duhamel.

Encargado de la sección letras hispano americanas del «Mercure de France», desde hace más de dos lustros, ha realizado en ella una noble y fructífera difusión de la literatura continental.

Su obra de crítico, de poeta y de novelista cuenta entre lo más honrado de la nueva generación americana.

Obras: "Esmaltines", 1898.—"Raul", 1902.—"Toison", 1906.—"Romances de Hoy", 1907.—"Los modernos", 1909.—"Almas y panoramas", 1910.—"La piedad sentimental", 1911.—"Tierra de Reliquias", 1912.—"Lunas de la patria y otros poemas", 1913.— Los países grises", 1916.—"Les écrivains hispano-americains et la guerre européenne", 1917.—"La varillita de virtud", 1919.

Referencias: «Unión Ibero Americana», Setiembre 1904.—«Todo al vuelo», por Rubén Darío.—«Los Nuevos», por Armando Donoso.—*Les Actualités*, artículo de Leon Bocquet.—Artículo de Philéas Lebesgue, en "Les ecrivains hispano-americains et la guerre européenne".—Artículo, en *Le Monde Nouveau*, de Dominique Braga.—*Origen de este libro*, en "Varillita de virtud".—"Perfume de belleza", por José Fabio Garnier.—"Selva lírica".—"Historia de la lengua y de la literatura Castellana", por Julio Cejador.

ENCANTO DE LAS LLUVIAS

Llueve, llueve, llueve, llueve, sin quebranto.
Y del agua trémula a través del velo
se divisa el campo, se divisa el cielo,
como un rostro pálido a través del llanto.

¡Oh, qué misterioso, qué inefable encanto
ponen las borrascas en mi desconsuelo!
Pienso, pienso, pienso, y ardoroso vuelo
hacia aquellos días que he querido tanto!

Pienso en tí, graciosa rosa de inocencia,
azulado ensueño de mi adolescencia,
que encendiste en mi alma la ilusión de fuego.

Y en la vaga sombra de mi cruel retiro
suspirar te siento, sonreír te miro...
Mientras llueve, llueve, llueve sin sosiego.

EL TURCO

Sentado en un escaño, sentado en la Alameda
la pipa entre los dientes, el pobre viejo está,
en tanto la azulosa neblina lenta y queda
de los escuetos árboles colgándose va ya.

Es turco. Es de Estambul. (El rojo fez le queda.)
Vendiendo baratijas se vino desde allá.
Mas hoy está arruinado: su kiosco de oro y seda
diezmóle con el fuego la cólera de Alá.

Medita. Bajo el humo de su pipa moruna,
Medita transportándose... ¡oh sueños de fortuna!
Bazares de Damasco, tesoros de Almanzor...

Y rápida la niebla más fúnebre y silente
reduce el horizonte... Y más profundamente
se hunde el pobre viejo en su íntimo dolor.

CARNE TRISTE

¡Pobre tísica! en la incierta
sombra que mis sueños viste
te alzas sobre mi alma yerta,
en tu bata azul y triste.

Sangra entre tus labios blancos
cruel sonrisa de desvío;
y se estremecen tus flancos
en nervioso escalofrío.

A tus pies yace quebrada
la copa en la cual bebiste.
Y está por siempre manchada
tu túnica azul y triste.

En tus ojos sin destello
no hay una gota de lloro;
y se te eriza el cabello
como una cauda de oro.

Y en las sombras honda y anchas
pasa el dolor que te embiste...
Y yo persigo las manchas
de tu bata azul y triste.

LAS CRISANTEMAS

En desmesuradas yemas,
sobre los tallos entecos,
en los parterres ya secos
se esponjan las crisantemas.

Flores raras, son emblemas
del arte de nuevos ecos
amantes de orlas y flecos
y de rarezas supremas.

Exóticas y hieráticas,
como princesas asiáticas,
pues que son raras, son bellas.

Prendidas entre los rasos,
o abiertas sobre los vasos,
como monstruosas estrellas.

ESTADO DE ALMA

Negra nube de angustia y hastío
pasa lenta y tenaz por mi frente,
Ya no es mío el ensueño ferviente,
ya no es mío el amor, ya no es mío!

Bajo el pálido gris del vacío,
melancólico, enfermo, doliente,
siento frío de tedio mordiente,
siento frío de horror, siento frío!

La existencia a mi vista se viste
como ocaso invernal plúmbeo y triste,
sin un solo relámpago de oro.

Ya no escucho la voz sacrosanta
de la buena canción que levanta;
ya no lloro, no lloro, no lloro!

EL PUÑAL ANTIGUO

Sobre el tapiz oriental
de mi alcoba obscura y fría
tengo tu fotografía
clavada con un puñal.

Bajo el bruñido metal
que guiara mi mano impía,
me mira tu faz sombría
con una angustia mortal.

Y cuando el día se pierde
y el aciago ajenjo verde
exalta mi hondo dolor,

con qué perverso arrebato
hundo sobre tu retrato
aquel puñal vengador!

AMBERES

Al son armonioso de sus cien esquilones,
que le ciñen como una inmaterial guirnalda,
«Amberes» sonriente, contempla en el Escalda
su corona historiada de antiguos aguilones.

Los años no han podido abatir sus pendones.
Como en su éra de gloria, como en su Siglo Gualda
vibra en su Plaza Verde, esa vieja esmeralda,
llena de caballeros, de damas, de bufones.

Su magna catedral, melodiosa, alígera,
que se lanza a los cielos tras su torre flamígera,
parece arrebatarla en un delirio inmenso,

Y de su puerto férvido, sobre su río manso,
las cien naves que entran y salen sin descanso,
le envían su fecundo humo, como un incienso...

BRUJAS

Al eco de las graves plegarias ancestrales
que alzan las torres, bajo las cuales te arrebujas,
desde hace cuatrocientos años, duermes ¡oh, Brujas!
absorta en el ensueño de tus días triunfales.

Duermes en un silencio de noches invernales
pobladas de fantasmas, de nemures, de brujas,
bajo una negra sábana de agua sin burbujas,
en el ataúd pétreo de tus viejos canales.

Tu Canal Verde, verde de sauces y reflejos
de ventanillos en aguilones bermejos,
que raya la llovizna con su perenne llanto.

Tu Canal del Rosario, ensenadas caóticas,
florido por las gablas de sus mansiones góticas...
tus canales de enigma, tus canales de encanto!

LUNA DE LA PATRIA

Luna de la Patria, Luna
única, lánguida, grata,
cuya luz bendita es una
polvareda azul de plata.

Luna en cuya faz de armiño
veía mi madre angélica
a la Virgen con el Niño,
sobre la burra evangélica.

Luna, que cual sol magnífico,
más puro tu rayo espandes
que la espuma del Pacífico,
que la nieve de los Andes.

Por fin vuelvo a contemplar
tu fosfórico zafir,
por fin te vuelvo a llorar,
por fin te vuelvo a reir.

Muchos años, muchos años
vagué por extraños climas,
bajo horizontes extraños,
escalando extrañas cimas.

Soy el mismo sin embargo,
todo ilusión y erotismo;
soy el mismo niño amargo,
soy el mismo, soy el mismo.

El mismo que diera todo
el oro por una rosa,
el mismo niño beodo
tras una azul mariposa.

El polvo de cien países,
de cien soles el destello
no han dejado tonos grises
en mi alma ni en mi cabello.

Luna de la Patria, Luna
única, lánguida, grata,
cuya luz bendita es una
polvareda azul de plata.

Un día te dije adiós,
abracé a mi madre y
hacia otros mundos, en pos
de loco sueño, partí.

No volví a ver tus fecundos
rayos de argénteo tisú:
la luna de aquellos mundos
no eres tú, nó, no eres tú!

Surqué mares, crucé tierras,
fuí del Oriente a Thulé;
escalé gigantes sierras,
vibré, padecí, luché...

Y hubo generosas palmas,
que aplaudieron mi locura,
y hubo almas, nobles almas,
que endulzaron mi amargura.

Y hubo corazones tiernos,
bajo el lino y bajo el raso,
que a mis ardores eternos
dieron todo: aroma y vaso.

Oh, la dulce niña pía,
(vivió en amorosa crisis)

que el Azar me ofreció un día
y otro me quitó la Tisis!

Oh, la tierna niña amante
de cabello y de alma de oro,
que arrulló mi sueño errante
con su risa y con su lloro!...

Luna de la Patria, Luna
única, lánguida, grata,
cuya luz bendita es una
polvareda azul de plata.

La nostalgia abrazadora
vino mi sueño a turbar,
y un buen día volví prora
a mi patria y mi solar.

Quería ver la serrana
campiña que fué mi cuna,
besar a mi madre anciana
y contemplarte a ti, oh Luna!

La ausencia, la lejanía
me encendían de amor patrio:
mi ser todo entero ardía
como incensario en el atrio.

Daré a la patria, pensaba,
el fruto de mi afán loco,
y sólo me acongojaba
darla tan poco, tan poco!

Ay, mis anhelos ufanos
en llegando se abatieron!
Me negaron los hermanos;
los mastines me mordieron!

Tan sólo tú, más humana
que los hombres, Luna triste,
con piedad de única hermana
en tus brazos me acogiste.

Y a tu halagüeño cariño
volvió a mi alma la ternura;
sentí mi candor de niño
y sollocé de dulzura!...

Luna de la Patria, Luna
única, lánguida, grata,
cuya luz bendita es una
polvareda azul de plata.

No me amarga el mal contrario,
en mí no medra el rencor;
mi pecho es un incensario,
que arde y perfuma de amor.

La hostilidad, el sarcasmo
con su exaltación de abismo,
podrán secar mi entusiasmo
pero jamás mi civismo.

Amo a la patria que adversa,
me desconoce o me olvida:
para ella será mi fuerza,
por ella daré la vida.

Amo la tierra hosca y rancia
de breñales y de espinos:
en ella mi clara infancia
soñó sus sueños divinos.

Amo la montaña eterna,
que hacia los cielos se exalta:

a su sombra mi alma tierna
aprendió a ser firme y alta.

Amo el cielo de fulgencia
no vista sobre las cimas:
en su azul mi adolescencia
tiñó mis primeras rimas.

Y te amo a ti, Luna angélica,
a quien la flor dá su incienso;
a ti Magdalena célica,
que ungiste mi duelo inmenso!

Luna de la Patria, Luna
única, lánguida, grata,
cuga luz bendita es una
polvareda azul de plata.

SEÑOR, ENSÉÑAME A SER POBRE

Señor, enséñame a ser pobre,
Enséñame a ser pobre a mí que nací rico:
Permíteme hallar dulce la lágrima salobre,
Concédeme la paz entre Job y el borrico...
Enséñame a ser pobre, Señor, te lo suplico.

Indúceme a buscar el santo aislamiento
Y la liberación de todo vil deleite,
Concédeme el nutrirme de mi propio elemento,
Así la lamparilla de su aceite.

Enséñame, Señor, a renunciar al mundo;
A despreciar el siglo: su claridad maldita,
Su mentiroso encanto;

Impúlsame a buscar el Tesoro Profundo,
En la mina infinita,
Así un obrero que fuera un santo.

...Señor, enséñame a imitarte.
Permíteme ser pobre y pasivo,
Enséñame a ver sin sonrisa,
Al plutócrata caritativo,
Al snob que diserta de arte
Y a la burguesa que melancoliza...

Enséñame a vivir sin zozobra,
A dormir sin sufrimiento,
Entre Calibán y su obra:
La inepcia y el escremento.

...¡No más sueños humanos,
No más acción de amor!
Debo huir, cortarme las manos.
RENUNCIAR A TODO...
¡Señor!
TÚ LO SABES: SON MIS HERMANOS
Quienes me obligan a este exodo.

Enséñame a librarme de toda vanagloria,
De todas vanas flores,
Con voluntad de asceta:
Tú sabes que yo nunca trabajé por la gloria
Y que fuí siempre, siempre, aún en mis errores,
Un perfecto poeta.

Enséñame, Señor, a poner mi alma sobre
Este mundo tan chico.
¡Señor, enséñame a ser pobre
A mí que nací rico!

CRUZAMOS EL GRAN BOSQUE...

I

Cruzamos el gran bosque de encinas, de castaños
Y de guindos cargados de fruta purpurina,
Contra el follaje adverso y los troncos huraños.

Subimos la colina
Azulada de cardos,
En que alguna casita yergue sus muros pardos
Y alguna vieja en cofia da grano a sus gallinas.

Y en un enorme ramo de pinos y de encinas,
Descubrimos, por fin, el vetusto castillo,
(Relicario de piedra de una época huraña)
Que dominaba ayer la fecunda montaña
Y hoy domina el azur de inmaculado brillo.

¡Oh, la sombría torre de almenas altaneras,
Que guarnecen dos gárgolas con hocicos de perros!
¡Oh, el torreón cilíndrico de mínimas troneras!
¡Oh, las piedras musgosas! ¡Oh, los mohosos hierros!

En el patio de honor que tapiza la hierba,
Un pozo su brocal de otros siglos conserva,
Junto al cual una buena mujer cose tranquila,
Y dos o tres chicuelos retozan sobre el suelo:
Sus risas suben claras en la atmósfera lila.

Hé aquí la capilla con su gótico cielo,
Sus vitriales polícromos y su bello retablo,
En que las castellanas bajo púdico velo,
Soñaban con el diablo.

Hé aquí la cocina de oxidados morillos
Y enorme chimenea que hoy infunde pavura,
Donde se asaba como en infernales focos,
Entero un jabalí de lucientes colmillos,
Para saciar la gula de los príncipes locos
De amor y de aventura.

II

...Y yo sueño. Yo sueño, rondando paso a paso,
La vetusta mansión cuyo foso era seco,
Repleta la maleza con su fronda de raso.

Es la siesta. Una siesta del siglo XV. El eco
De las cigarras sólo raya el fúlgido ambiente.
El castillo en el cielo duerme profundamente.

Sobre el muro de piedra se abre una puertecilla
Y aparece una joven, rosada la mejilla,
En amplio traje verde de tafetán sonoro;
Sobre su pecho fulge un relicario de oro.

Mirando a todos lados, avanza con sigilo,
Entre las ramas quietas en el aire tranquilo,
Y esponjando la falda toda encajes de Flandes,
Se inclina, rápida, bajo los grandes
Arboles que se pintan en el azul celeste.

Dos ojazos la espían desde el sendero agreste,
Y antes que logre alzarse, el menestrel exótico,
El trovador errante de flotante cabello,
La toma por el talle, la besa sobre el cuello...
Allí a la sombra misma del castillo despótico...

En la montaña próxima, entre la selva espesa,
Suena el cuerno de caza del conde que regresa...

III

La amiguita gentil que me acompaña,
Bajo las alas de su sombrero a la moda,
Sobre el cual un nenúfar en el día se baña,
Sueña también y palidece toda.

En su claro semblante,
Que encuadran los cabellos de purpurado brillo,
Sus grandes ojos flotan en una luz quemante.

—Yo quisiera, me dice, habitar un castillo
Como éste, en que pudiera
Vivir sola conmigo, mi amor y mi quimera...

—Yo también he soñado mi castillo,
Cuantas veces, ufano, en mi país lejano,
Cabalgué por la selva o el rastrojo amarillo,
Esperando avistarlo en el ambiente vano.

Mas en mi tierra joven en que el hombre es sencillo,
En lugar de castillos sólo hay casas de haciendas,
Blancas como corderos entre las verdes sendas,
O estaciones de trenes de modestos perfiles,
Y en lugar de torreones, chimeneas fabriles.

Castillos... Los castillos, enormes relicarios
En que una raza guarda lo mejor de sus bienes:
Sus gestos temerarios,
Sus ternuras secretas,
Aún están elevándolos, contruyéndolos...
—¿Quiénes?
—Nosotros, los poetas.

Castillo de Chazeron (Francia).

ANTONIO BORQUEZ SOLAR

Nació en 1874. Se graduó profesor en el Instituto Pedagójico de Santiago y desempeña, desde 1892, el cargo de profesor de Castellano, en cuya enseñanza ha realizado una acertada labor de difusión de la literatura moderna. Fué, durante el último lustro de la pasada centuria, uno de los primeros en acoger con entusiasmo la obra renovadora de Rubén Darío, de Leopoldo Lugones, de Ricardo Jaimes Freire.

Obras: «Campo lírico», 1900.—«La floresta de los leones», 1907.—«Dilectos decires», 1912.—«La belleza del demonio» (La Quintrala) 1914.—«Laudatorias heroicas», 1920.

Referencias: Marcial Cabrera Guerra («Campo lírico») Prólogo.—«La poesía en Chile», por Rodolfo Polanco. 1913.—«Les Ecrivains contemporains de l'Amerique espagnole», por Francisco Contreras.

TRIBULACIONES

Anatolio es un hombre mezcla de luz y lodo;
tiene ansias infinitas y hastiado está de todo.
Al Abismo en la noche se confiesa a su modo
sonambulesco y triste, de amarguras beodo:
—Oído del abismo, tú que estás en mí mismo,
Oyeme bien y dame tu gran palabra, Abismo:

¿de qué barro estoy hecho? Pero, ¿de qué fermento
de unas cosas protervas como zumo de yerbas
venenosas? ¿De qué blancuras, de sacramento?
Todas mis horas pasan estranguladas, siervas
del Pecado maligno y del Arrepentimiento.

Sí: tengo envenenada mi pobre carne flaca
y busco muchos años sin encontrar la triaca.
Yo quisiera ser humildemente bueno, bueno
como un árbol modesto perdido en la montaña,
dar mis flores y frutos y estar siempre lleno
de ese dulce reposo que las florestas baña;
pero son mis pasiones como potros ariscos
que corbetean, piafan y quebrantan su freno;
y desbocados saltan torrenteras y riscos,
borbotantes de espumas estos potros ariscos.

Ya todo lo he probado, lo bueno y lo vedado,
el amor inocente con el amor comprado
y de los dos, no acierto cuál mejor me ha engañado;
pero tras ellos corro como un desatentado.

No me sacian los besos y amo hasta el sufrimiento
sin compasión ninguna, de la vida que gasto,
hasta llegar las horas del arrepentimiento:
las horas mordedoras, pero sin eficacia,
en que me torno bueno y en que me torno casto.
Y después que estas cuitas me acribillan de heridas,
me parece que vuelvo otra vez a la gracia
de mis horas de armiño, de mis horas floridas.

Primero sufro mucho y me doy horror yo mismo,
me avergüenzo y me envuelvo en un puro misticismo;
con rudas disciplinas me sangro y me flajelo
hasta que el dolor me hace como un bloque de hielo.
En seguida viene la paz, un dulce consuelo
que ilumina mi alma como una luz del cielo.
Y amo todas las cosas, las piedras y las rosas,
la palma del martirio, el humo de la gloria,
y torno en oro puro hasta mi misma escoria.

Mas cuando ya parece que estoy regenerado,
caigo otra vez de nuevo en las fauces del Pecado...

¡Oh Padre y Señor mío que estás en el Abismo,
socórreme; no puedo socorrerme yo mismo!
Y angustiado Anatolio le preguntó al Abismo:
—¿Qué debo hacer?
Y Él:—Pues, ¡véncete a tí mismo!

LOS CARPINTEROS

Cuando el sol insular su faz asoma
la montaña se envuelve en su áureo manto
cruza el cielo algún vuelo de paloma,
surge del río y de la mar un canto.

Los carpiteros clavan entretanto,
sus picos en los robles, y en la loma
y la montaña, en el tranquilo encanto,
el golpe el eco de un hachazo toma.

Del bosque son alados leñadores
de cuerpos negros y cabezas rojas
de un rojo de vivísimos fulgores.

Cuando los miras, Sol, tú te sonríes
porque entre la esmeralda de las hojas
son finos aderezos de rubíes.

LAS TRES MARIAS

Un lago de negrura es todo el cielo
en la noche tan quieta y silenciosa
como una viuda que en su inmenso duelo
ya ni puede llorar y ni solloza.

Luego en el lago se descorre un velo
y en su angosta abertura luminosa
las tres estrellas miran con recelo
el negro mar que en su capuz se emboza.

Y mucho brillan. Son las tres Marías
que son tan blancas que parecen lïrios,
tan blancas, luminosas y tan frías.

Quién sabe si no engañan las miradas
y en la noche y su duelo son tres cirios,
o bien las puntas de unas tres espadas.

BEAUCHEF

Yo he pisado la tierra de Mocopulle, toda
la pampa que es como la herradura de un corcel,
gigantesca herradura que cumplirá cien años
que amamantó con sangre sus bosques de laurel.
Ahí los vientos cimbran sus vuelos aquilinos
y cada tronco lleva escrito un nombre: «¡Beauchef!»
Evocando sus glorias a él mismo yo lo he visto
sobre su buen corcel.
Mis ojos desmesuradamente abiertos, firmes
se han quedado sobre él...
Su refulgente espada traza al aire una rúbrica.
«¡Libertad!» ha escrito, (y el aire es el papel.)
En su tricornio tiene un penacho y un águila,
(es imperial tal vez.)
Los cascos del caballo los macula la sangre
de los que le pagaron la rota de Bailén,
Soberano es el gesto
con que manda Beauchef.
Me parece que escucho su voz entre los hurras
con que a la bayoneta rugiendo va el tropel.

Una tempestad oye
que dice: ¡Viva el Rey!
A vencer la tempestad avanza la montaña,
y la montaña es él.
Los arcabuces ladran y sus lenguas de fuego
rojas aureolas ponen al bosque de laurel
y entre horrores y sangre
trotando va Beauchef...

*

¡Ah! no te bastan todos tus millares de glorias,
Libertador; anhelas un triunfo en Chiloé.
Es que sabes que tu esfuerzo tiene que ser homérico
contra un puñado de héroes altivos como aquél.
Y fuiste el rayo, el trueno, la flamígera espada,
el valor sobre todos, voz y brazo a la vez,
forjador de la muerte, manantial de la sangre
de todas tus legiones la bandera y el broquel.
Nadie tuvo tu empuje, tu regia gallardía,
tus cóleras francesas, tu chilena altivez.

*

Después de tu victoria la pampa Mocupulle
toda llena de sangre, sin odios y sin hiel,
con el azul del río y el blanco de las nubes
formó con el chileno tu tricolor también.

Y te nacieron alas como dos resplandores
sobre tu férrea espalda de paladín francés.

EL CUCHILLO

Tengo un viejo cuchillo lobero,
cuchillo de historia,
que al verlo mohoso no sé por qué infiero
que en antiguas edades de gloria
yo fuí su salvaje y audaz compañero.

Que los dos por las Islas nos fuimos,
de Castro a los Chonos,
rompiendo los bosques, hundiendo los limos;
que burlando del mar los enconos
triunfantes de todos los reyes nos vimos.

Me parece que aún lo tremola
mi mano siniestra,
que lo hundo hasta el mango peleando en la ola
con el lobo que herido me muestra
sangrientos su pecho, su vientre y su cola.

Que con él yo les quito la vida
a diez blancas focas
que vienen del Polo en fantástica huída,
que les rajo de un golpe las bocas
y senos al darles mi recia embestida.

Y que lanzo clamores salvajes
que el eco dilata,
yo el rey primitivo de aquellos parajes,
mientras pasa la gris cabalgata
del Viento que rige sus rudos sendajes.

LUIS FELIPE CONTARDO

Nació en 1880.

Nada ocurrió en esa vida plácida, enteramente consagrada a la meditación y a sus menesteres relijiosos.

Como pudo ocurrirle a San Juan de la Cruz, la poesía fué para el rústico cura de Chillán una manera humilde de ensalzar al Señor. Sus «Cantos del Camino» no son más que los cantos de una alma herida por el amor divino; suave romance de una fe perfumada de eternidad.

Murió en 1921.

Obras: «Flor del monte». 1903.—«Palma y Hogar». 1908.—«Cantos del camino». 1918.

Referencias: Prólogo de don Francisco Antonio Concha Castillo en «Cantos del camino».—«Corona fúnebre» 1923: artículos de Arturo Alvarez, Abel González, Fr. Humberto Figueroa, Luis D. Cruz Ocampo, Misael Correa Pastene, Hector Zañartu Urrutia, Fr. Eladio, Sofía M. de Andrews, Mariano Latorre, Amalia E. de Subercaseaux, P. Carlos A. Sepúlveda, E. Rodríguez Mendoza, Eduardo Vanni A., Hernan Díaz Arrieta, German Uribe, Eugenio Labarca Ricardo A. Latcham.—Artículo de Nicolás Peña, en «Revista Chilena», Diciembre. 1918.

LA TUMBA DE LAS ONDAS

("Ayer se ahogaron en el río... las niñas... y que
hacía sólo un mes habían abandonado el colegio.
Crónica de los diarios.)

Desnudo el albo cuello, recogido el tesoro
de las trenzas, en medio del río soñoliento,
son dos lirios que yerguen su corona de oro
en la gloria del agua y del sol y del viento.

El eco de las risas juveniles se pierde,
vibrando, en el silencio de la inmóvil floresta,
donde, aun tibias, las ropas, bajo el follaje verde
blanquean, como garzas que adormeció la siesta.

Dos tórtolas se empinan sobre una seca rama
por oir la rapsodia que hasta el barranco sube...
hay locos palmoteos: y el bosque desparrama
un bullicio de pájaros, y de hojas, una nube.

Más adentro. Hacia dentro. A alcanzar el remanso,
no no que estas corrientes son traidoras y malas,
sígueme.
—No que hay riesgo.
—Te quedas... Yo me lanzo.
Y avanzó con los brazos abiertos, como alas...

Tras ella, la otra niña, tímida y anhelante,
repetía.—Detente. Tengo miedo. Detente,
Adelante.
—Hay peligro.
—Adelante. Adelante...
después un ay unísono resonó. La corriente

Asió los albos cuerpos con su garra, implacable;
rápida más que el rayo, los arrastró, lo mismo
que dos flores tronchadas, al raudal insondable...
y un trágico silencio flotó sobre el abismo.

Oh tumba misteriosa Oh fría y ancha tumba
de un poema de vida, de juventud, de ensueño
Oh muerte, en cuyos antros lo mismo se derrumba
que el fruto ya podrido, el capullo risueño...

Desventurado el hombre si ante el misterio grave
del sepulcro, no viese, para calmar su anhelo,
que al abrirse una fosa, el alma, como un ave,
tiende las blancas alas hacia el azul del cielo...

COMO CUANDO ERA UN NIÑO

En la noche de Octubre, fresca y limpia cual una
alborada naciente; toda llena de luna,
de fragancia y silencio, de soledad y encanto,
envueltos en su calma como si fuese un manto,
mi madre y yo callábamos, sobre el balcón abierto
que se asoma entre yedras hacia el jardín y el huerto,
nunca sentí tan dulce la luz de cada estrella,
ni hallé una paz tan honda como en la noche aquélla
mis manos en sus manos, mirábamos absortos
la belleza del mundo, sintiendo que en los cortos
instantes palpitaba la eternidad...
Suprema
melodía de canto, de plegaria y poema
Flotaba en la profunda soledad...
De las rosas,
y de las blancas ramas en flor, que, silenciosas,
tendía hacia el misterio de la noche una acacia,
se exhalaba un aliento de frescura y de gracia,

y a la luz de los astros, en la paz recogido,
nuestro balcón tenía la suavidad de un nido...

Dios es grande y es bueno—la anciana, pensativa,
dijo, sin que dejara de mirar hacia arriba,
y añadió:—Bueno y grande, el señor de los cielos
y la tierra, ha colmado mis más hondos anhelos,
al permitir que sean en mi invierno sombrío
tus manos consagradas, mi sostén, hijo mío—
y vuelto a mí, su rostro, que fatigó la vida,
me pareció que estaba radiante. Y en seguida,
temblorosa de pena y de ternura:—Hijo,
con una voz profunda, como soñando, dijo:
tú para mí eres todo; tú solamente existes,
en la tierra desierta, para mis ojos tristes.

Y fijó largamente sus ojos en mis ojos;
y como quien disipa del vivir los enojos,
por el amor materno transfigurada; llena
la faz de una alegría luminosa y serena,
pasó por mis cabellos, trémula de cariño,
su mano arrulladora, como cuando era un niño.

Recordó, sonriendo, cuán largo tiempo hacía
que no la acariciaba—dos meses:—desde el día
en que el sagrado signo quedó en mi frente impreso;
y suplicó:—Hijo mío, como antes, dame un beso.

Parecía una santa... Diáfanas y tranquilas,
dos lejanos luceros daban luz sus pupilas;
como en las catedrales, en sus albos cabellos
la luna colocaba un nimbo de destellos,
y había una apacible claridad difundida
en su pálido rostro, que fatigó la vida...

Cual una primavera, se me llenó de arrullos
el corazón y todo me floreció de armiño;

—Madre, mi amor—la dije; me eché en los brazos suyos,
y la cubrí de besos, como cuando era un niño...

BESO DIVINO

Fué al pie de unas palmeras.
Las turbas silenciosas
que no sienten fatiga, y olvidadas del pan,
escuchan de los labios de Jesús altas cosas,
y ante el hondo Misterio, pensativas están...
Unos niños levantan sus caritas de rosas;
de los ojos divinos les atrae el imán;
acercarse quisieran, mas las manos rugosas
de los viejos Apóstoles se oponen a su afán.
Y Jesús dijo entonces:—«Dejadle: son los dueños
del cielo de mi Padre todos estos pequeños;
dejadles que a Mí vengan, e imitad su candor
si queréis formar parte de mi reino bendito».—
En seguida inclinóse hasta el más pequeñito,
y lo besó, lo mismo que se besa una flor...

RETABLO

Ya José, terminada del día la faena,
en el umbral enjuga de su frente el sudor;
y la Virgen María, para la parca cena,
las escudillas lava con sus manos de flor.
De la Luna que nace, la claridad serena
envuelve la casita, dulce nido de amor;
en el huerto inmediato hay olor de azucena
y aleteos de tórtolas y agua que hace rumor...
Y adentro...—¿cayó acaso de la altura un lucero?—
como una palomita que se acoge al alero

para esperar del día nuevo la nueva luz;
como un lirio que pliega, para soñar, su broche;
encanto de los cielos, sol que alumbra la noche,
en su pequeña cuna duerme el Niño Jesús...

ANGELUS EN NAZARETH

En las suaves montañas, ya la última huella
se borra lentamente, de la luz vespertina.
Lámpara del crepúsculo, temblorosa una estrella
sobre el mundo se enciende:—El Señor la destina
a advertir a las almas que recuerden aquella
tarde del Gran Misterio, que los siglos domina,
en que fué cielo el casto seno de una Doncella
y la raza del hombre se hizo raza divina.
Entre la paz augusta que desciende a los montes,
plegaria de la tierra, la voz de la campana
llena de melodías los vagos horizontes...
Hacia arriba se tornan las miradas tranquilas,
y en una gran dulzura, toda la angustia humana
del corazón reboza y tiembla en las pupilas...

EN CANÁ

Esta tierra es sagrada: recibió estremecida,
de su mano el primero, el suavísimo dón,
cuando el agua de las ánforas floreció enrojecida
por la gracia que obtuvo la materna oración.
Y aquí en la casta frente de dulce prometida
bendijo, y en la frente juvenil de Simón,
el amor que dos vidas confunde en una vida
y de dos corazones amasa un corazón.

Luego encendió la llama de otro más santo anhelo,
y las dos almas puras entrevieron el Cielo
en las hondas pupilas del Divino Señor;
Y de las sienes vírgenes, deshojadas las rosas,
ceñidas de azucenas se fueron presurosas,
siguiendo en sus caminos al Amor del Amor...

MISTERIUM SACRUM

Campos de Galilea, campos llenos de espigas,
laderas en que medra la viña secular;
vosotras recogisteis de Jesús las fatigas,
seguido de las turbas le mirasteis pasar...
Vosotras le ofrecistéis imágenes amigas
que, hechas después parábolas, enseñaban a amar...
¡Oh! dulce Galilea, tanto recuerdo abrigas
en tu seno sagrado, que eres como un altar!
De tus suaves colinas en que el trigo ya es oro,
de tus vida que guardan en germen su tesoro,
de esta tierra bendita, donde mis pasos van,
se elevan, entre ardientes fulgores celestiales,
por sobre los sarmientos, por sobre los trigales,
hecha vino su sangre y su cuerpo hecho pan!...

RINCON ISLEÑO

El barco, lentamente, por el canal marino,
desplegadas las velas con alburas de lino,
como un pájaro boga bajo el sol vespertino.

El verdor se oscurece de la colina isleña;
unos corderos bajan al plan; sobre una peña,
recogidas las alas, una gaviota sueña...

Por detrás de un ribazo, surge, blanca y sencilla,
sobre rústica torre la cruz de una capilla,
y una llama en el fondo de los árboles brilla.

Mientras el barco avanza, en un pliegue sombrío
del monte costanero, se muestra un caserío;
y hay un pequeño valle junto a un pequeño río.

Un rincón de la vida, humilde y solitario,
que al amparo se acoge del viejo campanario,
como un nido a la sombra de un roble centenario,

A la del hombre acerca el hombre su guarida;
para agruparse en torno busca la torre erguida,
índice de otro mundo y escala de otra vida.

Viajero que recorre la llanura infinita,
la mano del hermano su mano necesita,
y al mirar las estrellas la campana le invita.

Perdido entre la bruma, en la orilla lejana,
lo mismo que la tienda de alguna caravana,
lleno de paz, de ocaso y de piedad humana,

el caserío isleño, bajo el último alarde
del sol que en la montaña como un incendio arde
parece que rezara la oración de la tarde.

SEGUNDA PARTE

SEGUNDA PARTE

(1905-1920)

Los veinte años transcurridos desde la llegada de Rubén Darío a Valparaíso hasta la terminación del primer lustro de la nueva centuria, son los de la completa renovación literaria en Chile. Primero los poetas comienzan a sentir lo propio, a mirar hacia la tierra, cantando a su naturaleza y a su vida, a su mar y a su montaña, que diría Dublé Urrutia; luego la influencia cosmopolita trae una nueva preocupación: el gusto por el arte puro, que las escuelas francesas exaltan como una nueva estética. El ardoroso despertar que se promueve en Buenos Aires en torno a Rubén Darío, a Lugones y a Jaimes Freire, (con motivo de la sucesiva publicación de «Prosas profanas», «Las montañas del oro» y «Castalia Bárbara») tiene su repercusión en Santiago: Francisco Contreras escribe un pequeño libro, juvenil y audaz, «Esmaltines», y Bórquez Solar sigue el camino lugoniano con su «Campo Lírico», obscuro, retorcido, pero deseoso de novedad. Si sesenta años antes Sarmiento había ganado en Santiago la batalla romántica, ahora llegaba, nuevamemte, de Buenos Aires el viento renovador.

Y, en tanto los años vuelan, nuevas tendencias solicitan a los recién llegados.

Mientras Pezoa Véliz escribe, completamente alejado de toda influencia, ignorando las urgencias cosmopolitas, los más jóvenes traen una nueva preocupación lírica: Vîctor Domingo Silva recoge el anhelo de regeneración social, que proclama el grupo de escritores que se ha congregado

en torno a la revista «Panthesis», o clama en lírica arenga, diciendo que antes que poeta es revolucionario; mientras Carlos Mondaca y Max Jara sólo comienzan a hacer oir el eco doloroso de un sentir interior rico, y Manuel Magallanes Moure, olvidando sus preocupaciones de pintor, publica algunos de los poemas, que algunos años más tarde, figuraran en las páginas de «La Jornada».

En el lustro que antecede a la celebración del primer centenario de nuestra independencia, el movimiento literario que antes buscó sus normas en el exterior, encuentra su expresión personal, acendra en el calor de la propia inquietud. Víctor Domingo Silva ha lanzado su primer libro lírico; Pezoa Véliz muere, harto prematuramente, en un hospital; Pedro Prado sorprende con sus «Flores de cardo», en medio de aquella hora plácida, de amable rimado y de patéticas inquietudes, mientras desde el fondo perdido de una provincia llega el eco débil, sin acentuación ni carácter aún, de una voz que luego llenará el ambiente: Gabriela Mistral es una simple maestra de escuela, que todavía lee a Vargas Vila y ensaya sus versos incipientes.

Interesante período este, durante el cual aparecen valores definitivos en nuestra literatura, mientras para los escritores precedentes llega el fecundo estío de la producción grávida. Aislados los unos, descepcionados los otros; quienes niegan a los más jóvenes pretendiendo afirmar la solidez de su obra; quienes evolucionan, se remozan y se renuevan encontrando, el camino propio, libre de influencias.

Es el período más interesante de la poesía lírica chilena y uno de los más significativos en la literatura americana.

MANUEL MAGALLANES MOURE

Nació en 1878.

Poeta hasta en sus simples emociones de la vida cotidiana, cuanto ha producido, crítica de arte, teatro, cuento, aparece revestido de esa dignidad espiritual que infunde a todo lo que toca este temperamento sutil y selecto. Durante mucho tiempo, con un seudónimo que hace recordar hoy buenas campañas de arte, M. de Avila, escribió sobre pintura en las columnas de «El Mercurio».

En la hora actual cuenta, junto a Gabriela Mistral, entre los valores definitivos e indiscutibles de la literatura chilena.

Obras: «Facetas», 1902.—«Matices», 1904.—«La Jornada», 1910.—«La batalla», 1913.—«Que es amor», 1916.—«La casa junto al Mar, 1919.—«Florilegio», 1921.

Referencias: Artículo de Pedro Prado, en «Florilegio».—*El poeta,* por Isaías Gamboa, en «Matices».—Artículo de Armando Donoso, en «Sucesos». 1912.—«Selva lírica», 1917.—Artículos de Omer Emeth, «El Mercurio». 1910, 1913, 1916.—Artículo de Edmundo Montagne. «El Hogar». Buenos Aires. 1921.—Estudio de Eliodoro Astorquiza. «Diario Ilustrado». 1919.

SOBREMESA ALEGRE

La viejecita ríe como una muchachuela
contándonos la historia de sus días más bellos.
Dice la viejecita: «¡Oh qué tiempos aquéllos
cuando yo enamoraba a ocultas de la abuela.»

La viejecita ríe como una picaruela
y en sus ojillos brincan maliciosos destellos.
¡Qué bien luce la plata de sus blancos cabellos
sobre la tez rugosa de color de canela!

La viejecita olvida todo cuanto la agobia
y ríen las arrugas de su cara bendita,
y corren por su cuerpo deliciosos temblores...

Y mi novia me mira y yo miro a mi novia,
y reímos, reímos... mientras la viejecita
nos refiere la historia blanca de sus amores.

EL BARCO VIEJO

Allá en aquel paraje solitario del puerto
se mece el viejo barco a compás de las ondas,
que tejen y destejen sus armiñadas blondas
en rededor del casco roñoso y entreabierto.

De la averiada proa cuelga un cable cubierto
de líquenes que ondulan cuando pasan las rondas
de los peces, clavando sus pupilas redondas
en el barco, que flota como un cetáceo muerto.

Y el barco que fué un barco de los que van a Europa,
y que era todo un barco de la proa a la popa,
ahora que está inválido y hecho un sucio pontón,

Sus amarras sacude, y rechina, y se queja
cuando ve que otro barco mar adentro se aleja,
mecido por las olas en blanda oscilación.

EL REGRESO

Me detuve en la entreabierta
puerta, de mi oscuro hogar
y besó mi boca yerta
aquella bendita puerta
que me convidaba a entrar.

Mi corazón fatigado
de luchar y de sufrir,
cuando escuchó el sosegado
rumor del hogar amado
de nuevo empezó a latir.

Fué como el lento regreso
de la muerte hacia la vida;
como quien despierta ileso
tras fatal caída al beso
de alguna boca querida.

Adentro una voz serena
decía cosas triviales
y había un dejo de pena
en esa voz suave y llena
de cadencias musicales.

La voz suave de la esposa
despertó mi corazón;
aquella voz amorosa
que en otra edad venturosa
me arrulló con su canción.

Desfallecido de tanto
batallar y padecer,
llevando en los ojos llanto

y en el alma desencanto,
llegué ante aquella mujer.

Caí junto a su regazo
y en él mi cabeza hundí
y unidos en mudo abrazo
de nuevo atamos el lazo
que en mi locura rompí.

Ni reproches ni gemidos...
Solo frases de perdón
brotaron de esos queridos
labios empalidecidos
por tanta y tanta aflicción.

—«Llora, llora—me decía—
Yo sé que llorar es bueno»...
Mudo mi llanto caía
y ella mi llanto bebía
y me estrechaba en su seno.

Nunca, nunca he de olvidar
sus palabras de cariño
ni el amoroso cantar
con que tras lento llorar
me hizo dormir como a un niño.

ALMA MÍA

Alma mía, pobre alma mía,
tan solitaria en tu dolor:
enferma estás de poesía,
alma mía llena de amor.

Crees que la vida es un cuento,
crees que vivir es soñar...
Pobre alma sin entendimiento,
hora es ésta de razonar.

Ve que la vida no es aquella
que te forjaste en tu candor:
la vida con amor es bella,
pero es más bella sin amor.

Ve, alma mía, pobre alma mía,
ve y empéñate en comprender
que el amor es melancolía
y es amargura la mujer.

Sin amor y sin sentimiento
serás fuerte, podrás triunfar.
Alma, la vida no es un cuento;
alma: el vivir no es el soñar.

Que en tí el vivir no deje huella
ni de placer ni de dolor;
la vida con amor es bella,
pero es más bella sin amor.

Sé cauta, sé diestra, sé fría:
no te dejes enternecer
por tu amor a la poesía,
que es el amor a la mujer.

Coge, alma, la flor del momento
y no la quieras conservar.
Si se marchita, échala al viento,
que lo demás fuera soñar.

Esta mujer es como aquélla:
todas son fuente de dolor.
Alma mía, la vida es bella,
pero es más bella sin amor.

Y mi alma dijo: «En mi embeleso
oí tu voz como un cantar.
¿Sabes? Soñaba con un beso
robado o orillas de la mar.»

AQUELLA TARDE...

Aquella tarde única se ha quedado en mi alma.
Su luz flota en la sombra de mi noche interior.

Sólo una fugitiva vislumbre en la ventana;
sólo un azul reflejo; nada más que un vapor
de luz que se filtraba por las breves junturas;
sólo un vaho de cielo, no más que una ilusión
de claridad fluyendo por entre los postigos.
Nada más que el ensueño de aquel suave fulgor.

Sólo esa fugitiva vislumbre en la ventana.
No más. Y en la penumbra, libres al fin, tú y yo.

En silencio llegaba yo al fondo de la dicha;
con infantil dulzura, tú gemías de amor.

Sólo el azul reflejo de aquella tarde única.
¿No ves tú en la ventana? ¿No ves tú? Quizás no.
Acaso no lo viste, porque cuando yo inmóvil
me quedé contemplando aquel suave fulgor,
tú en aquellos momentos de lánguido reposo
dormías dulcemente sobre mi corazón.

Veo la fugitiva vislumbre en la ventana;
oigo el ritmo apacible de tu respiración.
Te siento. En la penumbra te siento. Eres tú misma
que te duermes, ya mía, sobre mi corazón.

MADRE MÍA

Me siento como un niño
extraviado en la fiesta.
¿Dónde estás, madre mía?
No eres ésa, ni esta,

ni aquélla... Madre mía
¿cómo hallarte, si ignoro
cual eres? Te he buscado
y, al no encontrarte; lloro.

Como un niño pequeño
lloro en mi desamparo.
Tu mirar ¿será obscuro?
¿Será tu mirar claro?

No eres ésta, ni aquélla...
¿Donde estás, madre mía?
Han de ser luz tus ojos
en mi alma sombría.

Han de ser suavidad
tus manos, y ternura;
tus labios han de ser
miel para mi amargura.

Tu regazo ha de ser
olvido del dolor;
has de ser, madre mía,
toda amor, toda amor!

Ha de ser tu cariño
calor de revivir,
y tus caricias, dulces
como un dulce morir.

—¿Eres la madre mía?
digo a cada mujer.
Y unas suspiran, y otras
ríen sin comprender.

APAISEMENT

Tus ojos y mis ojos se contemplan
en la quietud crepuscular.
Nos bebemos el alma lentamente
y se nos duerme el desear.

Como dos niños que jamás supieron
de los ardores del amor
en la paz de la tarde nos miramos
con novedad de corazón.

Violeta era el color de la montaña.
Ahora azul, azul está.
Era una soledad el cielo. Ahora
por él la luna va.

Me sabes tuyo, te recuerdo mía.
Somos el hombre y la mujer.
Conscientes de ser nuestros nos miramos
en el sereno atardeeer.

Son del color del agua tus pupilas:
del color del agua del mar.
Desnuda, en ellas se sumerge mi alma,
con sed de amor y eternidad.

LOS GATOS VIEJOS

A María, mi madrina.

Perezosos, dormilones
aman la blandura grata
de los tibios almohadones
y desdeñan a la rata
que rasguña en los rincones.

Ya se estiran soñolientos
e hincan sus uñas sin filo
en los bordados asientos;
ya se acurrucan y el hilo
siguen de sus pensamientos.

Siéntanse frente a la hoguera
donde la olla trepida
y alza su hervor la tetera,
con una oreja tendida
hacia los ruidos de afuera.

Mientras sus entrecerradas
pupilas observan con
fijeza las endiabladas
piruetas que en el fogón
hacen las llamas doradas.

*

En la dulce lascitud
de sus ensueños piadosos
se diluyó la inquietud

que animó los borrascosos
años de su juventud.

Y ellos que en noches de amores
fueron al claro de luna
galantes conquistadores
a los cuales la fortuna
no escatimó sus favores;

Ellos que en las transparentes
noches de azul y de plata
riñeron como valientes
por el amor de una gata
que había cien pretendientes.

Desoyen ahora el ruego
de las novias olvidadas
y en el plácido sosiego
de las mansiones calladas
se adormilan junto al fuego.

JAMÁS ...

Ante nosotros las olas
corren, corren sin cesar,
como si algo persiguieran
sin alcanzarlo jamás.

Dice la esposa: ¿no es cierto
que nunca habrás de tornar
junto a esa mujer lejana?
Y yo le digo: jamás!

Ella pregunta: ¿no es cierto
que ya nunca volverás

a celebrar su hermosura?
Y yo contesto: jamás!

Ella interroga: ¿no es cierto
que nunca habrás de soñar
con sus fatales caricias?
Y yo respondo: jamás!

Las olas mientras hablamos
corren, corren sin cesar,
como si algo persiguieran
sin alcanzarlo jamás!

Dice la esposa: ¿no es cierto
que nunca me has de olvidar
para pensar sólo en ella?
Y yo le digo: jamás!

Ella pregunta: ¿no es cierto
que ya nunca la amarás
como la amaste hasta ahora?
Y yo contesto: jamás!

Ella interroga: ¿no es cierto
que su imagen borrarás
de tu mente y de tu alma?
Y yo murmuro: jamás...

Los dos callamos. Las olas
corren, corren sin cesar,
como si algo persiguieran
sin alcanzarlo jamás!

RECONCILIACIÓN

En el cielo neblinoso
la luna se diluía.

Eran caminos de ensueño
las calladas avenidas.

Una incompresión huraña
separados nos tenía;
pero el amor venció al cabo
y nos juntó en esa cita.

Tu mano puesta en mi hombro
y en tu cintura la mía,
caminábamos dos pasos
y un beso nos detenía.

La felicidad de hallarte
cuando te creí perdida!
De nuevo sentirme tuyo,
de nuevo saberte mía...

Las palabras plenas de alma,
plenas de amor las sonrisas,
y aquel lento caminar
por las quietas avenidas...

Aquel caminar incierto
sin apartarnos la vista:
tú, los ojos en mis ojos;
yo, en tus ojos mis pupilas.

Hermosa por tu belleza
y, por el amor, divina:
la felicidad de hallarte
cuando te creí perdida!

Nuestro amor era un amor
nuevo, un amor que principia.
Habíamos olvidado
todas, todas las caricias.

Y las fuimos recordando
bajo la sombra tranquila
de un grupo de viejos pinos
llenos de melancolía.

Los negros pinos, en torno
estrechaban sus caídas
ramas, generosamente,
para darnos sombra propicia.

Y aunque fué grande su goce,
mayor, mayor fué mi dicha,
pues se durmió tu mirada
mientras velaba la mía.

A la claridad difusa
derramada desde arriba,
vi tu rostro vuelto al cielo
y en tu rostro una sonrisa...

Un sonreir tan del alma,
una expresión tan rendida,
un algo tan inefable...
¡Qué linda estabas, qué linda!

La felicidad de hallarte
cuando te creí perdida!
Otra vez yo todo tuyo
y tú otra vez toda mía!

EL LEÑO

Era una triste cosa el leño carcomido;
era una triste cosa en un rincón.
Nadie al verlo pensara que aquel tronco roído

vivió y abrió en el campo, como un dosel florido,
su flexible y graciosa ramazón.

Una mujer, el tronco que olvidado yacía
descubrió, lo hechó al fuego, lo hizo arder.
Y él nunca, como entonces, sintió tanta alegría,
porque mientras la llama fatal lo consumía
soñó que al fin a florecer volvía
y que de luz era este florecer.

TARDE DE ENERO

En la tibieza del ambiente
vaga el aroma del jazmín;
como un ensueño, lentamente,
cae la tarde en el jardín.

Por entre las ramas obscuras
se abre el cielo crepuscular
en cuyas diáfanas honduras
comienza un astro a palpitar.

Solo estoy en la vieja casa
con mi tristeza y con mi amor.
Una sombra furtiva pasa
por el vetusto corredor.

Como una flor de luz, la estrella
desplegando sus rayos va.
Pienso: esta tarde ¿qué hará Ella?
Lejos de mí ¿qué sentirá?

De aquella blanca flor del cielo
quizás sus ojos van en pos...
Quizá Ella siente este hondo anhelo
de dormir en la paz de Dios.

Cierro mis ojos dulcemente.
Un grillo canta en el jardín.
En la tibieza del ambiente
diluye su aroma el jazmín.

ERNESTO A. GUZMAN

Nació en 1877.

Una incierta peregrinación a través de muchos caminos antes de encontrar la senda propia; luego la tortura de la expresión que refleja un sentir atormentado, pero lleno de solicitaciones espirituales.

Temperamento honrado de escritor, que se ha recluído en un modesto aislamiento, hasta el cual no han llegado los ruidos de los halagos fáciles. Consagrado a cumplir sus deberes de profesor en un liceo, vive su vida interior solo y fuerte en su integridad espiritual.

Los turiferarios de las consagraciones fáciles, le encontraron siempre fuerte en sus devociones e indiferente ante los clamores callejeros.

Obras: «En pos», 1906.—«Vida interna», 1909.—«Los poemas de la serenidad», 1914.—«El árbol ilusionado», 1916.—«La fiesta del camino», 1921.

Referencias: Palabras de Unamuno a manera de prólogo en «El árbol ilusionado». 1916.—Selección en Ediciones Mínimas, Buenos Aires, 1921. Apreciación de Leopoldo Duran.—"Los Nuevos", por Armando Donoso.—Artículo de Edmundo Montagne. «El Hogar». Buenos Aires. 1920.—"Literatura contemporánea", por Alvaro Melian Lafinur.—Artículo de Genaro Estrada. «El Mercurio». 1921.—Nota de Nicolas Coronado. "Nosotros". 1921.—Apreciaciones de Rodó, Folco Testena, Rafael Alberto Arrieta. "La fiesta del camino". 1921.

MADRE!...

He buscado tu rostro en mi recuerdo
y la misericordia no ha llegado...
Guiadas por el mío, no han podido
mis ansias entreverlo.
No dejaste
de ti más que mi espíritu y mi cuerpo;
pero en ellos estás y en ellos sufres
y gozas todavía, y en mi ensueño
resplandece tu ensueño: se estremece
en mi interior tu carne que hoy es tierra,
y esa tierra está lejos.
Y esa tierra
que tu cuerpo es ahora, no me cuenta
ni me enseña siquiera cómo guarda,
cómo tiene y conserva en sus partículas
los aspectos de cielo y de este verde
de campo recogidos por tus ojos!...
ni cómo los instantes sucesivos
de tu conciencia guarde disgregados!...
La unción de tu mirar y el religioso
panorama del mundo cómo quedan
en la obscura manera de esa guarda!...
y cómo tus dolores y esperanzas
reposaran entonces... de qué suerte
y en que forma estarán tu pensamiento,
tu voz, tu regocijo y tu cariño!...
Qué escogidas raíces penetraron
y se hicieron solemnes en el templo
de ese tu corazón; y por qué tallos,
colmados de su carne, ascendió luego,
humanizando savias, a hacer flores
y a poner su bondad en el perfume...
y quién pudo sentir toda la nueva

majestad de esas hierbas bajo la honda
claridad de ese día que habrá ungido
de algún virgen asombro las pupilas...
y en qué cosa ha dejado todo su oro
tu personalidad!...
Y el suelo crece
¡oh, buena madre mía! y yo lo siento...
Yo lo siento crecer a costa tuya,
y tú invades mi pueblo, y me lo llena
este suelo que crece... y es por eso
que ningún conocido allí me resta,
porque me aguardas tú; y es tu presencia
la que siento en las gentes y en las casas,
y en las hojas del árbol y en la hierba
que acaso tus piedades fecundizan...
y en ellos calla todo, porque me hablas
y en ellos vives tú.
Yo no conservo
la imagen de tu rostro, y la memoria
de mi visión es frágil y no puede,
a pesar de mis ansias, entreverlo...
Pero en mi ser estás: en él resides
y colmas mis robustas alegrías
y mis altos pensares; formas todos
mis agudos sentires, y agradezco
tu manera de hacer mis padeceres...
Yo te pongo a vivir aquí en mi cuerpo,
y he venido a mostrarte por el mundo...

Me diste en el aliento de la rudas
estrofas de mi abuelo, mi quimera...
que domina en mis horas todavía!...

Los recogidos versos que he podido
llenar de mi presencia, estaban hechos
ya en el lejano ritmo de la vida
de tu virgen entraña. Y aquí en ellos,
en todos los mejores, tú has dejado

la hermosura que tengan y pusiste
tu ternura al hacerse... Estás en todas
sus salientes imágenes, y en cada
austera concepción se hacen sensibles
tu fuerza y tu nobleza, madre mía!

JESÚS

Aquí bajo este sol que me liberta
de las malas pasiones, porque es tibio
como mano de madre; en esta tierra
toda nueva de flores y llamados
sucesivos y pródigos, suprema
por la reciente lluvia y puesta hermosa
de solemnes comienzos; bajo todo
esto que solemniza en mis adentros
y de envíos me sacia, en que el espíritu
es resplandecimiento y es propósito;
Jesús, yo te comprendo. Eternizaste
tu yo en algún instante parecido,
pero más grande que este mismo instante
que me hace soberano de la hora
y de la eternidad y de la tierra.
Ahora te comprendo, Jesús!
Fuiste
en todos los minutos de tus años
sereno enteramente; como hierba
húmeda sobre el suelo, tus acciones
y tus voces sumian sus raíces
lozanas en tu cuerpo ¡qué de extraño
que sintieran los hombres un callado
rumor de tierra que elabora y nutre
al acercarse a tí! porque en tu cuerpo
hacía resonancia toda cosa

y dentro de tu alma se agrandaba
el alegre universo!
¡Saturado
de todos los aspectos, poseído
de los ecos diversos y la gracia
de horizontes sobrantes!...
Tus dos ojos
eran dos corazones, e infundían
en la profundidad del organismo
cálidos crecimientos; suscitaban
en los hombres maduros una fuerza
que los hacía niños, y ponía
bajo sus rudos sueños la confianza,
que fertiliza todos los instantes.
Eras el admirado permanente
del minuto y la brizna: los hallazgos
acudían a tí desde la hierba,
desde el astro lejano o la partícula
de polvo del camino; ningún hecho
te negó su recóndita sustancia,
ninguna sensación, su preferencia,
y ningún pensamiento dejó su obra
para ti sin cumplirse: tú tenías
más atención que el sol y penetrabas
todos los hemisferios del espíritu.

¡Oh Infinito Remanso serenado
de mirar a los cielos cara a cara!

Todo lo más pequeño, lo superfluo
y lo insignificante se tornaban
magníficos en ti: se hacían hondos
los gritos de las bestias; la montaña
turbadora y estéril, florecía
meditaciones altas; el comienzo
del balbuceo humano se llenaba
de grandes pensamientos; los endebles
y diminutos brazos se cubrían

de resueltas acciones; y la nube
tenía una conciencia bienhechora.

Maravillado y Pródigo, tus manos,
mensajeras de tí, manos de siembras,
no pudieron cerrarse, como fuente
que por las altas cimas con el cielo
comunica, y agotarse no puede.

LA FIESTA DEL CAMINO

Gracias, porque mis ojos están nuevos
todavía, y mi cuerpo está liviano!

Gracias por este blando sacramento
de ponerme a vagar, y que es amparo...

Gracias por el verdor que me recibe
con unciosa acogida y que me llama;
gracias por los caminos que me invaden
y me confortan en mi acción humana...

Gracias por los sarmientos esparcidos
que interrumpen mi fiesta y la renuevan...
gracias, porque hallo vírgenes aspectos
en los viejos lugares ya cruzados;
porque siento vivir nuevas palabras
y me vuelvo ensanchado de horizontes;
y también porque puedo, tacto a tacto
poner mi corazón con el momento!...

Gracias por la confianza en mi destino,
que de nuevo es comienzo y es asilo!...

Gracias, porque mis ojos están claros
todavía, y mi cuerpo está liviano!

Mi fiesta del camino se prolonga
y mis ojos curiosos se adelantan
a mi andar, que les colma los mandatos...
y soy una armonía entre el imperio
y la buena obediencia.

Yo recojo
la aspiración humilde de moverme
y me entrego a guiarla, y no concluyo;
y me doy al esfuerzo circundante
que parte desde todos los confines
y se concentra en mi, y en mi se cumple.

Mi fiesta del camino yo la muestro,
como mi hostia más pura, a las miradas
de las almas devotas y que han hambre
de una misericordia que las mueva
a ampliarse del olor de los senderos...

Mi fiesta del camino! Yo la puedo
narrar sagradamente mientras marcho:
me siento tan unido con la tierra
por el pan, por el agua y el perfume
violento de estas hierbas, que soy parte
de la senda que piso, y en los gritos
con que saludo mi hermandad con ella,
va temblando su rumbo por mi vida...

Me contemplo tan santo y tan eterno,
que soy una porción en la estructura
de la roca, del leño, de la rubia
trasparencia del sol, y del cristiano
y apacible fluir de la vertiente...

Y soy como una torre que culmina
su ascensión en un ángelus callado,
porque no puede contener más tiempo
su fatiga de Dios que la levanta!...

Mi fiesta del camino es un gozoso
sentirme difundido como una onda
en los ecos dispersos que a mi vienen
y me recogen y se van conmigo...
Mi fiesta del camino me consume
como flor en hoguera que se eleva
en columnita de humo, y que procura
hallar las cercanías de los cielos!...

Gracias, porque mis ojos están nuevos
todavía, y mi cuerpo está liviano!

INSCRIPCION DE CEMENTERIO

Tierra de corazones que han sufrido,
humanizada tierra, aquí ha salido
en la flor, hecha carne perfumada,
a invadir los senderos... ¡La pisada
sea blanda y piadosa, peregrinos,
porque no se lastimen los caminos!

¡CALLECITA!...

Callecita provinciana...
callecita toda llena
de la vida
de mi casa;

tan humilde
por las huellas de mis pasos;
tan sencilla
con los ecos
de mis voces...
Callecita! provinciana
de estar amplia
de mi mismo!...

Callecita de que salen
hacia el mundo
largamente mis caminos;
toda abierta
a las diáfanas blancuras
de las cumbres...
el pesebre y nacimiento
de mis rumbos...
Callecita mansa y buena;
callecita provinciana!...

Callecita!
refugiada bajo el claro
resplandor de la sonrisa
de la amada;
suavisada de los blandos
aleteos de sus manos;
cristalina de los timbres
que echa a vuelo su palabra...
recogida
de los óleos de su ritmo
y el aroma
de su abrazo;
callecita! prolongada
de la hondura de sus ojos,
y el copioso y hondo amparo
de bandera
con que colma las pupilas
el milagro luminoso

de la suelta cabellera!...

.....

Callecita!...
Cuando lleguen golondrinas
al alero
de esta casa, abandonada
de las vidas
de sus dueños;
cuando vuelen
los aromas
del recuerdo y vayan huérfanos
a lo largo de ti misma;
callecita! pon entonces
en los pechos armoniosos
este alivio
que hoy te agranda y que te llena...

LAS MALAS PALABRAS

Traían sigilosos andares inseguros,
y las puse armoniosas de mi interno temblor;
¡yo trasformo en mi sangre los colores oscuros,
y hasta a lo amargo tengo que darle mi sabor!

Y en una trasparencia de hacerme más humano,
más humilde y sencillo, les puedo responder
con el gesto espacioso de sembrar, en las manos,
con la bondad sonora de sentirme crecer.

Esa áspera palabra se me ha vuelto serena,
porque en mi la incorporo, porque puedo dejar
redimirse en mi mismo la pequeñez ajena,
bajo este sacramento cristiano de cantar...

VICTOR DOMINGO SILVA

Nació en 1882.

Cuando mañana se escriba la historia de nuestra poesía moderna alguien dirá, acaso, al glosar la vida inquieta de este lírico: fué, talvez, el último bohemio.

El último bohemio, en quien la divina armonía floreció facilmente en sus versos, escritos al margen de su vida andariega. Su primer libro, "Hacia allá", constituyó, en 1905, un interesante acontecimiento literario. Fué la revelación completa del poeta que ya, en las páginas de la revista «Pluma y Lapiz», había ganado su hoja de laurel con lindos poemas, que nunca recopiló en volumen.

Premiado en todos los grandes concursos literarios del país, como poeta, como novelista, como dramaturgo, la obra de este escritor resume la historia de una de las actividades intelectuales más amplias y fáciles. Sus estrofas podrían llenar numerosos volúmenes y su teatro valer por todo un repertorio.

Durante muchos años frecuentó el periodismo, popularizando el seudónimo de Cristóbal de Zárate. Algunas de sus obras teatrales se estrenaron con éxito en Buenos Aires.

Obras: "Hacia allá". 1906.—"El derrotero", 1908.—"Golondrina de invierno", 1923 (quinta edición).—"Nuestras víctimas", 1912.—"La selva florida", 1911.—"El romancero naval", 1912.—"Las mejores poesías de Víctor Domingo Silva", 1919.—"Palomilla brava", 1923. «Sus Mejores Poemas», 1923.

Referencias: «Ideas y figuras», de Buenos Aires: número extraordinario, en el cual, bajo el título de "La Selva florida", se publicaron muchas poesías inéditas suyas. 1913.—"Los Nuevos", por Armando Donoso.—Artículo publicado en «Zig-Zag», en 1906.—Artículos de Omer Emeth («El Mercurio»), 1919, 1923.—"Selva lírica".—"Historia de la lengua y de la literatura castellana", por Julio Cejador.—Artículo de Leo Par en «La Nación». 1919.—"Literatura hispano americana", por Aliro Carrasco.

LA NUEVA MARSELLESA

¡Hermanos en la vida y en el trabajo! Hermanos
en el dolor y en todo: estrechemos las manos
y, pues marchamos todos por un mismo camino,
vamos a la conquista de nuestro gran destino!

Todos los que sufrimos debemos ser iguales.
Si todos recibimos los azotes brutales
de la maldad, si todos formamos los racimos
de vieja carne anónima, por qué no nos unimos
y apretados en torno de la común bandera,
saludamos la nueva, fecunda Primavera,
y en esta tierra llena de horror y de impudicia,
clavamos el augusto pendón de la justicia!

¡Hermanos en la vida y en el dolor! Ya es hora
de erguirse y rebelarse. Despierta ya la aurora
del gran advenimiento de los días supremos
de redención! Hermanos: llenos de fe, luchemos
por conquistar el trozo de pan que se nos niega.
Nunca! Jamás roguemos (sólo el mendigo ruega,)
y ante la puerta de oro de ahitos Baltasares
hermanos, escribamos el Mane-Técel-Fares!

En esta gran catástrofe, hasta el verbo de Cristo
se pierde estrangulado por la pasión...
Yo he visto
allá en la lejanía de mis viejas montañas
a muchos pobres hombres desgarrar las entrañas
de las ásperas sierras y hundirse en lo más hondo,
como el reptil, hundirse hasta tocar el fondo,
y con el heroísmo de a quien nada le arredra
a tiros y combazos hacer parir la piedra!

Yo he visto, en el bochorno de aridez de la Pampa
al roto, a pecho abierto junto a la abierta rampa,
hendir el vientre enorme de esa opulenta tierra
que llenó de cadáveres otro tiempo la guerra;
hendir aquella tierra pródiga de tesoro,
y arrancarle el salitre que vale más que el oro!

Yo he visto allá en los campos bajo el sol, bajo el viento
a mil desventurados soportar el tormento
de hozar la tierra propia para el ajeno grano
y en el arado ajeno rendir la propia mano!

Yo he visto allá en las minas del sur, en las cavernas,
en ese horrible imperio de las sombras eternas,
bajar también los hombres al fondo del abismo,
gastar allí sus vidas de oprobio y heroísmo,
ser hijos de la noche, y arrojar hacia el día
el carbón redimido que es luz y es alegría.

Yo he visto allá en los bosques del sur, en la frontera,
en esa tierra heróica, como sus hombres fiera,
que ñunca hollar pudieron los tercios de Castilla
y cantó en su epopeya don Alonso de Ercilla;
yo he visto al indio viejo, desamparado y triste,
decir, llorando a mares, que «Arauco ya no existe;»
regar con sangre y lágrimas el suelo del terruño,
decir adiós al rancho, mostrar al cielo el puño,
y, ante el recuerdo horrible del último episodio,
lanzar hacia la selva los fantasmas del odio!

Y yo me he preguntado si son seres humanos
los que así se debaten, si son nuestros hermanos
los que así caen, como forzados de galera,
luehando para otros en plena carretera;
los que así tan cruelmente la ambición crucifica
sobre esta tierra virgen, exuberante y rica.

¡Ay! Colocando encima del corazón las manos
e invocando los fueros de la justicia: ¡hermanos!
¿no es cierto que es preciso ser en la vida un muerto
para no condolerse con nosotros? ¿no es cierto
que es triste, que es bien triste la vida así? ¡Tal vida
justifica al blasfemo y enaltece al suicida!

Caín, el fratricida, blande aún en la mano
la quijada sangrienta con que mató a su hermano.

Caín, que ya no marcha contra los elementos,
no siente ya el azote de los remordimientos.

Caín, que ya no escucha de su víctima el lloro,
puso entre él y su crimen una muralla de oro!

¡Hermanos en la vida y en el dolor! La inquieta
voz de las multitudes entusiasma al poeta.
Conmuévenle las voces que suben del abismo,
y por pensar en todos se olvida de sí mismo.

«Sus versos doloridos de la miseria humana,
van, por la noche, a veces a sonar la campana
de alarma que sacude la muerte del suburbio.
Y en el vivac del hambre, junto al arroyo turbio
que se arrastra sangrando como una rota arteria
todas las podredumbres del vicio y la miseria;
con voz que la tristeza y el odio hacen sonora
murmuran de esperanza, de redención, de aurora;
ponen oído a todos los ecos de allá abajo
donde hierve en eterna tragedia del trabajo,
y oyen la generosa pulsación de una raza
que se yergue y protesta, que grita y amenaza!»

¡Hermanos en la vida y en el trabajo! Es esa
la misión del artista que la tierra atraviesa.

El poeta egoísta que ante la infamia calla
y calla ante el humano dolor, es un canalla.
En las horas supremas, deben tener las liras
los estremecimientos de las supremas iras.
El gran poeta debe tremolar su bandera
y lanzar sus estrofas por sobre la trinchera;
romper los viejos ídolos; marcar los nuevos rumbos,
salvar las marejadas de rayos y de tumbos;
llevar la frente altiva sobre los firmes hombros;
alzar a los caídos; marchar por sobre escombros,
hacer vibrar las almas; mostrar expuesto el pecho
a los azotes trágicos del huracán deshecho
y en una misma ráfaga, y en un mismo delirio
marchar con sus hermanos al triunfo o al martirio!

¡Hermanos en la vida y en el dolor humanos!
Juntemos las banderas, estrechemos las manos,
y apretados en torno del común estandarte
salvemos la barrera del último baluarte.
¡Unámonos, hermanos! Que mi misión es esa:
cantar para vosotros la nueva marsellesa!

BALADA DEL VIOLIN

Aquel mozo enfermo y flaco
tocaba el violín al sol
por un sorbo de alcohol
o un puñado de tabaco.

¡Y buen dar! cuando tocaba
algún rondel español
o alguna sonata eslava...

Aquel mozo enfermo y flaco
salía a buscar el sol

y a llenar su viejo saco,
por un sorbo de alcohol
o un puñado de tabaco.

Salía a matar su esplín
cuando tocaba el violín,
cuando como un caracol
salía a buscar el sol ..

Aquel mozo enfermo y flaco
murió tocando el violín.
¿Qué queréis? Halló su fin
en un sorbo de alcohol
y un puñado de tabaco.

Le hallaron tendido al sol
y abrazado a su violín...

BAJO EL SOL DE LA PAMPA

Bajo el sol de la Pampa, en el bochorno
que la tierra y el aire contamina,
ya el trabajo empezó. Se alzan en torno,
como si vivaquearan la Oficina
áridos edificios de ancho muro
y techo horizontal de calamina.

Era temprano aún, estaba oscuro
el cielo y pestañeaban las estrellas
cuando, en grupos o a solas, los obreros
fueron dejando sus dispersas huellas
por sobre aquella tierra sin senderos.

Y al hombro el hierro, por la Pampa hirsuta
partieron todos... ¡Oh, la eterna guerra,

la guerra eterna y cruel en que se aferra
la fuerza bruta con la fuerza bruta,
el músculo del hombre con la tierra!

Aquí en la Pampa, donde el aire asedia
la piel, como un incendio; aquí en la Pampa
donde un bostezo interminable atedia
al proletario que su mano estampa
sobre esta muerte viva, todo late,
con ansias de suplicio y de tragedia,
con fiebres de tragedia y de combate.

Es el triunfo del músculo bravío
sobre la tierra heroica. Desde el alba
hasta la tarde, y más, aquí se escucha
como el inmenso clamorear de un río...
Sobre esta tierra gris, abrupta y calva,
que escarbada y revuelta por la lucha
se desenvuelve como un mar de hastío,
hierve la actividad de la faena
es un inacabable vocerío.

Algo como el fragor de cien fragores
surge desde esta colosal colmena.
Entre los fatigados estertores
de las máquinas, saltan los chirridos
de las correas, ágiles silbidos
que rebotan, relinchos de motores
que se van alargando estremecidos...
Y de pronto, más áspera, más fuerte,
la revolucionaria dinamita
ante cuya explosión la Pampa inerte
parece que crujiera en la infinita
y epiléptica angustia de la muerte!

¿Quién enciende la mecha? ¿Quién empuña
el cartucho fatal? Se escucha el tiro
que retumba, mas nadie ve la mano
que, a pleno sol, el calichal rasguña;

ni siquiera se piensa en el suspiro,
especie de bramido sobrehumano,
que junto con el soplo que levanta
y hace brincar los prismas de caliche,
parece atropellar una garganta...

La misma oscura voluntad, la misma
que empuja el malacate y el trapiche,
que blande el combo o mueve la palanca,
lucha aquí, vence aquí: si allá se abisma
en la profundidad de una caverna
y todo el cobre o el carbón le arranca,
aquí alza y baja sin cesar los brazos
como obsediado por el ansia eterna
de auscultar la agonía del desierto
y abriole el corazón a martillazos!

El brazo fuerte junto al suelo magro
hace pensar en un monstruoso injerto:
en un apocalíptico milagro
que injertara lo vivo entre lo muerto.

Es el triunfo del músculo que vibra
sobre el yermo que niega su tesoro.
Es el nervio, es la víscera, es la fibra
tendida sobre el páramo, lo mismo
que si olfateara la preñez del poro...
¡El hombre es el microbio del abismo,
el eterno parásito del oro!

II

¡Hora del medio día! El mismo aliento
baja del cielo y sube de la tierra:
calor de horno, resuello de calcina,
ígnea quietud, tregua total del viento...

No sopla un aire. El horizonte cierra
su gesto enorme... Todo en la Oficina
vibra en el ansia de un sollozo interno,
como si en cada brazo, cada mina
fuera una miniatura del infierno.

¡Es bien triste, bien triste! El aire enerva
como asfixiado por un sol que arde
en eterna canícula. Es el yermo
sin frescor de agua ni verdor de yerba,
feo a la aurora, lúgubre a la tarde,
que se amodorra y se espereza, enfermo
de horror o de fastidio. Una pereza
fatigadora baja al medio día
sobre la Pampa: un tedio, una tristeza,
mitad rabia, mitad melancolía.

¡Qué paisaje! La tierra gris y torva
duerme infinitamente... Ubre sin jugo,
ni se arruga, ni se hincha, ni se encorva:
sólo tarja la inmensa perspectiva,
el tísico perfil de un tamarugo
que abre sus ganchos flacos hacia arriba
como el asta de un toro bajo el yugo...

Sólo el costrero brega al sol. Se postra
medio desnudo en pleno suelo. Cada
golpe suyo se pierde entre la costra
del inhóspite errial, y ávido y seco
se repite como una puñalada.
Aquí y allá, se multiplica el eco
sin compás. Son extraños labradores
estos hombres: su mano fuerte y fiera
desata los genésicos temblores
de la tierra, la muerde, la tortura,
la hace pedazos... pero nunca espera
sembrar el grano ni coger las flores:
¡en su inconmensurable desventura,
ni alcanza a presentir la primavera!

¡Cuántas veces el hierro, al dar su toque
monótono y tenáz sobre la dura
pasta del calichal, mengua su brío
y hace brotar en el ardiente bloque
algo como un extraño calofrío!
Hace brotar como un temblor incierto
de compasión por el horrendo choque
de un cuerpo vivo contra un cuerpo muerto!

El pulso firme deja el arma. El ojo
vivaz se clava sobre el tajo abierto,
y se abre horrorizado ante un despojo
mortal, el esqueleto de algún hombre
a quien dieron los cuarzos del desierto
un sepulcro sin lápida ni nombre.

¡Quien sabe desde cuando aquel oscuro
mortal reposa allí! Quizás la guerra,
aquel fantasma colosal que un día
pasó violando con su aliento impuro
los vírgenes silencios de la tierra
y hechando sangre en donde aún no había
más que llanto y sudor, la guerra impía
le dejó para siempre abandonado
en medio del horror de su martirio
sobre el inmensurable despoblado...

¿Es aquel esqueleto el de un soldado
muerto en la borrachera del delirio,
o el de algún cateador infortunado
que se riñeron el león y el buitre,
o bien el fósil de algún indio errante
de las mesetas, que cayó jadeante
náufrago del mar-muerto de salitre?

¡Quien quiera que haya sido, allí está ahora!
Sin duda un pobre diablo a quien la muerte
descargó de una vida abrumadora,

eternamente en lucha con la suerte,
el se dejó morir .. y hoy, a los besos
del sol, en plena Pampa abrasadora,
surge otra vez, hecho un montón de huesos!

¡Ah! Si él pudiera contemplar en torno
como se multiplica la tarea.
La faena febril es como un horno
con estrépitos sordos de marea
y sordas congestiones de bochorno...

La faena, tendiendo su engranaje
por la llanura polvorosa y ancha,
triunfa siempre, magnífica y salvaje,
con sus apoplegías de avalancha
y sus efervescencias de oleaje...

Es bien triste, bien triste. ¡Cuántas veces
los forzados del hambre, condenados
a domar las bravías hirsuteces
de la Pampa, rabiosos de fastidio,
dejan de ser los brutos fatigados
y, como los malditos de Siberia,
sienten que les empuja hacia el suicidio
la desesperación de su miseria!

¡Cuántas veces la misma dinamita,
presta siempre a matar, oye el acento
de su cansancio, escucha sus clamores
y, anárquica tal vez, pero bendita,
exalta hasta la muerte su tormento,
pero acaba con todos sus dolores!

III

Suena un silbido trémulo. La gente
se para.—¡Adiós! Sombreros que aletean,

brazos que se levantan vivamente,
risas, charlas y gritos... Traquetean
los hierros. La feróz locomotora
da su grito de bestia a los espacios,
con el fuego en la víscera sonora
y el aceite en los músculos reacios.

Salta un chisguete de aire: es el silbido
que cierra la neumática palanca,
y el monstruo de vapor enfurecido
sobre los rieles como un potro arranca.

Débil en el fró-fró de sus pulmones,
para el trac-trac de sus robustos brazos,
Sube multiplicando contorsiones,
el humo negro... Y sube, sube, sube,
y a compás de los bruscos barquinazos
se apiña, aglomera en una nube
y hace en el aire diabolesco trazos.

Un chorro de vapor... Blanco y ardiente
como un hilo de geisser, ese chorro,
cuando ya pasa el infernal torrente
se va desvaneciendo lentamente
como una gran bandera de socorro!

¿A donde va? ¡Qué hermoso! ¡Cuántos carros!...
Repleto de salitre, va hacia el Puerto,
al mar alegre, lleno de bizarros
barcos, ansiosos de zarpar.—Desierto
y bravo calichal, tierras hurañas,
adiós! quedáis atrás. El tren os deja...
¡Pampa ardiente y fecunda! El tren se aleja,
y se lleva en las suyas tus entrañas!

El tren se aleja más y más. Le miran
con nostálgicos ojos, los obreros.
Unos bajan la vista, otros suspiran...

¡Ah, cuan lejos los días bullangueros
del Puerto! Los ojazos zalameros
de aquellos tiempos de la buena paga,
y aquellos desalmados marineros
que se empeñaron en sacar la daga...

Impávido y veloz, el tren avanza.
Se pierde ya su traquetear de hierros
en la desvanecida lontananza...
Ya sólo es un gusano entre los cerros
de la costa... Se ha ido. Y sólo queda,
vaga como el ensueño y la esperanza
flotando en el espacio la humareda.

El tren va al Puerto bullicioso. El sabe
que otros hombres le aguardan. Otros brazos
llevarán el salitre hasta la nave
que ya se balancea en la bahía
y saluda con líricos pitazos
al tren que asoma por la inmensa vía..

¡La nave partirá! Rayando el día
dirá adiós a estas playas... Mar afuera
le escoltará la turba vocinglera
de pájaros con sorda gritería.
¡Viajeros! ¿qué miráis en la ribera?
El viento jugueteando en la bandera
os hablará quizás de una lejana
tierra, de un nuevo cielo que os espera,
de otro mar, de otro sol, de otra mañana...

El salitre amasado en el desierto
con el sudor del músculo criollo
y arrancado a las torvas avaricias
de un mundo mineral, sale del Puerto
para ir, entre júbilos de albricias,
dando empuje de vida al desarrollo
de un mundo vegetal, ya casi muerto.

El va a ser nueva savia y sangre nueva;
el va a ser vida nueva en los exhautos
y envejecidos vientres de otra gleba...
Usurpado a la Pampa y a la Puna,
híbrido engendro del dolor y el hambre
será fortuna, y pagará los faustos
del Vicio encaramado en la Fortuna!

El será polen en el nuevo estambre,
espiga en el trigal, soplo en el viento,
luz en el sol, fragancia en la corola,
canto y vuelo en el ave, movimiento
en la nube fugáz, beso en la ola,
élitro en el insecto diminuto,
inefable susurro en el follaje,
polvo en la senda, púrpura en el fruto,
mancha inmensa de la vida en el paisaje!

El colmará la troj en los acervos.
Será fécula blanca en las harinas,
leche y pan en la isba de los siervos,
regocijo en las fiestas campesinas.
Y en la brisa que viene de las vegas,
preñada de perfumes, hasta las minas
sentirán retozar entre sus ruinas
la alegría de granjas y bodegas!...

Mientras tanto, aquí están, en el nefando
éxodo del trabajo, los obreros
mordiendo el odio del mastín que lame
la férula brutal; siempre estrechando
la Pampa hirsuta entre sus brazos fieros,
y semejando con su oprobio infame
una legión de atletas prisioneros...

Mientras tanto aquí están con sus fatigas
con su dolor y su vergüenza... ¡todo!
amontonando el oro, como hormigas

de estos descomunales hormigueros
del salitre, del bórax o del yodo.
Aquí están, generosos, tesoneros,
haciendo pan y recogiendo migas
para Su Inicua Majestad el Agio
y su séquito audáz de aventureros!

¡Aquí están, aquí están! Bajo el presagio
de su fatalidad, ni oyen, ni gimen,
haciendo hablar al músculo y la arteria
sobre el hierro del combo o de la lampa,
porque ven, amparada por el Crimen,
la Barbarie venciendo a la Miseria
y haciendo la conquista de la Pampa...

IV

¡Ha caído la tarde! Lentamente
por distintos caminos, los obreros
van tornando, a la luz evanecente
de la puesta solar, en el profundo
recogimiento vespertino, meros
toques de gris en el azul muriente.

Arriba, hay un desfile vagabundo
de nubes que el crepúsculo arrebola.
¡Son girones de aquella camanchaca
que son lúgubres silencio de ola
viene avanzando gigantesca y sola
y sobre las techumbres se destaca!

Todo parece desolado, inerme,
en este instante. La penumbra borra
los contornos... La Pampa se amodorra
como para dormir... Y duerme, duerme
a los primeros tímidos reflejos
de las estrellas, mientras a lo lejos

largan sus toques últimos los bronces,
y con su movimiento acompasado
la vaporosa camanchaca enreda
un último girón...
La Pampa entonces
es como un peregrino fatigado
que al borde mismo del sendero rueda
y se tiende de espaldas contra el suelo,
que abre los brazos y la boca, y queda
con los ojos clavados en el cielo!

¿NUNCA YA?

Nunca ya tu mano breve,
mitad ámbar, mitad nieve,
me enviará
otra dulce carta escrita
con su letra menudita,
¿nunca ya?

En la tarde visionaria
la casita solitaria
siempre está.
Siempre está la blanca puerta,
siempre el aire por la huerta
viene y va?

A lo largo del camino
suelta un pájaro un divino
trino en lá?
En un chorro de armonía
el torreón despide al día
que se va?

El jardín con sus violetas...
Ah! las puras, las discretas
flores. Ah!
los ramitos que tú hacías
y esas fucsias que eran mías,
todo está.

El rosal, que hoy tú despojas
ya no da sus gracias rojas,
ya no da.
Y la obscura madreselva
ya no espera que yo vuelva
por allá.

El nogal junto a la reja...
El sendero que se aleja...
—«Vamos ya?»
Luego arriba, entre gorjeos,
inauditos cuchicheos:
—«Besalá!»

Esa risa, ese alborozo,
esa charla junto al pozo:
—«Quieres?»—«Bah!»
Esa charla tan sin charla
no podremos reanudarla
nunca ya!

«Cuenta un cuento! Dime un verso!»
—¡«Qué capricho más perverso!»
—«Allá va!»
Aún recuerdo la leyenda
bella, mágica, estupenda,
de la Flor del Lilolá!

Y tu flor, la favorita,
la fragante, la exquisita

resedá,
sola acaso, acaso mustia
y abatida por la angustia,
¿qué dirá?

Yo era bueno. Tú eras niña.
¿Quién a lo alto de la viña
subirá
como estonces nos subimos
a jugar con los racimos?
¿Quién lo hará?

Las palomas siempre en fiesta.
Y aquel gallo de alta cresta
dónde está?
No conversa ya contigo,
no pregunta por su amigo
Monsieur K?

Ojalá me hables de todo:
de aquel sol, de aquel recodo
que iba allá,
de tus aves, de tus flores.
Y ojalá escribiendo llores.
Ojalá!

Y tu carta cuando llegue
y a mis ojos se despliegue,
me dirá
que la novia de otros días
eres tú que me decías
—«Ven acá!»

«Ven acá, mi amor te espera.
En mi amor la primavera
siempre está...»
Dónde está que no me invita?
¿Qué será de mi aldeanita,
que será?

Nunca ya mi amor se olvide
del perfume que despide
tu recuerdo: resedá...
Y en los éxtasis supremos
nunca ya nos separemos,
nunca ya!

ACCION DE GRACIA

A tí, mujer, que me amaste
un minuto de tu vida,
cuando a mi alero llegaste
como una alondra perdida;

y a tí, amable vendedora
de besos, que no quisiste
con tu boca pecadora
beber de mi vino triste;

y a tí, musa de mi infancia
que siento en mi alma vibrar
con la dulce resonancia
de una campana escolar;

y a tí, hermosa, a quien un día
con muda sorpresa oí
decir una poesía
escrita antaño por mí;

y a tí, traviesa y coqueta;
y a tí, suave y soñadora;
y a tí, por tu alta silueta;
y a tí, por tu tez de aurora;

y a tí, por saber reir;
y a tí, por saber cantar;
y a tí, por saber sentir;
y a tí, por saber soñar;

y a todas por haber puesto
en mi vida vagabunda
un rayo, una nota, un gesto
que la tornaron fecunda;

a todas por haber sido
como el arroyo que pasa
cantando gloria al oído
del viajero que se abrasa;

por haber hecho brotar
en mi alma una luz de estrella,
como la arena del mar
vierte agua bajo la huella;

por haber, un solo instante,
con un soplo de pasión
sacudido el desolante
horror de mi corazón;

os debo un voto de gracias
y os entrego lo que os debo...
¡Brida quieren mis audacias
para lanzarse de nuevo!

Al insecto diminuto
que poliniza las flores
debe algún árbol su fruto:
así os debe mis dolores,

y mis dolores han sido
mi vida, pues me lo han dado
todo, menos el olvido;
nada, fuera del pecado!

Pero, entre todas, a tí,
noble amiga y compañera,
que eres siempre para mí
la más alta, la primera;

a tí, que no ignoras cuanto
hay de miseria en mis días;
mi incurable desencanto
y mis raras alegrías;

que no ignoras una sola
de mis íntimas torturas:
ni el orgullo que me inmola
en la cruz de mis locuras;

ni los callados terrores
de mis lúgubres tormentos,
ni los hondos estertores
de mis grandes desalientos;

tú, que llorando conmigo
te has uncido a mi fracaso,
recogiéndome al abrigo
de tu bendito regazo;

tú, que acallas mis sollozos
con tus palabras ardientes
en los vastos alborozos
de las horas confidentes;

tú, de mis luchas testigo;
tú, que nunca te has cansado
de soñar junto conmigo...
¡tú, que siempre has perdonado!

tú, que con tus claros ojos
has visto bien cómo soy
y vas limpiando de abrojos
la senda por donde voy;

tú, que al borde de la cuna
de nuestro ángel, has vertido
rayos de sol y de luna,
siglos de amor y de olvido;

tú, la novia adolescente
que revives el pasado,
y que, aunque el dolor te ausente,
sabes estar a mi lado;

tú, en fin, a cuya mirada
mi corazón, libro abierto,
no podría ocultar nada...
¡ni siquiera que está muerto!

A tí, que siempre has sabido
matar en mí la blasfemia
haciendo en tu pecho un nido
para mi musa bohemia;

a tí, por tu santo amor
y por todas tus virtudes
he de deber la mayor
de todas mis gratitudes.

Por nadie, sino por ti
está mi selva florida...
¡Por ti tiembla y sangra allí
la mitad de nuestra vida!

Es hijo del corazón
este libro algo sombrío:
lo comenzó la ilusión
y ha de acabarlo el hastío!

Tómalo, pues, en ofrenda
de gracias. Dale tu palma,
ya que él conoce la senda
que va derecha a tu alma.

Lleno de temor lo envío:
mas si lo objetas, te argullo
que si es tuyo, es por ser mío;
que si es bello, es por ser tuyo...

PROFESIÓN DE FE

Aquí estoy. Soy el rápsoda. Camino
y canto al par. Me absorbo en lo profundo.
de la naturaleza. Peregrino
del pensamiento, voy meditabundo
entre la hostilidad de los humanos
odios,—esos obscuros salteadores—
esparciendo mis sueños como granos,
deshojando mis versos como flores...

Asi voy, visionario de la vida,
amando lo que vibra y lo que late,
dejándome llevar, tendiendo brida
a mis íntimas ansias de combate;
soñando con el bien, como Quijote,
odiando el mal y provocando el pasmo
de las gentes beatíficas, al trote
del menguado rocín de mi entusiasmo.

LA CUNA VACIA

No ha muerto, nó, no ha muerto.
Ni siquiera se ha ido.
Siempre está con nosotros, aunque no haga ruido,
ni sus ojos enormes nos sonrían como antes.
¡Siempre está con nosotros!

No hay horas, no hay instantes
que algo, en la casa muda, no nos recuerde el día
en que, al verle en su cuna, creímos que dormía.

Dormía, sí, en efecto, los ojos entornados
e inmóviles, los labios secos y amoratados.
¡Era su sombra sólo! su sombra taciturna
que noble mano amiga depositó en la urna...
Su cuerpo, no su espíritu, no su ser ideal:
el vaso miserable, no el efluvio inmortal.

Porque él vive en nosotros.
Preside nuestras charlas.
Coge nuestras ardientes manos para besarlas.
Entre ella y yo, vacía, su sillita le espera,
y cada tarde un rayo de sol, cual si quisiera
borrar con su tibieza la pena del hogar
ocupa tembloroso su sitio familiar.

Está presente en todo.
Nada hablamos ni hacemos
sin recordarlo, nada... Los silencios supremos
de las meditaciones, las frases indecisas
de un diálogo, el hojeo de un libro, las sonrisas
y los suspiros, todo le pertenece. Es dueño
de nuestro afán,
de nuestra quietud,
de nuestro sueño.

¡Lleno está siempre el nido de su presencia! El pomo
conserva siempre el alma de su perfume... Como
si siempre nos citáramos para hablar de lo mismo,
recordamos sus gestos, su gracia, su egoísmo,
su infantil inconciencia.
Y, ahondando nuestra herida,
nos parece que en torno se ensanchara la vida.

Nos sentimos más buenos.
Nos hiere en lo profundo,
como tristeza propia, la tristeza del mundo.
Es él, su dulce imagen la que el hogar invade.
Y esa dulzura íntima, romántica saudade,
que el corazón nos llena de amor y de indulgencia,
ángel! te lo debemos a ti y a tu presencia.

A tu presencia, que habla
sin hablar, que nos guía,
que envuelve nuestras almas en esa poesía
melancólica y tierna como un rayo de luna.
No estás, y estás en todo. La oquedad de tu cuna
guarda intacto el relieve de tu cuerpo bendito...
¡Si hay veces que saltamos creyendo oir tu grito!

¡Qué grotesca es la muerte, comedianta sombría,
ante el amor que triunfa! Todo el terror que un día
estrangulara nuestro corazón, ya ha pasado.
El hijo que perdimos ya no está a nuestro lado:
está en nosotros mismos! Su alegría inocente
pasa por nuestras almas cantando eternamente.

Bendito tú, que vives de nuestro amor! Benditas
tus risas gorjeadas, tus blancas manecitas.
Cuando ella duerme es sólo
contigo con quien sueña.
¡Tú eres quien hace gestos en su boca risueña!
y yo, mientras escribo, loco de tu cariño,
me digo:
«Chit! Recuerda que está durmiendo el niño!»

EL REGRESO

Me acosté llorando por mi hogar desierto,
por mi infancia ida, por mi padre muerto...

Días, meses, años, han pasado ya,
y en la casa en ruinas, desde los cimientos
hasta las cornisas de los aposentos,
¡todo qué distinto, qué cambiado está!

Me acosté llorando por las viejas horas...
(mañanas alegres, tardes soñadoras,
perezosas siestas!) Me dormí y soñé
que «él» había vuelto de un viaje lejano,
curvas las espaldas y el cabello cano...
¡también muy distinto de cuando se fué!

Aguardando siempre ¡siempre! su regreso,
no nos sorprendimos. Sentimos su beso
sobre nuestras frentes, tibio y familiar.
Mi madre suspira. Los viejos sirvientes
tienen a su vista gestos reverentes
y el can favorito se pone a brincar.

¡Qué viaje tan largo, tan largo, Dios mío!
Durante su ausencia, qué rachas de hastío,
qué sombras de pena, qué nieblas de horror!
El calla. Parece que lee en nosotros;
la tristeza en unos, el cansancio en otros,
y en todos un mundo de ensueño y dolor.

¡Qué viaje tan largo, tan largo, Dios mío!
Ante las cenizas del hogar ya frío,
rodeado de todos, nos pregunta:—«Y bien:
¿muy viejo me encuentran? Hablen sin cuidado...»
—«Sí, padre (decimos) estás muy cambiado.»
Y él:—«Pobres muchachos, ustedes también!»

IN MEMORIAN

Manos dolorosas,
largas manos febriles,
manos hechas para deshojar rosas
y enredar sueños sutiles.

Están heladas, están quietas
con la espantosa quietud final.
¡No más angustias secretas,
todo para ellas es igual!

No queda más que el tormento
de los recuerdos desgarradores:
la evocación de tu acento,
tu piano, mis libros, tus flores...

¡Pensar, que inmóviles, ahora,
tus ojos ven más que ayer!
Ya no brillan: pero una aurora
sobre tu frente se ve arder.

En el silencio los cirios
alargan rayos gesticulantes.
Hay rosas, y violetas, y lirios.
Se oyen repiques distantes.

Pasan las horas. Es una
horrenda cabalgata de dolor...
Tiembla en las gasas un rayo de luna.
Marea el aroma del alcanfor.

Amor que no pudo quererte,
mendigo claudicante que, ahora,

ante la brutalidad de la muerte,
se desespera y llora;

fatal y perpetuo condenado
a mirarte sólo desde lejos,
con el oído esclavizado
por los más razonables consejos;
este doloroso cariño
que me hizo perseguir tu paso,
que llenó mi vida de niño,
y que hoy me tumba en el fracaso,

nada es para tí,—nada!
en el horrible vacío:
inmóvil sigue tu mirada,
y yo todo pálido y sombrío.

Y pensar que todo este duelo,
que toda esta pena, tan sentida,
que todo este desconsuelo
tan hondo, los barrerá la vida!

Pasarán las horas. Y tú, amada,
tú, la que mi labio nombra
con una voz tan angustiada,
no serás al fin más que una sombra,—

una sombra empalidecida,
una fecha lejana y dudosa
que se guarda en el trajín de la vida
como se guarda cualquier cosa!...

JORGE GONZALEZ BASTIAS

Nació en 1879. Alejado de los centros literarios este poeta, «preste rústico y divino», según lo llamaba Francisco Contreras, ha vivido en su rincón campesino, repasando sus horas líricas, como Francis Jammes en el fondo de su provincia.

Sólo un libro ha dado a la estampa, y en breve publicará un hermoso «Poema de las tierras pobres», en cuyos cantos ha recogido un eco de la dolorosa miseria de nuestros campos del Maule.

Obras: «Misas de primavera». 1912.

Referencias: «Los nuevos», por Armando Donoso.—«Les écrivains contemporains de l'amerique espagnole», por Francisco Contreras. —«Selva lírica», 1917.—Artículo de Omer Emeth, «El Mercurio». 1917.—«Juventud». 1919.—«Parnaso chileno»,

EL MISTERIO DE LOS OPALOS

Aquella visión blanca — hada o sílfide, — iba
subiendo la montaña; iba muy pensativa,
cerca del mar. Llegaban claramente hasta ella
el rumor de los besos de la ola y la estrella
y los clamores sordos que en la ribera sola
surgían de la lucha del peñón y la ola.

Noche tranquila y bella. La visión misteriosa
por la inmensa montaña busca quizás que cosa;
recorre los senderos más extraviados y anda
sin que repose nunca su paso; anda y desanda
los senderos; recorre los cien arcos del monte
y trémula se queda mirando al horizonte.

¿A dónde va? ¿De dónde viene esa peregrina
visión? En sus intensas miradas se adivina
que espera, sufre como todo lo que en el suelo
se posa, como todo lo que alienta un anhelo
ya sea luz o ensueño, o alondra pasajera
que aun cantando al alba sufre también y espera.

Sus manos están llenas de ópalos y de perlas
símbolos de tristezas y alegrías; al verlas
sonríen las estrellas; y las flores dormidas
que no pueden mirarlas sueñan estremecidas,
porque el reflejo vivo de las piedras preciosas
algo de su misterio fija sobre las cosas.

Mueve sus manos tenues hechas de espuma y nieve
y ante el viento que sopla ella toda se mueve,
y es un lirio fantástico que deja de ser lirio
para ser una blanca figura de martirio,
y hostigada quién sabe por qué presentimiento
toma un puñado de ópalos y los arroja al viento.

Y sigue por lo alto de la montaña. Sigue
como si no alcanzara jamás lo que persigue.
Los ópalos en tanto mordidos por el viento
en la montaña virgen hablan de sufrimiento
y se narran historias en las que se deslizan
la angustia y la tristeza que todo simbolizan.

Y allí están en la vieja montaña solitaria
dando algo de su pena, que es perfume y plegaria,

a todo el que, llevado por el acaso incierto
conoce esos arcanos mirajes de lo muerto...
dando algo de su pena misteriosa y callada
hasta a mucho de aquello ya cercano a la nada.

En el triste silencio de las hojas caídas
van, parece, olvidando poco a poco sus vidas
y no recuerdan ni la visión ultraterrena
que ante miles de estrellas los dejó con su pena
solos. De sus ensueños ya no recuerdan nada
y allí están con su pena misteriosa y callada!

...Y yo, que errante siempre por todos los caminos
he visto siempre tantos y tantos peregrinos,
también ví esa adorable visión, y el florilegio
de sus dos manos tenues; y miré el sacrilegio
de esas dos manos tenues cuando como un reproche
arrojaron los ópalos al viento de la noche.

De ahí que esas historias sean ahora mías
y hallan en mi espíritu tantas melancolías.
Incansable viajero cruzo por la montaña
y mi tristeza se hace cada vez más extraña,
más negra y más extraña, como las piedras esas
que guardan el misterio de todas las tristezas.

ÉGLOGA DEL CAMINO

Mi viejo camino, un poco
quiero conversar contigo
y ante las sombras que evoco,
hablarte como a un amigo.

Hace tanto tiempo, tanto,
que conozco tus orillas;

en tus yerbas amarillas
cayó alguna vez mi llanto.

Hace tanto tiempo, tanto,
que conozco tus orillas!

Hace tanto tiempo que,
camino, no te veía;
acaso sea alegría
esto que siento, no sé.

Acaso sea alegría
lo que hay en mi corazón;
se parece a una canción
llena de melancolía.

Acaso sea alegría
lo que hay en mi corazón!

Nunca tuvo para mi
ningún camino tu encanto.
Sé de la sangre y el llanto
que han vertido sobre ti.

Nunca tuvo para mi
ningún camino tu encanto!

Tras de andar y andar me pierdo
mirando tus lontananzas,
y un perfume de añoranzas
surge de cada recuerdo.

Miro tus huellas, y leo
en ellas una leyenda...
los poemas de la senda
que no adivina el deseo...

...Y mañana, cuando ya
esté yo lejos, mañana
cuando suene la campana
de mi aldea, quién sabrá,

camino! que aquí mis huellas
quedan también, quién sabrá?
Alguien me recordará?
¿Me habrán visto las estrellas?

EN LA VERA RUSTICA

A la sombra armoniosa de los árboles
fuí a descansar.
Mi oscuro pensamiento discurría
en un contínuo divagar.

Junto de una corriente rumorosa
quedéme al fin;
quería adormecer mi pensamiento;
no soñar, no sufrir!

Quería adormecer mi pensamiento
llagado de pasión;
pero el agua y los árboles tenían,
sed de mi corazón.

Y no me daba cuenta como en ellos
vivía, sin querer,
la vida de la flor y de la onda...
Lo infinito en mi sér!

Tanto de mí los árboles, tenían,
tanto de mí el rumor del manantial,
que en ellos me sentía en un contínuo
cantar, reír, llorar!

Inédito

EL POEMA DE LAS TIERRAS POBRES

(Fragmento)

Ah, tierra mía, tierra triste
ensombrecida por la muerte,
como eras pobre no pudiste
ni castigar ni defenderte.

Perdido el valor de la vida...
el amor sólo en la añoranza.
Ninguna lámpara encendida
ninguna trémula esperanza.

Como eras pobre no supiste
del látigo fustigador.
Tu queja siempre fué una triste
sombra perdida es el horror.

¡Ah, tierra mía, tierra hermosa!
Rara virtud en tí se fragua:
en tu sierra más escabrosa
brilla, hecha lágrimas, el agua.

En tu sierra más escabrosa
el árbol crece protector
y hace lugar para una choza
en que pudiera haber amor.

Hace lugar a la alegría
que ofrece el agua, el trigo, el pan,
el afán: esfuerzo del día,
el sueño: olvido del afán.

¡Ah, tierra mía, tierra amada!
de largos senderos esquivos,
de vasta selva enmarañada
y de naranjos y de olivos;

tierra de arroyos y de flores
de claro sol y verdes viñas:
están desiertas tus labores
y sin corderos tus campiñas!

Tierra que fué de encantamiento
en la leyenda popular,
tu queja errante va en el viento
por la montaña y por el mar.

Suben hasta las cimas, entre vahos de nieblas,
resonancias lejanas de los montes y el río.
La noche transparente de visiones se puebla
y se dilata en cantos el espíritu mío.

Rocoge los lejanos ecos de la hondonada
y vé la choza rústica junto al arroyo claro:
la ilusión de los niños al cielo abandonada;
la fe de los ancianos grande en el desamparo.

Y ve por las orillas del río milagroso
recogidas las barcas como anhelos dormidos;
sobre la arena el fuego que alivió al fatigoso
remar, echa los últimos destellos aturdidos.

Rocogidas las barcas, recogidas las velas,
los guanayes (1) reposan, reposa el cuerno austero.
Soñaran con el brillo tenue de las estelas
o con un resonante alto són mañanero.

---

(1) Barqueros de Maule.

Suben hasta la cimas como voces lejanas
del río, el monte, el viento; voces trasnochadoras!
El río, el monte, el viento: cristalinas campanas
que marcan en la noche fatigada las horas...

Mi espíritu recoge sus cadencias unciosas,
sus sueños, sus tristezas, su visión del pasado,
y las funde en un canto de lágrimas y rosas
en el que todo es almo dolor purificado.

Quién ha visto las sierras en la noche
plena de resonancias?
Amor, dolor, ensueño y luz de luna,
voz del espacio y voz humana.

Quién ha visto en las sendas adormidas
las figuras extrañas
que en los jirones de la niebla suben
a las cimas más altas?

Quién ha escuchado la oración humilde
que va por la hondanada
uniéndose a la queja de las hojas
y al susurrar del agua?

Quién sabe de la angustia que en el viento,
saturado de lágrimas,
va a las estrellas para hacerse canto
redivivo en el alba?

Quién ha sentido el misterioso influjo
de su sombra en el alma
cuando se van alzando las estrellas
libres y puras, y los montes bajan?

Inédito.

PEDRO PRADO

Nació en 1886.

Desde los días, ya un poco lejanos, en que Ventura García Calderón reprodujo en la inolvidable «Revista de América» algunos delicados poemas en prosa de este escritor, su obra no ha hecho sino difundirse lentamente en América. En las «Ediciones Mínimas» de Buenos Aires apareció «Casa abandonada», y «Cultura» de Méjico cuenta con una interesante selección de sus poemas en prosa, hecha por Antonio Castro Leal.

Artista en quien la pureza de sus palabras alcanzará pronto la universalidad de los grandes escritores. Hace poco no más Xenius escribía al margen de «Alsino» una de sus «Glosas» más sentidas.

Fué presidente de la Federación de Estudiantes y hasta hace poco Director del Museo de Bellas Artes. Fundó la «Revista Moderna» y fué uno de los directores de "Los Diez".

Obras: "Flores de cardo". 1908.—"La casa abandonada". 1912.—"El llamado del mundo". 1913.—"La reina de Rapa Nui". 1914.—"Los pájaros errantes". 1915.—"Los Diez". 1915.—"Ensayos" (Sobre la arquitectura y la poesía). 1916.—"Alsino" 1921.

Referencias: «Revista de América». 1913.—Artículo de Eduardo Barrios. «Ultimas Noticias». 1915.—Fernando Araujo («España Moderna». 1912).—Artículos de Omer Emeth («El Mercurio», 1912. 1914).—Estudio de Armando Donoso («Nosotros». Buenos Aires. 1915).— Eugenio de Ors: "It-turn-It".— Alvaro Melian Lafinur: «Literatura contemporánea».— Ediciones Mínimas. Buenos Aires: apreciación de Leopoldo Durán.— Noticia sobre "Alsino". «La Pluma» (Madrid). 1922.—Artículo de Iris (Inés Echeverría de Larraín).— «La Nación». 1921.—Amanda Labarca («El Mercurio». 1921.).—"Repertorio Americano". 1921.— Selección de Poemas en Prosa («Cultura». Méjico. 1923): Apreciación de Antonio Castro Leal.

PODER DEL AMOR

No sé si pienso en algo o bien en nada.
En puntillas se van las horas calladas.

Duerme mi voluntad y duerme mi conciencia
y libran a mis manos de toda extraña influencia.

Y mis manos se mueven como seres vivos,
seres que parecen ajenos a mí mismo.

Yo las miro hacer, y luego no las veo
que de nada me sirven los ojos que llevo.

Heme vuelto en mí. Ante la vista tengo
diseño de la amada por mis manos hecho.

¡Oh! poder del amor, aun cuando no pienso
vive entre mis manos su recuerdo!

LAS MANOS

Manos de la amada dignas de una reina
si una reina digna de ellas fuera!

Manecitas breves
con florecillas de azul entre la nieve
y con menudos dedos
que en sonrosadas uñas se florecen.

Manos compasivas, cariñosas,
con cuánta bondad siempre se posan

sobre mi frente; manos blancas,
cuando ayudáis a bien sufrir,
sois unas santas.

En el tiempo bueno, magas divinas
palmoteando aumentasteis la alegría,
locas manos de niña.

Y siempre os extendéis prestando ayuda
nobles manos menudas.

Previsoras sin que os rinda la fatiga
sois las hormiguitas de la vida.

Manos blancas de azuladas venas
haced que mi vida sea buena.

Manecitas mías
otorgadme mi parte de alegría
y si hada sois, llenad de flores
nuestro común jardín de los amores.

Cuando muera
haced que mis párpados se cierren,
pero haced que se cierren lentamente,
así mis ojos turbios vuestra imagen lleven
más allá de la muerte!

LAS OREJITAS

Rosas, pequeñitas, nacaradas,
los poetas se olvidan de vosotras
caracolillos de la mar salada,
cuando sois la puerta
donde peregrinos siempre llegan
a golpear con palabras
en busca de amor para sus almas.

Decidme, en la noche callada
cuando todo se duerme quietecito,
¿qué le contáis a la bien amada?
«Nosotras recogemos el murmullo
de un algo muy vago y muy profundo
que acaso sea el ensoñar del mundo,
y cantamos runruneo de palabras
que han quedado encerradas,
que si dichas por ti muy en voz baja
a gloria sábenle a tu amada,
que con sus ojos abiertos en la sombra
las escucha encantada».

LÁZARO

«¿Quién me llama?» y Lázaro, saliendo de la tumba
miró a Jesús y lo comprendió todo.
«¿Eres tú ¡oh sol! el que alumbras?
¿Eres tú, o todo es un sueño? María,
mi hermana! Marta, hermana mía!...»

Hablaba lenta y vagamente, como un canto
que brotara de las aguas.
Sus miradas sin hielo iban errantes
por el ardiente paisaje de Judea.
Su voz estaba impregnada del opaco
silencio de la muerte.
Y su faz, serena y pálida, comenzaba a rizarse
como un lago dormido a la llegada del céfiro.
Una frágil apariencia revestía su cuerpo.
Trasparentaba su carne los truncos,
futuros designios,
adivinábase un empeño interrumpido
de trasformarse en lirios,
en miel de los higos,
en agua y en aire alado.

Marta y María contemplaban atónitas
el curso revelado de un misterio.
Un tenor ardiente y una alegría enloquecedora
corrían como fuego por sus venas.
Allí el hermano, y el devenir del hermano;
allí Lázaro vivo y el anuncio de sus lirios.
Tan sólo la muerte no estaba en parte alguna.
La muerte es un instante fugaz,
el vuelo de un segundo, el cambio de un estado.

«Lázaro, anda!» exclamó Cristo.
Lázaro pareció no oir, e inmóvil
en la puerta del sepulcro, dijo al Nazareno:
«Como tú me llamaste, me llamaban
las raíces de las vides y de los olivos,
para resucitar en aceite y vino,
con igual imperio que el tuyo,
el agua me inducía a disgregarme
y a huir con ella.
Empecé a comprender con el morir
el sentido de la voz de las cosas,
y todas ellas no cesaron de llamar,
innúmeras vocecillas llenan los sepulcros.
Lázaro, ven! Lázaro, canta! Lázaro,
sube por nosotras y en nuestro perfume vuela,
exclamaban las silvestres flores de mi tierra.
Oh! poder de las voces veladas de la tumba!
Yo, solícito, en mitad de todas ellas,
como arena insegura que entre los dedos pasa,
me sentía escurrir. Era
un caer sin fondo,
blando como el sueño de un niño.»

«Qué de secretos descubiertos
en el comienzo de mi transfiguración
El dolor de mi sangre
camino de ser roca!
El triste revolar de los cabellos

alentando sobre mi frente como las hojas secas,
cuando el viento campesino se colaba
por las rendijas de la losa!
Las hormigas trepaban sobre mis piernas
como yo, de muchacho, por las suaves
colinas de Bethania; y mordian mi carne
como pican los mineros
a las montañas de oro.
Cuando vivimos, es un dolor el dar;
cuando muertos, una gran alegría.
Es el único camino que nuevamente
conduce a la vida.
Mi carne se entregaba gozosa
a la santa labor de las hormigas!»

«Jesús, tú que todo lo das,
y con placer, en vida;
tú que juntas con el vivir la única
alegría de la muerte ¿mueres o vive?
o quedas más allá de la muerte y de la vida?»

«Y Lázaro lloró y dijo: «yo lo sabía;
sí, yo lo sabía cuando durmiendo estaba;
pero toda mi conciencia de la tumba
rueda a lo más hondo del olvido.
Ay! para siempre he perdido
el saber que alcanzara en mi agonía.
Por eso lloro...»

«Y como llorara
los ojos opacos de Lázaro adquirieron brillo;
quedamos con la luminosa y húmeda
mirada de los vivos.
Y Lázaro exclamó en medio de sus lágrimas:
Si por la muerte gimo
como por un bien perdido,
por la vida que retorna, río.»

«Y volvía la sangre a sus mejillas y a sus labios,
y el fuego del amor a su corazón.
Cayendo de hinojos bajo el plateado
follaje de los olivos, dijo
con una voz que parecía arañar los corazones:
He pasado y pasamos por la vida
y por la existencia que se sigue a la muerte.
Y cuando rige el imperio de una de ellas,
se borra de la otra la memoria.
Gracias, muro inconmensurable del olvido,
atalaya de ambos mundos que en la muerte te elevas!
Oh! recia muralla impenetrable
que nadie escala, si no renuncia
a su saber antiguo!
gracias, porque quién no recuerda
el embeleso de la muerte,
puede abrazar a la vida con placer.
¿Qué muerto no estuvo entre los vivos?
¿Qué vivo no fué entre los muertos?
Y así como nadie guarda memoria
de su estadía en el materno vientre,
nadie alcanzará jamás a recordar
cuando muerto, a la vida;
cuando vivo, a la muerte.»

«Para mí se evapora la ciencia del no ser
como el rocío que cae por la noche
y que el sol bebe con avidez
ya ignoro los goces del sepulcro;
ya las cerradas colinas y las rojas
amapolas, y los ojos de María
me ciegan de amor.
Llueve a torrentes el olvido
sobre mi ser.»

«Vuelvo como viajero que retorna
de islas remotas, cien veces más bellas
que los paternos lares.

Y porque regreso, vengo
sumido en un goce que mece más suave
que las ondas azules.
Vuelvo a mis duros terrones
con amor prodigioso que todo lo enaltece,
y veo que ellos se alzan más deseables
que las islas maravillosas del otro lado del mar.»

«¡Cuánto a la vida vivifica el olvido!
Envuelto en su manto clemente,
siento que todo es posible para mí.
Brota otra vez límpida y hermosa
una esperanza interminable!»

Entre las yerbas, Marta y María yacían agotadas;
estremecidos los apóstoles, veían llorar a los judíos,
pero sólo el Nazareno comprendía
la voz de Lázaro...

«Muerte dulce, vida intensa, esposas mías!
Por vosotras dos se ha estremecido mi corazón;
pero al volver a tu lado,
oh! vida en juventud perenne,
arribo como llegaría el viudo
a quien le fuese dable gozar otra vez
de las ardientes caricias
de su primer amor desvanecido!»

LOS PÁJAROS ERRANTES

Era en las cenicientas postrimerías del otoño, en los solitarios archipiélagos del sur.

Yo estaba con los silenciosos pescadores que en el breve crepúsculo, elevan las velas remendadas y transparentes.

Trabajábamos callados, porque la tarde entraba en nosotros y en el agua entumecida.

Nubes de púrpura pasaban, como grandes peces, bajo la quilla de nuestro barco.

Nubes de púrpura volaban por encima de nuestras cabezas.

Y las velas turgentes de la balandra eran como las alas de un ave grande y tranquila que cruzara, sin ruido, el rojo crepúsculo.

Yo estaba con los taciturnos pescadores que vagan en la noche y velan el sueño de los mares.

En el lejano horizonte del sur, lila y brumoso, alguien distinguió una banda de pájaros.

Nosotros íbamos hacia ellos y ellos venían hacia nosotros.

Cuando comenzaron a cruzar sobre nuestros mástiles, oimos sus voces y vimos sus ojos brillantes que de paso nos echaban una breve mirada.

Rítmicamente volaban y volaban unos tras los otros, huyendo del invierno, hacia los mares y las tierras del norte.

La peregrinación interminable, lanzando sus breves y rudos cantos, cruzaba, en un arco sonoro, de uno a otro horizonte.

Insensiblemente, la noche que llegaba iba haciendo una sola cosa del mar y del cielo, de la balandra y de nosotros mismos.

Perdidos en la sombra, escuchábamos el canto de los invisibles pájaros errantes.

Ninguno de ellos veía ya a su compañero, ninguno de ellos distinguía cosa alguna en el aire negro y sin fondo.

Hojas a merced del viento, la noche los dispersaría.

Mas nó; la noche, que hace de todas las cosas una informe obscuridad, nada podía sobre ellos.

Los pájaros incansables volaban cantando, y si el vuelo los llevaba lejos, el canto los mantenía unidos.

Durante toda la fría y larga noche del otoño pasó la banda inagotable de las aves del mar.

En tanto, en la balandra, como pájaros extraviados, los corazones de los pescadores aleteaban de inquietud y de deseo.

Inconsciente, tembloroso, llevado por la fiebre y seguro de mi deber para con mis taciturnos compañeros, de pié sobre la borda, uní mi voz al coro de los pájaros errantes.

PALABRAS DEL RELATO DEL HERMANO ERRANTE

Amarás a Dios,
y huirás de imágenes de Dios.

No hay en el cielo cosa alguna,
las estrellas, el sol, la luna,
que puedan representarlo.

Y no hay en la tierra nada,
ni en el mar, ni en la montaña,
ni en la selva, ni en el alma humana.

Amarás a Dios,
sin encontrar jamás la justa oración;
sin poder balbucear una palabra
que sea luminosa de revelación.

Amarás a Dios,
y no tendrá un eco en tu corazón;
y no valdrá el fuego del éxtasis, en tu amor,
para penetrar la sombra de Dios.

Amarás a Dios,
y el desborde de tu gran pasión
te llevará a los hombres
y a los tiernos animales del Señor.

Amarás a Dios,
rogarás todo el curso de la vida
por verlo y por oirlo;
y morirás. Cuando no vean ya tus ojos,
cuando tus oidos ya no oigan,
volverás a Él; volverás a Dios.

Muerta tu alegría y tu dolor;
muertas tus ansias; muerto tu amor,
entrarás, ignorando, silencioso, en la sombra de Dios.

CARLOS R. MONDACA

Nació en 1881. Profesor durante cuatro lustros y actualmente Pro-Rector de la Universidad de Chile.

Poeta en quien la emoción intensa desborda en sus poemas, pero sin romper la forma impecable de su verso. La *Elegía,* escrita a raíz de la muerte de su madre, cuenta entre lo mejor que ha producido la poesía lírica en Chile. Leída en sesión memorable del Ateneo de Santiago, fué acogida con una emoción religiosa, conmovedora, que luego se convirtió en un homenaje de viva simpatía hacia el poeta.

Su labor literaria se reduce a dos hermosos libros líricos y a algunas obras de teatro escritas en compañía de Max Jara.

Obras: "Por los caminos". 1910.—"Recogimiento". 1921.

Referencias: Artículos de Omer Emeth («El Mercurio», Setiembre 1910; Marzo, 1921).—Artículos sobre "Por los caminos". Luis Cano («Diario Ilustrado», Octubre 1910); Rafael Maluenda («Diario Ilustrado», Octubre 1910); Emilio Rodríguez Mendoza («El Mercurio», Noviembre 1910); Claudio Rosales ("La Mañana", Junio 1913); Januario Espinoza ("Diario Ilustrado", 1910). "Los Nuevos", por Armando Donoso.—Artículo de Angel Cruchaga. ("Zig-Zag". Abril de 1921). - Misael Correa. ("Sucesos". Marzo 1921).—Hernan Díaz Arrieta. ("Zig-Zag").—"Selva Lírica".

EL RELOJ

Corazón del tiempo. Víctima que cuenta
sus penas, y tiene la voz de una gota,
monótona y fría, monótona y lenta;
vida que fluyera de una arteria rota...

Corazón-misterio. Como el alma nuestra,
como nuestra vida. Corazón-misterio...
Pupila, insondable, pálida y siniestra.
Claror de la luna sobre un cementerio...

Corazón-misterio. Golpea, resuena
sordamente, como la caja postrera
con la mano trémula, como la cadena
de un desesperado que se enloqueciera...

Latido, sollozo, queja de la hora.
Rabia de la ola que se yergue y muere.
Lamento de un río que la mar devora.
Puñal implacable que en el alma hiere.

Pájaro fatídico de rígidas alas.
Fantasma de brazos grotescos e inertes.
Sombría sibila que muda señala
todos los caminos que van a la muerte...

BESO

Semilla lejana! Semilla
de flores!
Blancura que brilla
con el fuego en que arden todos los fulgores!
Semilla de flores!

Semilla lejana! Caricia
lejana!
Gota que condensa toda la delicia.
Luz en que palpitan todas las mañanas.
Caricia lejana!

Ráfaga de un viento fecundo!
Ráfaga preñada!
Tu leve susurro, concreción de todas las voces del mundo!
Tu rumor, el Verbo que pobló la nada!
Ráfaga preñada!

Tu aliento, la brisa
de la primavera!
Tu ímpetu, la savia que en la flor se irisa:
blanco en las espumas, verde en la pradera:
¡Flor y primavera!

Llama eterna donde
todo arde, y de todo, nada se consume.
Flor en cuyo cáliz de fuego se esconde
la Vida!
Nube de perfume
donde tiemblan rayos de sol y de vida.

Nuestra vida pasa!
La gota
va a hundirse en el alma del sol que la abrasa.
Nuestra vida pasa.—La flor se deshoja,
pero el fruto queda como mancha roja
cuando en otra vida la flor se deshoja!

Gota de agua clara, tu beso:
mi boca lo espera!
Mi beso, la lluvia sobre la pradera;
tú, el místico huerto que la lluvia espera!

Sol de primavera!
tu beso en mis ojos!
Cuando tú te vayas, cuando yo me muera,
vivirá el poema de tus labios rojos,
seguirán viviendo nuestras primaveras,
viviendo en el alma de otros labios rojos!

Gérmenes de auroras
tu beso y mi beso!
se irán con las horas
tu vida y mi vida;
pero este amor nuestro verá detenida
la fuga del tiempo... Tu beso y mi beso
serán inmortales... porque son la vida!

Fuente de embriagueces,
tu boca,
¡oh Amada!
Cuando tú me beses,
sentirá la roca
que le nacen flores... Temblará la nada,
cuando en una llama tu boca y mi boca
se fundan ¡Amada!

Vivir lo infinito!
Ser nada y ser todo!
Sentir en el fondo de la entraña el grito
de la especie entera!
Ser la inmensa hoguera donde se fundiera
la estatua de lodo!...
Vivir lo infinito!... Ser nada y ser todo!...

LOS PIANOS VIEJOS

La canción melancólica de un piano,
por la calle silente y soñadora,
me ha salido al encuentro...
La canción melancólica de un piano.

Una música alegre que solloza;
dolor desesperado de la risa...
—Viene un clamor de multitud que goza,
pasa un rumor de fiestas en la brisa.—

Pienso... Hay una muchacha que suspira.
mientras toca en su piano envejecido,
una pobre muchacha que delira

por un viejo placer desconocido...
Oh! la tristeza negra de estas vidas
estancadas como aguas de laguna!
Oh! las sangrientas ansias escondidas
bajo una palidez como de luna!

*

Melancolía de los pianos viejos,
en que tocó la madre en un borroso
tiempo, que endulza todavía el dejo
del primer beso que le dió el esposo...

Piano meditabundo en el que canta
su adiós agónico una juventud;
y entre las dos bujías se levanta,
frío y lustroso, como un ataúd.

Sigue llorando, piano viejo! Llora...
Por la desesperanza de tu dueña;
por el dolor con que a la vida implora
su pobre corazón que ya no sueña.

JUVENTUD

La vi pasar por el camino,
como una blanca aparición.
Iba al encuentro del destino:
y se llevó mi corazón...

Era una virgen adorable;
resplandecía como el sol;
era terrible y era afable:
y se abrazó mi corazón.

Tuvo sonrisas en la fronda,
y con el agua se alegró.
Y me miró, callada y honda,
e iluminó mi corazón.

Por la ciudad ensangrentada,
ensangrentándose pasó.
Vi su alba clámide manchada:
y la lavó mi corazón.

La oí llorar entre la sombra,
sobre las zarzas del dolor:
y sobre el fango, como alfombra,
eché a sus pies mi corazón.

Desde el abismo, como un cirio
de amor y muerte, Venus vió
regar el ara del martirio
la sangre de mi corazón.

Cruzó por todos los caminos.
—lodo y azul, tiniebla y sol.—
Iba al encuentro del destino;
y se llevó mi corazón.

Y en un crepúsculo otoñal,
como un ensueño, se perdió...
.....
No la verá, ya nunca más,
mi corazón!

VISION

Ha surgido en las sombras de mi vida...
—Los tres Reyes también vieron la estrella
que he visto yo, la estrella prometida
para mi redención.—Yo creo en ella!
Yo creo en Ella!—Su pupila clara
tiene un beso de cielo que destella...
Qué lobregueces Ella no alumbrara
dentro mi corazón! Yo espero en Ella!

CANSANCIO

Quién pudiera dormirse como se duerme un niño,
sonreir entre sueños al sueño del dolor,
y soñar con amigos y soñar el cariño,
y hundirse poco a poco en un sueño mayor.

Y cruzar por la vida sonambulescamente,
los ojos muy abiertos sobre un mundo interior,
con los labios sellados, mudos eternamente,
atento sólo al ritmo del propio corazón...

Y pasar por la vida sin dejar una huella...
Ser el pobre arroyuelo que se evapora al sol...
Y perderse una noche como muere una estrella
que ardió millares de años, y que nadie la vió...

ELEGIA

A la santa memoria de mi madre,
muerta el 29 de junio de 1912.

I

Gracias, madre!

Por todos los dones de tu corazón;
por tu santa emoción;
y por la exaltación
y la pasión!

Por tu espíritu de fuego y de luz;
por tu amor de Jesús;
por tu ansia de la cruz;
y por la excelsitud
de tu virtud!

¡Gracias, madre!

Por la intensidad del vivir;
por la belleza de sufrir;
por el encanto de escuchar,
por el milagro de mirar
y la amargura de pensar!

Y por la angustia de querer,
y no alcanzar;
y por la gloria de caer, y levantar:
y de creer,
y de esperar!

II

Cristo te dijo: Sigue mi camino.
—Y fué la santa ley de tu destino.

Abrázate a la cruz de mis amores!
—Y te abrevaste en todos los dolores.

Tu vida fué más pura que una estrella:
Dios se miraba reflejado en ella.

Tu pensamiento era como una fuente
que manara de Cristo, eternamente.

Tu carne enrojeció bajo el cilicio;
y te vistió de blanco el sacrificio.

Te coronó de rosas el Señor;
y te ciñó de espinas el Amor.

III

Y ahora, Madre, en la infinita
noche de nieve que llegó,
tu corazón ya no me grita
sobre el abismo del terror.

Ya no se posan en mi frente
tus manos, que eran el perdón.
—El sol de Dios secó la fuente,
la fuente de mi redención.

Ya no me alumbran el camino
ni tu mirada ni tu voz.
Voy tropezando, ebrio del vino,
con que la vida me abrevó.

Ebrio del vino de la muerte
que, envenenando hasta el Amor,
me va arrastrando como inerte
por los caminos del dolor.

IV

En la lejanía más vaga
flota una dulce claridad.
Es una estrella que se apaga:
es un recuerdo que se va.

Es mi dolor ¡pobre de mí!
que no he podido eternizar!
—¡Limitación para sufrir,
y pequeñez para gozar!—

¿Es que no tienen mis arterias
el fuego de mi corazón?...
O son tan grandes mis miserias,
que no merezco tu dolor?...

Yo no sé, Madre, no sé nada!
Yo sólo sé que ya no estás;
que es infinita la jornada,
y que es inútil esperar.

Yo no sé nada. ¡No sé nada!
Muero en las sombras del vivir.
Tú, que «viviste», sombra amada,
ven a decirme qué es morir.

Ya no sé dónde está el camino.
Voy, aterrado de vivir,
buscando a tientas un destino
que no consigo definir.

Yo vivo, madre eternamente,
sobre el dolor del desamparo,
aquel minuto de la muerte,
cuando tus ojos se velaron.

¿Qué viste, madre, en el umbral?
¿Qué resplandor te deslumbró?
¿Qué inmenso arrullo maternal
entre la sombra te adurmió?...

¿En la frontera de su imperio,
te habló la muerte su verdad?
Dijo la Vida su misterio?
Se iluminó la Eternidad?...

¿O era la Nada? ¿Y tú la celas?
Háblame, madre, sin piedad!
Porque, si tú no la revelas,
¿quién me diría la Verdad?...

V

Te adoré, viva; muerta, te venero;
y si aún he de vivir, de tí lo espero.

Algo de Dios florece en tu memoria:
que tus huesos se alegren en su gloria.

Y tu espíritu, en goces eternales,
cante con las potencias celestiales.

Vencedora de los siete dragones,
las Virtudes te ciñen con sus dones.

Y sobre tu corona de azucenas,
ponen un resplandor de luna llena.

Pero en la soledad del cementerio
el gusano voraz tiene su imperio...

Y sobre tu cadáver se levanta.
¡Y lo engendró tu carne sacrosanta!

Y luego no será más que ceniza,
que ha de aventar un soplo de la brisa.

Y ya no te verán
estos ojos mortales, nunca más!...

Y cuando pienso, madre, cuando pienso
que no he de verte más, siento un inmenso

Deseo de escaparme de mí mismo,
ansias de ir a perderme en un abismo,

Y sólo con mi pena y mi recuerdo,
aullarte como un perro!...

CUANDO EL SEÑOR ME LLAME...

Cuando se fué del mundo mi madre, amigos fieles
me consolaron en los minutos más crueles.
Mi padre y yo velamos junto a su cabecera.
Y nuestro corazón era como la cera
del Cristo agonizante que recibió su adiós,
Y para que el recuerdo fuera inmortal, nevó...

Puede ser que yo viva, como ella, setenta años.
Mi Hijo habrá saboreado ya muchos desengaños.
Tal vez ya seré abuelo. Mi Mujer será vieja.
Su belleza pretérita, junto a su gracia añeja,

nos hará sonreir. Cuando nos traiga flores
la Nuera, leeremos esos versos de amores
que le escribí, sus cartas, que eran mi poesía,
e invadidos de una dulce melancolía,
nos miraremos mudos un largo rato, y luego
nos daremos las trémulas manos, como dos ciegos.

Una mañana clara de Abril—habrá llovido—
no me levantaré. Se acercarán sin ruido
las gentes de mi casa para observar si duermo,
y por sus ojos tristes sabré que estoy enfermo.
El temblor de sus lágrimas será la estrella que
me diga que es preciso partir y no volver;
y como para entonces estaré tan cansado,
no haré siquiera un gesto de espera. Resignado,
no pediré otra cosa que entreabran la ventana
para mirar el cielo; y hasta mi frente cana
descenderá piadosa y azul la caridad
de la mañana, a darme la postrer claridad.

Estaré con los ojos cerrados, como inerte,
saboreando la última tregua de la muerte.
De vez en vez, sus manos, santas y dolorosas,
mi Mujer pondrá en mí con suavidad de rosas.
Mi Hijo me mirará callada y largamente,
—los labios de su madre se han posado en mi frente—
y como teme que me turben sus sollozos,
se abrazará a mi Nuera.—Con sus ojos curiosos
—que lloran y no saben—pregunta el Nieto.
Cae
la tarde lentamente. Rumor de Otoño trae
la brisa, quejas de árboles, y la melancolía
de lejanas campanas vesperales. El día
se irá junto conmigo.

Ya estaré confesado:
y me habré despedido de todos mis pecados
con lágrimas, porque le dieron tal sabor
a la vida y al bien, tal virtud al amor,

que sin ellos, no hubiera sabido qué es vivir.
Me doleré de todos los dolores que dí,
de los sueños que nunca conseguí realizar,
y de los egoísmos de mi carne mortal...

Entre el clamor de las lágrimas silenciosas
poco a poco, iré viendo alejarse las cosas.
Entonces en el último resplandor de la vida,
daré a los que me amaron y amé, la despedida.
Y diré a mi Mujer:

¡Gracias, mi santa Compañera!
Por el amor que puse en ti,
por las heridas que te hiciera
y la alegría que te dí!

¡Y gracias, porque fuiste bella!
Cierro los ojos y te miro:
me deslumbras como una estrella
y me enterneces como un lirio!

Tendré mi carne perfumada
de amor, Amor, hasta en la nada·
estoy gozando en tu mirada
como una gloria anticipada.

Sola entre todas las mujeres,
fuiste la única en saber
la tristeza de mis placeres
y el goce de mi padecer.

La que llevé por el camino,
en el cáliz de mi pasión,
como la hostia del destino,
encerrada en mi corazón.

¡Gracias, mi santa compañera,
porque tuviste, espiritual,

las locuras de la quimera,
y una conciencia en la bondad!

Y sobre todo, gracias, madre,
por tu infinita majestad
de un hombre que, al decirme padre,
me haga vivir la eternidad!

Y luego diré al Hijo: «Sé magnánimo y fuerte!
vencedor de la vida y esposo de la muerte.
Y haz todas esas cosas, buenas, grandes y hermosas
con que yo soñé tanto, sin lograrlas hacer!»

Después, y ya en la última conciencia de la vida,
me encerraré en el fondo de mi alma adormecida.
Cerraré mis oídos para todo rumor
del mundo, y en mis ojos, que sellará el amor,
alboreará la aurora del Señor.
Y me iré
perdiendo en un ensueño crepuscular del que
nadie de entre los vivos me podrá despertar.
Me llamará la tierra con ansias maternales;
y como yo he querido, sobre todos mis males,
ser fiel hasta la muerte, ser obediente y bueno,
me dormiré por fin, como un niño en su seno.

DANIEL DE LA VEGA

Nació en 1892.

Es, en la nueva generación literaria, uno de los escritores más fecundos, fáciles y sentidos. Su palabra armoniosa reconoce acentos de sencillez y de emoción que harán perdurar sus poemas.

Ha obtenido un justiciero éxito en el teatro con su obra «El bordado inconcluso».

El cuento, la novela corta, la entrevista, el periodismo, le han valido clamorosos triunfos. Cuenta con su público, que siempre acogió con viva simpatía toda su producción.

Obras: «Al calor del terruño», 1912.—«La música que pasa», 1915. —«Claridad» 1917.—«Los momentos», 1918.—«Las montañas ardientes», 1919.—«Los Horizontes», 1922.

Referencias: Artículo de Eliodoro Astorquiza, («Zig-Zag», 1920).— Nota de Leo Par. («La Nación» 1918).—Artículos de Omer Emeth, («El Mercurio». 1912, 1915, 1918, 1922).—«Los Horizontes», por Hernán Diaz Arrieta («La Nación». 1922).—"Selva lírica".—Artículo de Eduardo Barrios («La Mañana». 1912).

OFRENDA A JESUS

Jesús Nazareno, tú que los querías.
tú que los buscabas, tú que defendías
las blancas mañanas de sus alegrías,
tú que a tus hermanos siempre les decías:

«Dejad a los niños que vengan a mí»...
toma este florido rayito de luna,
carne de mi carne, sin mancha ninguna,
candorosamente dormida en su cuna,
Jesús Nazareno, te la entrego a tí...

Te pido que nunca la dejes perdida
en las fragorosas aguas de la vida.
Está por tu propia sangre redimida.
¡Jesús Nazareno, te la doy dormida!
Su corazoncito también está así...
Su madre ha querido que te la dé plena.
Tómala así humilde, tómala así buena,
tómala, Maestro, por ella y por mí...

Su madre ha querido que te la dé plena.
Haz que sea dulce, haz que sea buena,
haz que sea un rayo de luna serena
sobre las angustias de nosotros dos...
yo quiero que sea su fe la más viva,
yo quiero que sepa mirar hacia arriba
con hambre de altura, de lumbre, de Dios...

Tómala, Maestro, tómala inocente,
quiero que te rece fervorosamente,
y que en las mareas de su vida ardiente
ame humildemente, ame dulcemente,
todas esas cosas que su padre amó...
Y tú, Jesús, déjale esas ilusiones,
esas alboradas, esas devociones,
esas alegrías, esas oraciones,
esas inquietudes que he perdido yo...

Señor Jesucristo, es mala la vida...
Señor Jesucristo, la fe está perdida,
la esperanza muerta, muerta la ilusión...
Tú, Jesús, apártala de nuestros abrojos,
y quema sus labios y alumbra sus ojos
con el evangelio de tu corazón...

Toma este florido rayito de luna;
es rosa de sangre, sin mancha ninguna;
Jesús Nazareno, tómala en la cuna;
ella me ha pedido que te la dé así...
Es luz de nosotros, es luz de mi vida.
Tómala, Maestro, ¡te la doy dormida!
Tómala, Maestro, ¡por ella y por mí!

ELLA

Hombre que vienes mostrando tus bríos
en un millón de violentas hazañas,
enderezando su curso a los ríos
y abriendo el vientre de oscuras montañas;

hombre que vienes surgiendo altanero
de una edad toda erizada de guerras,
con el dolor de sentirte extranjero
en todos los mares y en todas las tierras;

hombre que vienes saliendo de aquellas
toscas y enormes cavernas calladas,
al resplandor de las mismas estrellas
que te alumbraron las negras jornadas;

hombre que vienes alzándote apenas
del bosque azul de las mitologías,
y que escuchaste cantar las sirenas
y viste centauros en tus correrías;

hombre que junto a tu yunque sonoro,
entre el fragor de tus días veloces,
le arrebataste a la tierra el tesoro
para ponerlo a los pies de tus dioses;

hombre del mundo, que nada te arredra,
que levantaste del polvo terreno
esos inmensos poemas de piedra
y este deseo inmortal de ser bueno;

hoy frente a estas ciudades alzadas
con el tesón de tus brazos nervudos,
entre las locas riquezas logradas
ves a tus pobres hermanos desnudos.

Cuando creías la lucha acabada
ves levantarse el más negro episodio,
y has de emprender una nueva jornada
entre la sangre y el fuego y el odio.

Son tus hermanos y te mueven guerra;
están por el oro y el mando beodos;
te han arrancado tu trozo de tierra
y sus espigas no son para todos...

A muerte es la guerra. Tu mano vibrante
no puede confiar en ajenos socorros;
si ahora no logras pasar adelante
mañana tendrán que caer tus cachorros...

Solo te sientes en esta emboscada;
ajena la tierra, los cielos vacíos;
y ya contempla venir tu mirada
todo un torrente de días sombríos.

Solo a las puertas de un nuevo suplicio,
y este de nada podrá dejar rastros:
hundidos los pies en el hambre y el vicio
y tu cabello se enreda en los astros...

Solo ante el torvo perfil de la vida
en este rojo momento del mundo;
está en tu mano la tea encendida
y te rodea un silencio profundo.

La guerra es a muerte. Confía en tu estrella.
Pero en la lucha que ya ha comenzado,
alguien no quiere dejarte... ¡y es ella!
¡la que jamás se apartó de tu lado!

La que te mira con ojos tan hondos,
la que te ayuda en días sombríos,
y la que lleva en sus pechos redondos
la leche santa que maman tus crios.

Ella en la altura tus sueños mantiene;
y es tu rosal, tu camino y tu estrella,
y desde el fondo del tiempo ella viene,
linda y callada, siguiendo tu huella...

Ella en los ásperos días ponía
fuego en tu oscura guarida salvaje,
y en las mañanas de sol te seguía
su voz ardiente al traves del boscaje.

Reina y esclava, siguió tu destino;
por ella la ruta te supo más bella;
si vuelves ahora a mirar el camino
verás confundidas tu huella y la de ella...

Contigo en la dura caverna sonora;
contigo en la guerra y contigo en el arte;
mil vientos contrarios te asaltan ahora
¡y ahora tampoco ella quiere dejarte!

Cómo no quieres que tu alma mendiga
siempre ternura en su pecho no encuentre,
cómo no quieres que ame y te siga
¡si ella ha sabido llevarte en el vientre!

Porque eres su carne, porque eres su vida,
hoy que te ve envuelto entre cien huracanes,
en este episodio brutal de tu vida
¡ella reclama su parte de afanes!

Quiere ser libre, forjar su futuro;
sus hombros de nieve no eluden la carga;
y pide en el día más negro y más duro
apurar contigo tu pócima amarga.

No pidió derechos en los claros días
cuando libremente volaba el encanto
de los madrigales y las hidalguías,
¡los reclama ahora que hay trabajo y llanto!

Ahora que todas las manos son pocas
para alzar las nuevas y ardientes banderas,
ahora que tiemblan dudando las rocas
y los hombres luchan como las panteras.

Es gesto de madre su gesto de ahora,
ademán sangriento y arranque bravío,
es fiera que salta atropelladora
porque ve el peligro que corre su crío!

Rompe sus cadenas que son criminales,
álzala a tu lado que es tu compañera;
y cuando se miren de iguales a iguales
¡será lo más grande de tu vida entera!

Súbela a tu lado, pásale tu arado,
y vencerán juntos a la suerte terca;
pues cuando consigas sentirla a tu lado
¡se parará el sol a mirarte de cerca!

Dios allá en el alba de la edad primera,
dice en sus versículos la Santa Escritura,
desde el paraíso donde los pusiera
los arrojó juntos a la tierra oscura.

Y juntos bajaron. Pero ya mañana
a tus pies el cielo caerá sumiso;
y si unes tu mano con su mano hermana

morderás, si quieres, la misma manzana
en la misma tierra de ese paraíso.

LA PUERTA

Mi puerta estará siempre hermética y sombría.
Mi puerta antigua, llena de viejos aldabones,
es áspera y hostil, y nadie creería
que detrás de ella arden ternuras y canciones.

Ante ella duermen, duras, tres gradas de ladrillos,
que arrancan de la tierra hacia mi soledad;
por ellas sube el sol de mis días sencillos,
y golpea la puerta con celeste humildad.

Hasta mi puerta, un día nublado y pensativo,
dos manos de mujer vinieron a golpear,
y las hojas se abrieron con ese arranque altivo
con que se abren las alas cuando van a volar...

Los piecesitos breves escalaron las gradas,
cruzaron el umbral con dulce y leve andar,
y las hojas cerráronse, rotundas y calladas,
así como dos ojos que no quieren mirar.

Alguien creyó sentir cadencia de alegría,
tenue rumor de beso y silencio de amor;
pero la vieja puerta, egoísta, escondía
porfiadamente hasta el más leve rumor.

Lentamente camino. En el inquieto arcano
de cada día, viene el futuro a golpear;
yo le digo sonriendo: ¡Todavía es temprano!
¡tienen un mismo ritmo la vida y el cantar!

Y llegará la muerte a mi puerta sombría;
entrará, y en silencio me estrechará la mano;
me llamará el futuro con llamado de hermano:
—Poeta, hoy te espero, que es el último día!
Y yo, como poeta, le diré en la agonía:
¡Todavía es temprano! ¡todavía es temprano!

LAS PALABRAS

Las palabras humildes son armoniosos vuelos
de pájaros celestes que no han venido al mundo.
Cada una posee un sentido profundo.
Hablar con sencillez es un don de los cielos.

Tienen un resplandor inmortal. Es preciso
saber amar las buenas palabras transparentes.
Yo las amo. Conozco sus perfiles ardientes.
Cada palabra tiene su oculto paraíso.

Son arcas de milagro. Nuestros grandes anhelos
se dicen con palabras claras. La poesía
de verdad, amanece más diáfana que el día.
Hablar con sencillez es un don de los cielos.

CUANDO TU LLEGUES

I

Señor, aqui me tienes esperándote,
fervoroso y desnudo,
con mi pequeña lámpara encendida
a los pies del futuro.

No sé por que camino viene el himno
de tu perfil augusto,
pero siento el rumor de tu sandalia
en mi corazón mudo.

No sé por que horizonte tu silueta
ha de asomarse al mundo,
pero este año las rosas nacen vueltas
hacia el oriente rubio...

Cuando tu llegues besaré la tierra
en señal de saludo,
y apagaré mi lámpara, ya inútil
en tu día profundo.

Cuando tu llegues me darán las cosas
sus sentidos ocultos,
y mi vida será tan dulce como
la luna en el crepúsculo.

Cuando tu llegues abriré mis puertas
para que entre el júbilo
del viento, y para ver los nuevos signos
de los cielos nocturnos.

Porque se poblarán de estrellas nuevas
los cielos del futuro,
cuando bajo los pechos de los hombres
se callen los orgullos.

Y en nuestros ojos quedarán tan solo
rencores moribundos,
deshaciéndose en lágrimas, fragantes
como de un llanto tuyo.

Cuando tu llegues guardaré silencio,
y asi mis versos últimos
quedarán convertidos en alegres
pájaros errabundos...

Repetiré tu nombre día a día
bajo mi techo oscuro,
para que mi vivienda quede llena
de su claro murmullo.

Hacia ti tenderé mi pensamiento,
minuto tras minuto,
para que quede azul, y como enfermo
de un largo plenilunio.
Y cuando llegues besaré la tierra
en señal de saludo.

II

Es posible que tu mañana llegues,
¡Oh, Sembrador de rosas!,
y las puertas se cierren a tu paso
y nadie te conozca.

Y caiga el resplandor de tus palabras
sobre las almas sórdidas,
desorientadas, y sin manos para
recibir tu limosna.

Es posible que tu les digas: «¡Hijos,
os traigo a vuestras chozas,
pan de belleza y agua de alegría»...
y los hombres no te oigan.

Y te vuelvan las caras, y te nieguen,
y sus vidas anónimas
se queden agrupadas como bestias
coléricas y sordas.

Y en cambio los guijarros que acaricien
tus manos soñadoras,
quedaran convertidos para siempre
en ardientes alondras.

Santificadas quedarán las yerbas
que roces con tus ropas,
y no habrá fuego que devore el manso
árbol que te dé sombra.

Y el mar, para copiarte la silueta,
se aquietará en la costa,
y al leve peso de tu voz de seda
se partirán las rocas.

Para alumbrar tu paso, a media noche,
brillará el alba loca,
y las estrellas, antes del crepúsculo,
se asomarán curiosas.

Y entonces, estos hombres de la tierra
han de dudar a solas,
y han de sentir crecer un miedo oscuro
sobre sus almas sórdidas.

Y de rodillas caerán, Maestro,
a tus plantas radiosas,
y besaran el polvo, suplicándote
un asiento en tu gloria.

Señor, mas que el amor los mueve el miedo,
mas que la luz la sombra.
Perdónales que no saben lo que hacen,
¡oh, Sembrador de rosas!
Al leve peso de tu voz de seda,
se partirán las rocas.

LA ORACION DEL ALBA

Que todas las mañanas digamos unas cuantas palabras de emoción, de paz y de alegría,

dedicadas al sol, a la tierra, a las plantas,
al corazón y al día.

Y al conjuro de nuestras palabras quedaremos
limpios y transparentes para entrar a vivir,
y sentir como llegan los instantes supremos
desde las lejanías anchas del porvenir.

Y en todo lo que toquen estas trabajadoras
manos, nuestras palabras leves y embriagadoras,
irán poniendo un poco de su perfume ardiente,
tal como unas magnolias que al paso de las horas
se fueran deshojando lentamente...

EL PEQUEÑO UNIVERSO

¿Viajar? ¿Y, para qué? El que anhela viajar
nunca verá la tierra, ni los cielos, ni el mar.
Será un ciego mendigo de verdad. Su mirada
pasará por las cosas sin saber nunca nada.

Yo sé que entre las cuatro paredes de mi huerto
tengo encerradas todas las verdades del mundo:
el pasado brumoso y el porvenir incierto.
Mi huerto es un pequeño universo profundo.

Yo siento las más altas leyes del universo
en la hoja que cae y en el agua que juega.
La santa vida todas sus verdades me entrega,
y yo no le doy nada más que mi pobre verso...

Ni la gloria, ni el oro, ni la carne, ni el mundo...
Mi huerto es un pequeño universo profundo.

FRENTE AL SOL

Poderosa mañana de primavera. El viento
lo llena todo de inquietud,
y yo siento que este momento
es como una explosión de juventud.

El fuerte sol, apenas
acaba de salir,
y todas las montañas están llenas
de un resplandor de porvenir.

Mi hijo, esta pequeña creatura,
toda emoción y risa, me acompaña.
Siento mi corazón lleno de altura
así como si fuera una montaña.

Aquí tienes, Señor, este pequeño
botón de rosa de la vida mía;
es más frágil que un sueño
y más humilde que mi poesía.

Si no te pedí nunca, Señor, rosas terrenas,
las que a mí me tocaban, déjaselas a él;
si miel yo puse en todas las tristezas agenas,
tu, Señor, dale de esa misma miel.

Y si siempre mis manos estuvieron abiertas
para dar como para acariciar,
haz que se abran todas las puertas
a donde él llegue a golpear.

Señor, que las estrellas que yo tanto he amado,
acompañen su corazón de peregrino,
y que todas las rosas que en mi vida he sembrado
le alfombren el camino.

Y que todos los versos que he hecho,
y que todos los sueños que he tenido,
vuelen alrededor de su pecho,
cuando el esté dormido.

Sobre la tierra fresca, la mañana deslíe
su luz. Del campo viene como un rumor de mar.
El niño, que me mira dulcemente, sonríe...
Yo me entrego a soñar...

¿El timón de que barco batallador y ardiente
su mano franca guiará?
¿Y hacia qué esplendoroso y santísimo Oriente
su proa firme enfrentará?

¿Que agua clara de río
apagará su sed?
¿Que alto camino de esperanzas lo arrancará del lado mío?
¿Que brazada de rosas lo embrujará en su red?

¿Qué belleza florida
nacerá en su alma loca?
¿Que verso trasparente le embrujará la vida?
¿Que nombre de mujer le endulzará la boca?

¿Y en que noche profunda será la luna llena
cómplice de su ensueño más oculto y amado?
¿Y que primera duda, nacida en tierra ajena,
crecerá en su cercado?

¿Que zarzales oscuros herirán sus sencillas
horas? ¡Yo necesito conocerlos, Señor,
para ir quemando una a una sus semillas,
con fuegos que al infierno irá a buscar mi amor!

¿Que espina de rosal romperá sus felices
ambiciones? ¡Señor, si tu voz encendida
no me la nombra, iré rompiendo las raíces
de todos los rosales de la vida!

Y si acaso hay un hombre que pueda herir su fuerte
vida que de mi vida floreció,
si acaso existe ese hombre, Señor, dale la muerte,
si nó, se la doy yo!

Le mataré sonriendo, casi con un espasmo
de placer... no me importa que la gente se asombre.
Sólo a ti he de gritarte con inmenso entusiasmo:
—¡Señor, he muerto a un hombre!... ¡Señor, he muerto a un hombre!...

Y aquí me tienes. Pura la voz, altas y claras
las miradas, serena y azul el alma mía.
Pero antes de juzgarme, óyeme todavía...
Si en este mismo instante, tú le resucitaras,
de nuevo, como fiera, Señor, le mataría...

Y aunque todos comprendan la belleza que encierra
este radiante y santo crimen de mi cariño,
yo, Señor, en silencio me marcho de la tierra,
y aquí te dejo el niño...

MAX JARA

Una vida solitaria, alejada de toda espectación banal, y una obra noble, pura hasta la más digna de las reservas. Ajeno a toda capilla literaria, ha escrito sus libros en las horas hondas de sus emociones íntimas. Cuando hayan pasado los años, aventando la ceniza de muchas obras que en la hora actual se disputan los clamores del éxito, las estrofas de este poeta seguirán siendo leídas, leídas siempre.

Obras: "Juventud", 1909. — "¿Poesía...?" 1914. — "Asonantes", 1922.

Referencias: *Juventud*, por Félix Nieto del Río ("Crónicas literarias"). —"Ideas y figuras". de Buenos Aires: artículo de Ruy de Lugo Viña y selección de sus poesías.—Artículo de Omer Emeth, "El Mercurio", 1909.—"Asonantes", por Hernán Díaz Arrieta ("La Nación"), 1922.—"Juventud", por Nicolás Ejoff, 1910.

EL AGUA

Y semeja la fuente
muchacha que gorjea.
Lleva un beso de luz sobre la frente;
y el beso de su labio mata y crea.

Sangre de abajo, lágrima de arriba,
desata tu puñado de gorjeos;
tú, que vas fugitiva
fingiendo sucesiones de aleteos.

Preludia tu canción de Primavera
al beso de las ávidas raíces:
el gran misterio te llamó su obrera
¡oh, tú, la madre de los días grises!
El gran misterio ha hecho
de cada copo de tu espuma un labio
y cada copo nos evoca un nido.
En ti beberá el sabio.
Resbala cual sonrisa cristalina,
sobre esa joya rústica, el guijarro
Tras tus bodas de luces con el cielo
celebra tu connubio con el barro.
Alégrate en la selva polvorienta
desgárrate la entraña en la cascada,
promesa de vergel y de tormenta,
¡Oh gran serpiente alada!
El verso de tu espuma
tiene estremecimientos de capullo;
el verso de tu bruma
es la condensación de un gran arrullo.
Bate el ala invisible de tu verso
como un sollozo alado que se aleja
del lago, que es pupila que se queja,
hacia otra gran pupila: el cielo terso.
Desata tu puñado de gorjeos
esencia de la vida; tú eres llama.
Tú hálito tiene ardores de deseo:
apresúrate y ven; la tierra te ama.
Preludia tu canción, madre del hielo,
por sobre el agrio torso de las sierras.
La luz es la sonrisa de los cielos
y tú eres la sonrisa de la tierra.
Apresúrate y ven, sangre de abajo.
La arista del cristal de tus entrañas
que desgarra la roca, hace los tajos
que borran las montañas.
Sacude el ala ¡oh noble!
Sobre la tierra y con la tierra vuela

tu desmayo otoñal, savia de roble.
Sacude el ala ¡oh santa!
el ala temblorosa
por la nostalgia del azul y vuela.
Cuando la besa el sol que se levanta
tu nube es como el vientre de una esposa.

¿POESIA...?

Desnudo fué mi pensamiemto:
Lo ví adorable y sin defensa;
de su belleza me lamento,
su desnudez me da vergüenza.

En su virtud, que a muchos mueve,
—lo que me trae confundido—;
agua que nace de la nieve,
toda la vida se me ha ido.

Siento aún en mí la voz que canta,
pero en su magia ya no creo:
tanta virtud y gracia tanta
sólo existieron en deseo.

La tarde de mi desaliento
sintió pasar una mujer
cuyo fragante pensamiento
fué voluntad dentro mi ser.

Ayer murió: banal historia;
hoy su agonía en mí la miro,
por la orfandad de su memoria
sin flor, sin beso, sin suspiro.

Matar quisiera su recuerdo
y este deseo me hace daño;
joven me sé; viejo me pierdo
en la emoción de los veinte años.

Rompió ese duelo mi armonía;
tal vez su vuelta en vano espere,
y habiendo sed de poesía
la poesía en mi se muere...
....

La tarde de mi desaliento
recuerda aún a la mujer;
de su fragante pensamiento
ansioso estoy de florecer.

ADOLESCENCIA

Mi espíritu está herido de pasión peregrina.
Comparable sería a la lírica encina:
perennemente verde en las nubes culmina,
y detrás de las nubes un pájaro azul trina.

Tras una melodía de mujer va el gorjeo.
Un ritmo de verdad viste su balbuceo.
En su ingenua emoción me reconozco y veo
tembloroso de fe y triste de deseo.

Porque es del mal de amores la suprema elegancia
volvernos al asombro risueño de la infancia:
pone en todas las cosas un sabor y fragancia
y en hombres y mujeres el desmayo de un ansia.

El poeta comprende que su mal es divino.
Bástale la conciencia de su propio destino.
El cristal de lo bello es amargo y salino.
El amor del poeta es la flor del espino.

(Arbol gris y reseco de corazón sangriento
su contacto es punzante, su parecer violento:
pero florece, y cuando florido pasa el viento
nos llega su perfume al mismo pensamiento).

Por la dicha virtud, aunque a su afecto ajeno,
sé que sin parecerlo su primavera lleno:
y el agua sabe a vino y el negro pan es bueno
si me lləga consigo, en el ritmo del seno.

Ausente estoy de mí mismo
Esperando a la que viene.
A medida que se acerca
todo mi valor se muere;
y la deseo distante
para que no me avergüence
este dolor de saberla
a mi lado y siempre ausente.

Habré de seguir ajeno
a la senda de su vida!
En mí se posan sus ojos
sin conciencia de que miran.
La primavera en su cuerpo
está muriendo dormida.
Habrá de pasar extraña
por la fiesta de la vida!

Aunque tú ya estés dormida
mis ansias siguen despiertas;
están cual niñas pequeñas
en actitud de vergüenza

ante el ritmo de los senos
y la seda de las trenzas;
y suavemente te buscan
y dulcemente se quejan
por el olor de tu cuerpo
por el sabor de tu lengua.

De algún hilo de agua azul
entre las yerbas dormido
una mano de mujer
varió el curso y turbió el ritmo.
¿Y las yerbas florecidas
de los humildes destinos
que en él bebían la vida?...
...Hubo un hilo de agua azul
entre las yerbas dormido...

Escucho mi pensamiento:
se va arrastrando disforme
un río de aguas amargas
a lo largo de la noche.
Las aguas lamen lascivas
un cuerpo de mujer joven:
va desnuda sobre el agua;
desnuda y no lo conoce.
Sobre el río de la muerte
pesa el silencio en la noche,
y sobre el cuerpo se hieren
las miradas de dos hombres.

Ni los ojos que la siguen,
ni el deseo que la acecha,
ni el afecto que la goza
vivirán en su belleza,
como estos ojos, señora,
que te miran y te piensan
como una rosa vestida,
desnuda cual una estrella.

Refugio de los vencidos
alameda del silencio,
cuán hostil y fria yergues
tu perspectiva de invierno:
sobre la tierra escarchada,
bajo las nubes, de negro,
¡a dónde conducirás
alameda del silencio!

TONADA SIN GRACIA

Tonada sin gracia
de la enamorada,
que no llegue nunca
la hora cansada
en que por sabida
ya no dices nada.

Una vez primera,
bien o mal cantada,
con tal embeleso
seguí la tonada
que mi voluntad
quedó destemplada.

Después, la envidiara
en boca rosada,
mas porque no digan
que me está vedada,
la emoción escondo
cual cosa robada;
y también su poco
porque la tonada,
guardando el secreto,
es mejor gozada.

Y disimulando
la sed no saciada,
hoy, que la canción
no me es dedicada,
repito con muchos
que no vale nada,
y por desabrida
o desvergonzada;
cuando es la verdad,
sabida y callada,
que nunca como hoy
fue mejor cantada.

Talvez no era culpa
de la enamorada:
siempre me la dijo
tan desafinada...

AUNQUE ESTAS PALABRAS...

Aunque estas palabras
no tengan sentido,
no traducen otras
mi mal escondido;
y aun presintiendo
que sólo son ruido,
si yo las callase,
no habría vivido.

Nunca conocerla
me fué permitido.
Reía, reía,
su voz en mi oído.
La busqué en el mundo;
en él me he perdido.

Un mal pensamiento
me trae vencido:
¿Mis días pasaron
despierto o dormido?

Quizás a su lado
crucé inadvertido;
ilusión, talvez
jamás ha existido.
O bien, es la misma
que murió en olvido;
y voy, obediente,
a ella, dormido...

Pero... estas palabras
no tienen sentido...

ESPIGA MORENA...

Espiga morena
que el viento desgrana,
entre las mujeres
tuviste una hermana.

En formas de niña
te supe escondido,
aroma de carne
del trébol florido

Abeja dorada
con oros de flores,
pasó por mi vida
en juegos de amores.

Agil hormiguita
que hallo en mi sendero,
sigue tu camino,
torcerte no quiero.

Nieve de las cimas,
canas me cubrieron.
¡Quién fuera la tierra
donde la pusieron...

OJITOS DE PENA...

Ojitos de pena,
carita de luna,
lloraba la niña
sin causa ninguna.

La madre cantaba,
meciendo la cuna:
« No llore sin pena,
« carita de luna».

Ojitos de pena,
carita de luna,
ya niña lloraba
amor sin fortuna.

—«¡Qué llanto de niña!
« sin causa ninguna»,
pensaba la madre
como ante la cuna;
—«¡Qué sabe de pena,
« carita de luna!».

Ojitos de pena,
carita de luna,
ya es madre la niña
que amó sin fortuna;
y al hijo consuela
meciendo la cuna:

—«No llore, mi niño,
« sin causa ninguna;
« no ve que me apena,
« carita de luna».

Ojitos de pena,
carita de luna,
abuela es la niña
que lloró en la cuna.
Muriéndose, llora
su muerte importuna.
—«¿Por qué llora, abuela,
—« sin causa ninguna?

Llorando las propias,
¿quién vió las ajenas?
Mas todas son penas,
carita de luna.

CANCION

Libres de rencor y olvido
te ven hoy, para mi daño,
estos ojos desteñidos,
del color del desengaño.

Los mismos que ayer cegaran
admirando tus veinte años;

noche el pelo, sol la cara,
y para mí desengaño.

No porque seas ajena
me mires como a un extraño;
sonriendo me quejo apenas
de mi propio desengaño.

La risa de tu deseo
es lo que más me hace daño.
Viéndote como te veo
conocí mi desengaño.

CLAVEL Y ROSA

Leche el clavel, sangre la rosa
suelen un día amanecer.
Semejan esposo y esposa,
porque el destino es florecer.

Breve la vida de la rosa
como la llama, suele ser.
La mata el viento que la goza;
la rosa es casi una mujer.

Fugaz como ella y olorosa,
la nieve viva del clavel,
—lo sabe bien la mariposa—,
muere de pólen y de miel.

Si la muerte fuese gozosa
la del clavel tendrá que ser.
¿Y habrá una suerte más hermosa
que nacer rosa y florecer?

AGUA VIVA

No me canso de admirar
la fuga del agua viva.
Con ella va mi fortuna
por la noche sin orillas.

El agua mintiendo plata,
El aire fingiendo risa...
Promesas que no se cumplen...
¿Dónde está la vida mía?

Cantando va cada gota
ilusión y maravilla.
¿Qué será de mí mañana?,
yerbas bravas de la orilla.

Sobre las arenas ásperas,
entre las rocas pulidas,
muriendo va cada gota
sin conocer la fatiga,

ni remanso en que se goce
cuerpo de mujer nacida,
donde al roce milagroso
queden las aguas dormidas.

GABRIELA MISTRAL

Nació en Vicuña, en 1889.

En 1923 publicó su primer libro este poeta único que, sin embargo, gozaba de la unánime consagración americana. Rubén Darío y Amado Nervo, para no citar a Guillermo Valencia y a González Martínez, anticiparon sobre su obra palabras que valen por el más autorizado de los juicios.

He aquí la voz más alta y pura de la lírica chilena y he aquí también a un escritor en quien la popularidad nada ha restado a la digna transparencia de su verso.

Vida modesta y retraída fué siempre la de Gabriela Mistral, consagrada por entero a sus labores de maestra primero, y de directora de los liceos de niñas de Punta Arenas, de Temuco y de Santiago más tarde. Solicitada por el gobierno de Mejico, en dignísima misión cultural y educativa, se ausentó para aquel país, que en la literatura y en los problemas sociales ha marcado una dirección nueva, donde ha recibido un homenaje que sólo se prodigó antes Rubén Darío.

Obras: «Desolación», Nueva York, 1923.—«Desolación», Santiago de Chile, 1923. (Esta última edición está muy aumentada).

Referencias: Gabriela Mistral, por Antonio Castro Leal («El Mercurio» de Junio de 1922).—Artículo de Ernesto Montenegro, en Cuba contemporánea (Habana, 1922).—Estudio de Armando Donoso, en «La Nación», de Buenos Aires (Mayo de 1923).—*Desolación,* por Hernán Díaz Arrieta, («La Nación» de Santiago, 3 de Junio, de 1923).—Número del «Repertorio Americano», con una interesante entrevista 1923.—Ante el libro de Gabriela Mistral, por Eduardo Barrios, «El Mercurio», Julio 1923.—De J. Torrendell, en «Atlántida», de Buenos Aires, 1923.—Artículo de Iris (Inés Echeverría de Larraín) en «La Nación», de Santiago, 1922.—«Revue de l'Amerique latine», Diciembre de 1922.—*Al pueblo de Méjico,* por Pedro

Prado.—(«Desolación», Santiago, 1923).—Artículo de Carlos Pereyra. «Revista Chilena», 1920.—Artículo de Diez Canedo, «España», 1921.—«On the Tip of Fame in Latin America, por Ernesto Montenegro. (The New York Times Bock Review, Febrero, 1923)—El libro de Gabriela Mistral, por Roberto Meza Fuentes, («El Sur», Agosto 1923.—«Desolación», por F. García Oldini, ("Claridad", 1923).

AMO AMOR

Anda libre en el surco, bate el ala en el viento,
late vivo en el sol y se prende al pinar.
No te vale olvidarlo como al mal pensamiento:
¡le tendrás que escuchar!

Habla lengua de bronce y habla lengua de ave,
ruegos tímidos, imperativos de mar.
No te vale ponerle gesto audaz, ceño grave:
¡lo tendrás que hospedar!

Gasta trazas de dueño; no le ablandan excusas.
Rasga vasos de flor, hiende el hondo glaciar.
No te vale el decirle que albergarlo rehusas:
¡lo tendrás que hospedar!

Tiene argucias sutiles en la réplica fina,
argumentos de sabios, pero en voz de mujer.
Ciencia humana te salva, menos ciencia divina:
¡le tendrás que creer!

Te echa venda de lino; tú la venda toleras.
Te ofrece el brazo cálido, no le sabes huir.
Echa a andar, tú le sigues hechizada aunque vieras
¡que eso pára en morir!

NOCTURNO

Padre Nuestro que estás en los cielos,
¡por qué te has olvidado de mí!
Te acordaste del fruto en Febrero,
al llagarse su pulpa rubí.
¡Llevo abierto también mi costado,
y no quieres mirar hacia mí!

Te acordaste del negro racimo,
y lo diste al lagar carmesí;
y aventaste las hojas del álamo,
con tu aliento, en el aire sutil.
¡Y en el ancho lagar de la muerte
aun no quieres mi pecho oprimir!

Caminando vi abrir las violetas;
el falerno del viento bebí,
y he bajado, amarillos, mis párpados,
por no ver más Enero ni Abril.
Y he apretado la boca, anegada
de la estrofa que no he de exprimir
¡Has herido la nube de Otoño
y no quieres volverte hacia mí!

Me vendió el que besó mi mejilla;
me negó por la túnica ruin.
Yo en mis versos el rostro con sangre,
como Tú sobre el paño, le di,
y en mi noche del Huerto, me han sido
Juan cobarde y el Angel hostil.

Ha venido el cansancio infinito
a clavarse en mis ojos, al fin:

el cansancio del día que muere
y el del alba que debe venir;
¡el cansancio del cielo de estaño
y el cansancio del cielo de añil!

Ahora suelto la mártir sandalia
y las trenzas pidiendo dormir.
Y perdida en la noche, levanto
el clamor aprendido de Ti:
¡Padre Nuestro que estás eu los cielos,
por qué te has olvidado de mí!

EL ANGEL GUARDIAN

I

Es verdad, no es cuento.
Hay un Angel Guardián
que ve tu acción y ve tu pensamiento,
que con los niños va doquiera van.

Tiene cabellos suaves
de seda desflocada,
ojos dulces y graves
que dan la paz con sólo la mirada.
¡Ojos de alucinante claridad!
(¡No es un cuento, es verdad!)

Tiene una mano hermosa
para proteger hecha.
En actitud de defender piadosa
y levantada, acecha.
¡Mano grácil de suma idealidad!
(No es un cuento, es verdad.)

Tiene pie vaporoso.
El aura hace más ruido
que su andar armonioso.
Va sobre el suelo, pero no a él unido.
¡Andar de misteriosa vaguedad!
(No es un cuento, es verdad.)

Bajo su ala de seda,
bajo de su ala azul, curva y rizada,
todo su cuerpo cuando duermes queda
y aspira una tibieza perfumada.
¡Ala que es como un gesto de bondad!
(No es un cuento, es verdad.)

II

Hace más dulce la pulpa madura
que entre tus labios golosos estrujas;
rompe a la nuez su tenaz envoltura
y es quien te libra de gnomos y brujas.

Gentil, te ayuda a que cortes las rosas;
vuelve más pura la linfa en que bebes;
te dice el modo de obrar de las cosas:
las que tú atraigas y las que repruebes.

Llora si acaso los nidos despojas,
y si la testa del lirio mutilas,
y si la frase brutal que sonroja
su acre veneno en tu boca destila.

Y aunque ese lazo que a ti le ha ligado
al de la carne y el alma semeja,
cuando su estigma te pone el pecado,
presa de horror y llorando se aleja...

Es verdad, no es un cuento.
Hay un Angel Guardián
que ve tu acción y ve tu pensamiento,
que con los niños va doquiera van!

VIERNES SANTO

El sol de Abril aun es ardiente y bueno
y el surco, de la espera, resplandece;
pero hoy no llenes l'ansia de su seno,
porque Jesús padece.

No remuevas la tierra. Deja, mansa,
la mano en el arado; echa las mieses
cuando ya nos devuelvan la esperanza
que aun Jesús padece.

Ya sudó sangre bajo los olivos,
y oyó al que amó que lo negó tres veces.
Mas, rebelde de amor, tiene aún latidos,
¡aun padece!

Porque tú, labrador, siembras odiando,
y yo tengo rencor cuando anochece,
y un niño hoy va como un hombre llorando,
Jesús padece.

Está sobre el madero todavía
y sed tremenda el labio le estremece.
¡Odio mi pan, mi estrofa y mi alegría,
porque Jesús padece!

RUTH

I

Ruth moabita a espigar va a las eras,
aunque no tiene ni un campo mezquino.
Piensa que es Dios dueño de las praderas
y que ella espiga en un predio divino.

El sol caldeo su espalda acuchilla,
baña terrible su dorso inclinado;
arde de fiebre su leve mejilla,
y la fatiga le rinde el costado.

Booz se ha sentado en la parva abundosa.
El trigal es una onda infinita,
desde la sierra hasta donde él reposa,

que la abundancia ha cegado el camino...
Y en la onda de oro la Ruth moabita
viene, espigando, a encontrar su destino!

II

Booz miró a Ruth, y a los recolectores
dijo: «Dejad que recoja confiada...»
Y sonrieron los espigadores,
viendo del viejo la absorta mirada...

Eran sus barbas dos sendas de flores,
su ojo dulzura, reposo el semblante;
su voz pasaba de alcor en alcores,
pero podía dormir a un infante...

Ruth lo miró de la planta a la frente,
y fué sus ojos saciados bajando,
como el que bebe en inmensa corriente...

Al regresar a la aldea, los mozos
que clla encontró la miraron temblando.
Pero en su sueño Booz fué su esposo...

III

Y aquella noche el patriarca en la era
viendo los astros que laten de anhelo,
recordó aquello que a Abraham prometiera
Jehová: más hijos que estrellas dió al cielo.

Y suspiró por su lecho baldío,
rezó llorando, e hizo sitio en la almohada
para la que, como baja el rocío,
hacia él vendría en la noche callada.

Ruth vió en los astros los ojos con llanto
de Booz llamándola, y estremecida,
dejó su lecho, y se fué por el campo...

Dormía el justo, hecho paz y belleza.
Ruth, más callada que espiga vencida,
puso en el pecho de Booz su cabeza.

ARBOL MUERTO

En el medio del llano,
un árbol seco su blasfemia alarga;
un árbol blanco, roto

y mordido de llagas,
en el que el viento, vuelto
mi desesperación, aúlla y pasa.

De su bosque el que ardió sólo dejaron
de escarnio, su fantasma.
Una llama alcanzó hasta su costado
y lo lamió, como el amor mi alma.
¡Y sube de la herida un purpurino
musgo, como una estrofa ensangrentada!

Los que amó, y que ceñían
a su torno en Setiembre una guirnalda,
cayeron. Sus raíces
los buscan, torturadas,
tanteando por el césped
con una angustia humana...

Le dan los plenilunios en el llano
sus más mortales platas,
y alargan, por que mida su amargura,
hasta lejos su sombra desolada.
¡Y él le da al pasajero
su atroz blasfemia y su visión amarga!

PIECESITOS...

Piececitos de niño,
azulosos de frío,
¡cómo os ven y no os cubren,
¡Dios mío!
¡Piececitos heridos
por los guijarros todos,
ultrajados de nieves
y lodos!

El hombre ciego ignora
que por donde pasáis,
una flor de luz viva
dejáis;
que allí donde ponéis
la plantita sangrante,
el nardo nace más
fragante.

Sed, puesto que marcháis
por los caminos rectos,
heroicos como sois
perfectos.

Piececitos de niño,
dos joyitas sufrientes,
¡cómo pasan sin veros
las gentes!

HABLANDO AL PADRE

Padre: has de oír
este decir
que se me abre en los labios como flor.
Te llamaré
Padre, porque
la palabra me sabe a más amor.

Tuya me sé
pues que miré
en mi carne prendido tu fulgor.
Me has de ayudar
a caminar
sin deshojar mi rosa de esplendor.

Me has de ayudar
a alimentar
como una llama azul mi juventud,
sin material
basto y carnal:
¡con olorosos leños de virtud!

Por cuanto soy
gracias te doy:
porque me abren los cielos su joyel,
me canta el mar
y echa el pomar
para mis labios en sus pomas miel.

Porque me das,
Padre, en la faz
la gracia de la nieve recibir
y por el ver
la tarde arder:
¡por el encantamiento de existir!

Por el tener
más que otro ser
capacidad de amor y de emoción
y el anhelar,
y el alcanzar
ir poniendo en la vida perfección.

Padre, para ir
por el vivir,
dame tu mano suave y tu amistad,
pues, te diré,
sola no sé
ir rectamente hacia tu claridad.

Dame el saber
de cada ser
a la puerta llamar con suavidad.

llevarle un don,
mi corazón,
¡y nevarle de lirios su heredad!

Dame el pensar
en Ti al rodar
herida en medio del camino. Así
no llamaré,
recordaré
el vendador sutil que alienta en Ti.

Tras el vivir,
dame el dormir
con los que aquí anudaste a mi querer.
Dé tu arrullar
hondo el soñar.
¡Hogar dentro de Ti nos has de hacer!

LAS VÍRGENES DE LAS ROCAS, DE D'ANNUNZIO

I. DICE ANATOLIA:

Yo traje tanta sangre en mis anchas arterias
que a veces todo cántame tal como un mar glorioso.
Sobre mi forma nada recuerda la miseria
de la Eva maldecida, de flanco doloroso.

Cuando miro los árboles sus savias aligero
y se me vuelven como vivos los paisajes
al pasar. Si el morir del crepúsculo espero,
se demora en el cielo más sangriento el celaje.

Yo volteo en los nidos huevecillos pintados
y azules, y apresura el calor de mi mano
el impulso dormido: a mi pecho apegados,
un mirlo y una tórtola nacieron «más temprano»...

Los ríos de los trópicos van a la mar llevando
las islas como flores, los árboles cual lianas,
y en extraño silencio la selva van pasando:
así cruzo, magnífica, las llanuras humanas.

Yo pintaría al mundo cual lomo de leopardo,
con rojas y sombrías pinceladas ardientes,
si el mundo se quisiera inclinar como frente
sobre mi corazón, cuando de sueños ardo.

Pero toda mi vida se me esponjó en un nudo
sobre mi boca, para el beso que daría;
y el beso está en mis labios, fijo, quemante y mudo,
como el sol está al centro del cielo al medio día.

Y muero de la vida que se hace dolorosa
en mí, como la savia se hace en la rosa herida.
Tres mil años la Tierra preparó en mí a la esposa
¡y pasa sin tocarme el río de la Vida!

II. DICE MASSIMILIA

Yo tengo el alma dulce de aquellas que nacieron
para ser el tapiz en que un Dueño reposa;
todas las cosas dóciles a carne me tejieron:
~~todas las cosas dóciles la carne me tejieron;~~

Están los musgos hondos en mi pecho extendidos,
y el pétalo redondo de la magnolia toma
su forma en mis rodillas. El mundo en mis sentidos
se dulcifica como los ojos en la loma.

Mi parentesco se halla entre las criaturas
que son como guirnaldas y aguardan una frente:
yo soy como la grama quemada de ternura
o los juncos tendidos de amor sobre la fuente...

Gusto de aquellas tardes más humildes, que acaban
como una lamedura violeta en la colina
y de esos manantiales que eternamente alaban
a un genio cruel que nunca a sus labios se inclina.

Cargada de ternura desciende mi mirada
a un regazo baldío, que en las noches de luna
bebe un rayo como hijo, para fingirse cuna;
en mis sueños soy madre, pero es pura mi almohada.

Les envidio a las hiedras su desmayo en el muro,
porque mi cuerpo sufre de caminar erguido
y envidio a los nenúfares su reposar seguro
sobre el lago en que sólo son un níveo latido.

En mi rostro inclinado la voluntad no tiene
un endurecimiento, y es mi sueño dichoso
ser el trigal rendido, que forma no retiene,
para que como el viento en mí juegue el esposo.

Yo he vivido en un mundo que no entiende la ofrenda
las manos sobre el pecho, el párpado caído,
y el oído, expectante, al borde de la senda:
¡y mi dueño ha pasado y no me ha conocido!

Y yo para ser suya mirada no tuviera;
él me «dijese el mundo», «la Tierra me contase»
su suspiro más leve que mi amor no le fuera;
la sangre por su cuerpo más dulce no pasase.

Mi actitud es de copa hacia un labio inclinada
que tiene el agua sobre su borde suspendida;
con un aliento sólo puede ser derramada,
más retienen su soplo los labios de la Vida!

A CRISTINA SORO

Viene del sol esta mujer que canta,
y el acre sol sobre sus labios vino.
Luz tiene sobre el cuello alabastrino,
temblor de angustia bajo la garganta.

Miel y ardor mana la canción que canta,
miel y embriaguez, que vierte hacia el camino
y el alma entera tiembla como un lino
de aquel temblor que hay bajo su garganta.

Todo el amor y la amargura canta,
todo lo humano y todo lo divino,
y al entregar la vida por un trino,
su cuerpo tiembla como su garganta.

Ebria del cielo y de la tierra canta:
ningún destino como su destino.
Pero a pesar del labio purpurino,
lágrimas hay debajo su garganta.

ANGEL CRUCHAGA SANTA MARIA

Nació en 1893.

En 1907 publicó los primeros versos en "La Revista Social", semanario que editaba un grupo de alumnos de los últimos años de humanidades.

Más tarde colaboró en "Zig-Zag" "Musa Joven", "Azul" (estas dos fundadas por Vicente Huidobro) y en casi todas las revistas de Santiago.

Fuera de Chile ha escrito en "Nosotros", "Caras y Caretas", "Nuestra América", "Mundo Argentino" y "Plateñas" de Buenos Aires; en "La Noche" de Montevideo; en "Cervantes" de Madrid; en "Poesía" de Milán; en "Teatros y Comedia" de París, etc.. etc.

Obras: "Las manos juntas". 1915.—"La selva prometida". 1920.—"Job" 1922.—"Los mástiles de oro". 1923.

Referencias: "Repiques", de Fray Apenta. 1916.—"Selva Lírica".—O. Segura Castro en "Luz y Sombra". 1916.—Daniel de la Vega "La Mañana". 1915.— A. Carrillo Ruedas "Las Ultimas Noticias". 1915.—Edo. Barrios "El Diario Ilustrado". 1915.—N. Yáñez Silva "El Diario Ilustrado". 1915.—Sara Renhub "El Diario Ilustrado". 1915.—Dionisio Pérez "Nuevo Mundo" 1916.—Isaac Barrera "Letras". Quito. 1916.—Juan Guzmán Cruchaga "Caras y Caretas". 1919. Buenos Aires.—Félix Armando Núñez "El Mercurio". 1920. A. Torres Rioseco "El Repertorio Americano" 1921. San José de Costa Rica.—Hernán del Solar "Chile Magazine" 1922.—Hernán Díaz Arrieta "La Nación". 1922.—Daniel de la Vega "La Nación". 1922.—A. Martínez Mutis "El Diario Ilustrado". 1922.—F. García Oldini "La Epoca". 1922.—Francisco Donoso «Revista Católica». 1922.—Rafael Heliodoro Valle «El Universal Ilustrado». 1922. Méjico.

LA VOZ QUE VIENE

Y tus ojos azules en las páginas,
sentirán la agonía de mi espíritu
en un largo morir maravilloso.
Tus ojos me verán como un mendigo
que ha juntado los párpados y tiembla,
sujetando la luz de las visiones,
que en la carne se duermen como niños
que sienten miedo de los ojos malos.

En tu mano mi vida fué el maduro
fruto que se desprende en el silencio.
Se consumió mi sangre bellamente
en el lento cedazo de mi sombra.

Tú verás el dolor de los minutos
que en mis versos se agitan naufragando
en un cáliz de estrellas, mi cerebro;
Tú verás el impulso de mi vida
exangüe, que te busca en el sigilo
donde pasó tu pie como un aroma.

Para ti fué mi corazón un mudo,
que puso las preguntas en los ojos
y en las manos, enfermas de esperarte.

Fuí débil como el perro que se encorva
y que tienen los ojos ahondados
de pensar en las cosas.

A LA VENIDA DE JESUS

Tierra clara y sonora de los bosques profundos;
sombra de Jesucristo, desde el cielo tendida,
suaviza tus montañas y tus mares jocundos;
de las estrellas viene Jesús sobre la vida.

Que se transforme en miel el corazón divino
de los árboles claros, bellos y estupefactos.
Viene el navío eterno que trae al vellocino
¡Oh, espíritu del mundo, mostradle vuestros actos!

Oh brazos de las madres, puros y transparentes,
recibid al Jesús, dulce y maravillado,
Oh, corazón inquieto de las hondas vertientes,
cantad sobre la vida como un Job inspirado!

¡Acariciad sus huellas, oh jóvenes esposas!
Hasta Luzbel sonríe aclarando el infierno.
Viene Jesús, hablad, oh labios de las cosas
obscuras y olvidadas por el Pastor Eterno.

Dolores de los árboles, profundos y cansados
que trasudan fatigas y temblores violentos,
cantad a los sonoros espacios estrellados
que perfuman los ángeles y atraviesan los vientos.

Cansancio de Luzbel; atroz monotonía
de sus cinco sentidos para el amor exhaustos;
semillas sin vigor; manos en agonía
que no acrecientan los últimos holocaustos.

Tierra de las miserias; carne de Job vencida,
prepárate al prodigio; florecerán tus llagas.
El perfil de Jesús se incrustará en la vida,
como la madre muerta en las horas aciagas.

¡Oh, senderos del mundo; Jesús viene tranquilo
de las constelaciones, infinitas y suaves!
Contempladlo avanzar en un dulce siglo.
Mueve su corazón las velas de las naves.

CUANDO CIERRO LOS OJOS

Cuando cierro los ojos yo sé que me quisiste.
Hasta mis huesos llegan tus ondeadas pestañas.
Te siento en un temblor cuando me vuelvo triste
y sin temer mi muerte, ríes y me acompañas.
Yo miraré las rosas que perfuman los muros
de mi casa tranquila; sorberé la belleza
de vetustas estrellas en horizontes puros...
Seré como un panal que llora su tristeza...
La gracia de tu rostro, tu hermosa cabellera
viven en mí: los besa mi sangre agradecida.
Algo tuyo hasta Dios iría si muriera...
Mirándome en los ojos has honrado mi vida.
Antes de verte, el mundo era sólo un sollozo.
En sus redes de plomo me envolvió el sufrimiento:
iba por los senderos sin hallar el reposo
cuando tú viniste besándome en el viento.
Yo sé que me quisiste. Aunque Saturno tienda
sus noches sobre el mundo, no borrará el latido
que abrió tu corazón cuando vino a mi senda.
¡Toda la eternidad estaré conmovido!...

EL AMOR JUNTO AL MAR

En mi silencio azul lleno de barcos
sólo tu rostro vive.
En el mar de la tarde el día duerme.
Eres más bella cuando estoy más triste.

Tiembla mi amor como una voz antigua
sobre la calma verde.
El sol cantando como los pastores
te dió su melodía hasta la muerte.

¡Oh tus cabellos en la tarde de ámbar!
Cerca de tu pureza soy más blanco.
Sé que jamás tu corazón sencillo
latirá en la tristeza de mis manos.

Eres más bella cuando estoy más triste.
En mi desgracia largamente vivo.
Soy en el desamor tan desolado
como los continentes sumergidos.

Tu áurea cabeza brilla
en la tarde sutil y soledosa.
¡Pobre mi corazón que está llorando
y hasta su Dios se va como una ola!

Más allá de la vida,
triste como una selva abandonada
miro irse las horas
en las lunas, los pájaros y el agua.

Tu corazón sonríe
sin mirar mi fatiga.
¿Te arrancaron los ojos
en qué calle siniestra de la vida?

Yo me iba al futuro
con los brazos abiertos en la luz,
como se van las almas de los muertos...
¡Voy al futuro caminando aún!...

Como a un infante solo
te llevé de la mano
por mis sendas dormidas
en un claro perfume de alicanto

En haces de centellas
fulgió mi corazón. ¡No lo miraste!
Más allá de la vida está llorando
como un niño en el seno de su madre.

CUPULA

Mi corazón es como una cúpula
llena de cantos. Hacia él suspiran
los mares y los ríos de este mundo
y todo este vibrar se vuelve al cielo
como en las alas de un arcángel hondo.
Me siento perfumado como un fruto
por la desgracia; pero siempre llevo
la música y la miel de mis abejas.
Ya sé que ni el amor consolaría
este duelo solemne de mi sangre.
¡El que ha volado mucho ya no puede
ver más que cruces en el horizonte!...

EL CANTO DE LOS MARES SOLOS

Somos la remembranza de la tierra vencida,
necesitaba Dios nuestro vaivén profundo
que era ritmo en sus venas y en su carne florida
la invencible y eterna melodía del mundo.

Nuestro vigor es fuerza de estrellas y raíces!
Los árboles nos dieron sus moribundos bríos!
Soñamos en las claras y enormes cicatrices
que abrían las soberbias quillas de los navíos

Como un collar perdido de piedras fabulosas
las estrellas nos hieren en nuestro sueño esquivo.
Somos la sangre turbia de las difuntas cosas;
el grito gutural del hombre primitivo.

Es nuestra rebelión de temblores y nervios
el eco de la tierra que se murió podrida.
¡Oh mástiles sonoros; oh navíos soberbios
llevados por los vientos primeros de la vida!

¡Qué nuevos argonautas verán el vellocino!
En un dolor horrendo tiemblan nuestros ciclones
queriendo revivir el difunto destino
que fué sangriento y hosco como un tropel de leones.

Sabemos donde estaban las estrellas, sus rastros
quedaron en nosotros. Con dulzura de abuelo
iremos sobre el agua colocando los astros
que desprendió Jesús con su mano del cielo.

Seremos un vigor enorme y tenebroso.
En nuestras olas vibran inmortales tormentos,
la voz del Cristo rueda semejando un sollozo
lanzado de la cruz hacia los cuatro vientos.

Donación de
Antonio Doddis Miranda,
Catedrático de
Literatura Clásica y
Medieval de la
Universidad de Chile,
a la Biblioteca Nacional.

IGNACIO VERDUGO CAVADA

Nació en 1887

Poeta en quien la facilidad cegóse rapentinamente como una fuente de altas tierras. No publicó nunca un volumen y ahora vive alejado en un rincón campesino. Sin embargo, a veces, en su amable aislamiento, suele hilar la sutil madeja del viejo ensueño.

Referencias: «Selva lírica».

PRÓLOGO

Puse en mis versos todo lo mejor de mi vida:
mis lágrimas, mis sueños, mi amor, mi porvenir...
Mi Juventud por ellos, como por una herida,
se desangró en un ansia de entregarse y sufrir.

Y hoy que lo he dado todo, con el alma afligida
lloro no haber sabido vivir, vivir, vivir!...
Y este cruel pensamiento, sin cesar, me intimida:
—¿He dado algo?.. Y no debo ni me puedo mentir.

¡No he dado nada! ¡Nada! Todo lo que tenía
mi espina, mi secreto, la ruda poesía
de mi dolor la tengo siempre clavada aquí

y dejo que la mano del Desencanto ahorque
mi corazón, inútil para la dicha, porque
después de darlo todo veo que nada dí...

¿POR QUÉ?

¡Señor, en donde estás, donde reposas
que dejas que el dolor me abata tanto?
¿Te escondes en las gotas de mi llanto
o estás en las espinas de mis rosas?

Quemaron mis quimeras—¡mariposas!—
en lámparas de amor todo su encanto:
desencantado ya, busco en Tí cuanto
no me ha dado el Amor... Seres y cosas

fueron dejando un légamo doliente
sobre mi corazón... Y si en el lento
suplicio de mirar seca mi fuente,

a Tí que eres Amor corro sediento
¿por qué, Señor, te ocultas tan cruelmente?
¿Tienes acaso algún remordimiento?

PULVIS ERIT...

Al destrenzar la tarde su sensual cabellera
una azul polvareda destiñó los senderos...
Y todos blancos, como vellones de quimera,
bajaron los ganados a los claros esteros.

Una nube de polvo flotó en la carretera
por donde la majada volvía a sus oteros
y yo pensaba:—¿Siendo su blancura como era
cómo enturbiar pudieron el agua los corderos?

También nuestras quimeras con sus blancos vellones
enturbian locamente el raudal cristalino
de las aguas que corren por nuestros corazones

y cuando se disipa la nieve de su lino,
tan solo divisamos desde nuestros rincones
una nube de polvo que flota en el camino!!!

SED

Este inmenso vacío que me llena la vida
y el corazón me hiere con leve trizadura
es la herida invisible, es la trágica herida
por donde gota a gota se filtra mi ternura.

Mi ternura era como rama recién florida,
cántaro de agua fresca para una boca pura
y hoy se está envenenando de un rencor sin medida
porque nadie se acerca a probar su frescura.

Señor! Señor! devuélveme mi viejo misticismo,
mar en que el alma triste como un raudal se vacia;
dame un amor que tenga fascinación de abismo...

Tú, con ser Dios, no sabes de la amarga desgracia
de sentir que vivimos en el instante mismo
en que el amor no llena y en que la fe no sacia;

UN CAMINITO EN LA MONTAÑA...

I

Hay un sendero en la montaña
que tiene cien años de olvido:
bajo la red de la maraña
el caminito se ha dormido.

Su soledad es tan amable
que solo cruza por su anchura,
como un dolor inacabable,
un tenue hilito de agua pura...

En una época olvidada
yo no sé quien lo atravesó;
pero se vé que una pisada
con su constancia lo formó.

Como el terreno era tan blando,
quien profanó el verde tapiz
su huella en él fué señalando
lo mismo que una cicatriz...

Cicatriz cruel que va a lo largo
de la callada senda aquella:
¡Yo sé que nunca el tiempo amargo
podrá borrar la vieja huella.

II

Bajo la red de la cizaña,
ojalá nunca el sol irradie:
¡Pasión secreta de mi entraña,

que no descubra nunca nadie
el caminito en la montaña!...

DUDAS

I

Por esta sed de soñar
que nos invade al nacer,
como un mar,
por esta ansia singular
que hace el alma florecer
sin cesar
y que nos hace creer
y renovarnos y amar
y padecer;

por este amor de sufrir
y ahondar en la emoción
y morir
un poco en cada ilusión...
Por esta angustia de ir
sin voluntad ni intención
camino del porvenir,
¿vale la pena vivir,
Corazón?

II

Por el deseo violento
de posar en un remanso
el vuelo del pensamiento
y de hallar solo un momento
de descanso;
por librar al sentimiento

de la grosera envoltura
que lo encierra
y poner, con fe insegura,
sobre la humana amargura
tierra;
por acabar de sufrir,
que es nuestra gran ambición;
por no pensar ni sentir
¿vale la pena morir,
Corazón?

JUAN GUZMAN CRUCHAGA

Nació en Santiago en 1896.

Empezó a colaborar en «Musa Joven» «Azul». Más tarde escribió en «Zig-Zag», «La Mañana», «El Diario Ilustrado», «Los Diez», «Pacífico Magazine», etc. Fuera de Chile ha escrito en «Caras y Caretas» y "Buenos Aires Magazine" de Buenos Aires; en "Poesía" de Milán y en revistas y periódicos de Méjico y Perú.

Obras: "Junto al brasero", poesías. 1914.—"La Sombra", drama en 3 actos. 1918.—"La Mirada Inmóvil". 1919.—"Chopin" poema. 1919. "La princesa que no tenía corazón". poema publicado en Santiago en 1920, traducido al italiano por Ettore de Zuani, en Milán.—"Lejana" poesías. 1921.—"El Maleficio de la luna". 1922.—"La Fiesta del Corazón". 1922.

Referencias: Pedro Sienna "Sucesos". 1914.—Eduardo Barrios "La Mañana". 1914.—N. Yáñez Silva "El Diario Ilustrado". 1914.—Roberto Meza Fuentes "Juventud". 1919.—"Selva Lírica". Artículo en la revista "Selva Lírica de 1917.—Armando Donoso "El Mercurio" de 1919.—Daniel de la Vega "Atlántida". 1920 y "Alwatan". 1921.—Félix Armando Núñez estudio en "Las Ultimas Noticias". 1920.—Hernán Díaz Arrieta "La Nación" de 1921 y 1922.

EL AGUA DICE...

Canta al durazno agradecido
que te alarga las manos infantiles
de sus flores rosadas.
Estruja y purifica

la maravilla de oro
que da luz a tu sangre.
Muéstrate sano y fuerte
a los ojos del sol; corre desnudo
como un alma, y entrégate a los campos
verdes y vigorosos; acaricia
la frente de los lirios
que te miran pasar y son humildes
y conocen tu voz...

REFUGIO DE JARDIN

Buen amor legendario vivido humildemente
bajo la luz pequeña de una calle olvidada.
Meditaciones de convaleciente.
Refugio de jardín en la sonrisa amada.

Después un compasivo recuerdo del pasado
banal, de las antiguas andanzas sin objeto,
del camino sin luna y el camino encantado,
y otros parques por donde la llevaré en secreto.

Será grato sentir que la vieja amargura
se agranda para hacer florida su piedad.
¡Cómo os adoro manos de ensueño y de agua pura
que besaréis mi soledad!

CANCION

Alma, no me digas nada
que para tu voz dormida
ya está mi puerta cerrada.

Una lámpara encendida
esperó toda la vida
tu llegada.
Hoy la hallarás extinguida.

Los fríos de la otoñada
penetraron por la herida
de la ventana entornada.
Mi lámpara estremecida
dió una inmensa llamarada.

Hoy la hallarás extinguida.

Alma, no me digas nada
que para tu voz dormida
ya está mi puerta cerrada.

CUATRO CAMINOS

Cuatro caminos frente a mi ventana.
Me llamaron de todos los caminos,
y al llamado en la noche soberana
acudieron mis sueños peregrinos.

Por ir a todas partes a ninguna
pudo llegar mi corazón vencido,
eterno enamorado de la luna
de lo que ha muerto o de lo que se ha ido.

Cuatro caminos para la quimera,
bajo las flores y bajo los trinos...
¡Oh, si mi pobre corazón pudiera
ser un aroma en todos los caminos!

OTOÑO

Restablecido apenas de mis males
principescos, percibo la elegancia
de los jardines de oro y la fragancia
de los fríos senderos otoñales.

Pienso que de cármenes lejanos
ha de venir, lo mismo que en un cuento
una reina a curar mi desaliento
con las últimas rosas de sus manos.

Viene y va mi dolor como una esencia
de jazmines enfermos, en el leve
y angustiado sigilo de la brisa.

Es tan sensible mi convalescencia
que el vuelo de las hojas me conmueve
y me hace sollozar una sonrisa.

LEJANA

I

Noche de lluvia. Perfume
triste de tierra mojada.
Mi corazón pensativo
se envolvía en tu fragancia.
Bajo la sombra la inmensa
comprensión de tu mirada
que en mis ensueños caía

como una música mansa.
Noche de lluvia. Tu voz
se unía a la voz del agua:
canción de cuna amorosa
para mi antigua nostalgia.
«Buenas noches». Que piadosa
ternura desconsolada
me dieron al despedirme
tus manecitas heladas!

II

En el sueño de la tarde
muere el cantar melancólico.
Tus manos en el teclado
despiertan un sueño de oro.
Yo pienso: «Tus labios nunca
serán míos» y en el fondo
sereno de mi tristeza
pasa un vuelo de abandono.
El viento obscuro dispersa
las hojas. Vierte el Otoño
sobre los campos dormidos
su silencio milagroso.

III

Tarde en el campo. Una voz
se aleja por los caminos.
Sale de los pozos muertos
un silencio pensativo.
Junto a nosotros el agua
dice un secreto. Es un hilo
de agua que lleva en el fondo
reflejado el infinito.
Los sapos cantan. Prolonga
sus letanías un grillo.

¡Quién te besara las manos
que, moviendo el oro tibio
de los ramajes, despiertan
los vuelos enloquecidos!

IV

Jazmines del Cabo. Noche
de meditaciones grises.
Fragancia pura y doliente
de jazmines imposibles.
Tus pensamientos de nieve
perfuman todo lo triste.
Jazmines del Cabo. Noche
de meditaciones grises.
Me está diciendo el aroma
lo que nunca me dijiste.

V

Oh! si alguna vez hubiera
confesado mi ternura
hacia tus senos de nieve
y hacia tus manos de luna...
Quería mi corazón
ser como la fuente obscura,
que adelgaza los rumores
cuando sabe que la escuchas.
Y era su felicidad
mirar de cerca la tuya,
envolverte en sus palabras
como la vertiente obscura
y adormecer tus quimeras
en un cabezal de música.

VI

Alta mar. Viento bravío
que extiende sus resonancias
y sus voces de tragedia
sobre las olas opacas.
Viajeros desconocidos,
desconocidas palabras.
Luces ambiguas. Canciones
de leyendas ignoradas,
canciones jamás oídas
y que no me acompañaban.
En mi recuerdo perfuman
tus manos. A la distancia
navegan mudas y lentas
embarcaciones fantasmas.

VII

Pueblos románticos. Sitios
que no miraron mis juegos
de niño. Callejas donde
jamás florece un recuerdo.
Teatros exóticos. Danzas
de dioses y de mancebos
orientales. Pecadora
música de encantamiento.
Barrios sombríos. Escalas
misteriosas. Fumaderos
de opio que alargan su aroma
de pesadumbre y de ensueño.
Labios fríos que me daban
los besos que no me dieron
tus labios. Entristecidos
y nostálgicos paseos
a las orillas del mar

o en el mudo cementerio.
¡Como he pensado en la muerte!
Morir lejos, morir lejos
de los campos que reciban
la limosna de tus huesos...

VIII

El barco navega cerca
de la costa. Un rumoroso
viento mueve los ramajes
meditabundos y torvos.
Es en la tarde. Una vaga
tarde que enciende fastuosos
rumores en la infinita
calma de los mares solos.
Un cuervo. Un cuervo. En el mástil
se ha detenido. El medroso
vuelo de la noche avanza.
Un cuervo va con nosotros...

IX

Hiere una barca el silencio
melancólico del río.
Quién ha dejado en mis manos
la lumbre de estos anillos?
Opalos brujos y azules
fantásticos y malignos,
que desde su broche de oro
me están mirando lo mismo
que dos pupilas hieráticas.
Muere la tarde en el río...
En la lejanía inmensa
se prolongan los caminos
por donde nunca anduvieron
mis esperanzas de niño...

X

Una muchacha me dice
palabras de amor y celos.
Me ha conmovido su clara
ternura para mis sueños.
Su risa me ha recordado
tu fresca risa y he vuelto
a sufrir lo que sufría...
Ella se queda en silencio.
Se entristece al comprender
que vive mi sufrimiento
a pesar de su ternura
y a pesar de su consuelo.

XI

¿Me esperan tus manos blancas
en la paz de tus jardines?
Mujer de ensueño y de luna,
tristemente me sonríes
en el recuerdo. Te alejas
y mis dolores te siguen.
«Ha muerto». La lluvia lenta
y el invierno me lo dicen.
Llega una voz en las noches,
lejana, débil y triste
y mi espíritu se aroma
de ternura y de imposible
y me envuelve la profunda
fragancia de tus jazmines...

JORGE HÜBNER

Nació en 1892.

Aunque no ha publicado ningún volumen, este poeta cuenta entre los líricos jóvenes más interesantes de Chile.

Obra pura, de un intenso calor pasional, tiene la perfección de la forma y el acento de una estremecida inquietud.

PRÓLOGO

Como Dios en sus hostias, yo me puse en mi verso:
tenga ensueños la virgen que en su seno me hospede
y a los que me reciban dentro de un pecho adverso
en las lenguas un agrio gusto a sangre les quede.

Hacia el monte en que todo se hace calma belleza
con mis grandes dolores yo quise abrir caminos:
el espíritu es lámpara que enciende la tristeza:
los grandes tristes son guías de peregrinos.

Sentí bajo mi barca apresurarse el río
del tiempo que me lleva; terminé el verso mío
y vi que no tenía sino sinceridad...

Y como el agua hierve con un rumor de alerta,
lo doy sin hermosearlo, de miedo a abrir la puerta
que nadie abrió dos veces desde la eternidad...

LA LUZ

La luz tendió en la tarde ligeros gobelinos,
se hizo pronto una hoguera en que el mundo iba a arder,
cayó después en lluvia de azul por los caminos:
¡yo la he visto variar como alma de mujer!

Vi al arroyo anegarse en la luz del oriente,
en pupilas de niño sorprendí su claror,
entró a la pieza triste de una convalesciente:
¡la luz se ha dado a todos como nuestro Señor!

La luz con unas nubes hizo encendidas fraguas,
disfrazó a los torreones con un amplio albornoz,
alzó nayades diáfanas de la paz de las aguas:
¡la luz formó de nada sus mundos como Dios!

Por la luz unas flores me enseñaron dulzuras
y una tarde violeta me dijo que soñara
y los astros flotantes formaron frases puras:
¡sin la luz toda cosa su misterio guardara!

¡Mensaje que de lo hondo del misterio camina
y dilata los pechos como rosas abiertas!
y que deja temblando una estrella divina
en la inmovilidad de las pupilas muertas!

EL ARBOL

Arbol que, como el hombre, te alimentas del lodo,
pero que alzas al cielo los brazos retorcidos
y apretado a tus ramas mantienes alto todo
lo que amas: hojas nuevas; botones, flores, nidos,

quiero tu paz severa, tu fe en orar en vano,
tu esperar, cuando emigran, que las aves regresen,
tu silencio, más hondo que mi cantar humano,
y tu ardor por cubrirte de flores, que fenecen...

Tú te bastas: tú creas la flor que lleva un germen
que en cualquier campo sano perpetuará tu ser:
el hombre tras de angustias de amores que le enfermen
pondrá en su estirpe oscuras influencias de mujer.

Arbol, tu sombra a todos protege; tu perfume
por el amor del viento se puede disfrutar;
pero el hombre en sus ansias de darse se consume
por ofrecer un bien que no puede formar...

Buscándolo, recorre los valles; su destino
oscuro le hace ser eterno vagabundo
y tú, inmovilizado junto a cualquier camino,
le dices que encontraste tu sitio en este mundo..

PLEGARIA

Me dió, olvidando mi pasión funesta,
una ficción de albergue maternal;
vistió el amor su espíritu de fiesta
y apagué en un abrazo su protesta:
¡Líbrala tú, Señor, de todo mal!

Por la lenta amargura de su vida,
por dejarla desnuda ante la suerte,
porque la herí para beber su herida,
hazle gracia, Señor, de tu venida
ahora y en la hora de la muerte.

Ella pecó para que la quisiera,
la desnudó el amor de la moral,
fueron sus brazos leños de mi hoguera,
mientras yo la vendé porque no viera:
¡Líbrala tú, Señor, de todo mal!

¡Acógela, recógela! La he visto
pálida de fatiga. ¡Ha de quererte!
¡Sin saber..., dice frases tuyas, Cristo!...
Algo que yo ví, sé que ha entrevisto
para ahora y la hora de mi muerte.

Hallaría la paz en tu constancia
la fatigada del amor sensual,
la soledad purificó su estancia:
si Tú la miras, volverá a la infancia...
¡Líbrala tú, Señor, de todo mal!

¡Que no pierda aquella rosa llena
de evocación para el altar del bien!
Acuérdate, Señor, de la azucena
que brotó del dolor de Magdalena
y líbrala de todo mal, amén!

EL RÍO

La música del río llena de llanto humano
por los campos nocturnos, como un ensueño yerra
y les cuenta a los tristes que a un hondo mar lejano
van llevando sus aguas el dolor de la tierra.

Los dolientes lo saben líquida luz de estrellas
que despeñan al valle las cimas de los montes
y de pie ante sus aguas su alma se va por ellas
en un vertiginoso devenir de horizontes.

Va como los cristianos a cumplir su destino
y oculta sus combates entre gasas de bruma
y cuando lo desgarran las rocas del camino
embellece a las rocas con sus chales de espuma.

Cuando la soledad temblorosa de frío
comience a deshojar las flores de mi ruta,
dime cómo fundiste dos ríos en un río
¡maestro melodioso de la unión absoluta!

Y cuando mi inquietud llore por el descanso,
dime cómo aquietaste tus aguas tormentosas
y adormiré mis días en la paz de un remanso,
donde el recuerdo flote con levedad de rosas...

MAL DE AMORES

Doliente vagabunda que, entre humo de pasiones,
buscando mundos nuevos, encontraste la nada,
ha de llegar la hora triste en que me abandones
por la luz vigilante de una nueva mirada.

Yo sé que, ante otros ojos, tus pupilas audaces
han de mostrar, llorando, tu espíritu desnudo
y que han de hacerse humildes, como un perdón, tus frases
o, al amor de la tarde, tu labio estará mudo.

Y, como yo, habrá alguno que te ame fatalmente
y, en las cálidas manos, te sienta el alma buena:
tu pecado es el mismo de la errante vertiente
que, en todos los caminos, canta la misma pena.

El gozo está en quererse con un amor sereno
con cuya plenitud la sensación se olvida,

puesta la frente, limpia de deseo en un seno,
para no saber nada del dolor de la vida...

Pero ese mal inquieto, que llevas temblorosa,
no dejará dormirse jamás tu pensamiento:
irás esparciendo alma, lo mismo que una rosa
que una mano dañina deshojara en el viento...

Yo hubiera adormecido mi vida en tu fragancia
y no quiero pedirte lo que no me darás:
cuando siento que pasas, sin verme, a la distancia,
diré: «Tanto he soñado, que no he de soñar más...

EL VIENTO

Tú formas con las nubes brazadas de azucenas
o barcos que la tarde mece en hirvientes oros
y alzas arquitecturas errantes con arenas
y de troncos de encinas haces tubos sonoros.

Dejas en todo la honda inquietud de tu vida
que te hizo vago en busca de regiones más bellas:
te has golpeado iracundo contra el agua dormida
por ver multiplicada la luz de las estrellas.

Viajas con una carga de armonías y aromas
que le entregas a todos y tu secreto ¡oh viento!
es que de almas lejanas el sentimiento tomas
y en el pecho que eliges dejas el sentimiento.

Anforas invisibles llenas de maravillas
vuelcas cuando regresas de tus viajes y un rastro
de ignorados perfumes a las almas sencillas
les das para que vivan un momento en otro astro.

Viento de los impulsos y las renovaciones
que haces caer temblando las selvas centenarias
y sobre el haz de ruinas levantas tus canciones,
roncas como tambores de turbas libertarias,

yo te entrego mi espíritu! Sopla sobre él violento,
que el árbol está viejo y el fruto está maduro.
Al escuchar la música de tu regreso, oh viento,
yo sea el campo virgen del ideal futuro.

Inéditos.

JERÓNIMO LAGOS LISBOA

Nació en 1883.

Gabriela Mistral ha escrito del único libro publicado por este poeta: "Este libro de versos no ha salido ni de entre montescos ni de entre capuletos: no es modernista ni clásico. Es bello de propio modo. Es delicado y fuerte, innegablemente hermoso. Es rico de sentimiento; cobra el verso en muchas partes temblor de emoción intensa. Versos sencillos, sobrios hasta la perfección. Yo no sé de mayor sobriedad y de un conmover con menos esfuerzo que el de este poeta en esas "Lavanderas", sencillamente magníficas."

Obras: "Yo iba solo". 1915.

Referencias: «Les Ecrivains contemporains de l'Amerique Espagnole», por Francisco Contreras.—Artículo de Hernán Díaz Arrieta («Sucesos». 1923).—Estudio de Omer Emeth («El Mercurio». 1915).—«Nuevo Mundo». Madrid. 1915.—Artículo de Gabriela Mistral. («La Mañana», 1915.)

APUNTE

Parte el tren. Y el vocerío
se dispensa... ¡Adiós, poeta!
Queda la tarde violeta
desnudándose en el río...

Rueda el convoy por la esquiva
falda gris de la montaña.
La tarde en el Maule baña
su tristeza pensativa.

El agua pasa... y el viento
suspira... Torno al vagón
la mirada... ¡cómo siento

la tarde en mi corazón!
No hagas ruido pensamiento...
La tarde está en oración!

CLARIDAD NOCTURNA

Oprimí su cabeza
y adiviné en la sombra sus pupilas,
desvanecí en mis manos su tristeza
y ungí mis sueños con su olor de lilas.

Palpó el silencio para hallarse... Muda
se distendió en espíritu y fragancia
y, bajo el arco del amor, desnuda
se sorprendió en la estancia.

De sus ternuras presentí el reproche
y me agredí con ellas.
Mi corazón lo mismo que la noche
creció en la sombra y se llenó de estrellas.

¡Pájaro esquivo, pájaro azorado,
que en los haces de luz de su ternura
como entre zarzas se quedó enredado!

ANTE TU RETRATO

La luz que te grabó en la cartulina
la suavisó tu idealidad lunar.
Tienes los ojos tristes, peregrina...
¡Al ver tu ojos se presiente el mar!

¿Sabes? No está mi corazón como antes:
tu olor de acacias se prolonga en mí.
¡Tengo los brazos y el sentir fragantes
porque con ambas cosas te ceñí!

Por el cristal de la ventana aquélla
bajó una estrella y se veló el hablar.
Mi corazón, tu corazón, la estrella,
desde esa noche caminando van.

Recién pasó por tu cabello el viento
y se ha encendido en tu cabello el sol.
Estás desnuda aquí en mi pensamiento...
Me hiere así la soledad mejor!

Ojos que miran lo infinito. Sombra
que en el silencio siento respirar,
me pierdo en tí, tu soledad me asombra
y surco como el mar tu soledad!

VOZ INTERIOR

¿Los diáfanos, quince años de mi madre bebieron
en qué fontana grávida de estrellas? ¿Qué rosal
hizo sangrar sus manos? ¿Cuáles violetas dieron
aroma a sus nostalgias? ¿Qué claridad lunar

convaleció en el lecho blando de su ternura?
¡Tu vaso, madre mía, fué nardo y emoción!
Llenó tu vaso el viento de pena y de frescura
y lo volcó en mi lumbre genésica el Amor!

De olorosa llovizna mi corazón va henchido
y hundida en él, cual viejo puñal, la flor de lis
de mi estirpe se curva... Bajo su arco florido
van pasando los siglos sin hollar la raíz.

Antes que Amor tus valles celestes conociera,
y almendra amarga ¡madre! fuera en tu cáliz yo,
mi esencia fué un fracaso de sol en primavera...
¡Está desde ocho siglos ciego mi corazón!

Tengo la sed el beso de una núbil princesa
que el dragón de la muerte no me dejó exprimir,
y llevo todavía latiente en mi tristeza
la palabra fragante que quedó sin decir.

(Debió ser una noche constelada. Estaría
rezando la doncella para extinguir su afán.
Cuando escalaba el muro del castillo sería
que me hirió esta saeta que me apaga el hablar).

Me clavan los destellos de una espina divina...
Pero como soy triste y mi túnica es gris,
el Amor va pasando sin verme... Altiva y fina
su sombra va en el claro de luna que hay en mí.

¡Evoco la guirnalda de tus brazos desnudos,
madre, y de tu rocío llueve sobre mi sed;
y crecen mis anhelos sufrientes como nudos
de un árbol milenario, sin flores que ofrecer!

SENDA DE GRACIA

Bajo mis brazos tu emoción quisiera
arrodillarse y sollozar... Florece
mi adusta soledad. La noche, afuera,
al ver tu amante padecer, padece;

y hacia la alcoba en que arde mi quimera,
cuando apago la luz, se acerca y crece
para cubrir tu plenitud primera.
Como luna en las cumbres, amanece

sobre mi corazón la eucaristía
de tu virginidad... Será en mi errancia
senda de gracia tu melancolía:

Lleguen no más la bruma y la distancia...
¡Yo alzaré el cáliz de la vida mía
porque no se me empañe tu fragancia!

JULIO MUNIZAGA

Nació en 1888.

Diez años de vida literaria, que luego se han ido desvaneciendo en el rodar de la cotidiana vida vulgar.

Publicó su hermoso libro "Las rutas ilusorias" y luego huyó a vivir en el rincón más austral de Chile.

Obras: "Las rutas ilusorias". 1914.

Referencias: Estudio de Omer Emeth («El Mercurio», 1914).—"Selva Lírica".—"Zig-Zag", 1914.

EL AGUA DE LOS POZOS

El agua de los pozos!
Las linfas llenas de ansias eternas,
que sueñan con rumores y alborozos
en el fondo de las cisternas!

Las aguas tristes y dormidas
que sufren el tormento
de la quietud, sumidas
en la mazmorra del estancamiento!

Aguas dolorosas,
bajo cuya infecunda calma

duermen las ondas tumultuosas
como los sueños en el alma...

Aguas hondas y dolientes,
aguas taciturnas y ensombrecidas
como las siniestras frentes
de los poetas suicidas!

Aguas nostálgicas y mudas,
aguas estancadas,
tenebrosas como las dudas
de las almas laceradas.

Aguas donde el azul se copia
como un sucio cromo viejo,
y que su tristeza propia
muestran en su reflejo.

Aguas indolentes y serenas
dormidas bajo los espacios,
donde verdean lamas y euglenas
y rezan letanías los batracios.

Aguas que fecundan los protoplasmas,
donde palpita la vida inerte,
y donde bullen las miasmas
que van regando la muerte!

Aguas que sueñan ser empuje
y ser torrente desbordante,
y ser cascada que ruge,
y ser visión alucinante...

Que sueñan ser candor en las espumas,
nívea albura en las cumbres,
sueño alado en las brumas,
iris en las vislumbres.

Blanco en las tuberosas,
oro en los pistilos,
rosa en las rosas,
verde en los clorofilos...

Aguas enfermas de no amar,
aguas enfermas de no ir
hechas gorjeo, hechas cantar,
bajo los cielos de zafir!...

En su estéril quietud
las aguas muertas de los pozos
aguardan el declive del talud
para ser vida y luz en los campos gloriosos.

Porque en el fondo de lo inerte
se haya siempre escondida
en la vida la muerte,
en la muerte la vida!

¡Ah, las almas que viven en eternos sopores,
que no vibran, ni luchan, ni sueñan,
son inertes remansos que no tienen rumores
ni en torrentes de anhelos se despeñan!

¡Ah, los yertos espíritus, quietos bajo la frente,
que no saben de ímpetus ni de arranques,
son aguas que se pudren lentamente
en la inmovilidad de los estanques!...

LA PRIMAVERA EN EL JARDÍN

Rumor eglógico y sonoro.
Olor de menta y de jazmín.
Fiesta de sol. Risas de oro:
¡La Primavera en el jardín!

Pone una luz cruda y temblante
matices raros en las flores,
y el paisaje es extravagante
con sus orgías de colores,
Es un paisaje de acuarela
de una coloración audaz,
dormido tras de la cancela
y lleno de sol y de paz...
Y el jardín es un cuadro vivo
y adorable con su rincón
maravilloso y sugestivo,
perfumado de evocación...
Caen borrachos de fragancias
los insectos desvanecidos,
o van en líricas errancias
por los parterres florecidos.
Y en tropeles abigarrados,
pintarrajeadas mariposas
semejan pétalos alados
sobre el incendio de las rosas.
Y un escarabajo se pierde
con su negro caparazón
por entre la maleza verde
que crece junto al murallón.
Y de las húmedas rendijas
sale a vagar un caracol,
y cruzan grises lagartijas
por las tapias llenas de sol...
Filtrándose por el ramaje,
sobre el césped que al suelo alfombra,
dibuja el sol como un encaje
tembloroso de luz y sombra.
Cantan los pájaros... Rumores
que se elevan por el confín.
Fragancias. Besos. Risas. Flores:
¡La Primavera en el jardín!
Y mi rincón es adorable
bajo su idílica quietud,

lleno de visión amable
que perfumó mi juventud.
Y se embriaga bajo la luna
que riela por lagos de azur
segando lirios como una
siniestra y pálida segur.
Y en esas noches estelares
vibra el silencio en el ambiente,
y ríen las platas lunares
sobre el éxtasis de la fuente...
Y surgen voces misteriosas,
cuyo murmullo extramundano
brota del alma de las cosas
como un rumor vago y lontano...
Himno fecundo que renueva
las alegrías y que baña
de amor los surcos de la gleba
y el corazón de la montaña.
Génesis santa donde vibra
el misterio progenitor.
Soplo que enciende cada fibra
con su genésico temblor.
Visión serena que se ahonda,
con su efluvio generador,
en los arrullos de la fronda
y en las cópulas de la flor!...
Y ésta es mi rústica heredad,
cuya inefable beatitud
me llena de la idealidad
que perfumó mi juventud.
Y este es mi predio florecido,
y este es mi apacible rincón
embriagado de paz y olvido,
perfumado de evocación...
Florido altar de agrestes misas.
Santidad blanca del jazmín.
Pájaros. Flores. Besos. Risas:
¡La Primavera en el jardín!...

VICENTE HUIDOBRO

Nació en 1893.

Antes de abandonar el recatado colegio de religiosos en que se educó, dió a la publicidad su primer libro "Ecos del alma", obra de ingenuos balbuceos sentimentales, aprendidos en la mala literatura colegial. Luego su cambio fué radical e insólito: el ex-alumno de la escuela religiosa violentó todas sus normas anteriores y saltó hacia la extrema libertad lírica. Sus libros "Las Pagodas ocultas" y "Adán" no son más que el intermedio para llegar luego a un procedimiento que terminaría en el creacionismo de "La tour Eiffel" y de "Hallali".

Desde hace algunos años reside en París, donde ha publicado una revista: "Creacionismo".

Obras: "Canciones en la noche". 1913 — "La gruta del silencio". 1913.—"Pasando y pasando". 1914.— "Las pagodas ocultas". 1916. —"Adán". 1916.—"La tour Eiffel. 1920.—"Horizon Carré. 1920. —"Poemas articos". 1920. "Hallali" .1920.

Referencias: Cansinos Assens: La nueva lírica: "Cosmopolis".—Angel Cruchaga Santa María: El creacionismo. "Revista de revistas". 1919.—Artículo de Guillermo de Torres en «Cosmopolis». 1922.

ARTE POETICA

Que el verso sea como una llave
que abra mil puertas.
Una hoja cae; algo pasa volando;

cuanto miren los ojos creado sea,
y el alma del oyente quede temblando.

Inventa mundos nuevos y cuida tu palabra;
el adjetivo, cuando no da vida, mata.

Estamos en el cielo de los vercios.
El músculo cuelga,
como recuerdo, en los museos;
más no por eso tenemos menos fuerza;
el vigor verdadero
reside en la cabeza.

Por qué cantais la rosa oh, Poetas.
Hacedla florecer en el poema;

Sólo para vosotros
viven todas las cosas bajo el Sol.
El Poeta es un pequeño Dios.

EL ESPEJO DE AGUA

Mi espejo, corriente por las noches,
se hace arroyo y se aleja de mi cuarto.

Mi espejo, más profundo que el orbe
donde todos los cisnes se ahogaron.

Es un estanque verde en la muralla
y en medio duerme tu desnudez anclada.

Sobre sus olas, bajo cielos sonámbulos,
mis ensueños se alejan como barcos.

De pie en la popa siempre me vereis cantando.
Una rosa secreta se hincha en mi pecho
y un ruiseñor ebrio aletea en mi dedo.

HIJO

Las ventanas cerradas
y algunas decoraciones deshojadas
La noche viene de los ojos ajenos
Al fondo de los años
Un ruiseñor cantaba en vano.

La luna viva
Blanca de la nieve que caía
Y sobre los recuerdos
Una luz que agoniza entre los dedos.

MAÑANA PRIMAVERA

Silencio familiar
Bajo las bujías florecidas
Una canción
asciende sobre el humo
Y tú
Hijo
hermoso como un dios desnudo
Los arroyos que van lejos
Todo lo han visto los arroyos huérfanos
Un día tendrás recuerdos.

HORIZONTE

Pasar el horizonte envejecido
Y mirar en el fondo de los sueños
La estrella que palpita

Eras tan hermosa
que no pudiste hablar
Yo me alejé.
Pero llevo en la mano
Aquel cielo nativo
Con un sol gastado
Esta tarde
en un café
he bebido
Un licor tembloroso
Como un pescado rojo
Y otra vez en el vaso escondido
Ese sueño filial
Eras tan hermosa
que no pudistes hablar.
En tu pecho algo agonizaba
Eran verdes tu ojos
pero yo me alejaba
Eras tan hermosa
que aprendí a cantar.

BALANDRO

Los recuerdos
se han fatigado de seguirme.

LA SENDA ERA TAN LARGA

Este viento venía de unas alas
Y los días pasan aullando al horizonte
Como un balandro joven
Crucé muchas tormentas
Entre canciones marineras
Todas las gaviotas
dejaron plumas en mis manos
Tras la última montaña
los meses descendían
Un póstumo cantar nos cerró la salida.

CAMPANARIO

A cada son de la campana
Un pájaro volaba
Pájaros de ala inversa
que mueren entre las tejas
Donde ha caído la primera canción
Al fondo de la tarde
Las llamas vegetales
En cada hoja tiembla el corazón
Y una estrella se enciende a cada paso
Los ojos guardan algo
Que palpita en la voz
Sobre la lejanía
Un reloj se vacía.

ADIOS

París
Una estrella desnuda
Se alumbra sobre el llano
Esa estrella la llevara en mi mano
En Notre Dame
los ángeles se quejan
Al batir las alas nacen albas
Mas mis ojos se alejan
Todas las mañanas
Baja el sol a tu hostia que se eleva
Y en Montmartre los molinos
la atmósfera renuevan
París
En medio de las albas que se quiebran
Yo he florecido tu Obelisco
Y allí canté sobre una estrella nueva
ADIOS
Llevo sobre el pecho
Un collar de tus calles luminosas
Todas tus calles
me llamaban al irme
Y en todas las banderas
Palpitaban adioses
Tus banderas de los nobles ardores
Al pasar
arrojo al Sena
un ramo de flores
Y entre los balandros que se alejan
Tus balandros que pacen en las tardes
Dejar quisiera el más bello poema
El Sena
bajo sus puentes se desliza
Y en mi garganta un pájaro agoniza.

MINUIT

Les heures glissent
Comme des gouttes d'eau sur une vitre
Silence de minuit
La peur se déroule dans l'air
Et le vent
Se cache au fond du puits
Oh
C'est une feuille
On pense que la terre va finir
Le temps
remue dans l'ombre
Tout le monde dort

UN SOUPIR
Dans la maison quelqu' un vient de mourir.

CARLOS PRENDEZ SALDIAS

Nació en 1892.

Poeta sin énfasis inútiles, que dice su amable palabra armoniosa en el tono menor de sus versos sencillos. Los "paisajes de su corazón" suelen ser, las más de las veces, los de sus emociones íntimas. Su poesía tiene toda la dignidad de una perfecta honradez espiritual.

Obras: «Misal rojo». 1914.—«Paisajes de mi corazón». 1915.—«El alma en los cristales». 1922.

Referencias: Dionisio Pérez, en «Mundo Nuevo», de Madrid. 1916.—Libro "Repiques", de Fray Apenta: Santiago. 1916.—Yamandú Rodríguez, en «La Razón», de Montevideo. 1917.—Eduardo Barrios, en «La Semana», de Santiago. 1922.—Ernesto Morales, en «Fray Mocho», de Buenos Aires. 1922.—Ernesto Bianchi, en «El Siglo», de Montevideo. 1922.

BALADA MONTAÑESA

Mujer, suelta la rubia cabellera
al loco viento del atardecer.
Verás que hay luz en la campiña entera
y una visión de claro amanecer.

Moja tu pie de lirio en la vertiente;
¡qué ágil el agua sentirás correr!
Y en el nuevo cantar de la corriente
hasta el labriego te ha de conocer.

Alza las manos de rosal florido;
tiende a la brisa su alba pequeñez;
todas las aves dejarán su nido
viendo que el aire empieza a florecer!

Canta al paisaje tu vivir sencillo
de quieta y ruborosa placidez;
será tu voz una canción de grillo
refrescando los oros de la mies!

Y deja el corazón en la fontana
de este brumoso pueblo montañés.
Cuando bajen por agua las aldeanas
¡han de sacar amores cada vez!

POR TODOS LOS CAMINOS

Te espero cada día, solo con mi verdad,
por todos los caminos de la tierra y del mar.

En mis sueños floreces con la sonoridad
de las voces que nunca me supieron llamar.
Y en la noche crecida, cuando la sombra es más,
tiendes la mano buena que no puedo lograr.

Las ternuras que guardo saben que has de llegar
en la luz de los cielos o en la brisa del mar.
Y se alargan mis brazos hacia la eternidad...
¡Y estos brazos abiertos no se quieren cerrar!

Acaso aguarde siempre que diga tu bondad
dónde llevar mi vida para hacerla soñar.
Tal vez nunca tus labios la palabra dirán
que a esta carne dormida la torne realidad.

Y acaso, acaso un día largo de claridad,
ya que estas manos torpes no te saben hallar,
por todos los caminos mi corazón se irá...

MI ESTRELLA

Tan vaga y pequeñita que en la noche azulada
tiene apenas el débil claror de una mirada.

Los ojos agresivos de los sabios austeros
inútilmente buscan en los altos senderos
la lumbre soñolienta de la estrella dormida.
Se niega a la mezquina ciencia de los austeros,
¡y encanta la brumosa nostalgia de mi vida!

Há siglos que los hombres a la noche preguntan
el lejano misterio de la estrella que falta;
yo, cuando las primeras luciérnagas despuntan,
siento el beso inefable de una estrella muy alta!

Quieren darle los sabios, en su ciencia pequeña,
un nombre, como a todas las estrellas vulgares,
y decir a la triste caravana que sueña:
¡apareció la estrella que se perdió en los mares!

Pero tú, la ermitaña de los cielos profundos,
mientras la ciencia diga su vanidad eterna,
has de seguir velada para todos los mundos,
¡y besando las aguas vivas de mi cisterna!

EL ALMA EN LOS CRISTALES

Parece a mis ojos una pena larga
tu calle lejana...

En las noches frías, cuando todos duermen,
yo cruzo tu calle muda y solitaria,
y vivo las horas
velando tu sueño desde la ventana.

En las noches frías, cuando todos duermen,
¿no queman tus ojos mis lágrimas?

Y pasa la noche.
Y llegan las luces primeras del alba.
Mi cuerpo y mi sombra
se van por tu calle muda y solitaria...

¿Amanece dormida en los cristales
la sombra de mi alma?

M I A

Estás aquí, perdida la mirada,
temblorosa la voz,
con la alegría de sentirte amada
y la tristeza de no darte en flor.

Yo que dejé mi vida abandonada
por no querer vivirla sin amor,
hoy la miro convulsa y estrechada
entre tus brazos y tu corazón.

Estás aquí, mujer tan esperada!
Tu juventud, mi juventud cansada,
la angustia de los dos
ardiendo en una sola llamarada...
¿Qué puede darnos el amor de Dios?

RUBIO SEÑOR JUDÍO...

Tú, que santificaste
todas las impurezas de María Magdala
cuando dijiste: «álzate,
no es lujuria maligna la lujuria que ama»;

Tú, que diste a los hombres
el sentido perfecto de la buena palabra
en la voz contenida
de tus últimas lágrimas;

Romántico imposible,
príncipe sin amores que hechizaste las aguas
y, al través de los siglos, todavía se aquietan
cuando sueñan el roce leve de tus sandalias;

Rubio señor judío
que hiciste abrir en rosas toda hierba malvada,
y a los resecos labios maldicientes
diste la miel de una plegaria;

¡Torna hacia mí los ojos sufridores
que nunca vieron pena extraña!
¡Deja que te bendiga
mi pobre corazón que no te ama!

FRESCO SOL MAÑANERO

(Con tu recuerdo, por los campos).

Fresco sol mañanero
perdido en la nubada;

rumorear del estero
como nota cansada.

Perfume lastimero
de la zarza quemada;

agüazal del sendero
blanco por la nevada...

Tiene un dolor viajero
la casa abandonada!

CARLOS ACUÑA

Nació en 1889.

El ha definido claramente su credo artístico en contestación a cierta encuesta literaria: «Dejarse llevar—ha dicho— por la emoción que me comunica mi amor a la naturaleza y la observación directa de la vida, ésto como fondo de creación. En cuanto a la forma, prefiero la sobriedad y la sencillez, a las que no falte cierta elegancia en su misma naturalidad. Dar la emoción con las palabras precisas. Tiendo a sujerir mas que a describir. Me repugna el detallismo, la declamación y la afectación. En el género predilecto que cultivo, tengo una gran admiración por Federico Mistral, especialmente en «Mireya».

Obras: «Floración agreste». 1907.—«A flor de tierra». 1913.—«Vaso de arcilla». 1917.—«Capachito». 1921.

Referencias: Eduardo Barrios: prólogo a «Vaso de arcilla».—Sobre «Capachito», por E. Barrios («Chile Magazine» 1922). —Omer Emeth («El Mercurio». 1922) Pedro E. Gil («La Nación». 1921).—Daniel de la Vega ("La Nación". 1921).—Hernán Díaz Arrieta (Prólogo a "Capachito").—Angel Cruchaga. "Zig-Zag". 1921.—Marcelle Auclair ("Diario Ilustrado". 1921).—Fernando Santiván ("Diario Ilustrado". 1913).

LA BALADA DEL DESAMOR

Esta ansia viva que me quema
me habrá algún día de matar:
ya están los cercos de mis ojos

hondos y negros de esperar;
y en los rosales de mi alféizar
ninguna rosa quedará
porque un rocío de ternura
nunca los viene a refrescar.

¿Por qué el perfume vagabundo
huérfano deja el rosedal
y no ha jugado en mis cabellos
ni roza el leño de mi umbral?
Junto a mi verja ha resbalado
y no oyó en ella suspirar,
como a muchachas desdeñadas,
las pobres rosas del rosal.

Corazón mío, que perduras,
en mi doliente juventud,
siempre bañado en la esperanza
con la embriaguez de un vino azul
que pone estrellas en los ojos
y adentro, el mal de la inquietud...
¿cuando serás la mariposa
que el amor queme en su áurea luz?

Ni la miel de higos del profeta
ni el oro rubio del panal
que las abejas rumorosas
han escondido en la oquedad,
tienen la idílica dulzura
que yo te guardo... ¿Y no vendrán
tus bellos brazos con el ánfora,
Samaritana, a mi brocal?

FLAUTA RUSTICA

Me anegaré en tu perfume
con una ansia de llorar,
en ti hincaré mis rodillas
y mis manos se hincarán
por dichoso de mirarte
y de volverte a encontrar,
por abrazarte de nuevo
tierra de mi mocedad...!

Por los caminos livianos
mi espíritu alegre irá
gozando en las florecillas
triscando en el verde herbal
con el solaz de la brisa
prisionera en la ciudad
que se va por los senderos
sin mirar a donde va!

Me enredaré en los ramajes
con la furia de un terral,
y peinaré los sembrados
con oleajes de mar;
y las plúmulas de cardo
al cielo se aventarán
blancas y leves, puñados
de semillas al azar!...

He de abrir mi alma y mis brazos
a la azul inmensidad
a las noches estrelladas,
al rebaño y al solar,
a las espigas de oro
y a las mieles del boldal.

Mojaré mi fauce seca
de la leche del corral;
yantaré del trigo rubio
que las mozas lavarán
y la harina de la piedra,
en mis labios blanqueará
en esta hambre y sed benditas
con que torno a mi heredad!...

CROQUIS NOCHERO

En el fondo del vaso
me persigue tu imagen
más viva que las luces
y la orquesta del Bar;
en un gesto romántico
lo vacío de un sorbo,
con el dolor tan dulce
de amar sin esperar.

Mi pupila se nubla
de una lágrima ardiente;
muerdo el cigarro, el humo
azul ¿dónde se fué?
Beber, beber muy triste,
mientras la orquesta alegre
te evoca en la lujuria
del shimy «Salomé».

Dejaré la taberna
sin lograr el nirvana;
podrá morir la carne
laxa por el gin sour,
mas, rabioso el espíritu
fiel al dulce martirio

se encenderá en tus ojos:
¡llama verde del mal!

Amanecer lechoso
de una lenta luz blanca
que agranda las ojeras
y el rictus del dolor.
El cuello del abrigo
me subo. Por la calle
ya no cruza ni una alma:
¿quién sabrá de mi amor?

TIERRA SOLARIEGA

Has venido a mi tierra bravía
de la niebla, y el viento, y el mar;
y tu ingenua y fragante alegría
se la supo, a la hostil, conquistar.
Y ha quedado tu dulce memoria,
como bello jirón de tu gloria,
perfumando en el viejo solar.

Hubo un recio, un huraño, un hidalgo
que jamás doblegara su airón
y después de tu ausencia sintió algo
que turbando está su corazón.
El corcel favorito ya no ama
y hoy el triste se quema en la llama
de una honda y extraña emoción.

Y se dicen los fieles labriegos
¿qué tristeza se come al señor?
Ya no gusta de lides y juegos
y a las bellas no brinda una flor.
Y repiten todos que es seguro

que el doncel ha sufrido un conjuro
y el conjuro ha de ser el amor...

Y en el mar, y la niebla, y el viento
el cuitado te siente vagar
y su voz te murmura un lamento
que es amante y rendido cantar.
¿No ha llegado el cantar a tu oído
o es que errante su voz se ha perdido
en la niebla, y el viento, y el mar?

LA MALQUERIDA

Fué voluptuosa y mala entre mis brazos buenos:
sus besos me entregaron las mieles intocadas,
supe sus abandonos y ahogué los venenos
de todas mis ligeras aventuras pasadas.

Quise hacerla tan pura como las alboradas
para santificarla sobre todos los cienos;
y mis manos amantes no turbaron sus senos
ni respondí al obscuro cerco de sus miradas.

Y porque la quería, como una hostia, pura,
para hacer de su sangre y de su alma comunión,
para darla el oculto caudal de mi ternura

con la fe de una dulce y sagrada devoción,
hoy, que ha arrojado el velo la bella estatua impura,
comprendo el fardo inútil de tener corazón...

MESON DE BAR

Ya han prendido los focos y las luces que brillan,
con reflejos alegres en los altos vitreaux;
por la calle los autos crepitantes y raudos
suenan roncas bocinas, en una exhalación.

Hay un bar que entreabre su mampara silente,
hay adentro una nube de tabaco y alcohol;
llega afuera el rasgueo de violines sensuales
y un couplet que es un grito de rabiosa pasión.
¿Entraremos? El frío de la calle nos hiela;
enguantadas las manos, aún no encuentran calor;
ya han perdido las otras que les dieran un día
tal como un fuego fatuo la ilusión de un amor.
(Eran manos pequeñas y muy blancas, herían
sin errar—dagas sabias—siempre en el corazón).
¿Entraremos?... Entramos; aquí la estantería
y los vasos... Ventrudos nos esperan los chops;
se alinean, brillantes, los venenos sombríos:
Cognac, Whisky, Gin, Bitter, Vermouth, Ron y Pernod.
¿Una clínica? Viene; trae un delantal blanco...
¡Los enfermos son tantos aquí frente al mesón!

Nos ha visto la faz desmayada y sombría
y se acerca a nosotros: —¿Que se sirve, señor?
—Un brevaje de olvido, algún filtro de ensueño,
una droga en un vaso, para más no pensar,
para más no saber qne ocultamos la pena,
la infinita tristeza de olvidar, olvidar...
Allí estamos mirando lo que resta en la copa:
¿Cuántas veces vaciamos el sonoro cristal?
Y sentimos una ansia que del pecho nos sube,

y que nunca tenemos el valor de gritar:
—¡Sois hermanos los pobres que venís a aturdiros,
al mesón de los bares, en el atardecer!
Venís todos los tristes, los que ya lo perdieron,
los que sueñan en vano en un dulce querer...
Y venís cuando enciende la ciudad sus hogueras,
a esconder vuestras cuitas aquí, junto al mesón
a buscar una droga, un brebaje, un veneno,
porque nadie se entere que tenéis corazón!

ALBERTO MORENO

Nació en 1886. Murió en 1918.

Una vida triste, silenciosa, que pasó como una sombra.

Temperamento obscuro y torturado, que se desesperó ante la angustia de la realidad cotidiana, viviendo una intensa tragedia interior, cuya temprana muerte llegó a libertarlo de las siete espadas.

Sus estrofas han quedado dispersas en las revistas juveniles.

Referencias: Artículo de Fernando Osorio. (El Universitario, 1920). —«Selva lírica »

CORROSIVO ESPIRITUAL

Mi tristeza es horrible, por lo fría,
tiene vahos de osario y la marea
de algún sollozo eterno de agonía
que a través de la especie se procrea.

Esta pena viscosa, reguladà
por todos los latidos. ¿es la mísera
tristeza subterránea de la Nada
que me corroe víscera por víscera?

¿Es el dolor de ser, de lo latente,
aparejado con el fatalismo
de las leyes del orbe? ¿Es el mordente
de un ayer de sepulcro? ¿Es el abismo?

Mi duelo es un reducto de ancestrales
grietas de almas ganosas de infinito;
es la angustia de todos los ideales
estrangulados en un mismo grito.

Este mal, infiltrado hasta en la esencia
del Yo, adobado con mixtura de astros,
vegeta cual la muerte en la conciencia
y no pasan del ánima sus rastros.

En el día rebalsa sus venenos,
hace buscar el oro de los mares,
el hondo cielo y horizontes llenos
con luces de quimeras seculares.

Hace adorar los pianos y las aves,
el candor de los niños, los colores
que alucinan, la estela de las naves,
las albas y los vientos y las flores.

En la noche repliega los sudarios
y concentra en el alma su brebaje;
y soy entonces un *estradivario*
con los nervios en fúnebre cordaje.

Escalofrío, miedo que gangrena
en un fondal de lágrimas ocultas,
galvanizan la médula de pena
con temblor de cenizas insepultas.

¿En qué farmacopea legendaria
se halla el tóxico mío, y en qué física
la ley de su mordente? ¿Visionaria,
fatídica tragedia del espíritu
o algún despojo de la metafísica?

ASILO TAUMATURGO

Yo quisiera el Destino limitar a mi gusto,
a fin de no sufrir sus obras de imprevisto,
y vivir del azar sin placeres ni susto,
como de un aire anexo al éter en que existo.

Entonces la parcela de vida que me toca
será un predio sereno, cerrado y armonioso;
ozonos familiares incitarán mi boca
y el viento de las cumbres no invadirá mi foso.

Mi espíritu, liberto de atracciones extrañas,
vagará por el huerto de las cosas sabidas,
ajeno a los efluvios de invisibles montañas
sin vibrar con las leyes hondas, desconocidas,

Y formará los trazos de su nueva existencia
para hacer paraísos interiores y nidos,
en que se arrulle sólo su ser dentro la esencia
y no llegue de afuera la vida de los ruidos.

Después, cuando el hastío filtre sus exterminios
y los años en ruina devoren los momentos,
el encantado huerto abrirá sus dominios
hacia todos los mares y hacia todos los vientos.

UNA MARITORNES

Morena, bravía y sólida,
sin lujos y sin histerias,

llevas el campo en el alma,
la ciudad en la cabeza.

Ulpo, leche, agua de río
—cuando estás en la taberna—
resucitan en los vasos
con nostálgica belleza.

Y tus ojos ciudadanos,
de hembra firme, obscura y nueva,
se cierran en un revulso
de remembranza y de pena.

Tus sensualismos son sanos
como tu piel y tus venas.
La maternidad ansías
viviendo como ramera!

Y en los lechos mal pagados
donde el goce apuñalea,
rezas tu oración antigua,
olor a ruca y a selva.

MUSA MODERNA

Mi musa está incurable, destruída.
¡Si la vieran, Dios mío! Los terrores,
los vértigos, fatigas de la vida,
la ahogan con enormes estertóres!

Pobrecita! Tendida en los escombros
de un violento existir, mira, recuerda...
Con la fatalidad sobre los hombros,
no hay reptil ni dolor que no la muerda.

Mi musa está incurable. Las promesas
de los sueños no existen. Las quimeras
se fueron como tropa de posesas,
cual fastuosas y bellas calaveras.

Agotó su vendimia de ideales;
ni una brizna encontró para su nido,
ni restañó la sangre de sus males
el curandero vago del olvido.

Hoy adora placeres misteriosos,
donde hay fósforo, azufre, valeriana;
donde hay espasmos tétricos, nerviosos
y un regusto supremo de nirvana.

Irónica, impotente, ya no hay plectros
que encanten el retiro en que se abisma;
tan sólo se solaza con espectros
redivivos del fondo de si misma.

En las tardes el pecho le tortura
un deseo voraz al cual se aferra
sed de una apocalíptica ternura,
hambre de nuevo cielo y nueva tierra.

Pero no hay fuego, sueño ni embeleso,
las venas muertas y los brazos rotos,
los labios impotentes para el beso,
los éxtasis obscuros y remotos...

Musa: Un secreto fuego te reanima;
prepara tus miserias, tu tesoro;
el éxodo supremo se aproxima
con sones de arpas y mirajes de oro.

Cuando la eterna pálida te encuentre
pronta para partir, tal vez recobres
el inmenso ideal de abrirte el vientre
para nutrir el sueño de los pobres.

AGONÍA DE UNA BELLEZA

Tu belleza se muere, pobre princesa mía;
ya tus ojos reflejan zonas crepusculares,
el otoño en tu carne pone su boca fría
y en tus labios fallecen los azules cantares.

Esas voces de sueño, nunca más las alcobas
llenarán con sus ojos rítmicos y suntuosos;
ya tus flancos se pierden, no como antes arrobas
con los senos redondos, firmes y milagrosos.

Nunca ya sobre el piano vendrán resurrecciones
de primaveras vastas y deseos de amar,
no llenarás tus ojos con las mudas visiones
de navíos y diques y un domingo en el mar.

Todo el mundo bravío, los imperios del Nervio,
las lejanas comarcas de fiebre de pasión,
no tendrán sus riquezas ni el empuje soberbio,
ni savia de la tierra, ni sed, ni rebelión.

Ya las grandes quimeras buscan las sepulturas;
el Ideal, inválido, guarda sus armas rotas;
los besos han perdido sus divinas locuras
y las manos se alargan glaciales y devotas...

¡Y pensar que un poema indefinible llega
a morir como tantas frías vulgaridades,
en el turbión monstruoso de pavura que ciega,
en la vida que pasa con sus obscuridades!...

MI GIGANTA

(A Carlos Baudelaire, como inspirador).

Maestro: Yo no sueño con las gigantas tuyas;
tengo una mujer viva, más real y fabulosa:
es moderna, vibrante—para que tu te instruyas
de los raros progresos de esta edad contagiosa.

Mi giganta no tiene las perezas serenas,
no es matrona, ni diosa, ni estatua simbolista,
sus carnes, sus ensueños, sus linfas y sus venas,
son savias, floraciones, de una magia realista.

Si la vieras, poeta, con su gran compostura,
tú que siempre soñabas artificios extraños,
en sus pasos ambiguos y en su inmensa figura
pierden sus agresiones la ceba de los años.

Si la vieras cruzando las plazas dilatadas,
con su belleza rubia y el aire distraído;
los muslos prepotentes, las piernas ignoradas:
todo el firme tesoro debajo del vestido.

La veo en las mañanas, las siestas y las tardes
—viviente hechicería de la ciudad atroz—
como un poema enorme sin énfasis ni alardes,
nacido en el silencio para el vicio de un dios.

A veces he seguido su vasto encantamiento,
el hondo poderío de este fruto, salud
de rancios desdichados, sin más resarcimiento
que madurar sus sueños dentro del ataúd.

He visto en sus ojeras y el mirar clandestino
telepatías hondas de noches solitarias,
tatuajes que no marcan vulgaridades, sino
divinos espejismos de sexos y plegarias.

¿Quién sabe los misterios de este vasto organismo?
¿Quién llega a los dominios de su rica nirvana?
¿Será desmesurado como el cuerpo el abismo
de su quimera sobre la forma sobrehumana?

Poeta: no la quiero como fría giganta,
como tú, al desear los encantos serenos,
los pródigos regazos de una ternura santa
«al dormirte besando la sombra de los senos»;

la quiero como un monstruo bendito y formidable
de estas pobres ciudades, de estos pobres poetas;
su fenómeno adoro—bálsamo saludable—
para mi gran fastidio, mis torturas secretas.

PEDRO SIENNA

Nació en 1893.

Al margen de su existencia andariega, de pueblo en pueblo, siguiendo los caprichosos derroteros de la farándula, ha escrito sus poemas, en los cuales ha dejado adivinar todas las inquietudes de su vida errante y romántica.

Entre el tinglado y la poesía comparte su vida de bohemio, de incorregible y anacrónico soñador.

Obras: «Muecas en la sombra». 1917.—«El tinglado de la farsa». 1923.

Referencias: Artículo de Hernán Díaz Arrieta («La Nación». 1922).—Artículos de Omer Emeth («El Mercurio. 1917, 1922).—(«Zig-Zag». 1917).—(«Ultimas Noticias». 1917).

AUTO-CROQUIS

Yo soy así... Mi vida es una ilusa
batalla por el Arte y por el Beso.
Tengo un gran corazón. Tengo una musa.
(Una musa gentil... de carne y hueso).

Creo en Dios. Más en mí. También en eso
que consiste en hacer lo que no se usa.
No soy un Salomón. Ni soy un Creso.
...Sólo de ser bohemio se me acusa.

Me encanta trasnochar con charla y vino,
engañando el dolor de una quimera
que se pierde en la curva de un camino.

Y con todas mis fuerzas idolatro
(además de mi madre) la viajera
farándula sin rumbo del teatro.

ESTA VIEJA HERIDA...

Esta vieja herida que me duele tanto,
me fatiga el alma de un largo ensoñar;
florece en el vicio, solloza en mi canto,
grita en las ciudades, aúlla en el mar.

Siempre va conmigo poniendo un quebranto
de noble desdicha sobre mi vagar.
Cuánto más antigua tiene más encanto...
Dios quiera que nunca deje de sangrar!...

Y como presiento que puede algún día
secarse esta fuente de melancolía
y que a mi pasado recuerde sin llanto,

por no ser lo mismo que toda la gente,
yo voy defendiendo, románticamente,
esta vieja herida... que me duele tanto!...

ASÍ SE PASA LA VIDA

Levantarse a la una de la tarde. Vestirse
con toda la pachorra de un millonario inglés.

Colocar una perla en la corbata. Irse
al ensayo, que empieza a las dos o a las tres.

Ensayar, chismorrear y fumar. Aburrirse
muy soberanamente hasta el final. Después
dar una vuelta en coche por el Parque. Sentirse
un poquito bohemio y otro poco burgués.

El *vermouth*, con amigos, piano, flauta y violines.
Hablar mal de la Empresa, del teatro y los cines.
Cenar luego a la carta. Y a las nueve: ¡función!

Trasnochar hasta el alba. Creer en la promesa
de una boca pintada que muerde cuando besa.
...Y entretanto, ¿qué ha sido de ti, mi corazón?...

CUANDO CAE EL TELÓN

El público se marcha... Y en la sala vacía,
cuando apagan las luces después de la función,
las butacas se quedan con esa simetría
que recuerda los nichos helados de un panteón.

Los telones, que cuelgan en la escena sombría,
parecen los andrajos de un mundo de ilusión;
los andrajos de un mundo de embustera alegría
que una noche de fiebre ideara un bufón.

¡Qué silencio más triste!... Cuando llega esta hora
en que se va la última artista bullidora,
uno se pone serio y duele el corazón.

Qué sensación más rara de inquietud y de miedo,
que obliga a andar despacio y a conversar muy quedo,
cuando acaba la farsa... cuando cae el telón!...

DOMINGO GÓMEZ ROJAS

Cuando apenas comenzaba su vida literaria este poeta, que fué un ardoroso convencido de la injusticia social, tuvo que sufrir el vejamen de un verdadero martirologio: encarcelado arbitrariamente, a raiz del asalto y destrucción del club de la Federación de Estudiantes de Santiago, en los días más vergonzosos que pueda recordar esta tierra para el respeto de la libertad individual, murió en la cárcel, una de esas prisiones donde todavía se perpetúa un sistema represivo muy en boga en ciertos países de horca y cuchillo.

Dispersa en las revistas ha quedado la mayor parte de la obra de este poeta, que manos cordiales acaso reunan en un volumen. Ella contribuirá a fundar, sobre el recuerdo de su vida malograda, el prestigio de un recio talento, hondamente sincero, patético y doloroso.

Nació en 1896. Murió en 1920.

Obras: «Rebeldías líricas». 1913.

Referencias: Número de «Juventud» (Año II, tomo II): Domingo Gómez Rojas. Dos meses de odisea en la vida y en la muerte. El poeta en la cárcel.—Artículo de Roberto Meza Fuentes; opiniones de Julio Molina Núñez Angel Cruchaga Santa María; Alberto Hidalgo.

DIVINIDAD

Como un milagro siento que la vida
florece con la sangre de mi herida.

(Sobre mi corazón pongo la mano...
Siento como se pudre mi tristeza).
El éxtasis de Dios es mi belleza
y el éxtasis de Dios no está lejano.
(Tiembla mi corazón estremecido:
sobre mi corazón Dios se ha dormido).

MOTIVO

La tristeza en mi carne se ha tornado elegía...
(Presiento los gusanos que han de roer mi carne).
Se ha llenado mi vaso con la melancolía.
(Con sólo abrir los brazos soy cruz de mi martirio).
(El viento enreda símbolos por todos los caminos).
En mis silencios graves pienso llegará un día
que sentiré a la tierra sobre mi boca fría
y entonces los gusanos de mi carne sombría
descorriendo el sudario me dirán la armonía
que fué perenne sueño para mi exantropía...
(Tórnense en mariposas y en flores los gusanos).
La tristeza en mi carne se ha tornado elegía...

ARS

La belleza inmortal no resiste la norma
de la muerte, del ritmo, del verso, de la forma:
a veces en la música de algún verso se enreda
o en un símbolo deja su tactación de seda.
Inefable y desnuda se va del pensamiento;
pero a veces ¡milagro supremo del momento!
transfigura en divinos los éxtasis humanos,
torna en estrellas de oro los carnales gusanos...

(Y luminosamente y silenciosamente,
la eternidad nos pasa temblando por la frente).

RUEGO

Déjame, madre, sólo, frente al cielo dormido;
no digas mal del cierzo ni pretestes querellas;
no importa que la noche me dé besos de olvido:
quiero sentir mis ojos florecidos de estrellas.
¿Qué me hará mal? No importa; sólo así, madre mía,
tendré resignación de morir cuando muera
y podrá sonreír de la melancolía
con la sonrisa inmóvil mi propia calavera.

ÉXTASIS

Ante el santo paisaje me detengo
con la solemnidad de alguien que mira
la belleza de Dios, ¡virgen desnuda!
Y como blanda mano sobre el labio,
siento que la palabra se me interna
como un grumo de miel, y que me callo.
Y así, frente al paisaje, a la divina
belleza del paisaje, sólo siento
la sensación imperceptible y diáfana
de no sentir la carne ni la vida...
¡Y el éxtasis de Dios me inunda todo!

ELEGÍA

Madre: cuando hayan muerto nuestra carne y el mundo,
cuando ausentes del cuerpo las almas tengan alas;
cuando armoniosamente lo invisible y profundo
nos lleve por divinas ascenciones de escalas
supervive la esencia de mi triste palabra,
supervive tu amor, pues en él me consagro
para la vida eterna, y espero que Dios abra
para tus santidades las manos del milagro;
y cuando nos gocemos de la vida futura
supervive el pasado de este valle desierto
para que entonces, juntos, lloremos con dulzura
por esta tierra de hoy que será un astro muerto...

MISERERE

La juventud, amor, lo que se quiere,
ha de irse con nosotros. ¡Miserere!

La belleza del mundo y lo que fuere
morirá en el futuro. ¡Miserere!

La tierra misma lentamente muere
con los astros lejanos. ¡Miserere!

Y hasta quizás la muerte que nos hiere
también tendrá su muerte. ¡Miserere!

ELEGIAS

I

Cielo azul y sol de oro. Un vuelo de palomas,
y errantes golondrinas y un tañer de campana;
y nostalgias del ángelus, de vésperos y aromas
y una visión de ensueño: la casita lejana.
Y mi madre en silencio, llorando mi tristeza
es en este crepúsculo una rosa de invierno
que mustian los ensueños de una clara belleza
y deshojan los vientos que vienen de lo eterno.
Tu dolor, madre mía, mi dolor, no son nada.
Sobre esta tierra huraña, de quebranto en quebranto,
cerremos nuestros párpados, la pestaña mojada,
y alcemos nuestro ensueño sobre el valle del llanto.

II

Tú que has sido una santa tendrás paz inefable
y música de coros de bienaventurados
y yo habré de llegar al país admirable
de la leyenda de oro de reinos encantados.
Soñemos. Algún día sobre una tarde, juntos
sentiremos rumores, voces que están llamando;
la voz de nuestros muertos que soñamos difuntos
y que hace mucho tiempo nos están esperando.

III

Haya paz en tus ojos y perfume en tus manos.
Desde un hervor que espanta, éste, tu hijo maldito,
te ama por sobre el tiempo, por sobre los arcanos
y ha de seguir tus huellas por el mismo infinito.

Más allá de la muerte, de cielos o de avernos...
Más allá de los astros te seguirá mi paso;
alma, sombra o fantasma, o tendremos que vernos
o un mismo hondor de tierra será nuestro regazo.
Un hueco con cenizas. Todo mi amor lo espera.
Sueña con tu hijo, madre. Sueña tu alma que clama
que nuestra fe inmortal rompe toda huesera
y a la sutil ceniza la transformará en llamas.

IV

Sin tí, madre, la vida sería un don maldito;
una infame limosna de la carne sufriente;
pero tu amor, es rosa y es cristal inaudito,
es la divina música y es pensarosa fuente.
Hace ya muchos siglos que te vivo y te siento.
Mi tristeza es belleza de un extraño destino,
hacia tí me llevaba este o esotro viento
hacia tu eternidad ese o aquel camino.
Como tú eras eterna, como tú eras divina,
como sobre tu frente caminaron los astros;
me creaste divino por gracia peregrina:
la eternidad, sumisa, seguirá nuestros rastros.

V

Por tí, la raza humana, madre, se transfigura
ante mis pobres ojos, por tu amor se redime
la carne y la pasión. Por tu inmensa dulzura
nació en mí la piedad para el hombre que gime.
¡Dolor de ser tan triste y tener que ser bueno
porque siempre en mi frente siento que están tus manos!
¡dolor de ser dulzura para tanto veneno
y de tener el alma puesta en astros lejanos!
¡Dolor, madre, dolor, de escribir mi elegía
por darte en rosas pálidas un secreto tesoro!
¡Dolor, madre, del canto que profanará un día
un mendigo, un tirano y el becerro del oro!

¡Dolor, madre, dolor de tener que cantar
porque un nudo fatal se anuda a la garganta
dolor de no poder odiar, y amar, amar
a un pueblo vil que deja poner en sí la planta!
¡Dolor, madre, dolor de tener que vivir
y amar la vida cuando lo vulgar mancha el mundo;
y dolor de saber que se ha de revivir
soore una tierra pura que mancha el rico inmundo!

PROTESTAS DE PIEDAD

En esta Cárcel donde los hombres me trajeron
en donde la injusticia de una ley nos encierra:
he pensado en las tumbas en donde se pudrieron
magistrados y jueces que hoy son polvo en la tierra.

Magistrados y jueces y verdugos serviles
que imitando, simiescos, la Justicia Suprema
castraron sus instintos y sus signos viriles
por jugar al axioma, a la norma, al dilema.

Quisieron sobre el polvo que pisaron, villanos,
ayudar al Demonio que sanciona a los muertos
por mandato divino y en vez de ser humanos
enredaron la urdimbre de todos los entuertos.

Creyeron ser la mano de Dios sobre la tierra,
la ira santa, la hoguera y el látigo encendido,
hoy duermen olvidados bajo el sopor que aterra,
silencio, polvo, sombra, ¡olvido!, ¡olvido! ¡olvido!

II

Y pienso que algún día sobre la faz del mundo
una justicia nueva romperá viejas normas

y un futuro inefable, justiciero y profundo
imprimirá a la vida nuevas rutas y formas.
Desde esta Cárcel sueño con el vasto futuro,
con el tierno sollozo que aún palpita en las cunas,
con las voces divinas que vibran el puro
cielo bajo la luz de las vírgenes lunas.
Sueño con los efebos que vendrán en cien años
cantando himnos de gloria resonantes al viento;
en las futuras madres cuyos vientres extraños
darán a luz infantes de puros pensamientos.
Sueño con las auroras, con cantos infantiles
con alborózos vírgenes, con bautismos lucientes:
que los astros coronan a las testas viriles
y su claror de seda es un chorro en las frentes.

III

Desde aquí sueño, Madre, con el sol bondadoso
que viste oro diáfano al mendigo harapiento,
con las vastas llanuras, con el cielo glorioso,
con las aves errantes, con las aguas y el viento.
La libertad del niño que juega sobre un prado,
del ave que las brisas riza con grácil vuelo;
del arroyo que canta, corriendo alborozado;
del astro pensativo bajo infinito cielo;
La libertad que canta con las aves y es trino,
con los niños, es juego; con la flor, es fragancia;
con el agua canción, con el viento divino
véspero, errante aroma de lejana distancia,
Todo es nostalgia, Madre, y en esta Cárcel fría
mi amor de humanidad, prisionero, se expande
y piensa y sueña, y canta por el cercano día
de la gran libertad sobre la tierra grande.

ELEGIA POR MI HERMANO

De pronto una gran sombra por la sombra se advierte.
Todos quedamos mudos a la invisible suerte.
Temblando, por las sombras, quedó una sombra fuerte
y todos sollozamos presintiendo a la muerte.

La carne de mi hermano tembló como aterida.
Mi madre, quebrantada, sollozó estremecida.
Fué un momento indecible de súplica a la vida.
¡Juventud de mi hermano para siempre dormida!

Salí al jardín. La fuente por siempre estaba muda.
Con un dolor enorme mi garganta se anuda.
Después lloré... lloré... Sólo sé que en mi duda
temblaba por los cielos una estrella desnuda.

* * *

La noche se clavó por los cielos lejanos.
Dios tembló en los rosarios y tembló por las manos.
Un divino presagio retumbó en los arcanos
y se transfiguraron los destinos humanos.

Con mi alma toda en pena salí del aposento.
Sobre mi corazón gravitó aquel momento
como una eternidad.
En decir lo inefable pongo en vano mi intento.

El cielo era un inmenso árbol azul florido,
la eternidad pasaba con sus alas de olvido.
La emoción de los tiempos trasminó mi sentido.
¡Quedé solo en la tierra frente al cielo dormido!

MARÍA ANTONIETA LE-QUESNE

De esta muchacha, romántica y sentimental, podría decirse lo que del personaje de Eça de Queiroz: vivió como una sombra; escupió un poco de sangre y pasó como una sombra.

Queda de ella el recuerdo de un pequeño libro y algunos originales que acaso se publicarán algún día.

Obras: «Recodo Azul». 1921.

Referencias: María Antonieta Le-Quesne, prólogo al «Recodo Azul». —«El Mercurio», 1921.

U M B R A L ...

Entrad y sean silentes
vuestros pasos, al bajar
a las honduras sublimes
de esta morada de paz.

Y quitad vuestros calzados
callejeros, al entrar;
quitad vuestras vestiduras,
compañeros, y pasad...

Este peregrino asilo
—para vosotros no más—

besará vuestros espíritus
con un hálito de paz.

Entrad por la puerta humilde,
compañeros de verdad...
Bajad conmigo a este templo,
ungidos de santidad...

ALMA QUE MUERES DE AMOR

Alma que mueres de amor,
dime lo que es despertar
en la alborada de Dios,
cuando se muere de amor.

Yo sé lo que es enfermar
y agonizar de pasión,
pero no he sabido amar
para morirme de amor.

Alma que mueres de amor,
dime lo que es enfermar
para morirse de amor...
¡Yo sólo sé agonizar!

Y, para hacerme morir,
sé que no habrá otro dolor:
en el curso del vivir
no he sentido otro mayor!

Y no me quiero morir
si no me muero de amor,
porque yo quiero vivir
la agonía del amor...

Alma que mueres de amor,
dime lo que es enfermar
para morirse de amor...
¡Yo sólo sé agonizar!

SE QUE SOY DE LA MUERTE

I

Sé que soy de la muerte
como la muerte es mía:
que son cortos mis días
de peregrinación
con esta cruz..

Sé que la muerte es mía
como soy de la muerte,
y que todos vosotros
me iréis después en pós...
pero siento la angustia
de esta lenta agonía
con acritud salvaje,
con desesperación!...

II

Sé que un día, mi cuerpo, ya gastado,
alzará, en un recodo del camino,
con su armazón de huesos y de carne,
la cárcel implacable de mi espíritu...

Uno a uno los míos
veré alejarse, entonces,
con temor al contagio,
que no podré evitar...

Y ya no habrá veladas,
ni lecturas de versos,
ni música, en las noches
de luna, junto al mar...

III

...Y pensando en la muerte
y pensando en mi espíritu,
me acordé de vosotros,
caros hermanos míos,
que, enfermos de tristeza,
de soledad y hastío,
vagáis oscuras sendas,
con más o menos alma,
con más o menos penas...

Y siento la tristeza
de no poder hundirme en la belleza
de vuestros armoniosos
poemas inefables,
que aromarán la senda
por donde fué mi vida
como un grano de arena.

Sé que soy de la muerte
y que me está cercana:
esta lenta agonía
ve las vaci!aciones del espíritu,
que presiente la vida en un futuro
que no ha podido nunca definir...
.....

Hermanos:
Yo presiento las alas del espíritu
acercarse a mi cuerpo.

IV

Si... todos mis amigos
olvidaran mis versos...
(Sentiré que me alejo
con tristeza en las alas...)

El silencio se hará sobre mis labios
con una mueca trágica
de rencor al olvido;
sentiré el aleteo de mi espíritu,
extraño,
como un crujir de huesos
que ruedan a un abismo...
Y en mi morada triste
abrirse con más ansias el vacío!

Vuestros recuerdos, todos,
serán un sólo rayo:
¡Cristalicen mis ansias,
como fuego de Dios!...

TERCERA PARTE

TERCERA PARTE

1920...

La mayor parte de los poetas que figuran en este siclo, que se abre como una perspectiva de indefinida renovación hacia un futuro insospechado, lleva hecho un comienzo esencial: el aprendizaje del canto, que decía Gide. Jóvenes la mayor parte de ellos, han comenzado a anticipar la obra de madurez cuando los de la generación anterior aún no salían de los ingenuos balbuceos.

Los últimos, cuyas obras, en mas de un caso, están aún en agraz, traerán, acaso, la sorpresa que todos aguardan siempre del mañana.

Talvez no están todos y solo el correr de los años se encargará de irlos revelando en la sorpresa luminosa de cada día.

Mientras los anteriores dieron todo lo que un árbol puede ofrecer hasta su hora grávida, estos solo anticipan mucho de lo que toca aguardar del eterno mañana y de la estremecida primavera.

Muchos de ellos conmenzaron a publicar sus versos durante el último lustro que antecedió al año veinte; pero, la mejor parte de sus obras, es más reciente y más inmediata. Con ellos se abre una nueva época, sobre cuya importancia habrá de resolver el próximo futuro. Por lo demás, nunca hubo mejor justiciero que el tiempo.

Acaso, al cerrar esta página, cabría recordar el eterno Laudi del poeta: oh primavera, juventud del alma; juventud, primavera de la vida.

TORRES RIOSECO

Desde el regreso a Méjico de Pedro Henriquez Ureña, ocupa Torres Rioseco la cátedra de literatura en la Universidad de Minnesota. Alejado de Chile, colabora, desde hace algunos años, en las revistas más difundidas del continente: «Nosotros de Buenos Aires», «Repertorio Americano» de Costa Rica, «Cuba contemporánea», etc.

Buen poeta, crítico de fina sensibilidad, puede contarse entre los valores mas avanzados de la nueva literatura chilena.

Obras: «En el encantamiento». 1921.—«Walt Whitman». 1922.

Referencias: Roberto Brenes Mesen: Presentación. (Prólogo de «En el encantamiento»).—Repertorio Americano. 1922.

ANA RUNGE

Es ondulante y fina como
la filigrana de Banville,
Rubén la hubiera apellidado
la princesita de marfil.
El sol la enferma y le hace daño,
y cómo no, si es tan sutil
la dulce y triste Anita Runge,
la princesita de marfil.
Ama los cielos otoñales,
las palideces del color;

sus ojos claros no han entrado
por los palacios del amor.
Tiene las manos melodiosas,
y las pupilas de zafir,
tiene el cabello de oro nuevo
la princesita de marfil.
A veces miro su belleza
y pienso, acaso fuera así
la niña triste a quien Edgardo
dió el nombre azul de Annabel Lee.
En Chile hay tanta vida y tanta
rosa de fuego y tanto amor
que los poetas se olvidaron
de la fontana y de la flor.
Pusieron rima dulce en todo
lo que es vibrante y es sutil,
nadie ofrendó su rosa lírica
a mi princesa de marfil.
Mi vida amarga le ha ofrendado
la suavidad de su canción;
cuando la pongo en mis estrofas
me duele mucho el corazón.
Dios sabe que mi mejor ansia
fué, como un ramo de jazmín,
llevar bien hondo la memoria
de mi princesa de marfil.

BROADWAY

Broadway... Broadway... Broadway...
El Molin Rouge ardiendo,
el Bulevar ardiendo...

La carne blanca está desnuda,
cuellos potentes y sabrosos,

pechos livianos y olorosos,
la carne está también ardiendo.
Hembras que son provocativas,
brazos que son serpientes vivas,
las cabelleras encendidas,
las bocas dulces y lascivas.
Mujer de ojo celeste y pecho
que ha de ser rosa sobre el lecho,
mujer la del abrazo estrecho
y la del dorso bien derecho.
Mujer, pasión y llamarada,
hembra de boca colorada,
de la cintura bien torneada,
de la pupila como espada.
Mujer, mujer, mujer, mujer,
corred en busca del placer,
ya queda poco que beber,
la vida es corta al fin, mujer.
El oro es rubio y es fragante
como la carne de un infante,
el oro, el vino y el amante...
Pieles, ajorcas y diamantes.
Broadway, Broadway, Broadway,
la muchedumbre enloquecida,
el sub-way vibra; la Avenida
Quinta es la senda de la vida.
Amad a Broadway
con Vaudevilles y Cabarets,
Chop Sueys y Five Cents Stores,
automáticos y cafés.
Por aquí el viejo millonario,
caricatura de dromedario,
luce su estómago insaciable
como el tonel de las Danaides.
Acá la dama que es princesa,
—rey del acero o la cerveza
es su consorte—la cabeza

alza divina de belleza...
...Tacón de gala, pie menudo...

Los tigres pasan entre pieles
agazapados y crueles,
el verbo tiene siempre mieles,
gacela, bebe de sus hieles.
Van las menudas midinetes,
el tigre canta sus diretes;
los ojos se hacen estiletes
y las palabras son floretes.
Pasan los negros cavernarios,
negros de un negro milenario,
ayer esclavos africanos,
hoy son los norte americanos.
Pasan mancebos españoles,
aceitunosos orientales,
gente del país de los soles
y de los continentes glaciales.
Pasan los nobles argentinos
avergonzados y mohinos;
gaucho fornido, pura cepa
de las regiones de la estepa.
Mexicanos y escandinavos,
polacos, rusos, italianos,
chilenos, alemanes, eslavos,
chinos, franceses y peruanos.
Cantad, cantad razas diversas,
estáis en la ciudad de las luces,
reíd, mancebo de la Persia,
con los salados andaluces.
Reíd, judías lujuriosas,
quemad vuestra carne de rosas,
dad vuestro sexo prepotente
y herid con vuestro firme diente.
Melancólicas japonesas
de las miradas soñadoras,
con vuestras raras sutilezas

sois las princesas de la aurora.
Alegría de Broadway,
alegría bulevaresca,
alegría de macho y hembra,
canalla, loca, principesca.
Abajo con las convenciones,
abajo todas las morales,
hagamos de los corazones
la ronda de las saturnales.
Bebamos el champaña de oro,
besemos boca bien madura,
sea el poema bien sonoro:
placer... locura... más locura.
Matemos la melancolía,
destruyamos la filosofía,
la voz del indio yo hago mía:
alegría, alegría, alegría.
De macho y hembra es la fortuna,
corra el placer desde la cuna,
el mordido por la mala fortuna
cante a los cuernos de la luna.
Broadway... Broadway.. Broadway...
bulevaresco y saturnal,
mi musa mora y araucana
es loca, fuerte y es sensual

El Bulevar ardiendo...
El Molin Rouge ardiendo...
la carne blanca ardiendo...
Broadway... Broadway... Broadway...

VERSOS DE PROFECIA

Señor Jesucristo, por mi siglo veinte,
por bueno y por malo, por toda la gente,

déjame decirte la súplica ardiente.
Porque el tigre rompa carnicero diente,
porque un cataclismo corra de repente
sobre el mundo malo de oriente a poniente.
Señor Jesucristo, que resucitaste
al tercero día que el mundo dejaste,
mira que mi siglo tu amor no malgaste.
Mira que desnudas y desmelenadas
como una manada de yeguas caldeadas
andan las pasiones ya desatentadas.
Te niegan los chulos y los comerciantes,
ya no se protegen de tí los amantes,
por negras faunalias los negros turbantes
de tus cardenales modernos y bravos
van pasando en manos de inmundos esclavos
de pueblos latinos y pueblos eslavos.
Señor Jesucristo, tu aliento de cumbre,
tu palabra lenta, tus ojos de lumbre
derritan la costra de esta podredumbre.
El loco germano que quiso perderte
—su lengua era bronce, su cerebro fuerte—
nos dió sus venenos y sales de muerte.
Por él los nacidos de matriz humana,
el gesto batracio, la idea pagana,
hacemos letrina de mitra romana.
Te adoró en España todo caballero,
el germano rubio te negó primero,
el blasfemo Nietzsche y el diablo Lutero.
Pero ya se anuncian las grandes pavuras;
llameará la tierra por sus aberturas,
se alzarán los muertos de las sepulturas.
Los dinamiteros romperán sus grillos,
saldrán las espadas, los largos cuchillos
de los hombres negros y los amarillos.
Señor Jesucristo de las suavidades,
en estos fragores y estas tempestades
que azotan campiñas e incendian ciudades,
mi alma es una barca que no tiene oriente,

doncella desnuda sobre la corriente
de zumos viciados de mi siglo veinte.
Para Compostela, profundo romero,
con mi don Quijote me fuí, caballero
de mirada pura, de gesto ceñero.
Pero en el camino, bajo las estrellas
hubo ronda alegre de blancas doncellas,
vino de manzanas, manjar de grosellas.
Siguiendo mi ruta por otro camino,
me ví frente a frente con Tomás de Aquino
comí de su carne, bebí de su vino.
Pero, sin embargo, Señor Jesucristo,
mis ojos tan grandes terrores han visto
que a toda palabra de amor me resisto.
Y en esta tragedia yo te ando buscando
para que me digas el cómo y el cuándo,
porque yo recuerdo, Maestro, que estando
Lázaro, el mendigo, la tarde nefanda,
sumido en el sueño de una muerte blanda,
le dijiste: «Lázaro, levántate y anda».
Y hoy que estamos muertos hombres y mujeres,
y se inicia el reino de los mercaderes,
necesita el mundo tus amaneceres.
Ven con tu tridente; metiendo tu espada
en torre vetusta, en ciudad poblada,
en casa de mármol y en tierra sembrada.
Ven con mano airada, con semblante adusto,
y que en tu presencia se muera de susto
el malvado, el necio y el sabio y el justo.
Ven con pestilencias, con grandes temblores;
corran sobre el mundo siniestros horrores,
visiones de muerte, locos estertores,
Los galgos celestes en el paroxismo
arrastren los huesos de abismo en abismo
y dance la tierra bajo el cataclismo.
Caigan las estrellas como desgajadas
por vientos agudos y despedazadas
rompan catedrales y torres alzadas.

Se cuele tu furia por las mil rendijas
de la tierra rota, ruede por las guijas
la sangre mezclada de madres y de hijas.
Señor Jesucristo, por mi siglo veinte
pasaron los bárbaros de oriente y poniente
metiendo su espada, clavando su diente.
Cebaron sus potros en tus catedrales,
en piscina santa de aguas bautismales
lavaron su lepra con blancos pañales.
Y porque se cumpla la frase divina,
te pido, mi Cristo, vestido de sayos,
que en tierra sajona y en tierra latina
desates la furia de todos tus rayos.

PABLO DE ROKHA

Toda la obra de este poeta denuncia un recio esfuerzo de originalidad: cáustico, a veces; sacudido por las más asperas solicitaciones de la sinceridad; sarcástico y fuerte, ha logrado escandalizar al burgués con el eco arbitrario de su palabra desnuda.

Su libro «Los Gemidos» cayó como una piedra en el charco de nuestra apacible vida literaria. Apesar de toda la inútil verbosidad, ese libro denunciaba una personalidad fuerte e interesante.

Obras: «Apóstrofe», 1920.—«Los Gemidos», 1922.

Referencias: Artículo de García Oldini (Claridad, 1922).—«Los Gemidos», por Omer Emeth (El Mercurio, 1922).—Notas de Raul Silva Castro. (Claridad, 1922).—«Los Tiempos», 1922.—«Zig-Zag», 1922.—«Selva lírica».—Artículo de Hernán Díaz Arrieta (La Nación, 1922).

PROLOGO

(«Folletín del Diablo»)

—Humanidad: yo soy yo, y siendo
el mundo, Dios, tú y el gusano,
no me conozco ni entiendo
en dónde comienza mi arcano.

El bien y el mal andan a gritos
sobre mis días espantosos
como tumbas, como garitos,
como diatribas, como sollozos.

Látigo y flor, sangre es mi verbo,
y tragedia mi vida oscura,
vierto un errante encanto acerbo
o una hediondez de sepultura.

Y mi corazón encendido
cuando más quiere es cuando mata:
—porque el amor es como un nido
lleno de víboras de plata.—

¡Placer de destruir, creando!...
¡Tronchar un sol, parir un cerro,
e ir por la vida cultivando
un jardín con flores de hierro!

Está en las cosas más roñosas
mi corazón en agonía;
¡tiene una belleza espantosa
el alma de la porquería!

Son campanarios mis sentidos,
y son de fuego las campanas,
sobre el tejado han hecho nido
todas las canciones humanas.

Crujo en la máquina moderna,
canto en las llagas y en la luna
en el hogar, en la taberna,
en el ataúd y en la cuna.

Quiero ser simultáneamente
sombra y luz, raíz, hoja y fruto,
y condensar inmensamente
toda la vida en un minuto.

Arbol florido es mi esqueleto,
y breve niña en flor la vida
cuyo columpio está sujeto
bajo su inmensidad florida.

Estoy a oscuras y soy lumbre,
soy la multitud y estoy solo;
mis trancos van de cumbre a cumbre,
mi cerebro de polo a polo.

Nunca jamás tuve otro techo
que aquel que dan los cielos vastos,
crío montañas en el pecho
y en la cara flores o pastos.

Mis pensamientos, ciertamente,
continúan mi anatomía,
si mi organismo es eficiente
eficiente en mi ideología.

Viví hace siete mil inviernos,
ya no me acuerdo en qué lugares,
tengo unos anchos gestos eternos
y unas costumbres bien vulgares.

Gime la vida entre mis brazos
como mujer recién casada,
mientras me va haciendo pedazos
se va quedando embarazada.

Como un edificio en ruinas,
siento que me lluevo y que crujo,
que siendo casa de golondrinas
hospedo alimañas y brujos.

Tienen ojos grandes y buenos
mis actitudes más complejas;
he comido pan de centeno
y pastoreado albas ovejas.

Soy un alarido volcánico
y un puñado de cosas puras,
un enorme gesto de pánico
cuajado en una criatura.

Antiguas civilizaciones,
viejas ciudades, muertas gentes,
andan ladrando por los rincones
de mi espíritu contundente.

La realidad colma estos cantos
universales y absolutos;
soy el más bruto de los santos,
soy el más santo de los brutos.

En mi intuición están las cosas
lo mismo que recién nacidas,
con esa ingenuidad grandiosa
de las cosas desconocidas.

Odio lo inútil y lo vago,
amo lo fuerte y lo rotundo,
mi corazón es como un lago
donde se está cuajando el mundo.

Y mi concepción de la vida
tiene estupendas diagonales,
que son mis puntos de partida
los cuatro puntos cardinales.

Si el agua es simple y el pan bueno,
mi corazón es pan y agua,
y porque es flor tiene veneno,
y escupe lava porque es fragua.

Y navego en mares de llanto
riéndome dolorosamente,
como el que ya ha bebido tanto
que está cocido en aguardiente.

—Mujer, tú que eres carne mía,
tú, que diste nombre a las cosas,
si no soy nada en poesía,
¿no es verdad que soy algo en prosa?

¡Mis acritudes quijotescas
no las adquirí en el mercado!
¿creéis que sea pintoresca
la situación de un ahorcado?

Mi sombra es la sombra del globo,
el universo está en mí, ardiendo,
debí ser Dios, paloma y lobo,
algo dulce, grande y tremendo.

...¡Versificar a bofetadas,
ser trágico, brutal y fuerte,
y colgar una bufonada
sobre la vida y la muerte!...

Mi sensibilidad gravita
con los fenómenos actuales,
canto la vida cosmopolita,
y los valores nacionales.

Hijo del siglo, ciudadano
radical, librepensador y estridente
extiendo sobre el gesto urbano
mi grande actitud doliente.

Radiums, fábricas y submarinos,
intuición, actividad o movimiento
y camiones por los caminos...
¡sois la belleza del momento!

(El hombre,—realidad física y química,—
es un aparato deforme;
y el valor del mundo es la mímica
de aquel fenómeno enorme).

Sangre de toro hay en mis venas,
cuajada de héroes en mi cráneo;
—cosas malas y cosas buenas,—
y un gesto azul y momentáneo.

Cruzando como un automóvil
las anchas mentiras históricas,
yo predico; incendiad lo inmóvil:
museos, frailes y retóricas.

Y cuando pienso y cuando hablo
mi verdad canta en *mi* locura,
soy poeta, y me llamo Pablo,
«nieto de Dios e hijo del Diablo»
y con ganas de hacerme cura.

PLATICA DE LOS DESENGAÑADOS

Todos los días la misma pena,
la misma pena todos los días!...
huesos cansados y carne vieja,
voces quebradas, tardes perdidas,
gestos amargos, caras marchitas...

Lloran los niños, lloran los viejos,
junto a las cunas, junto a las tumbas,
llorar naciendo, llorar muriendo,
llorar cruzando la inmensa curva
que desemboca en la sepultura!...

Mala es la vida, dura es la vida,
negra es la muerte, fría es la muerte;
¿de dónde vienes, cosa maldita,
que el camastro del mundo te hiere
y el catre del ataúd te duele?...?...

Inviernos pobres, veranos tristes,
pan doloroso de cada día,
padres infames, madres horribles,
canallas que escupen la casita
que los hospedó en la barriga...

Todos los días la misma pena,
la misma pena todos los días!...
andar?... andemos, ande la bestia,
andar?... andemos, ¡así es la vida!,
¡así es la vida!... ¡y la carreta
por los caminos! ¡así es la vida!...

ESTRIBILLO

Esta pena de ser,
esta pena de andar!...
llorar, y no querer...
y no poder llorar!.....

¡Llevar un ataúd
en vez de un corazón,
tener una actitud
de hombre sin tón ni són!...

Vivir y no vivir,
e ir viviendo al azar...
...y tener que morir
para resucitar!...!...

LOS DOMINGOS

Olor a Provincia, olor a Provincia tienen la plaza pública y los barrios...—¿qué hacer?... Nadie encuentra nada, absolutamente nada que hacer, ¿qué hacer?...¿qué hacer?... querida, ¡qué hacer para tener algo que hacer!...?...

*

¡Ceniza gris del aburrimiento!... ¡gris ceniza!... ¡gris ceniza!...las mismas personas de ayer, oh! cansancio, me parecen indiferentes, me parecen indiferentes los amigos del Lunes, del Martes, o del Sábado...

*

Y yo, el vecino, los otros, los otros, los otros, todos nos sentimos aplastados, eliminados, aplastados por éste horror, éste horror boquiabierto, pegajoso y trágico que diluye en el vinagre muerto de la vida aquella gran mentira, aquella gran mentira disfrazada de fraile Gordo y Tonto!...

LOS PERIÓDICOS

Son unas comadres inmensas, inmensas y sin sentido; sus chismes internacionales, sus chismes, sus chismes ensucian el universo.

*

...unas máquinas grandes, unos cómicos grandes, mucho ruido y después... polvo y paja.

*

A la hora siniestra y canalla de los últimos aperitivos, los periódicos, oliendo a tinta, a pena, a nada, los periódicos repiten la misma canción de la mañana, la misma canción de la mañana, la misma canción de la mañana...

TRIBUNALES

Todo el sebo, todo el sebo del mundo y la hediondez azul de la justicia, la hidiondez azul de la justicia...— todo el sebo!...

*

Las ruinosas escaleras, los nocturnos pasadizos, las salas raídas, lo anacrónico del ambiente fomenta las polillas, los instintos neutros, la canallada, la lúgubre canallada, lo capcioso, lo siniestro, lo malsano, la fealdad de la vida que emerje allí cual una callampa horrible, venenosa, infame...

*

...Tinterillos, jueces, abogados, jureros y la policía, como el can de aquel lúgubre prostíbulo...

*

Caras vinagres, tongos verdes, tongos verdes, caras vinagres, hombres marchitos, deshechos, oscuros, cansados, hombres-cosas, hombres-penas, polvo lleno de polvo, formas llenas de formas, seres llenos de seres, y la petulancia, la grosería del juez cacareando como un loro imbécil frente al catolicismo de los lacayos...

DAVID PERRY

La vida tranquila de este poeta no aparece quebrada sino por un severo paréntesis de dolor: el suicidio de su hermano mayor—claro cerebro, fina sensibilidad—en quien el hastío y el amor abrieron tempranamente ancha herida. Tal desgracia ha tenido más tarde la virtud de remover fuertemente el alma cerrada de Perry, arrancándole finalmente esa «Elegía» que publicamos, pura y sollozante, y que es, justamente por eso, como la primera tentativa afortunada de este poeta por salir de sí mismo.

Obras: «Témpanos Errantes». 1915.

Referencias: «Selva lírica».—«Témpanos errantes».—(Idearium. N.º 1. 1921).

COMO UN CIEGO

En las noches de invierno, fumando en mi aposento,
pienso en tu larga ausencia, mi rubia y triste hermana,
y tu recuerdo llega como un ave lejana
que viniera escapando de la lluvia y del viento.

Percibo entre las sombras latir tu suave aliento,
cierro los flojos párpados y ciento muy cercana
tu hipnótica presencia, y aún tu boca grana
pasa sobre mis labios con ténue rozamiento.

Sé que eres imposible, para siempre perdida,
que tu destino errante no besará mi vida,
que a mi granja dormida ya no habrás de volver.

Y en hondas inquietudes dulcemente me pierdo,
aspirando el perfume de tu vago recuerdo
como el ciego que siente pasar a una mujer...

ELEGÍA PARA EL HERMANO AUSENTE

Luz de adorados bucles blondos,
eco de suave voz amada:
hay una paz de cielos hondos
sobre mi vida atormentada.

En vano el tiempo es una duna
que empuja arena entre nosotros;
si recordarte es mi fortuna,
nunca seré para los otros.

Sé recobrarte en cosas bellas:
en haz de nubes luminosas,
sobre las tímidas estrellas,
en el aliento de las rosas.

Hay en lo breve de tu historia
una armonía inagotable;
va unida en mi alma tu memoria
a la del mar inexpresable.

Vives conmigo. Eres sensible
en esta humilde forma mía,
y tu presencia es la invisible
de las estrellas en el día.

Llora tu voz en los acentos
extraños a la propia herida;
tiemblas en locos movimientos,
prolongaciones de otra vida.

Por tí las almas se embalsaman
en la agonía de la espera,
las rosas núbiles se aman,
el año tiene primavera.

Canta en sus trémulas orgías
la vida, hermana de la muerte,
vida que tú no comprendías
y que no supo comprenderte.

Pálida novia te recuerda
en los crepúsculos más suaves,
cuando su canto dulce acuerda
con el llamado de las aves.

Oásis para su alma triste,
agua de mística cisterna:
por tí, su pena se reviste
de una alegría azul y eterna.

Cuando el amor llega a su oído
y su tristeza es una aurora,
hay en su júbilo un gemido
débil de pájaro que llora.

¿Qué pena arcana te roía
para dejar la vida buena?
¿De qué isla plena de armonía
tiende su canto la sirena?

¿Nos hieren culpas ancestrales?
¿Qué alud golpea en alas rotas?
¿Qué lámpara echa en nuestros males
la luz de todas las derrotas?

¿En qué sarcófago de luna,
alma, cruzaste los arcanos,
que me dejaste enfermo de una
sed de los astros más lejanos?

El tiempo llega, sofocando
la bella fiebre de partir.
¿Vale morir ahora, cuando
por tanta vez me ví morir?

Calladamente soy suicida
en el placer que no vendrá,
en cada sueño que se olvida
y en cada novia que se vá.

En mi alma trémula de sombra,
por las virtudes que no amé,
por el dolor que no se nombra
y la armonía que no fué.

En mi tristeza loca y muda,
si desconfío de encontrarte,
cuando hasta tí llega mi duda
y cuando tiemblo de olvidarte.

Hasta mi sueño entonces llegas,
como lejano visitante,
y tu olvidada voz me entregas
y se renueva tu semblante.

Pródigo de alas voy dejando,
con mis ensueños fraternales,
algo de un eco dulce y blando
por los senderos otoñales.

La tarda estrella de mi suerte
por tí se habrá transfigurado:
encantaras hasta la muerte
la pena de no ser amado.

Nos detendremos en la fuente
pura y amable y escondida,
y nos iremos lentamente
hacia el ocaso de la vida.

(Inédito).

SPLEEN

Los barcos elegantes de amplias arboladuras
alzan su complicada red de cordelería
y sobre el ritmo lánguido de la ola sombría
duermen las proas ágiles ahitas de aventuras.

Desde el suburbio inmenso gestaciones impuras
levantan una pútrida miasma de anatomía
y en ondulantes cuencas de vaga hidrografía
se van las calles, múltiples, retorcidas y obscuras...

Con un recogimiento místico de cartujas
sobre el llano, los techos y las torres-agujas
la tarde pone un vasto temblor de escalofrío.

Y de la urbe anónima y de los tercos montes,
circundando en un manto glacial los horizontes,
como una niebla estéril sube el eterno hastío.

ROBERTO MEZA FUENTES

Nació en 1899. Ha sido el alma de toda la acción cultural desarrollada por la Federación de Estudiantes. Gracias a su cultura y a su entusiasmo vieron la luz pública «Juventud» y «El Universitario», periódicos inolvidables en la evolución de nuestra literatura.

Obras: «El Jardín Profanado». 1916.— «Prólogo de la Fiesta de Primavera». 1919.

Referencias: «Selva Lírica», (Estudio de Julio Molina Núñez).—«Revista Contemporánea», Panamá, 1918. Estudio de Santiago D. Mac Kay.—«El Día», Guayaquil, 1918. Estudio de Rafael Coronel.—«El Mercurio», Santiago de Chile, 1920. Una opinión de Eduardo Marquina.— «El Mercurio», Santiago de Chile», 1920. Un poeta por Benjamín Velasco Reyes.— «Las Ultimas Noticias», Santiago, 1920. Estudio de Félix Armando Núñez.— «Mercure de France», París, 1921. Letras hispano-americanas, por Francisco Contreras.— «El Mercurio», Santiago de Chile, 1922. Reportaje a Gabriela Mistral en Lima.

CANTA MI CORAZÓN COMO UNA FUENTE

Mi corazón, como mi verso, es claro.
Hallé en mi sangre férvida el veneno
en que ha constelarse el desamparo
de la rubia mujer que ya no espero.

(Hada inefable que doró mis sueños
con la dulzura de su cabellera
y que guardó en sus párpados sedeños
la visión ruda de mi primavera).

Caen las lunas sobre mi tortura
con una igual indiferencia, fría
en el silencio de la noche oscura.

Ya la he perdido, irremediablemente,
y ante el abismo de la lejanía
canta mi corazón como una fuente....

ELOGIO DE LA PRIMAVERA

Ven a traernos nueva vida
en esta vida ya perdida
que nos abrasa en la ciudad:
cura la sangre de estas venas,
díle a estas muertas azucenas
tu recia y firme soledad.

Trémulas manos langorosas
en un fluir de muertas rosas
cuando nos veas mirarás:
dános la fuerza de tu aliento
y, como en un encantamiento,
en plenitud nos henchirás.

Seremos brotes de futuro
si toca el firme aliento puro
la raíz de esta laxitud,
y el pecho del adolescente
será una fuente, eternamente,
inagotable de salud.

Arbol que goza y que rebosa
en florecer de luminosa
y prodigiosa floración:
por su virtud están abiertas
y perfumadas las desiertas
puertas de mi agrio corazón.

Por su virtud mi vida canta,
estalla en trinos mi garganta
como en un ave enloquecida;
por su virtud mi alma anhelara
mirar al cielo, cara a cara,
como a una flor recién nacida.

¡Ser siempre una antorcha encendida
por todo huracán sacudida
y en la furia de cada embestida
darle a la antorcha nueva vida;
y bajo el pecho adormecido
sentir intacto su latido,
tibio y fragante como un nido
de una aureola eterna ungido!

Hijo que surja de tu entraña,
rotundo como una montaña,
nos vista de su claridad:
su línea es ánfora que canta
y el ritmo egregio de su planta
humaniza la eternidad.

Voz que brota como un manantial
de tu regazo de cristal,
nos da humildad hasta la muerte
y sacudiendo las sandades
en musicales soledades
nos cincela tu brazo fuerte.

Resurrección que nos entregas
de las fragantes horas griegas

de sátiros y de bacantes,
en un vasto vértigo puro
abres las puertas del futuro
con nuestros gritos delirantes.

Todo florece con tu paso
y en el abrazo de tu brazo
cantan la aldea y la ciudad:
montaña, cielo, mar y tierra
por el amor están en guerra
y en vendimias de claridad.

Tu brazo todo lo circunda:
en musical torrente inunda
la negra tierra desolada;
las selvas vibran, florecidas,
y henchidas de sus nuevas vidas
son un preludio de alborada.

Como uń pastor la tierra canta
resurrección bajo tu planta
y el éxtasis la maravilla;
tus manos siembran claridades
y avienta negras tempestades
tu luz, que en el Oriente brilla.

La creación entera siente
que se derrama tu simiente
en su entraña convulsionada
y, por su influjo sacudida,
arranca canciones la vida
de su alma torva y desgarrada.

Con la pureza de tu aliento,
claro en la música del viento,
nos bañas en renovación
y nos retorna, redivivos,
esenciales y primitivos,
tu azul licor de exaltación.

Todos en él nos embriagamos,
en la embriaguez, locos, danzamos
cantando la loca canción;
el verso sacude sus alas
y, de la mano Baco y Palas,
vamos como una exhalación.

En el puro oro musical
que da tu mano matinal
beberemos hasta morir:
exprimiremos los racimos
y, si exprimiendo, nos morimos
tú misma nos harás vivir!

BALADA

La canción me brota en todo lugar: fluye como cándida rosa del rosal, como fuente clara de su manantial. Nunca, nunca, nunca te podré olvidar.

Siguiendo tu huella me pierde en el mar. Las olas arrullan y encienden mi afán. Tus manos, en ellas, llamándome están. Nunca, nunca, nunca te podré olvidar.

Sombra de tu sombra, que nunca verás, sin que tú lo sepas, a tu lado irá, bebiendo de tu rosado panal, tejiéndote alfombra fresca y musical, dándote su humilde rocío cordial, como un sorbo prístino de aire elemental. Nunca, nunca, nunca te podré olvidar.

La palabra se hace por tí de cristal y el eco florece puro y matinal por besar tu aliento que viene del mar. Disuelto en el eco te salgo a encontrar. Nunca, nunca, nunca te podré olvidar.

Rompiste mi vida sonriendo, quizá, como arranca el niño rosas del rosal, como hiere alas que quieren volar. Y yo, nunca, nunca te podré olvidar...

MARÍA MONVEL

Como Amado Nervo deseaba para la poesía, pura sinceridad, emoción y emoción, esta mujer ha sabido dar su nota, poniendo en sus estrofas la humilde verdad de su corazón apasionado y triste.

Su último libro, «Fué así», encontró un eco de viva simpatía en toda América; Brenes Mesen y Rafael Heliodoro Valle saludaron su publicación con señalados elogios.

Obras: «El remanso del ensueño». 1920.—«Fué así». 1922.

Referencias: María Monvel y su obra, por Sarah Hübner (Ultimas Noticias. 1920).—María Monvel, por Eleodoro Aştorquiza (Ultimas Noticias. 1921).—"Remanso de Ensueño", por Roxane (El Mercurio. 1920).—"Remansos de Ensueño", por Luis Felipe Contardo (El Mercurio. 1920).—"Fué así", por Omer Emeth (El Mercurio. 1922).—Artículo de Joaquín Cifuentes Sepúlveda (El Mercurio. 1922).—"Fué así", por Eduardo Barrios (El Mercurio. 1922).—María Monvel (La Lectura. 1922).—"Fué así", por Aurelio Martínez Mutis (Chile Magazine. 1922).—"Fué así", por Suárez Calmano (Nosotros. Buenos Aires. 1923).—Trebol, por R. Brenes Mesen (Repertorio Americano. 1923).—María Monvel, por J. Torrendell (Atlántida. Buenos Aires. 1923).

LOS POEMAS DEL ULTIMO AMOR

El roce invisible de mi amor perdido
buscó los caminos de su corazón,
y para escucharlo se tendió su oído...
¡y así fué el milagro de mi último amor!

Amor que ha florido milagrosamente
con cerco de espinas y vicisitud,
con raíz de llantos y de desencantos
y es opimo fruto de mi juventud.

En su dulce boca de artista y de santo
la exprimiré toda para su gozar.
Para bien amarle he amado antes tanto,
y canté antes para saberle cantar!

Porque viví ciega de mis desalientos
me he quedado en éxtasis, muda de fervor
con los luminares de sus pensamientos
en el joyel áureo de su corazón.

Cien amores pesan en mi desventura,
cien amores para dudar del amor,
y hoy le siento y canto, hoy me abrasa y canto
estos los poemas del último amor...

Y PARA AMARTE ASÍ...

Nunca ya un tal amor incendiará mi vida:
para quererte así me declaro vencida.

Cual racimo exprimido en un vaso de arcilla,
así en la tuya ruín, mi alma pura y sencilla

dejó su jugo dulce... ¿Qué podré darte ya
de cándido, de nuevo, de virginal?... Está

mi corazón marchito, marchito!... Vé a buscar
una novicia ingenua en el arte de amar.

El no era digno, es cierto; pero entonces la vida
no me había enseñado que puede ser fingida

la exaltación más loca de amor.. Mentira vil
la querella más dulce y el beso más gentil...

Hoy, lo sé todo. Acaso yo también he fingido
y mis ojos, mi boca, mi sonrisa han mentido.

Alguna vez, quién sabe si una lágrima ardiente
me hizo, siendo culpable, pasar por inocente.

Sé el registro total de mi voz porque pueda
ser, a mi voluntad, amarga, dulce o queda...

Tu eres muy grande y noble, y él era infame y necio
a ti te admiro tanto como a él le desprecio,

pero no hay dos amores iguales en la vida,
y para amarte así me declaro vencida!

YO MIRÉ LAS HORAS...

Yo miré las horas pasar solamente,
mis manos pequeñas nunca hicieron nada,
fuí extática y triste, fuí absorta y helada,
pero tuve sueños audaces y ardientes.

No jugué de niño, tú ya lo dijiste,
mis años de infancia pasaron esquivos,
sin pensar en nada, siempre pensativos
con las manos quietas y el corazón triste.

¡Coge entre las tuyas estas manos mías!
Un soñar eterno las ha vuelto hermosas:
finas, porque nunca fueron hacendosas
y pálidas, porque siempre fueron frías.

Mira en mis pupilas inefables lagos,
tumbas de memorias, cráteres de abismos

donde se han perdido mis romanticismos
sin guardar recuerdo, ni dejar estragos.

Mira en la apariencia frágil de mis ojos
espejos audaces, como roca duros.
En ellos no hay huella de mis sueños puros,
ni hay en ellos huella de mis sueños rojos...

Cristales que nunca trizó piedra alguna
de aquellas que el odio lanzó con su mano,
han, como de niño, su fulgor lejano,
han como de niño, su dulzor de luna...

Yo no fuí al encuentro de ningún destino,
más cuando el destino pasó por mi lado,
cuanto amor se trajo me lo he reservado.
¡Lo demás, en cambio, se fué como vino!

Nunca en la alta noche me creí perdida.
Mientras era lóbrega, mientras daba espanto
yo no me deshice, como un niño, en llanto
y a la misma muerte le pedí la vida;

Quizás si las penas me hicieron más grave,
quizás si puliéronme, cual claro diamante:
más grande los ojos, más fino el semblante,
me han vuelto más frágil y también más suave.

Las penas sufridas no me han amargado,
ni el llanto llorado me ha vuelto más triste.
Soy tal como aquella que tú conociste
sin amor: la misma con haber amado!...

VEINTE AÑOS NADA MÁS

Veinte años nada más...
y un alma inquieta y dulce
y un corazón sin par.

Veinte años nada más...
Roja sangre en los labios,
blanca nieve en la faz.

Veinte años nada más...
Carnes de nardo, finas,
ojos verdes de mar.

Veinte años nada más,
¿Y hay quién, muchacha hermosa,
osa te condenar?

¡Bésale bien y más!
¡Los labios bellos tienen
derecho de besar!

NO ENTENDIÓ MI CARIÑO

No entendió mi cariño,
que era un amor de madre
y era un amor de niño.

No entendió mi ambición,
que si le hurtaba el cuerpo
le daba el corazón.

No entendió mi locura
que le abrazó las manos
sedienta de ternura.

No entendió mi martirio:
buscar, buscar un alma
con singular delirio.

No comprendió mi amor:
diamante bien pulido
con llamas de dolor.

¡No me comprendió nunca!
Y así fué como entonces
quedó mi vida trunca...

Cuando busqué sus labios,
me mordieron sus dientes
infiriéndome agravios.

Cuando busqué sus ojos,
me hirieron sus miradas
como dos dardos rojos.

Cuando busqué su pecho,
me asaltó su deseo
como huracán deshecho...

No me entendió... Partimos
por sendas diferentes
y... ¡ni adiós nos dijimos!..

LA MUJER QUE ADOPTÓ UN HIJO

Mujer frívola y rica, haz adoptado un hijo,
Tu dinero ha comprado cuantas cosas deseó.
Pero no quieres nada, mujer frívola y rica
¡nada! mas que aquel hijo que te negara Dios.

Has hecho buena obra. El dinero de sobra
en el hijo adoptado lo gastarás mejor.
Lo elegiste hermoso para sus trajes ricos,
para que armonizase dentro de tu esplendor.

Después de tantos años de vida vana y hueca,
¿por qué adoptar un hijo? ¿Sentiste el sinsabor,
el vacío insufrible, la aridez tenebrosa
que la mujer sin hijos lleva en el corazón?

Dios me perdone, «Madre», mi pensamiento ingrato.
Cuando vas con «tu hijo» siento angustia y rubor,
el rubor y la angustia de la mentira cierta.
Cuando te llaman «Madre», digo: profanación.

Siento piedad del niño que llevas a tu vera,
piedad por su elegancia y piedad por su amor,
y me lleno de lágrimas interiores y obscuras
porque teniendo «Madre» nunca la conoció.

Juguete de tu oro, juguete nuevo y lindo,
juguete de quien tantos juguetes destrozó
inocencia confiada que vá diciendo ¡madre!
¡te estrechara llorando sobre mi corazón!

(*Inédito*).

MI HIJA JUEGA EN EL JARDÍN

Mi hija juega en el jardín,
y yo la miro quieta y triste,
triste de tanta dicha, triste
porque la dicha tiene fin.

Viene corriendo y se va luego
y me dá un beso y una flor;
su voz musita a vez un ruego,
a vez un mimo encantador.

Es la más linda de las flores.
En ella estan dicha o dolor...
¿Qué han sido todos mis amores
comparados con este amor?

No pienso en destinos amargos,
ni en que las cosas tienen fin;
¡pero quisiera largos, largos
estos momentos del jardín!

(*Inédito*).

FERNANDO GARCIA OLDINI

Crítico, poeta, ensayista, sólo ha dado a la estampa dos obras, que le han valido una justa notoriedad. Sus ensayos dispersos podrían formar un libro que sería como la anunciación de un nuevo aspecto de la cultura americana. *Desde Bach al expresionismo* reveló un nuevo aspecto de esta personalidad amplia y rica.

Obras: «Y dolor, dolor, dolor», 1919.—«Vibraciones actuales», 1921.

Referencias: Artículo de Hernán Díaz Arrieta, «La Nación», 1922-1923.— Artículo de Santiago Labarca, «La Nación», 1923.— «Claridad», 1923.—«El Diario Ilustrado», 1923.

ANDANTE DESESPERADO

(*De Sinfonía Desolada*).

Oh! Jesús Nazareno,
suave mártir lejano de un amor infinito...
eres Dios?... eres justo?... eres malo?... eres bueno?...
Se rompe contra un muro infranqueable de hielo,
la oración que en tu busca va anhelante de cielo,
o estrangulan los astros la espiral de mi grito?...
¿no pueden tus pupilas penetrar el horror
de mi abismo de fango, de sangre y de dolor?...
¿No puedes exprimir un racimo de miel
de tus vidas de amor en mi vaso de hiel?...

No alcanza tu poder, no llega tu bondad
a trasmutar en Bien todo el mal de mi mal?
acaso no recuerdas que en tu encarnación fuiste
enormemente solo... enormemente triste?...
¿o el almohadón de gloria donde la sien reclinas
te ha hecho olvidar la hora roja de las espinas?...
Talvez, después de todo, ni existes, Nazareno...
Quizás tan sólo fuiste un mísero comparsa
como yo... como todos en la trágica farsa...
Y si es verdad... si existes... si eres Dios... si eres fuerte
si tejiste la carne con células de cieno,
y le diste la vida... y el dolor... y la muerte,
dí, Jesús Nazareno,
¿qué te cuesta ser bueno?... ¿qué te cuesta ser bueno?...

A B S

I

...Y deberé rodar en la pendiente
Será inútil esta ansia de ser bueno,
de consumir en llamas de infinito
todo mi interno bosque de venenos...
Será inútil querer ser dulce y suave,
y alfombrar de virtudes el camino,
e irme purificando tenazmente
en una hoguera de carbón divino...
Será inútil amar hasta las lágrimas,
y hacer del corazón un incensario,
y vivir en el pasmo del ensueño
ardiendo como un vivo lampadario...
Será inútil nutrirme de quimera,
y llagarme de luz el corazón,
y caminar, sonámbulo del cielo,
con el pensar herido de oración...

Será inútil!... Habré de despeñarme
como un turbión fatal hacia el abismo...
Será inútil esta ansia de ser bueno
porque el mal está dentro de mí mismo...

II

Se irán desmenuzando en las aristas
hostiles de la Vida
como extenuadas flores de amargura
las obscuras piltrafas de mi vida...
y quedaré tendido al sol, tal una
hirviente charca de putrefacciones
donde mi carne purulenta y lívida
fingirá un trepidar de maldiciones...
.....

¡Y será inevitable!... Entre mis huesos
urdirán sus telares las arañas;
y en tanto que los cuervos ululantes
desgarren a zarpazos mis entrañas,
en el cráneo las cuencas de mis ojos
condensarán una pregunta airada
hundida tercamente en las estrellas...
...Y pensar que allá arriba no habrá nada...
y que mi vida fué un dolor estéril,
que fué inútil esta ansia de ser bueno,
de consumir en llamas de infinito
todo mi interno bosque de venenos...

MATINAL

Ríe el aire en la suave mañana transparente...
el paisaje infantil esboza un gesto nuevo...
una alegría fresca, serena y cristalina,

tiembla en la luz que sueña, suspendida del cielo...
El campo, como nunca, quiere ser nuestro amigo...
su espíritu infinito, todo lleno de gracia,
se abre, como una vena
de paz, sobre la pálida juventud de nuestra alma...

Amor... en la mañana diáfana abandonémonos
al claro regocijo
de abismar los sentidos
en la vida sin fondo de las cosas pueriles...
dejemos que se bañen de estupor las pupilas
ante el milagro trémulo del agua que sonríe...
dejemos que nos llene de una nostalgia mansa
el olor de las últimas violetas escondidas,
mientras en las alturas
los pájaros constelan el aire de armonías...
Renunciamos, amada,
al pensamiento,... seamos como un prodigio nuevo
estremecido de ímpetus de ternura hacia todo
lo que vibra y lo que ama...
temblemos en el fresco temblor del duraznero...
seamos solo un sueño, un sueño matutino...
hoy que el campo, cual nunca, quiere ser nuestro amigo,
y su espíritu inmenso, todo lleno de gracia,
se abre, como una vena
de luz, sobre la pálida juventud de nuestra alma...

JOAQUÍN CIFUENTES SEPÚLVEDA

Nació en 1900. El dolor que fluye de sus versos ha sido todo el dolor de su vida callada.

Poeta en quien la dignidad del sentimiento se ha elevado a la más pura expresión de la emoción lírica.

Obras: "Letanías del dolor".—"Esta es mi sangre".—"Noches".—"La torre".

Referencias: "El Mercurio". 1922.—"La Nación". 1922.—Artículo de Raúl Silva Castro (Claridad. 1923).

CANTOS A LA MUJER ABANDONADA

Muérdenme, como perros, en la henchida
carne de los recuerdos las palabras
fuertes con que te atraje hacia mi vida.

Yo te las dije en las mañanas malas,
y hacia tu corazón volaron ellas
rectas, como si hubiesen tenido alas...

Estabas sobre la campiña ardiente
con los ojos humildes y las blancas
manos tendidas hacia el occidente.

Tú lo tenías todo... Y, sin embargo,
cuando te dije yo que el mar amargo
pasaba sobre el horizonte largo,
me respondiste: «Ya me falta todo».
Y yo te dije: «En mí lo encuentras todo».

Tus ojos tristes me hacen que recuerde...
cada canción profunda y convencida
en la conciencia blanca me remuerde.

Hoy te has quedado como el árbol verde
sobre la loma estéril de la tierra
que como loba hambrienta brama y muerde.

Yo me quisiera desgajar el verso
porque con él te encadené a mi cuerpo
hasta formar un solo cuerpo inmenso.

Yo me quisiera desgarrar las manos
porque con ellas enredé los lazos
negros de tus cabellos a mis pasos.

Yo me quisiera, por la tierra blanca,
arrancar como un potro castigado
con dos látigos duros sobre el anca.

¡Ay! no me tiendas, con dolor, los brazos
porque no tengo fuerzas palpitantes
para llevarte en alto hacia los astros.

¡Ay! no me grites las palabras fuertes
que yo te dije para hacerte fuerte
porque si tú lo quieres, si lo quieres
contra todas las cosas seré fuerte...
Porqué si tú me incitas seré fuerte,
fuerte,
fuerte...
¡Me estrellaré contra la dura roca

con tu recuerdo en una flor de llamas
y con un haz de versos en la boca!

EL HIJO

No sé en que vientre desgarrado,
hijo, estarás llamado a ser.
¡En que hora grata de pecado
te habré formado sin querer!

Siento vergüenza de mis pasos,
hijo ignorado tantas veces.
¡Besara todos los regazos
para que a mí te parecieses!

Y porque un día, envejecidos
por una misma angustia rara
nos encontráramos unidos
sobre el sendero cara a cara.

Yo te diría: «Hombre profundo,
en tí se ven mis horizontes,
en tí el cristal puro del mundo
es como un sol sobre los montes».

Eres la lumbre en el camino
que va hacia mis sueños distantes;
en tí descifro mi destino
como los viejos nigromantes».

«Donde concluyo, tú comienzas;
nada nos puede distinguir».
«¡Hombre enigmático que piensas
tienes mi carne y mi sentir!»

«Todos los astros apagados
de tí me hablaban, sin cesar: . . . »
«Tiene los labios apretados
de cantos... No puede cantar».

«Hombre, yo soy tu voz perdida,
yo soy tu sueño y tu cantar».
«¡Traigo en las manos encendida
la luz que te ha de libertar!»

«Yo soy la flor perecedera,
tú eres la fruta de mi flor».
«¡La mala noche venidera
te alumbraré con mi claror!»

Tú me dirías: «Hombre amargo,
¿Dónde te he visto? ¿En qué país?
¿En qué sendero hostil y largo
te hallé una tarde helada y gris?»

«¿Bajo qué cielos acerados,
en qué lejanos mares rojos,
fueron mis ojos deslumbrados
por los espejos de tus ojos?»

«Yo desde hace años te acechaba
entre montañas escondido».
«De tí ya nada recordaba,
pero te habría conocido».

«Y a Dios pedía con voz llena
que un día, a solas, nos juntara,
al fin, tocado por mi pena,
hoy nos ha puesto cara a cara».

«Porque mi alma estremecida,
como tú es triste, triste, triste...»
«¡Maldito seas por la vida
y por la muerte que me diste!»

«¡Maldito seas en el canto,
te nazca el verso maldecido;
cuando les hables con más llanto
digan los hombres que has mentido!»

«¡Maldito en la fruta rosada,
maldito en el trigal fecundo,
maldito en la flor perfumada,
maldito en el amor profundo!»

«¡Que te muerdan serpientes rojas
en el abismo y los oteros,
y que las yerbas que recojas
se te enciendan en los senderos!»

.....

«Hijo, yo soy el hombre fuerte»,
te gritaría hasta vibrar.
«¡Maldito estoy hasta la muerte,
nada me puede iluminar!»

DAME, SEÑOR, QUE NUNCA...

Dame, Señor, que nunca este amor se me aparte.
No tengo más. Mis manos están siempre vacías.
Si tú me lo quitases no volvería a amarte...
¡Cómo podría hacerlo si tú me aborrecías...!

No tengo más. No tengo nada más adorable.
Si este amor se me fuese... ¿Dónde lo buscaría?
Qué montaña, qué río, qué bosque impenetrable
como a una veta de oro, tenaz lo ocultaría.

Es mío, mío, mío... Señor, tú me lo diste.
No me lo quites. ¡Déjalo que conmigo se muera!

Tu voluntad lo puso en mi camino triste,
debe marchar conmigo para donde yo quiera.

Yo te pido tan poco... Nunca he pedido nada...
Ni agua, ni pan, ni abrigo... ¡Yo también tengo frío!
Por sobre los oteros y bajo la hondonada
me tiraste a rodar como un cesto al vacío.

Hoy que tengo un amor vengo por él a hablarte,
no tengo más, mis manos están siempre vacías.
Si tú me lo quitases no volvería a amarte..
¡Cómo podría hacerlo si tú me aborrecías...!

Déjame con mi amor... Yo no he tocado nada;
ni corona de espinas, ni calvario, ni cruz...
Déjame con la vida... ¡Déjame la alborada
de este amor que me abraza como abraza una luz!

Si se me va este amor... Donde hallaré otro amor.
Mi alma de tanta angustia morirá enloquecida.
¡No me lo quites! ¡Déjalo conmigo, Señor!
No tengo más. No tengo nada más en la vida.

PABLO NERUDA

Nació en 1904. En medio de la generación última la voz de Pablo Neruda se ha elevado como un surtidor que, desde el primer instante, hubiese dominado las alturas. Es, cerca de Gabriela Mistral, una de las personalidades líricas más interesantes de Chile. La publicación de su último libro le valió una consagración inmediata y un homenaje sin reservas.

Obras: «La Canción de la Fiesta», 1921.—«Crepusculario», 1923.

Referencias: Hernán Díaz Arrieta (Alone): Crónica Literaria, («La Nación», Agosto y Septiembre, 1923).—Raúl Silva Castro: Notas sobre la juventud literaria en Chile (Artículo V, «Claridad», Julio 1923).—García Oldini: «Crepusculario», («Claridad»: Octubre de 1923).—Romeo Murga: «Crepusculario», («Claridad», Septiembre de 1923).—Pedro Prado: Pablo Neruda y su libro «Crepusculario», («Zig-Zag», Octubre de 1923).— «La Nación», (Buenos Aires, 1923).

CREPUSCULARIO

Asoma una cabeza.

Patio de esta tierra, luminoso patio
tendido a la orilla del río y del mar.

Inclinado sobre la boca del pozo
del fondo del pozo me veo brotar

como en una instantánea de sesenta cobres,
movida y distante. Fotógrafo pobre

el agua retrata mi camisa suelta
y mi pelo de hebras negras y revueltas.

Un alado piño de pájaros sube
como una escalera de seda una nube.

Y—asomando detrás de la cerca sencilla,
cabeza amarilla, como maravilla,

como el corazón de la siesta en la trilla,
rubia como el alma de las manzanillas,—

veo a veces, gloria del paisaje seco,
la cabeza rubia de Laura Pacheco.

MAESTRANZAS DE NOCHE

Fierro negro que duerme, fierro negro que gime
por cada poro un grito de desconsolación.
Las cenizas ardidas sobre la tierra triste...
Los caldos en que el bronce derritió su dolor...

Cada máquina tiene una pupila abierta
para mirarme a mí.

Y el grito se me crispa como un nervio enroscado
o como la cuerda rota de un violín...

En las paredes cuelgan las interrogaciones,
florece en las bigornias el alma de los bronces,
y hay un temblor de pasos en los cuartos desiertos.

Y entre la noche negra, desesperadas, corren
y sollozan las almas de los obreros muertos...

UN HOMBRE ANDA BAJO LA LUNA

Pena de mala fortuna
que cae en mi alma y la llena,
Pena.
Luna.

Calles blancas, calles blancas...
...Siempre ha de haber luna cuando
por ver si la pena arranca
ando
y ando...

Recuerdo el rincón oscuro
en que lloraba en mi infancia
—los líquenes en los muros
—las risas a la distancia.

...Sombra... silencio... una voz
que se perdía...
La lluvia en el techo. Atroz
lluvia que siempre caía...
y mi llanto, húmeda voz
que se perdía.

...Se llama y nadie responde,
se anda por seguir andando...
Andar... Andar... ¿Hacia dónde?...
¿Y hasta cuándo?...
Nadie responde
y se sigue andando.

Amor perdido y hallado
y otra vez la vida trunca.
¡Lo que siempre se ha buscado
no debiera hallarse nunca!

Uno se cansa de amar...
Uno vive y se ha de ir...
Soñar... ¿Para qué soñar?
Vivir... ¿Para qué vivir?

...Siempre ha de haber calles blancas
cuando por la tierra grande
por ver si la pena arranca
ande
y ande...

...Ande en noches sin fortuna
bajo el vellón de la luna,
como las almas en pena...

Pena de mala fortuna
que cae en mi alma y la llena.
Pena.
Luna.

MORENA, LA BESADORA

Cabellera rubia, suelta,
corriendo como un estero,
cabellera.

Uñas duras y doradas,
flores curvas y sensuales,
uñas duras y doradas.

Comba del vientre, escondida,
y abierta como una fruta,
o una herida.

Dulce rodilla desnuda
apretada en mis rodillas,
dulce rodilla desnuda.

Enredadera del pelo,
entre la oferta redonda,
de los senos.

Huella que dura en el lecho,
huella perdida en el alma,
palabras locas.

Perdidas palabras locas:
rematarán mis canciones,
se morirán nuestras bocas.

Morena, la Besadora,
rosal de todas las rosas
en una hora.

Besadora, dulce y rubia,
me iré,
te irás, Besadora.

Pero aún tengo la aurora
enredada en cada sien.

Bésame, por eso, ahora,
bésame, Besadora,
ahora y en la hora
de nuestra muerte.
Amén

FAREWELL

I

Desde el fondo de tí y arrodillado
un niño, triste como yo, nos mira.
Por esa vida que arderá en sus venas
tendrían que amarrarse nuestras vidas.

Por esas manos, hijas de tus manos
tendrían que matar las manos mías.
Por sus ojos abiertos en la tierra
veré en los tuyos lágrimas un día...

II

Yo no lo quiero, Amada.
Para que nada nos amarre
que no nos una nada.
Ni la palabra que aromó tu boca
ni lo que no dijeron las palabras...
Ni la fiesta de amor que no tuvimos.
ni tus sollozos junto a la ventana...

III

(Amo el amor de los marineros
que besan y se van...
Dejan una promesa...
No vuelven nunca más...

En cada puerto una mujer espera.
Los marineros besan y se van.

Una noche se acuestan con la Muerte
en el lecho del mar)...

IV

Amo el amor que se reparte
en besos, lecho y pan.
Amor que puede ser eterno
y puede ser fugaz.

Amor que quiere libertarse
para volver a amar...
Amor divinizado que se acerca.
Amor divinizado que se vá...

V

Ya no se encantarán mis ojos en tus ojos,
ya no se endulzará junto a tí mi dolor...
Pero hacia donde vaya llevaré tu mirada
y hacia donde camines llevarás mi dolor...

Fuí tuyo, fuiste mía. ¿Qué más? juntos hicimos
un recodo en la ruta donde el amor pasó...
Fuí tuyo. Fuiste mía. Tú serás del que te ame,
del que corte en tu huerto lo que he sembrado yo.

Yo me voy. Estoy triste; pero siempre estoy triste.
Vengo desde tus brazos. No sé hacia dónde voy...
...Desde tu corazón me dice adiós un niño...
Y yo le digo adiós...

POEMAS DE AMOR

"Escribiré los poemas de mi cuerpo y de lo mortal porque así tendré los poemas de mi Alma, y lo Inmortal".

W. WHITMAN.

I

¡DÉJAME SUELTAS LAS MANOS,
y el corazón, déjame libre!
Deja que mis dedos corran
por los caminos de tu cuerpo.
La pasión—sangre, fuego, besos—
me incendia a llamaradas trémulas...
¡Ay! tú no sabes lo que es esto!

Es la tempestad de mis sentidos
doblegando la selva sensible de mis nervios.
Es la carne que grita con sus ardientes lenguas!
Es el incendio!
Y estás aquí, mujer, como un madero intacto
ahora que vuela toda mi vida hecha cenizas
hacia tu cuerpo lleno, como la noche, de astros!

Déjame libres las manos
y el corazón, déjame libre!

¡Yo sólo te deseo, yo sólo te deseo!
¡No es amor, es deseo que se agosta y se extingue,
es precipitación de furias,
acercamiento de lo imposible,
pero estás tú,
estás para dármelo todo,

y a darme lo que tienes a la tierra viniste,
como yo para contenerte,
y desearte,
y recibirte!

II

¡Es cierto, amada mía, hermana mía, es cierto!
Como las bestias grises que en los potreros pastan,
y en los potreros se aman, como las bestias grises!

¡Como las castas ebrias que poblaron la tierra
matándose y amándose, como las castas ebrias!

¡Como el latido de las corolas abiertas
dividiendo la joya futura de la siembra,
como el latido de las corolas abiertas!

Empujado por los designios de la tierra
como una ola en el mar hacia tí va mi cuerpo!

Y tú, en tu carne, encierras
las pupilas sedientas con que miraré cuando
estos ojos que tengo se me llenen de tierra!

III

¡Canción del macho y de la hembra!
La fruta de los siglos
exprimiendo su jugo
en nuestras venas!

Mi alma derramándose en tu carne extendida
para salir de tí más buena,
el corazón desparramándose,
estirándose como una pantera,
y mi vida, hecha astillas, anudándose
a tí como la luz a las estrellas!

Me recibes
como al viento la vela.

Te recibo
como el surco a la siembra.

¡Duérmete sobre mis dolores
si mis dolores no te queman,

amárrate a mis alas
acaso mis alas te llevan,

endereza mis deseos
acaso te lastima su pelea...

¡Tú eres lo único que tengo
desde que perdí mi tristeza!

¡Desgárrame como una espada
o táctame como una antena!

¡Bésame,
muérdeme,
incéndiame,
que yo vengo a la tierra
solo por el naufragio de mis ojos de macho
en el agua infinita de tus ojos de hembra!

IV

Es COMO UNA MAREA, CUANDO ELLA CLAVA EN MI
sus ojos enlutados,
cuando siento su cuerpo de greda blanca y móvil
estirarse y latir junto al mío,
es como una marea, cuando ella está a mi lado.

He visto tendido frente a los mares del Sur,
arrollarse las aguas y extenderse
incontenible mente

fatalmente
en las mañanas y al atardecer.

Agua de las resacas sobre las viejas huellas,
sobre los viejos rastros, sobre las viejas cosas,
agua de las resacas que desde las estrellas
se abre como una inmensa rosa,
agua que va avanzando sobre las playas como
una mano atrevida debajo de una ropa,
agua internándose en los acantilados
agua estrellándose en las rocas,
agua implacable como los vengadores
y como los asesinos silenciosa,
agua de las noches siniestras
debajo de los muelles como una vena rota,
o como el corazón del mar
en una irradiación temblorosa y monstruosa.

Es algo que me lleva desde adentro y me crece
inmensamente próximo, cuando ella está a mi lado,
es como una marea rompiéndose en sus ojos
y besando su boca, sus senos y sus manos.

Ternura de dolor, y dolor de imposible,
ala de los terribles deseos,
que se mueve en la noche de mi carne y la suya
con una aguda fuerza de flechas en el cielo!

Algo de inmensa huída,
que no se vá, que araña adentro,
algo que en las palabras cava tremendos pozos,
¡algo que, contra todo, se estrella, contra todo,
como los prisioneros contra los calabozos!

Ella, tallada en el corazón de la noche,
por la inquietud de mis ojos alucinados;
ella, grabada en los maderos del bosque
por los cuchillos de mis manos,

ella—su goce junto al mío
ella—sus ojos enlutados
ella—su corazón, mariposa sangrienta
que con sus dos antenas de instinto me ha tocado!

¡No cabe en esta estrecha meseta de mi vida!
¡Es como un viento desatado!

¡Si mis palabras clavan apenas como agujas
debieran desgarrar como espadas o arados!

¡Es como una marea que me arrastra y me dobla,
es como una marea, cuando ella está a mi lado!

(Inédito).

O. SEGURA CASTRO

«—Los versos de Segura Castro,—escribía Raúl Silva Castro,—no han sido coleccionados en volumen y corren dispersos en revistas, lo mismo que algunos artículos críticos y literarios que ha escrito bajo la imposición de la actualidad. El verso de Segura Castro es un eco robustísimo de la armonía acerada que en Francia ensayó Baudelaire, de quien conserva la numerosidad algo monótona y el empuje elocuente que a nuestra poesía falta tanto.»

EN TORNO DE LA LÁMPARA

No sé qué fuerza extraña tiene tu joven vida,
qué fuerte magnetismo, qué rara ubicuidad,
que a través de los tiempos y a través de la vida
mi sombra va a tu sombra perennemente asida
y tu alma me rodea como una eternidad.

En la ausencia revive tu carácter inquieto,
y palpitan y me hablan tus tímidos amores
con el lenguaje triste que ensayan en secreto
las estrellas perdidas en el azul inquieto
y el árbol fantasmal, ahito de rumores.

Tus actos se reaniman; tus móviles oscuros
resplandecen a la hora que sólo yo comprendo,

cuando entre el malestar de los cansados muros
el crepúsculo enarca sus presagios oscuros
y el nocturno destino de la lámpara enciendo.

Entonces sale a luz— como un hijo glorioso—
el encanto inefable de tu vida lejana:
tu cuerpo, tus modales, tu espíritu curioso,
tu actitud preferida, tu conversar glorioso.
¡Si parece que entrara el sol por la ventana!

Parece que unos dedos invisibles abrieran
un bello libro hojeado en épocas distantes,
para que en él mis ojos a contemplar volvieran
los poemas dormidos, las páginas que abrieran
—violando su tesoro—mis avideces, antes...

Y veo en el pasado: mis abruptas andanzas
en pos de tus virtudes, tu morada, tu reja,
el diálogo primero, los sueños y esperanzas,
todos los imprevistos de aquellas mis andanzas
en que, como un expectro, vagué por tu calleja.

Después... esos idilios de lágrimas y besos,
las horas conversando de cosas sin asuntos,
el rodar de los coches y los grises sucesos
que apagaron el fuego de los ocultos besos
y escondieron los barrios que recorrimos juntos.

Todo veo en el libro misterioso! Tu triste
juventud, en mi cuarto, toma forma radiosa,
palpitas como un alma en todo lo que existe,
y en el círculo pálido de la lámpara triste
parece que rondaras como una mariposa.

¡Oh, bella mariposa, cuando alejes tus alas
de la llama convulsa de mi lámpara, piensa
que en el instante mismo de ocultarse tus galas
rodará en el vacío mi juventud sin alas,
y seré un astro muerto sobre la vida inmensa!

A SU RECUERDO

Eran los síntomas oscuros
de los hastíos lancinantes.
(Las telarañas en los muros
aparecieron días antes).

Eran los síntomas sin ruído
de las angustias más secretas.
(En un florero desvaído
se desteñían las violetas).

Y el monstruo abrupto, obligatorio,
se aproximaba lento, lento.
¡No sé qué había de mortuorio
en la mudez del aposento!

Todas las cosas ejercían
inhabituales rigideces:
los gatos, que me rehuían,
los vidrios, con sus palideces,
los libros, rotos, olvidados
bajo la lámpara cesante,
y los tejidos empezados
después de la hora deslumbrante
del paradisíaco connubio,
en que el espíritu descansa
en las blanduras del efluvio
del saboreo y la templanza.

Todos los gestos eran duros
y sin las viejas emociones.
(Las telarañas en los muros
hacían raras contorsiones).

Formalizadas las maneras
en tenebrosas actitudes,
eran absurdas las quimeras
y el retornar de las virtudes.

Y eran las sombras despectivas
de las miradas y las cosas,
y las palabras fugitivas,
y las acciones fatigosas,
lo que ahondaba la faena
de nuestro excéptico mutismo,
lo que rompía la cadena
de nuestra fe, sobre un abismo.

Y por la puerta entreabierta
la faz del monstruo se acercaba.
Un estupor de cosa muerta
en torno nuestro trasudaba.

Era la hora de secretas
desolaciones para el nido.
(En el florero desvaído
se deshojaban las violetas).

Hasta que el monstruo, la Ruptura,
interponiendo su maleza
entre mi amor y su hermosura,
mi juventud y su terneza,
sobre los limos y los plasmas
de los eventos terrenales
nos arrojó como fantasmas,
por carreteras desiguales...

Pero Ella reina en mis oscuros
dominios tristes, angustiantes.
(Las telarañas en los muros
están como antes, como antes...)

Su amor fué un astro que ha salido
para llegar por otra puerta...
(En el florero desvaído
yacen difuntas las violetas!).

DUALISMO

I

Revivió tu recuerdo —vieja ruina soleada—
en el vulgar fantasma de un amor callejero,
en el gris desenlace de una aventura hallada
como una cosa inútil sobre el mal del sendero.

Se juntaron las penas, los labios confidentes,
la voluntad honrosa del pecado gratuito,
la fatiga que cae de los brazos dolientes
y el placer que se alarga como un sol infinito.

Se miraron los ojos con fijeza inefable
y tuvieron un raro resplandor de estrabismo:
el vértigo que enciende la fruta deseable
y la mirada nueva que se hunde en el abismo...

Nos quedamos inmóviles, tendidos, extenuados,
con el alma vagando sobre los blancos muros,
reviviendo el suplicio de los días pasados
y haciendo la gran obra de proyectos futuros.

Los instintos se unían sin hablar. Las empresas
levantaban en triunfo los ánimos serenos,
y en la atmósfera triste, cargada de promesas,
no sé qué encanto había de pensamientos buenos.

No sé qué afán extraño de detener la vida
en el recodo oculto del amor que se arroba,
y sentir en los rostros la virtud desprendida
de unos mismos ensueños y de una misma alcoba.

¡Otra vez como antaño! Como otras tantas veces,
como siempre, antepones a mi sombra la tuya,
¿Acaso en mis ludibrios de lujuria apareces
para que mi conciencia de amor no se destruya?

Acaso tu recuerdo viene a abrir las ventanas
que en mi espíritu huérfano cerraron tus adioses,
para que yo comprenda la fuerza soberana
de tu cariño humilde, sin fuegos y sin voces?

¿Viene acaso a dejarme—después de los excesos
de un goce vagabundo—la nostalgia infinita,
el regusto remoto de tus primeros besos
en los romanticismos de la primera cita,

para poner al frente de mi obscuro sendero
ese doble fantasma que me hastía o me arroba,
del placer que se ofrece sobre el mal callejero
y el amor que se oculta bajo el bien de la alcoba?...

SALVADOR REYES

Un primer libro, cuyo título recoge el del poema célebre de Rimbaud, «Barco Ebrio», y que fué la revelación inmediata de un poeta. Elegante, lleno de extrañas sugerencias idealógicas, es como el autor de «Paludes» un simbolista *avant la lettre*.

Obras: «Barco Ebrio», 1923.

Referencias: Estudio de Fernando García Oldini (Claridad, 1923).—(Zig-Zag, 1923).—Artículo de René Silva Castro (Claridad, 1923).

ESPEJO

Dentro de mí hay un viejo lobo de mar,
el buen piloto de un bergantín negrero...
¿Acaso el del divino
Tristán Corbiere?

—Acaso...
Lo que puedo decir seguramente
es que durante muchos años
he vagado por todos los puertos del mundo
con una humosa pipa entre los dientes.

Por eso ahora nada
deseo conocer,

sino gozar de nuevo de lo que ya fué mío:
los barcos viejos,
los vertiginosos amores
y el Mar Latino.

¡Eso fué antaño! Hoy día
soy un hombre sensual y aburrido
que escribe versos, que vive y adora
las ciudades canallas y las mujeres tristes.

Y después de todo, ¡maldito
lo que estas historias importan!

EVOCACIÓN

Telarañas de jarcias,
laberinto de mástiles sonoros:
frente a los puertos canta la nostalgia.

Su mano iba desnuda
al encuentro de todos los adioses
por la emoción doliente de las rutas.

Y su elegancia envenenó la tarde
con el aroma y el presentimiento
de lo que nunca volverá a encontrarse...

Ella fué, acaso, quien prendió en mi vida
la canción que cantaran por el mundo
sus labios de incansable peregrina...

Frente a los puertos canta la nostalgia
y las manos se alargan suplicantes
hacia los barcos mágicos que zarpan.

Para un éxodo de melancolía
los viejos marineros silenciosos
tienden el puente de humo de sus pipas.

Y el corazón se queda sollozando
por el recuerdo de una mujer triste
que en un barco, una vez, pasó a su lado...

PUERTO

De los «steamers» elegantes
desborda el oro recogido
en los ocasos de otros mares.

Se exalta la emoción
divina de los viajes.

Sugieren aventuras imposibles
las algaradas de los tripulantes.

El corazón se enreda
en las complicaciones de los mástiles.

Las mujeres de abordo
traen aromas de la vida errante
y encendido en sus ojos el recuerdo
de París, de New York, de otras ciudades...

El puerto sueña frente al horizonte
donde se agota el oro de otras tardes
y acoge el corazón de los marinos
en sus tabernas y en sus arrabales.

Los hombres vagabundos
llenan las noches con las claridades

canallescas y locas
que traen de las grandes capitales.

La voluptuosidad torturadora
del ansia de alejarse
grita un adiós desesperado y bello...

Se perfuma el recuerdo de otros mares...

MANUEL ROJAS

En «Los Diez» se publicaron, por vez primera, las estrofas de este poeta. La vida le ha llevado, de tumbo en tumbo, hasta que le permitió encontrar grata permanencia en Buenos Aires.

SONETO

Lo mismo que un gusano que hilara su capullo,
teje en la rueca tuya tu sentir interior;
he pensado que el hombre debe crear lo suyo
como la mariposa sus alas de color.

Hila serenamente sin soberbia ni orgullo
tus ansias y tu vida, tu verso y tu dolor;
será mejor la seda que hizo el trabajo tuyo,
porque en ella pusiste tu paciencia y tu amor.

Yo como tú en mi rueca hilo la vida mía,
y cada nueva hebra me trae la alegría
de saber que entretejo mi amor y mi sentir.

Después, cuando la muerte se pare ante mi senda,
con mis sedas más blancas levantaré una tienda
y a su sombra, desnudo, me tenderé a dormir.

BALADA DE LA PRIMAVERA

He aquí que ha llegado el tiempo de la canción,—
el claro tiempo del almendro florido.

Jesús se ha levantado de la tierra
y ha entreabierto sus manos en las ramas.
Su corazón tiembla en las hojitas nuevas.
Y su voz viene en el viento, perfumada
por el aliento de los duraznos floridos.

Este es el tiempo de los camaradas alegres,
el dulce tiempo del buen vino.

Cuando vengan a buscarnos procura estar sonriente.
¿Qué dirían si te vieran triste?
Dirían que eres indigno de la primavera.
Y te tendrías que quedar solo,
como los malos niños.

Compañero: he aquí mi mano;
he aquí mi amistad, amigo mío.

Te las ofrezco en este tiempo de los camaradas alegres.
—Jesús sonreirá en los troncos, enternecido.—
Yo se que, para nuestros corazones,
tal vez no ha de volver
esta dulce estación del buen vino.

Vendrá la pena, hermano;
vendrá la angustia, amigo.
Nos pondremos huraños y lloraremos largamente.
Nuestro llanto durará más que el tiempo de la canción,
mucho más que el claro tiempo del almendro florido.

Pero, siquiera una vez, ya nos habremos sonreído.

RUBÉN AZÓCAR

Nació en 1901. Ha publicado dos libros: «Salterio Lírico». 1920. «La Puerta». 1923. Actualmente vive en México, a donde partió en busca de más amplios horizontes para su inquietud espiritual.

Referencias: Palabras de Armando Zegri («La Puerta»).

LA PUERTA

Puerta ruinosa, puerta oscura;
eres como mi madre
que me abría los brazos cada vez que volvía.

Yo recuerdo que cuando se la llevaron muerta
abriste tus dos alas,
como un pájaro triste que se va de la jaula.

Pero ahí te quedaste como enterrada viva,
contemplando el camino por donde la llevaron.

A veces se me ocurre que alguien viene a buscarte
y entonces, como nunca, te hallo igual a mi madre.

Me siento en tus umbrales como sobre su falda
y me pongo a llorar para que me consuele.

Puerta ruinosa y triste: tienes las alas negras,
y los ojos oscuros y el alma hecha pedazos.

Apriétate a mi cuerpo en un abrazo
como hacía mi madre para que no me fuera.

LA VIEJA CASA

¡La casa es una mujer triste,
tan achacosa que da pena!

La lluvia se burla en las ventanas
o se descuelga irreverente por las tejas,
y el viento tiene caricias torpes
para con su cuerpo deforme.

El camino se quedó en silencio
y se tendió frente a la puerta
como un perro cansado.

¡Pobre casa vieja,
se queja de miedo por la noche
cuando vienen los duendes!

En los atardeceres
parece que fuera alguien
abriendo quedamente las ventanas.

Cuando sale la luna
el alma de la casa
se asoma humildemente
a contemplar las charcas.

¡Vieja casa de adobes
con ventanas abiertas
hacia los horizontes!

HIMNO A LA ALEGRIA

¡Alegría, alegría!
Una enredadera
que se enrosca al cuerpo como a un árbol;
un chorro de agua que rompe en mil luces
y una campanita que toca ligero.
¡Alegría, alegría!

Como un puñado de plumas
te desparramo en el viento.
Y se me asoma a los ojos
el corazón hecho pájaro.
¡Alegría, alegría!

Se me ha caído la pena
como una fruta madura.
¡Alegría!

Entre las manos te tengo
y hago que ondules y vibres
como un pañuelo distante
que nos está haciendo señas.
¡Alegría, alegría!

PALABRAS DE ADIÓS

Es verdad, pobre fea, yo no quiero decirte adiós. Me voy de Chile para no volver más; pero al pasar por todas las bahías del mundo, como si fuera huyendo de tí, miraré atrás.

Tristeza de alejarme, de perderte, de verte
algún día en el fondo de un vaso de ron;
tristeza del recuerdo de la primera cita
y tristeza de nuestra última noche de amor.

Cómo no he de sentirte más lejana ¡perdida!
Tú lo sabes. Yo tengo la tristeza ascentral
de los hombres que pasan por los puertos sombríos
y se van para no volver nunca jamás.

Mujer yo no sabía la bendita amargura
de besarte los ojos y la boca; sentir
alejarse mis ojos y cerrarse tus párpados
como pañuelos tristes en la tarde al partir.

Fea, pobre mi mujer fea. Me angustia tanto ahora
el pensar q' te quedas mirando hacia la mar...
¡Tus ojos han de irse tras de mi viaje como
los pájaros q' siguen los barcos sobre el mar.

AIDA MORENO LAGOS

Desde su rincón provinciano (Los Andes, donde Gabriela Mistral permaneció algunos años) envía a las revistas sus colaboraciones.

Su obra anda dispersa en los periódicos de provincias y en las revistas de Santiago.

BAJO EL SOL DE ESTE HUERTO...

Dormidas calles donde mis recuerdos floridos
inesperadamente me salen a encontrar;
voces que tienen todas las sedas de los nidos
para que nuestras almas lleguen a descansar.

Montañas cuya nieve como cuna parece
tentar a las estrellas azules a dormir;
montañas empinadas donde el alma florece
y finge en sus locuras románticas, morir.

Espíritus que tienen en las alas abiertas
el polvo de los astros que han rozado al pasar;
corazones sencillos, casas amables, puertas
que se abrieron hidalgas al mirarme llegar.

Tiempo que deshojando los días y los sueños
vas sigilosamente por mi oscuro camino,

bajo el sol de este huerto los rosales sedeños
parecen detener un instante al Destino...

ENTRE MIS MANOS

Temblor imperceptible se ha quedado
entre mis manos tristes enredado;

temblor quemante de inquietud, martirio
ávido como un florecer de lirio.

Pasé mis manos por su sien dolida
y me quedó una estrella suspendida

entre los dedos... Bajo suavemente
por la empinada y áspera pendiente

con mi estrella encendida...
Estoy cavando con su luz mi herida;

una herida bien honda
para que en ella mi ilusión se esconda.

Como asustados pájaros arcanos
vuelan mis sueños al tocar mis manos

mi corazón... Mi corazón es urna
propicia sólo a la quietud nocturna,

y tú, luz que en mis manos se ha prendido,
tienes del mundo la pasión y el ruido.

A GABRIELA MISTRAL

«El valle dulce en que he vivido encanta
aun mis pupilas, hondas de emoción;
mas todo el valle en tí no más se canta
porque esta tierra fué tu corazón.»

Gabriela Mistral.

Yo presentí tu lámpara encendida
en las antorchas de la inmensidad,
y me llegué a tu lado conmovida
y me anegué en tu dulce claridad.

Miedosa por las zarzas de mi sino,
mi alma huraña la acerqué hasta tí.
Le tendiste la mano en el camino.
Por él mirando tu blancor seguí.

La nieve brilla y se descuelga y baña
este valle, pero tu plenitud
viene más alto que de la montaña...
Se azula el valle cuando cantas tú!

¡Ay de nosotros! Lo inejor te llevas.
Se va contigo la azul suavidad
de la luna y los lirios que nievas
cantando para el alma una soledad.

La luz de arriba que a tu mente afluye
sabe hacerla piedad tu corazón.
Tu mano está donde la dicha huye.
¡Tú las tristezas sabes como son!

Hoy nuestros ojos húmedos, mojados
estarán en tu ausencia. Hemos de hacer

que sientas como van desamparados
nuestros afectos al anochecer.

Y acaso, entonces, el rumor de tu paso
se oiga en la noche y se oiga tu emoción.
«*El valle*, entonces, *se dirá que canta*
porque esta tierra fué tu corazón.»

Amiga mía, hermana de los tristes,
danos de tu tristeza en tu cristal,
y sufriremos como tú sufristes
para ir librándonos de todo mal.

VÍCTOR BARBERIS

1900

Nació en Talca, en 1906. Solo ha publicado «El Libro de la Fiesta», en colaboración con Romeo Murga.

PAISAJE

A la oración los álamos rezan una plegaria
que monotonamente sube de la arboleda,
y el viento vuelca, triste, de su cántaro el aria
quejumbrosa y dolida de la hora de queda.

Melancólico un grillo canta en la paz agraria
su serenata enferma a la luna de seda,
y en la unción de la tarde, como una luminaria,
el río enrojecido un arrebol remeda.

El sendero, del llano perfumado a poleo,
sube la fatigosa repecha del faldeo
y allegado a los cerros, lentamente, se pierde;

y en un recodo un sauce pensativo y greñudo
interroga al viajero con un sollozo mudo
en la última esperanza de su retoño verde.

PAZ...

El candil junto al muro, como un asceta, reza
con la enfermiza y santa creencia de un abuelo.
Rasga el silencio el grito de un tren. Y en la tristeza
de la noche titilan los mil ojos del cielo.

En un rincón del cuarto dormita la tibieza
del familiar brasero, para el mate desvelo.
Y el estero murmura forzando la represa
que, destinada, resiste la fuerza del anhelo.

La vida sobre el campo, santamente, reposa.
Por sobre el caserío,—cuna de paz dichosa,—
una estrella filante, ha trazado una estela,
y se ha borrado el último rumor sobre el sendero.
Y el molino antañoso gime un dolor severo
en la voz angustiosa de su trágica muela.

EVOCACIÓN

Estrellas que una noche lejana de mi vida
constelaron de oro mi juventud perdida.
Mi ensueño era sedoso como un infante, leve
como un halo de luz, como un copo de nieve.
Tantos lentos crepúsculos en la paz de las sendas...
Tanto amor ignorado... tanto sueño perdido...
Mi corazón, ahora, tiembla de que lo entiendan
como temblaba, entonces, de no ser comprendido.

CUANDO YA HAYA NEVADO...

Cuando ya haya nevado sobre tu cabellera
y tras de larga ausencia nos hallemos un día,
te amaré en mis recuerdos como antes te quisiera
y tú me mirarás como antes me veías.

Pena de aquel violeta lago de tus ojeras
donde se hundió la barca de mi melancolía.
La tristeza de amar cayó en mis sementeras
y dejó mis espigas curvadas y vacías.

Amada: El amor era fruto dorado y tierno;
pero tras del verano ronda siempre el invierno.
Mis viñas se han quedado sin hojas ni racimos.

Ahora, en el silencio de la noche medito,
mientras raya una estrella la paz del infinito,
en aquella otra noche cuando nos conocimos...

CALETA DE LOS PESCADORES

La vela hinchada al sol de acero
que el agua acecha con torvo engaño,
cruza un velero
el mar de estaño.

La ola su garra ruda sujeta.
Duermen su sueño de alcohol y amores,
en la caleta,
los pescadores.

Una gaviota cruza en éxodo
del rocalloso cerro por sobre.
Olor a yodo
y agua salobre.

Rayando a plomo la lejanía,
asoma el mástil de un barco muerto—
brazo crispado por la agonía;—
cayó buscando la paz del puerto.

Los mozos rudos que el mar broncea
cosen las redes con sobrio dejo.
Mientras que sube la agria marea,
piensa un viejo.

Y en la caleta oliente a brea,
viajero extraño que anduvo mucho,
anclado y sólo se balancea
un falucho.

PUERTO DE MI TIERRA

Cielo gris.
Rosando el muelle, los nublados.
La barca enfila velas a un remoto país;
los marineros piensan con los ojos cerrados.

Negros acantilados,
en donde ronca y ruge el mar su letanía.
Gaviotas en los mástiles de los barcos anclados.
Deseo de ser barco para zarpar un día.

Gaviotas, rocas, barcas. Yo fatigado paso
frente a las casas en hilera
sin poder acordar
mi corazón que lleva la marca del fracaso

al vigor primitivo y a la piedad austera
de este pueblo que duerme tendido junto al mar.

AMOR

He buscado una fuente de amor, y estoy sediento
del agua turbia y negra que nutre las raíces.
Como lana cardada por los dedos del viento,
se arrastran por el cielo las torvas nubes grises.
Amor—fruto maduro,—no hay mano que te coja
sin arañar el tronco ni desgarrar la hoja.

A trébol y a manzana
huele el viejo jardín de la sabiduría.
«La encontraré mañana»,
me digo cada día.

La tierra de mi huerto estará perfumada;
el agua de mi noria, limpia y agradecida.
Si yo te hallara un día no te diría nada.
Y quedaría enfermo de tí toda mi vida.

Donación de
Antonio D[illegible] Miranda,
[illegible]tedrático de
Li[illegible]tura Clásica y
[illegible] de la
Univ[illegible] de Chile,
a la [illegible]lioteca Nacional.

ROMEO MURGA

Nació en 1904 en Copiapó. No ha publicado casi nada, Prepara un libro de poemas que se llamará "El canto en la sombra".

LA PALABRA DE AMOR

Voy hacia tí, mujer, después de alguna ausencia,
lleno de mis sonrisas y mis palabras suaves.
Me tenderé a la clara sombra de tu presencia,
y te diré otra vez eso que tú ya sabes.

Eso que tú ya sabes, pero que aún no entiendes;
eso que tú ya sabes y nunca entenderás.
Oídos de mujer, en ellos no se prende
más que la voz... Y el viento se lleva lo demás.

Y lo demás es todo: el ansia de entregarse
que hace que, ardientemente, contra el silencio luche,
la palabra de amor que tiembla de escucharse
y sobretodo, tiembla de que tú no la escuches.

La palabra de amor, en donde el amor cabe,
como el cielo en tus ojos y el sol en tu mirada;
la voz que busca el tono más sereno y más suave
para hablar del ardor de nuestra llamarada.

SECC. CHILENA

La palabra de amor, lejana e imprecisa,
que tú conoces, llena de un pequeño dolor...
Mujer, sobre mis labios ya no tengo sonrisas,
pero aún tengo en mis labios la palabra de amor.

MORENA

Morena de ojos negros, como la noche negra
desde donde han venido mis temblorosos pasos.
Morena, la romántica, la pequeña y risueña
cuyo cariño duerme como un niño, en mis brazos.

Dulcemente morena, como la sombra humilde
de tus livianos rizos en tus leves ojeras.
Morena, suavemente, como el reflejo que hacen
las ondas de tu crespa y oscura cabellera.

Morena como el alma de la noche más diáfana,
como el rostro invisible del silencio y la pena.
Morena como el sueño, como la sombra, y como
la cara eternizada de la tierra morena.

Morena, pero llena de claridad divina.
Morena, pero hermana de la alborada rubia.
Tras largas horas grises, amaneciste en mi alma
como un día de sol tras un día de lluvia.

Morena. Pero es luz tu mirada y tu acento,
y ese gesto infantil que de gracia te llena.
Morena. Pero alumbra las sombras de los hombres,
como un sol infinito, tu sonrisa morena.

CANCIÓN DEL NOMBRE DE EMMA

Emma. Nombre vulgar, y para mí, divino.
Emma. Brasa encendida que los labios me quema.
Breve como un sollozo, fugaz como un suspiro;
nombre de dos recuerdos y dos amores. Emma.

Nombre que en el silencio de mis noches entona
la canción infinita de dos amores muertos.
Nombre que es en mi espíritu como el sencillo aroma
que viene de dos claros rosales de mi huerto.

Nombre de dos mujeres que amó mi adolescencia,
¡que a mi adolescencia dieron pena y amor!
(Una era rubia y suave, la otra suave y morena).
Ellas fueron las lágrimas de mi primer dolor.

Por esas dos mujeres—Amada de hoy, perdónalas—
toda mi adolescencia se coronó de espinas,
y yo fuí tras sus pasos por ese ancho sendero
que es el mismo sendero por donde tú caminas.

Amada de hoy, perdónalas. Por esas dos mujeres
yo sé amar con la inmensa ternura que tú sabes.
Ambas eran risueñas, miraban dulcemente,
y aspiraban a Dios, como el vuelo las aves.

Yo viví eternidades en sus miradas puras,
y desde entonces tengo la vida entristecida.
Su fragancia morena con su fragancia rubia
perfuman para siempre el dolor de mi vida.

Eran sus bocas frescas, y eran suaves sus manos.
(Emma. Su nombre ardiente, como brasa me quema).
¡Por esas dos mujeres que en mi vida pasaron,
benditas sean todas las que se llamen Emma!

MADRES DE LOS POETAS

Madres de los poetas que en el pasado han sido,
vengo a hablar con vosotras de vuestros hijos tristes.
Carne doliente, en vuestras entrañas han dormido,
y no los conocísteis.

Madres de los poetas que en el presente son,
con vuestra eternidad de ternuras; arrullo,
calmaréis a los mares y al viento arrasador,
pero no al dolor suyo.

Madres de los poetas que mañana serán,
sobre la tierra fría se perderán sus pasos;
buscarán otras sendas y nunca dormirán
sobre vuestros regazos.

Madres de los poetas que son, serán y han sido,
garganta de esos cantos, surco de esas semillas,
árbol que no dió flores y que en otoño ha visto
dispersarse a lo lejos sus hojas amarillas.

Vosotras que supísteis su inocencia primera,
gritad que fueron buenos y que amaban a Dios.
Grande fué su pasión por la carne terrena
pero más grande fué su amor.

Llorad por sus dolores y sus ansias secretas,
por sus manos crispadas y por sus alas rotas.
Llorad por vuestros hijos, madres de los poetas,
que yo, por consolaros, lloraré con vosotras.

FE DE ERRATAS

Pág.	*Lín.*	*Dice*	*Debe decir*
3	25	Samuel	Ricardo
9	10	volanderas	volanderos
15	9	sónl	son!
15	13	digo	oigo
16	12	imparpable	impalpable
16	28	¿Será ilusión? ¿Será ilusión?	¿Será ilusión? ¿Será ilusión
18	27	arbor	albor
21	10	de caoba	caoba
33	22	nueves	nueve
35	21	alimentan	alimenta
48	17	y lo	lo
49	9	honda	onda
50	23	cipreces	ciprese-
51	22	de repentes	de repente
51	25	que trae	que me trae
57	21	1909	1906
86	19	de	dé
94	8	cayaron	callaron
95	14	y agarenas	agarenas
110	10	devoraban;	devoraban
119	33	vuelve	vuelven .
125	6	Embriagáme	Embriágame
130	23	Allá ya.	Allá va.
144	38	quietu	quietud
174	24	de las ánforas	del ánfora
175	18	tus vida	tus vidas
193	9	para	por
219	17	de la vida	de vida
219	23	perfumes	perfume
220	24	son lúgubres	con lúgubre
240	24	nieblas	niebla
247	19	vive	vives
258	5	abrazó	abrasó
296	17	antes	antes a
312	25	tienen	tiene
314	4	siglo	sigilo
336	17	que no	que no se
342	24	Los diáfanos,	Los diáfanos
343	14	el	del

INDICE

PRIMERA PARTE

	Pág.
Primera parte (1885-1900)	3
Pablo Garriga	6
Camadera	6
Eduardo de la Barra	9
A Cuba	10
Rimas	13
El vaso roto	14
La canción del loco	15
Rubén Darío	17
Pedro Antonio González	20
Lucrecia Borgia	21
Hetairica	23
Mi vela	25
Tú	26
La Trinitaria	27
Roxana y Estatira	30
Dantesca	31
París y Elena	38
Abelardo Varela	41
Hibernus	41
El niño y la estrella	42
Vesper	43
La locura	44
Destino	44
Arieta olvidada	45
Las olas	45
El vino de amor	46
Gustavo Valledor Sánchez	47
Invernales	47
Sueños de opio	51

	Pág.
Cantos orientales	52
Julio Vicuña Cifuentes	57
Noche de vigilia	58
¡Aún es tiempo que venga!	61
Recuerdos santiaguinos	62
Hay un recuerdo	63
La mimosita	66
La perfecta alegría	68
El asno	71
La noche verde	72
La dama y el caballero	74
La ocasión	75
Escena rural	76
Caso de agosto	76
Huéspedes eternos	77
Plegaria	78
Samuel A. Lillo	80
La tumba del marino	81
Las almas de los niños	82
A Vasco Núñez de Balboa	83
El arponero	84
Marina	89
Canto lírico a la lengua castellana ...	91
El gaucho	95
Diego Duble Urrutia	97
En el fondo del lago	98
Las minas	99
La estrella desconocida	103
El caracol	106
El lanzamiento	109
La procesión de San Pedro y la bendición del mar	114
Fontana cándida	121
Carlos Pezoa Vélis	126
El pintor pereza	127
El perro vagabundo	130
Pancho y Tomás	131

Pág.

En la poda 134
El organillo 136
Nada 140
Una astucia de Manuel Rodríguez ... 141
Tarde en el Hospital 146
Francisco Contreras 148
Encanto de las lluvias 149
El turco 149
Carne triste 150
Las crisantemas 151
Estado del alma 151
El puñal antiguo 152
Amberes 152
Brujas 153
Luna de la patria 154
Señor enséñame a ser pobre 158
Cruzamos el gran bosque 160
Antonio Bórquez Solar 163
Tribulaciones 163
Los carpinteros 165
Las tres Marías 165
Beauchef 166
El cuchillo 168
Luis Felipe Contardo 169
La tumba de las ondas 170
Como cuando era niño 171
Beso divino 173
Retablo 173
Angelus en Nazareth 174
En Caná 174
Misterium Sacrum 175
Rincón isleño 175

SEGUNDA PARTE

Segunda parte (1905-1920) 1
Manuel Magallanes Moure 181

	Pág.
Sobremesa alegre	181
El barco viejo	182
El regreso	183
Alma Mía	184
Aquella tarde	186
Madre Mía	187
Apaisement	188
Los gatos viejos	189
Jamás	190
Reconciliación	191
El leño	193
Tarde de Enero	194
Ernesto A. Guzmán	196
Madre!	197
Jesús	199
La fiesta del camino	201
Inscripción de Cementerio	203
¡Callecita!	203
Las malas palabras	205
Víctor Domingo Silva	206
La nueva Marsellesa	207
Balada del violín	210
Bajo el sol de la pampa	212
¿Nunca ya?	221
Acción de gracia	224
Profesión de fe	228
La cuna vacía	228
El regreso	230
In Memorian	232
Jorge González Bastías	234
El Misterio de los ópalos	234
Egloga del camino	236
En la vera rústica	238
El poema de las tierras pobres	239
Pedro Prado	242
Poder del amor	243
Las manos	243

	Pág.
Las orejitas	244
Lázaro	245
Los pájaros errantes	249
Palabras del relato del hermano errante	251
Carlos R. Mondaca	253
El reloj	253
Beso	254
Los pianos viejos	256
Juventud	257
Visión	259
Cansancio	259
Elegía	260
Cuando el Señor me llame	264
Daniel de la Vega	268
Ofrenda a Jesús	268
Ella	270
La puerta	274
Las palabras	275
Cuando tú llegues	275
La oración del alba	278
El pequeño universo	279
Frente al Sol	280
Max Jara	283
El agua	283
¿Poesía...?	285
Adolescencia	286
Tonada sin gracia	289
Aunque estas palabras...	290
Espiga morena	291
Ojitos de pena	292
Canción	293
Clavel y rosa	294
Agua viva	295
Gabriela Mistral	296
Amo amor	297
Nocturno	298
El ángel guardián	299

	Pág.
Viernes Santo	301
Ruth	302
Arbol muerto	303
Piecesitos	304
Hablando al padre...	305
Las vírgenes de las rocas, de D'Annunzio	307
A Cristina Soro	310
Angel Cruchaga Santa María	311
La voz que viene	312
A la venida de Jesús	313
Cuando cierro los ojos	314
El amor junto al mar	314
Cúpula	316
El canto de los mares solos	316
Ignacio Verdugo Cavada	318
Prólogo	318
¿Por qué?	319
Sed	320
Un caminito en la Montaña	321
Dudas	322
Juan Guzmán Cruchaga	324
El agua dice...	324
Refugio de jardín	325
Canción	325
Cuatro caminos	326
Otoño	327
Lejana	327
Jorge Hübner	333
Prólogo	333
La luz.	334
El árbol	334
Plegaria	335
El río	336
Mal de amores...	337
El viento	338
Jerónimo Lagos Lisboa	340
Apunte	340

	Pág.
Claridad nocturna	341
Ante tu retrato	342
Voz interior	342
Senda de gracia	344
Julio Munizaga	345
El agua de los pozos	345
La primavera en el jardín	347
Vicente Huidobro	350
Arte poética	350
El espejo de agua	351
Hijo	352
Mañana primavera	352
Horizonte	353
Balandro	353
La senda era tan larga	354
Campanario	354
Adiós	355
Minuit	356
Carlos Prendes Saldías	357
Balada montañesa	357
Por todos los caminos	358
Mi estrella	359
El alma en los cristales	360
Mía	360
Rubio señor Judío...	361
Fresco sol mañanero	362
Carlos Acuña	363
La balada del desamor	363
Flauta rústica	365
Cróquis nochero	366
Tierra solraiega	367
La malquerida	368
Mesón de Bar	369
Alberto Moreno	371
Corrosivo espiritual	371
Asilo taumaturgo	373
Una maritornes	373

	Pág.
Musa moderna	374
Agonía de una belleza	376
Mi giganta	377
Pedro Sienna	379
Auto-cróquis	379
Esta vieja herida	380
Así se pasa la vida	380
Cuando cae el telón	381
Domingo Gómez Rojas	382
Divinidad	382
Motivo	383
Ars	383
Ruego	384
Extásis	384
Elegías	385
Miserere	385
Elegías	386
Protestas de piedad	388
Elegía por mi hermano	390
Maria Antonieta Le-Quesne	391
Umbral	391
Alma que mueres de amor	392
Sé que soy de la muerte	393

TERCERA PARTE

Tercera parte (1920)	399
Torres Rioseco	400
Ana Runge	400
Broadway	401
Versos de profesía	404
Pablo de Rokha	408
Prólogo	408
Plática de los desengañados	413
Estrilillo	414
Los domingos	415
Los periódicos	415

SECC. CHILENA

Pág.

Tribunales 416
David Perry 417
Como un ciego 417
Elegía para el hermano ausente 418
Spleen 421
Roberto Meza Fuentes 422
Canta mi corazón como una fuente ... 422
Elogio de la primavera 423
Balada 426
María Monvel 428
Los poemas del último amor 428
Y para amarte así 429
Yo miré las horas 430
Veinte años nada más 431
No entendió mi cariño 432
La mujer que adoptó un hijo 433
Mi hija juega en el jardín 434
Fernando García Oldini 435
Andate desesperado 435
Abs 436
Matinal 437
Joaquín Cifuentes Sepúlveda 439
Cantos a la mujer abandonada 439
El hijo 441
Dame, señor, que nunca... 443
Pablo Neruda 445
Crepusculario 445
Maestranzas de noche 445
Un hombre anda bajo la luna 447
Morena, la besadora 448
Farewell 450
Poemas de amor 452
O. Segura Castro 457
En torno de la lámpara 457
A su recuerdo 459
Dualismo 461
Salvador Reyes 463

	Pág.
Espejo	463
Evocación	464
Muerto	465
Manuel Rojas	467
Soneto	467
Balada de la primavera	468
Rubén AZOCAR	469
La puerta	469
La vieja casa	470
Himno a la alegría	471
Palabras de adiós	471
Aída Moreno Lagos	473
Bajo el sol de este huerto	473
Entre mis manos	474
A Gabriela Mistral	475
Víctor Barberis	477
Paisaje	477
Paz	478
Evocación	478
Cuando ya haya nevado	479
Caleta de pescadores	479
Puerto de mi tierra	480
Amor	481
Romeo Murga	482
La palabra de amor	482
Morena	483
Canción del nombre de Emma	484
Madres de los poetas	485
Fe de erratas	486

BIBLIOTECA NACIONAL
SECC. SELECCIÓN, ADQUISICIÓN Y CANJE
D.

SECC. CHILENA